

Los justos en la Biblia



Los justos en la Biblia

ANTHËUNIS JANSE

FUNDACIÓN EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)

Las citas bíblicas que aparecen en este libro han sido tomadas,
casi exclusivamente, de la versión Reina-Valera, revisión 1960.

Traductor: Rev. Juan-Teodoro Sanz Pascual

Primera edición: 1984

Segúnda edición: 1998

ISBN: 906311034 0

Depósito Legal: B. 5.411 - 1999

Edita y distribuye:

FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)

Apartado 1053 - 2280 CB Rijswijk-Z.H. - Países Bajos

Distribuye:

FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Diseño portada y composición:

Misión Cristiana Ministerios Creativos

Apdo. 23022 - 08080 Barcelona

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.

Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

Í N D I C E

JUSTIFICACIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	9
PRÓLOGO	11

Capítulo I

EL PECADO DE LOS JUSTOS	13
1. Los acusadores de los justos	17
2. Los maestros entre los hermanos	19
3. El juicio implacable de los falsos espíritus en la iglesia	23
4. "Impuro"	25
5. "Los que hacen tales cosas"	31
6. Quebrantamiento del Pacto	37

Capítulo II

LA BIENAVENTURANZA DE LOS JUSTOS	45
1. Bienaventurados, vosotros discípulos de Jesús	48
2. Los discípulos pobres de Jesús	50
3. Los entristecidos hijos de Dios	54
4. Los mansos	58
5. Por la justicia de Dios	61
6. Personas justas	64
7. Nacido de Dios	69
8. Los pacificadores en la iglesia	72
9. Perseguidos por causa de Cristo	74

Capítulo III

LA JUSTICIA DE LOS JUSTOS	77
1. ¿Con qué me presentaré ante el SEÑOR?	79
2. Injustamente llamado a conversión	82
3. Hablar injustamente por complacer a Dios	86
4. Me asiré a mi justicia	90
5. Ojos leales	93
6. El Señor estará con el bueno	96
7. ¿Por qué ayunamos en vano?	99
8. Si vuestra justicia no fuere mayor	101
9. La justicia de los fariseos	104

Capítulo IV

LAS BUENAS OBRAS DE LOS JUSTOS	109
1. Paga o recompensa por las buenas obras	110
2. Reunir tesoros en el cielo	114
3. Siervos inútiles	117
4. La petición de pan	121
5. Propio o extraño	124
6. El Padre celestial responde a la oración	127
7. La puerta estrecha	130
8. Edificado sobre arena	134
9. "He sido obediente"	138

Capítulo V

LA ORACIÓN DE LOS JUSTOS	145
1. Cumplirá el deseo de los que le temen	146
2. "Dones de oración"	147
3. La oración titubeante, y la decidida	151
4. Si Dios nos escucha la primera súplica	154
5. Si Dios nos escucha nuestra segunda súplica	157
6. Si Dios escucha nuestra tercera súplica	160
7. Si Dios nos da la cuarta súplica	164
8. Si Dios nos concede nuestra quinta súplica	167
9. ¿Suplicamos el perdón o la concienciación del perdón?	172
10. Si nuestro Padre nos otorga la sexta súplica	178
11. ¿Por qué Dios nos concedería lo que le pedimos?	182
12. Aprender a orar	186
13. "Quién sabe"	190
14. ¡Despierta, SEÑOR!	193

Capítulo VI

FRUTO DEL ESPÍRITU EN LOS JUSTOS	197
1. Fruto y obras	198
2. Amor	202
3. Gozo	206
4. Paz	209
5. Paciencia	213
6. Benignidad (misericordia)	216
7. Bondad	219
8. Fe	221
9. Mansedumbre	224
10. Templanza	227

11. El fruto del Espíritu	230
12. El amor, cumplimiento de la ley	232

Capítulo VII

LOS HIJOS DE LOS JUSTOS	237
1. "Hijos santos"	238
2. "Los hijos del Reino"	241
3. Los invitados	244
4. Hijos del Pacto	247
5. Padre nuestro	250
6. El "Niño" no comprendido	254
7. Extranjeros	258
8. Dos clases de pedagogía	261
9. La vara	264
10. Jehová no cambia	267

Capítulo VIII

EL DIOS DE LOS JUSTOS	271
1. Un Dios de dioses	272
2. Librados en días malos	275
3. ¡Dios gozoso con Su pueblo!	278
4. "Los reconoció Dios"	281
5. Montón de trigo y de paja	284
6. Hallar gracia en Dios	287
7. Profetas que profetizan desde su corazón	288
8. Vivir en un fuego consumidor	292
9. Cuando la maldición del Pacto cae sobre la iglesia	294

Capítulo IX

EL «GUÍA SUPREMO» DE LOS JUSTOS	297
1. Crecer en el conocimiento de Cristo	298
2. Ceñirse	300
3. Resistir	303
4. No ser juez	307
5. Celo	309
6. Quebrantar costumbres	312
7. Sin pretensiones	315
8. El amigo solícito	317
9. Simón, ¿me amas?	319
10. El discípulo a quien amaba Jesús	322

Capítulo X

LA CABEZA DE LOS JUSTOS EN EL CIELO	325
1. Ver a Jesús	326
2. Anhelo del cielo	328
3. Morar lejos del Señor	329
4. "Cristo vive en mí"	332
5. "Tener" al Hijo	336
6. Cristo en medio de nosotros	338

Capítulo XI

EL TRABAJO DE LOS JUSTOS	343
1. Nuestro trabajo: vanidad	344
2. El "hombre interior"	348
3. Nuestro trabajo no es vano	351
4. Autoridad-respeto	354
5. "Perder su vida" por el Evangelio	356

Capítulo XII

LA RESURRECCIÓN DE LOS JUSTOS	361
1. Vanas palabrerías	361
2. El Señor conoce a los suyos	364
3. El mundo no es justo	367

Capítulo XIII

LA SABIDURÍA DE LOS JUSTOS	371
1. El colegio con la Biblia	372
2. La Sabiduría Suprema	374
3. En el tiempo	376
4. No imaginar lo pre- y postemporal, sino pensar según las Escrituras	380
5. El cielo	384
6. El cielo pasará	388

Epílogo	393
QUIENES VUELVEN EN SÍ	393
Registro de textos bíblicos	397

JUSTIFICACIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Este libro de A. Janse, nos permite ver lo que la Sagrada Escritura dice de "los justos": Son personas que andan en los caminos del SEÑOR, le buscan de todo corazón, esperan en Su Palabra y todo lo encuentran en Cristo. La Escritura misma, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, les proclama bienaventurados (cf. Salmo 119:1 y Mateo: 5:1-12).

Frente al espíritu de apostasía que los años treinta de este siglo se manifestaba en Europa, Antonio Janse señala en estos estudios bíblicos cuán necesario es permanecer fieles al lenguaje de las Sagradas Escrituras, cuando éstas distinguen entre justos e impíos, humildes y soberbios, obediencia como la de David –también en lo religioso–, y piedad vana y caprichosa como la de Jeroboam –con sus becerros de oro– y la de los fariseos; así como otras muchas distinciones más, acerca de todo lo cual el autor nos pone en la luz de la verdad, para nuestro consuelo y enseñanza. Y es que las Sagradas Escrituras nos hablan en un lenguaje vivo y práctico sobre todos los aspectos de la vida de los hombres.

El mérito de este escritor es haber hecho ver esta realidad; y probó los espíritus, si eran de Dios o no; y supo hacer resplandecer los viejos tesoros de las Sagradas Escrituras frente a las crecientes tinieblas del siglo.

Es un privilegio para esta Institución el poder ofrecer, también a los lectores de habla hispana, este libro de aquel autor que tuvo una influencia tan profunda en los Países Bajos.

FUNDACIÓN EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe).

PRÓLOGO

HAY UN DETERMINADO grupo de personas a quienes las Sagradas Escrituras llaman "justos". Las Escrituras hablan mucho acerca de ellos, les alaban muchísimo e incluso dicen que Dios les mira con complacencia y está dispuesto a ayudarles si le invocan.

A este grupo, las Escrituras lo distinguen muy radicalmente de otro al cual llaman "impíos".

En nuestro tiempo, no es fácil profesar las palabras de Dios al respecto. Nos amenaza el peligro de que no nos atrevamos a hablar de los "justos", porque el mundo directamente nos considere como "fariseos" que piensan ser mejor que los demás.

Pero no sólo nos ataca el "mundo", sino que también lo hará la "Cristiandad" cuando nos atrevamos a hablar de los "justos" tal y como lo hacen las Sagradas Escrituras. Una enorme cantidad de modernas expresiones religiosas y de palabras que están de moda se hallan dispuestas a hacer temblar con los juicios de Dios a los justos, a los cuales Dios declara bienaventurados, mientras que acerca de "otras religiones" y de los impíos se habla con mucha indulgencia.

Según esta crítica, "los justos deben renunciar totalmente a sí mismos; deben temblar ante un Dios tan aterrador; deben aprender a ver la "línea de muerte" con

la que la eternidad de Dios amenaza su temporalidad; deben caer en la crisis, en el infierno, en la duda; deben juntarse con la inmundicia del mundo, y junto con los impíos... salvarse".

Pero de esta manera (la doctrina de Karl Barth) tan aparentemente piadosa, es como se difumina la profunda línea divisoria que el Señor, en Su Palabra, hace entre los justos y los impíos (Ez. 13:22).

Frente a este espíritu de mentira, que a los impíos adula con el amor de Dios y a los justos quiere hacer temblar con el juicio de Dios, deseo exponer en este libro lo que Dios mismo dice en Su Palabra acerca de los "justos". La profesión expresa de las palabras de Dios acerca de los justos es la nota fundamental de este libro.

Con la bendición del Señor, fácilmente consolará a los justos... y a los impíos les hará reflexionar.

Es posible que el lector también llegue a ver resaltar de las Sagradas Escrituras algunas cosas que casi -por no decir totalmente- habíamos olvidado.

La mayoría de estos artículos fueron escritos para la revista "La Escuela con la Biblia". De ahí que en ellos me refiera muchas veces a la vida escolar.

A. JANSE.

Biggekerke, 25 octubre 1930

CAPÍTULO I

EL PECADO DE LOS JUSTOS

HAY PERSONAS que erigen su *propia justicia* acumulando de todas partes sus buenas obras y olvidando sus malas acciones. Pero sobre todo acallando la conciencia mediante una acendrada religiosidad y con ofrendas, de forma que uno pueda hacerse creer a sí mismo que esto va con él y que es “un cristiano sincero”.

Justos de esta clase son siempre muy severos con los demás; y con ello dan pie al mundo para que éste agravie a los cristianos menos “decentes”, y diga que no se compagina el confesar a Cristo cuando apenas haces que caer en pecado.

Semejantes justos también son maestros muy duros para con sus hermanos y hermanas en la iglesia. ¡Aquí no podrán ni dar un paso los que tropiezan!

Tales justos no comprenden en absoluto que se haga tanto hincapié en la doctrina: como si Himeneo (II Ti. 2:17), mediante su doctrina de que la resurrección ya había tenido lugar, no hiciera ahora *mayor* mal que Noé cuando se emborrachó.

Semejantes justos creen que la lucha contra el pecado es sobre todo una cuestión de conservar tu decoro, de dejar que tu hombre elegante impere sobre tus pasiones bajas y “sensuales”. Para éstos, el pecado no es más que un concepto ético.

Por tanto, si se es una "persona moralmente encumbrada" y se le da a Dios lo que a Dios le pertenece, es decir, las ceremonias religiosas prescritas, ¿acaso Dios querrá algo más?

Tales justos son generalmente muy estimados por el mundo como personas decentes, honestas y religiosas; en tanto en cuanto que el mundo también persigue su ideal de una justicia propia y arbitraria.

Ciertamente no minimizaremos esta "justicia". Dios mismo, en Su bondad, da muchas cosas buenas a *todos* los hombres. Una sociedad, que consta de gentes indecorosas e inmorales, de ateístas y blasfemos, tiene un desprecio profundo y enfadado por estas personas engreídas, y prefiere estar de acuerdo con los malhechores, como ocurrió durante el levantamiento del comunismo en Rusia. En consecuencia, se atrevían a apelar a las Sagradas Escrituras, en las cuales, frente a los honestos judíos (fariseos) se hallan los apóstatas (pecadores); y, por tanto, se opinaba que aquellos apóstatas blasfemos eran mejores que los piadosos fariseos.

Pero esta apelación a las Escrituras es falsa. Pues en ninguna parte las Escrituras llaman bienaventurados a los impíos porque ellos, cuando menos, son honrados y no hipócritas. Las Sagradas Escrituras, al hablar del judío piadoso que quería salvarse "por la ley", tampoco le llaman "bienaventurado o salvo". *Ambas* clases de personas son condenables para Dios, como dice Pablo en la carta a los Romanos.

La *justicia propia* no salva de la perdición. Pero la *injusticia* tampoco. Entre ambas, y tocante al punto de la salvación, no existe diferencia alguna. Por lo demás, las Sagradas Escrituras sí las diferencian.

De las limosnas de los fariseos, que eran dadas para ser vistos por los hombres, Jesús no dijo que carecían de todo valor o que tal vez robar fuese mejor; sino que decía: si las gentes os alaban, esa es vuestra recompensa; ya no habéis de esperar nada más. "Ya tienen su recompensa (Mt. 6:2)".

Por eso, cuidémonos mucho de querer cambiar cristianos decentes que construyen su propia justicia según antes indicamos, por gentes impías.

Nosotros oramos por las autoridades para que éstas

protejan a los *buenos* y castiguen a los malos; y esta oración es según la Palabra de Dios (I Ti. 2:1-2; Ro. 13:1-4; etc.).

Realmente sería cosa de escribir un libro acerca de "los buenos" en este sentido, y acerca de los justos civilmente, los cuales en muchos puntos tienen que cumplir con grandes compromisos en nuestra sociedad.

Pienso, por ejemplo, en aquellos que quieren obrar rectamente en una fábrica durante una huelga injusta, y en aquellos que quieren apoyar a las autoridades en nuestros ejércitos como soldados o en la armada como marinos. Pienso en los civiles después de la revolución rusa.

Actualmente hay una doctrina engañosa, que amenaza o atenta contra todo lo *bueno* y *justo* de nuestra sociedad. Esa doctrina razona del modo siguiente: el rey y el revolucionario, el súbdito y el bandido, el estadista "cristiano" y Lenin, —todos ellos han pecado, y cuando Dios venga, todos ellos comparecerán como desnudos pecadores; y entonces Dios podrá colocar el signo positivo de Su *gracia* tanto para los actos del bolchevique como para las acciones de las autoridades civiles (cf. Karl Barth, *Der Romerbrief*, cap. 13:1-7).

Sin embargo, las Sagradas Escrituras nos enseñan muy concretamente que Dios ha puesto las autoridades para castigar *las malas* acciones y proteger *las buenas* (Ro. 13:1-7).

Cuando los hermanos de José llegaron a Egipto, protestaron contra la acusación de que ellos eran espías peligrosos para el estado, haciendo esta piadosa observación: nosotros somos "honrados" (Gé. 42:11), es decir, normales y honestos ciudadanos.

También la forma en que las Escrituras hablan acerca de las autoridades paganas es siempre muy diferente de esta piadosa equiparación de bueno y malo a los ojos de Dios.

Así pues, la doctrina que antes mencioné no es otra cosa que la iniciadora para una revolución bolchevique de todo cuanto la bondad de Dios concedió a los pueblos de la Europa occidental.

Esto no obstante, en este libro no pretendo escribir acerca de estos justos que erigen su propia justicia y que

espiritualmente cometen adulterio con los dones de la común bondad de Dios y de Su gracia (Oseas 2:7).

Aun hay *otros* justos. La iglesia de nuestro Señor Jesucristo, la congregación de todos los que Él ha comprado con Su sangre.

Éstos tienen la *justicia de Cristo* por medio del Espíritu Santo; y también llevan frutos del Espíritu en la vida cristiana.

En las Sagradas Escrituras se les llama: los rectos (o sea, los *verdaderos* hijos de Dios), *los justos*, los mansos, etc. De estos justos quería escribir. Pero también de ellos se ocupa el espíritu del mundo diciendo que su justicia no puede comparecer ante Dios; y las nuevas doctrinas (Karl Barth, hacia 1930) les equiparan con el mundo; tampoco ellos "tienen razón", y al igual que los "ciudadanos" también ellos deben comparecer en primera fila con las figuras de Dostojevski y con los bolcheviques y comunistas; y asimismo también ellos, siendo una misma cosa con el mundo en cuanto a su condición de condenados, deben recibir de Dios la *condena* por toda su existencia y por todas sus acciones.

Cuando el Señor vuelva, sigue diciendo esta falsa doctrina, Él deberá encontrar a *estos* justos tan abominables como las personas honestas y burguesas y, por supuesto, ni un pelo mejores que el comunista y el atea.

Y de acuerdo con el mundo, esta doctrina dice —y muchas gentes honestas y engreídas se apresuran a estar de acuerdo con ella—, que la iglesia, sencillamente, ¡ha fracasado!

A una con el mundo, esta doctrina dice —y muchas engreídas y honestas gentes de iglesia lo repiten—, que como cristianos y miembros de una congregación no cuadra el decir: yo soy un justo.

Junto con el mundo, esta doctrina dice —y muchos hermanos y hermanas en la fe que gustan de mandar en los demás lo repiten—, que Cristo quiere santos *perfectos*, y que nuestra justicia concreta no es otra cosa que un trapo sucio que debemos arrojar de nosotros lo antes posible.

En compañía del mundo, esta doctrina engañosa dice —y muchos "científicos" cristianos lo secundan—, que los justos no deben decir: *nosotros sabemos, en la iglesia...* pues eso es *presunción*. Sino que se debe decir: sabemos,

que no sabemos... Y que éste es un lenguaje humilde que cuadra a un cristiano.

Y para *hacer mortales* para el pobre pueblo de Cristo y para los verdaderos justos todas estas flechas doctrinales falsas, el mundo –y la doctrina engañosa mencionada y los cristianos engreídos colaboran valientemente con él– ha bautizado estas flechas en la ponzoña y veneno de los pecados de los justos. Y así es como piensan alcanzarles mortalmente. Y en efecto... ningún justo se atrevería a abrir su boca –y ningún cristiano se atrevería a pronunciar la palabra *justo*–, si Dios mismo no hablase muy de otra manera en Su Palabra: si la misma Palabra de Dios no hablase constantemente de los justos y –sin disimular sus pecados– les encumbrase a cada paso frente a los impíos.

1. Los acusadores de los justos

“No ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel... Porque contra Jacob no hay agüero, ni adivinación contra Israel”.

Num. 23:21a y 23a.

Aquellos que odian al pueblo de Dios, frecuentemente pueden dar rienda suelta a su odio señalando las injusticias y maldades que se encuentran entre los justos.

El gran instigador de estos enemigos es Satanás, a quien en Apocalipsis 12:10 se le llama: “el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche”.

Así nos lo encontramos también en el proceso que Zacarías contempló: Josué, el sumo sacerdote, estaba con vestidos sucios ante el tribunal del Señor; y Satanás lo acusaba.

Pero el SEÑOR (el Ángel del Pacto) dijo a Satanás: el SEÑOR (Yavé el Dios del Pacto) te reprenda, oh Satanás; el SEÑOR te *reprenda* (cf. Zac. 3:2).

Lo que expresado de un modo concreto, nos da esta situación: si los enemigos del pueblo de Dios señalan sus ropas manchadas, y dicen: –“¡Estos son los hijos de Dios!”,

entonces el SEÑOR se indigna por esto tanto como los hombres pueden indignarse, cuando comienzan a injuriarles.

En semejante situación —que muy bien puede desatarse en injurias—, viene a caer sobre todo aquella persona que “no quiera saber nada de lo que se dice de ella, y, sin embargo, no lo puede refutar totalmente”.

Por desgracia, es verdad. El pueblo de Dios lleva, muy a menudo, ropas sucias.

El “cuerpo de pecado”, la estructura total de su “naturalidad pecadora” permanece en ellos hasta su muerte. Aún llevan la imagen de Adán, hasta que un día sean renovados según la imagen de Cristo; pero, mientras tanto, por sus pecados le afrentan a Él.

Mas también es verdad, que el SEÑOR no oye con agrado cosas acerca de los pecados de Su pueblo. Esto es comprensible. ¿Qué padre oye con agrado que aumenten y agranden los pecados de sus hijos?

Esto es lo que hacen los enemigos: ¡los airean con pelos y señales! Mas aquellos que aman, no hacen tales cosas.

Así el SEÑOR, que ama con amor eterno a Su pueblo, tampoco toma parte en las acusaciones y recriminaciones de los hermanos.

Él vio los sucios vestidos de Josué, pero se los quitó y le cubrió con vestiduras finas, intachables y blancas.

Él vio ciertamente los pecados, pero Él limpió y purificó y santificó. Él no miró sus pecados para condenarle por ellos.

Balaam, el hechicero y adivino de Petor, fue contratado por el rey de Moab para *maldecir* a Israel.

Pero esto enojó AL ANGEL DEL SEÑOR, el cual protegió a Su pueblo; y salió al encuentro de Balaam para impedir esta maldición. Poco importaba si Balaam era muerto en el camino. A pesar de todo, Balaam se puso en marcha. Y por tres veces intentó maldecir a Israel. Pero al fin desistió de ello. ¡No hubo manera de conseguirlo!

Porque “contra Jacob no hay agüero, ni adivinación contra Israel” (Num. 23:23). Pues el SEÑOR no nota la iniquidad en Jacob, ni ve la perversidad en Israel.

Enemigos del SEÑOR, enemigos del pueblo de Dios,

detened vuestra injuria sobre los pecados de los justos, pues el justo Juez del mundo dice, con *razón*, que están absueltos por la sangre de Cristo. El SEÑOR hace que este perdón también sea ofrecido a todos aquellos que oyen con atención el Evangelio.

Muchos también han cejado de injuriar y maldecir y culpar, y han caído de rodillas ante el Rey de este pueblo —y también ellos han sido contados con Sión y puestos con los justos.

Y lejos de hablar con *odio* acerca de los pecados de este pueblo, han amado a sus hermanos. Y lo han hecho con tanto amor que, si sus hermanos erraron el camino, incluso se atrevieron a amonestarles personalmente todo lo posible.

Acusar a los justos provoca la ira del SEÑOR.

Amonestar a los justos es una obra agradable a Dios.

Porque también ahora vale: corregirás a tu prójimo abierta y cordialmente (Lv. 19:17).

2. Los maestros entre los hermanos

“Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación, porque nosotros ofendemos muchas veces”.

Santiago 3:1-2

Es seguro que Santiago en su juventud conoció al maestro típico entre los fariseos y escribas.

En el libro *La sabiduría de Jesús Sirach* ya está muy acentuado este tipo de maestro o rabino judío.

Eran tan sabios, tan inteligentes. En todo. “No seáis ignorantes, *ni en una sola cosa*, ni en las más grandes, ni en las más pequeñas” (Jesús Sirach 5:17). Esta es una imperiosa exigencia del perfecto conocimiento, e igualmente bueno si se trata de lo pequeño como de lo grande. ¿Quién puede exigir esto de una persona corriente?

Nuestro conocimiento es en parte. También es así, según I Corintios 13, en las cosas del Reino de Dios. No es más

que un simple conocer, como un niño puede hacerlo, es decir, muy incompleta y parcialmente. ¿Quién, pues, exige de sus hermanos un conocimiento perfecto?

Al que se atreve a exigir tanto, se le tiene por un "maestro". Un maestro que, lleno de celo, domina a sus discípulos, intenta lo bueno y quiere llevarles tan lejos como sea posible... pero que nunca está contento con el trabajo. Su buena voluntad o intención le traiciona a él mismo y le hace olvidar que... su propio conocimiento tampoco es tan completo como realmente "debiera" ser.

Los rabinos judíos también eran ejemplares en su conducta y extraordinariamente amables y simpáticos, y muy celosos en los servicios caritativos. Su libro *Jesús Sirach*, dice: "No seáis tardos en visitar al enfermo; porque por estas cosas os haréis ser queridos" (J. S. 7:37).

Lo que interiormente les conmovía no era la misericordia sino que, lo que a ellos les estimulaba a ser amables para con el enfermo, era lo que las gentes dirían de ellos.

Así es como muchos se yerguen sobre sus hermanos y se enorgullecen ante éstos de que son amados por los hombres.

El mandamiento, pues, es éste: *Sed perfectos ante los hombres en todo vuestro comportamiento.*

Pero olvidan que no han ido tan lejos en el cumplimiento de este mandato en lo que respecta a la verdadera misericordia. ¿Por qué, pues, exigen tan severamente "misericordia"? ¿Por qué tal "maestro" se enfada si su hermano olvidó una vez ir a visitar a un enfermo?

Los rabinos eran muy inteligentes en todo. Pues estaba escrito: "Haced que en todas vuestras obras superéis a los demás, para que así no se manche vuestro honor" (J. S. 33:22). Ellos se *sonrojarían* si no destacaran por encima de los demás.

Y la historia se repite: aún hay hermanos y hermanas de esos que *se avergonzarían* si sus hermanos y hermanas en Cristo con quienes conviven, no descuellan por encima de los demás. Pero éstos no se dan cuenta que ellos mismos no son otra cosa que cristianos normales y corrientes con una naturaleza pecadora y llenos de obras defectuosas.

Los fariseos y escribas también se hallaban muy encumbrados sobre la masa del pueblo sencillo. Veneraban la "sabiduría", como ahora los "intelectuales" veneran la

ciencia por encima de todo. "La sabiduría de un escriba se obtiene por la buena oportunidad del tiempo libre"; pero quien ara, cuida bueyes y pastorea vacas... ¿cómo *éste* podría hacerse sabio!? (J. S. 38:25-41).

Así también el ebanista y el carpintero, el herrero y el alfarero... son inteligentes en su trabajo..., empero... *la sabiduría no se encuentra en ellos*.

Esta es precisamente la exigencia que, hoy en día, ponen los que se hacen pasar por "maestros" entre los cristianos: que éstos sean "científicos". De ahí que ¡se avergüencen de sus hermanos no-intelectuales y se sientan superiores a ellos!

Pero no se dan cuenta que su encubrimiento de un determinado conocimiento *teorético* por encima del práctico (como si ese conocimiento teorético fuese el que de una manera especial agradase a Dios) es pura necedad a los ojos del Señor.

Así pues, el "maestro" que quisiese exigir de todos los cristianos dogmática "científica", ¡obra neciamente, y tropieza aquí y en este punto, considerándolo "científicamente", no poco!

Los rabinos encumbraban muchísimo a los santos, por ejemplo, a Enoc, Noé, Moisés y Samuel (cf. J. S. 44/50). Jesús Sirach les llama *hombres magníficos, insignes, líderes, ricos*. Pero la Palabra de Dios habla de ellos de muy diferente manera. Las Sagradas Escrituras no les enaltecen más de lo que les corresponde como hombres pecadores.

Hoy en día también hay "maestros" en las congregaciones que gustan de ensalzar por encima de los creyentes sencillos a los que ellos califican de "hombres especiales", de "líderes". Ellos ven en estos "hombres magníficos" algo de su propio ideal, y en lugar de dar gracias a Dios por lo que Él ha hecho mediante esta "nube de testigos", exigen que todos los creyentes fueran como Enoc, Noé, etc.

Sin embargo, el verdadero Noé les habría dejado frustrados.

Y es que estos "maestros", aunque sea de forma espontánea, declaran que no entienden cómo Noé, siendo salvado del diluvio, pudo emborracharse. En esta actitud daban lección estos maestros a sus hijos. ¡Con toda severidad!

¡No paséis de largo su ignorancia! (J. S. 30:11).

*Doblega su cerviz en la juventud,
y quiebra sus lomos mientras es un niño,
para que nunca jamás, cuando llegue a la madu-
rez, te sea desobediente... No rías con él.
Adula a tu hijo, y él te hará temblar a ti...
Quien así educa a su hijo, dará envidia a su ene-
migo (J. S. 30:3).*

Los escribas y fariseos eran maestros temibles. Pero aún quedan de estos maestros, que ellos mismos se creen perfectos y que exigen la perfección; y precisamente en la forma más santa de cristianos celosos que creen defender al Señor, aparentan, mediante su buena intención, ser respetables en todos los conceptos.

Santiago ciertamente conocía esta clase de cristianos.

Probablemente hubo muchos dentro del partido que se llamaba "de Jacobo" (cf. Gá. 2:12). Bajo ellos penetró en la iglesia cristiana la farisea (es decir, la fácil y "pesada") observancia de la ley. Pablo les resistió.

Santiago tampoco debió tener nada con ellos; pues en su carta amonesta: "Mis hermanos, no seáis muchos maestros".

Pues el Señor Jesús dijo de tales personas: "No juzguéis para que no seáis juzgados; porque con el juicio que juzgáis, seréis juzgados y con la medida con que medís, os será medido" (Mt. 7:1-2).

Con lo cual el Señor calificó toda actividad *sin amor* como una viga frente a la espina que querían quitarle a su hermano para su perfección.

Los que ejercen tal tiranía para hacer perfectos a los justos, no conocen el poder del pecado, del cual incluso Pablo se lamentaba, y... tampoco conocen que *ellos mismos* tropiezan frecuentemente en muchas cosas. Incluso en las grandes también. Sobre todo en el *amor* y en *las palabras* (cf. Stg. 3:3).

Maestros entre los hermanos, que decís que no os contentáis con cristianos imperfectos, ¿no teméis que Dios no esté contento de vosotros y que os juzgará por vuestros propios tropiezos de intransigencia?

Nosotros confesamos que el pecado ha pasado a to-

dos los hombres, y que también mora aún en los "miembros" de los justos. Por eso, cuando un justo tropieza, decimos muy sorprendidos: -¿quién lo esperaba de esa persona?

En el bautismo de nuestros hijos confesamos: que "son concebidos y nacidos en pecado, y por eso hijos de ira". ¿Nos indignaremos, pues, si caen en pecado, porque nuestro honor es agraviado, igualándonos así al padre fariseo?

Cuando veamos el pecado en el mundo, ¿temeremos, *oraremos a Dios, lucharemos y amonestaremos?* ¿O adoptando una actitud de maestro autoritario, diremos: -"es vergonzoso", "no es posible", "esto no llegaría a ocurrir en *mi* hogar"?!

Los santos varones de Dios, movidos por el Espíritu Santo, nunca escribieron así acerca de los pecados de los justos.

Pues el Señor *conoce* de qué hechura somos. Y el Espíritu Santo ciertamente se entristece por los pecados de los justos, pero Él no es apagado y echado fuera al primero de los tropiezos.

Hay momentos en que la caída es tan grave que los creyentes, como David en el Salmo 51, oran: "¡No quites de mí tu santo Espíritu!" Mas en la vida normal de cada día con sus tropiezos corrientes, oran constantemente: "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mt. 6:12).

Esta oración es *muy necesaria* a los justos. Diariamente. Pero también a los "maestros". Y en la vida ordinaria esto también es suficiente.

Sin embargo, los maestros tan severos como *los fariseos* pueden (¡y deben!) orar con David, para que el Señor no les rechace (Sal. 51:13), como ellos zarandean y rechazan a sus hermanos.

3. El juicio implacable de los falsos espíritus en la iglesia

"Hijitos, ahora han surgido muchos anticristos. Salieron de nosotros, pero no son de nosotros. En esto

se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo, todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios".

I Jn. 2:18-19; 3:10

Aun hay una tercera categoría de personas, aparte del mundo exterior a la iglesia y de los maestros en la iglesia, que es muy dura en criticar los pecados de los justos.

Me refiero a los que estaban en la iglesia, pero luego evidencian no ser de la iglesia, —los herejes, los falsos hermanos, los falsos profetas.

Juan escribía de los docetas y falsos espíritus semejantes, que se les podía conocer *en que no amaban a los hermanos*.

La historia de la iglesia enseña constantemente que los falsos espíritus con frecuencia gozan de la simpatía del mundo, y que aman a todo el mundo excepto a los hermanos.

Estos falsos espíritus, por su anterior estancia en la congregación, saben de los "hermanos" muchas más cosas que los otros enemigos de la iglesia, y esto les viene a propósito, pues entonces los pecados de los justos son agrandados y a veces mundanizados en la prensa.

Es una señal peligrosa cuando alguien no ama a los hermanos, y por esta razón se deleita en publicar a voz en grito los pecados de los justos.

Esto último se hace, las más de las veces, para con ello llevar a los hermanos ante el tribunal del gran público. Es preciso que sea del dominio público lo que esas gentes piadosas han hecho. De ahí que deban ser acusadas ante el tribunal del resto del mundo. Resultando que son condenadas por la opinión pública.

Pero semejantes acusadores encuentran a Dios frente a ellos, pues Él llama hijos Suyos a los acusados.

Esos pecados de Sus hijos mancillan Su honor. Él se entristece por ello *como un Padre*, y encubre lo que estos enemigos han publicado a los cuatro vientos. Por todo lo cual ¡el Nombre de Dios es blasfemado!

4. "Impuro"

"Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos para que seáis míos".

Lv. 20:26

Cuando alguien maliciosamente chismorre a un padre el mal cometido por su hijo, y por ello ese padre cae en un estado de ánimo que le lleva a enfurecerse, entonces se evidencia por su enfado que él ama a su hijo. Por un joven extraño no se preocuparía tanto. Pero también queda claro que aquel padre considera el mal como algo muy grave. Pues, de lo contrario, no se preocuparía tanto.

Ahora bien, de esta forma es como el SEÑOR, en Zacarías 3:2, muestra Su amor a Su pueblo (Josué el sumo sacerdote) y *Su aversión al pecado*:

¡El SEÑOR te castigue y te reprenda, oh Satanás! ¡El SEÑOR te reprenda!

¡Qué "estado de ánimo" tan conmovido el de Yavé sobre su pueblo!

El SEÑOR escoge a Jerusalén.

Pero Él odia todo lo que no es puro y santo.

Él es un Dios celoso, que no pasa por alto el pecado (Jos. 24:19; Ex. 27:21) y que también se fija en las cosas pequeñas.

¡Sed santos!, ésta es la constante y preocupada exhortación de este Padre que tanto se afecta cuando Su pueblo obra el mal.

Él les compró para que sean Su pueblo, y ha ligado Su nombre a ese pueblo.

Él les apartó para Sí de entre los restantes pueblos.

Hizo un pacto con ellos.

Se llama a Sí mismo su Padre.

Desea que ellos se comporten como hijos Suyos.

Yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo.

La mayoría de las veces se relaciona esta santidad únicamente con la esfera o aspecto ético.

Entonces se cae en grandes dificultades, sobre todo cuando estas palabras de las Escrituras se refieren a las leyes sobre los alimentos y a la santidad ritual.

En estos casos, normalmente se trastoca el valor con-

creto de la santidad ritual en *valor de doctrina*. Israel, pues, habría *aprendido* lentamente la santidad ética por medio de todas aquellas leyes sobre los alimentos. De esta forma, toda la ley de Moisés se convierte en algo así como una *escuela* preparatoria de una opinión *ética* de los mandamientos de Dios.

Sin embargo, en ninguna parte de las Sagradas Escrituras se puede hallar fundamento alguno para la idea de que la santidad de Dios únicamente atañe a la esfera ética.

Yavé era Rey sobre Israel tal y como éste se acampó en el desierto. No solamente sobre su vida *moral*, ni tampoco sólo sobre su vida *religiosa*, sino que Yavé era Rey sobre *todo israelita* y sobre todo el pueblo y todo el ejército, incluso sobre las tiendas, sobre su vestimenta y su comida, sobre sus bueyes y su oro; en fin, en todas las esferas de la vida.

Y precisamente en *esta relación*, en la relación de la *religión* del pacto la cual involucra al hombre en todos sus aspectos, se habla de la santidad de Dios; y justamente de ese hombre *total* solicita y pide el SEÑOR: "Sed santos, por cuanto Yo soy santo".

El SEÑOR creó buenas todas las cosas. Por eso hay que comprender que Él aborrece lo que sea feo e impuro en todo orden de cosas. Todo lo que en las diferentes esferas de la vida pierde su positiva hermosura creacional y muestra el lado negativo de las consecuencias del pecado y de la maldición, ciertamente ha de ser *odiable* a los ojos del Santo, del Puro y del Perfecto.

Luego, cuando de esta forma leemos las leyes de Moisés, encontramos ejemplos de santidad en las más variadas esferas de la vida. También en la esfera *física*. La materia es para Dios tan buena como el espíritu. Incluso el ejército de los israelitas debía ser *santo*. En qué consistía aquella santidad, nos lo enseña el pasaje de Deuteronomio 23:12-14: "Tendrás un lugar fuera del campamento a donde salgas; tendrás también entre tus armas una estaca; y cuando estuvieres allí fuera, cavarás con ella, y luego al volverte cubrirás tu excremento porque Jehová tu Dios anda en medio de tu campamento, para librarte y para entregar a tus enemigos delante de ti; por tanto, tu campamento ha de ser santo, para que

Él no vea en ti cosa inmundada, y se vuelva de en pos de ti".

Cuando el SEÑOR ordena algo -aunque simplemente se trate de la limpieza del campamento-, ¡también se produce la amenaza de que Él les abandonará si no quieren obedecer!

Las leyes sobre los alimentos se hallan en la esfera de la biótica, y las encontramos en Levítico 11:43-44: "No hagáis abominables vuestras personas con ningún animal que se arrastra... (es decir, comiéndolo), porque yo soy Jehová, vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis y seréis santos, porque yo soy santo".

El SEÑOR *prohibió* comer de lo que para un israelita en aquel tiempo, en uno u otro aspecto, tenía que ser repugnante o recordaba los cultos de los paganos.

El no cumplir este *mandamiento expreso* era *pecado*. No sólo "pecado ritual" como concepto preparatorio del pecado "ético", sino transgresión verdadera y concreta del mandamiento de Yavé, que era Rey también en el campo de la biótica, es decir, en lo que Su pueblo comería.

Yavé toma tan en serio esta transgresión, si se comete deliberadamente, que Él amenaza con la muerte (cf. Lv. 22:8-9): "Mortecino ni despedazado por fuera no comerás..., Yo Jehová. Guarden, pues, *mi ordenanza*, para que no lleven pecado por ello, no sea que así mueran cuando la profanen. Yo Jehová que los santifico".

Para el *pecado indeliberado* en esta materia había reconciliación y santificación, incluso para el nazareo (cf. Num. 6:9-11). Sin embargo, el tocar carroña e impureza de un hombre, *aun en casos imprevistos*, le era a Dios motivo para que Él expresara Su sentencia: *impuro y culpable* (cf. Lv. 5:2). Así pues, el pueblo debía ofrecer un sacrificio expiatorio, y entonces les era perdonada la transgresión de los mandatos de Dios. Véase el tantas veces repetido refrán del perdón para el pueblo de Dios a causa de culpas concretas, en Lv. 4, 5 y 6: "...Y le(s) será perdonado": ésta es la palabra consoladora y evangélica de la reconciliación que se repite en cada caso (4:20, 26, 31, 35; 5:10, 13, 16, 18; 6:7).

En el campo de la biótica aun hay mucho más que nos recuerda la maldición sobre el pecado.

Dios creó bueno al hombre. Pero he aquí que muere, y es un cadáver. Esto debe ser abominable para Él, que odia el pecado y las consecuencias del pecado. Algo de este horror que a nosotros nos sobrecoge al ver un cuerpo muerto, lo debió tener también el SEÑOR al contemplar destrozada aquella obra de Sus manos.

El Santo ve el pecado y la maldición en aquel cuerpo muerto mucho más profunda y vivamente de lo que nosotros lo podamos hacer.

Por eso no es extraño que Dios, el Santo, llamara impuro a un cadáver; y que a aquel que había tocado el cuerpo muerto lo considerase como impuro, como manchado con la fetidez de la muerte en las manos y, por tanto, inundo hasta el atardecer. Todos nosotros, en cuanto sometidos a la muerte, somos impuros ante la santa majestad de Dios; y esto es precisamente lo que en las leyes de Israel estaba representado en la "impureza" ritual.

También nuestro nacimiento está bajo la señal de la maldición sobre el pecado. Piénsese en la declaración de castigo hecha a Eva: "con dolor darás a luz los hijos".

Todo lo que bióticamente está en relación con nuestro nacimiento, —ese dolor y esa sangre—; hacía impura a la mujer ante el Dios santo.

Ciertamente no podía ser de otra manera. Era la sentencia que Dios mismo había pronunciado; pero eso no quita que esto le repugnara al Señor en todos los sentidos, pues Él no había creado así a Su criatura.

Además, ahí estaba la lepra. Sus pacientes presentaban un aspecto horrible, impuro; también para Dios como para nosotros un leproso es "impuro"; portador de las señales del pecado en el aspecto biótico.

La Santidad del SEÑOR también concernía a las restantes esferas de la vida. Leamos las leyes en los libros Levítico y Deuteronomio: Allí nos encontramos toda clase de disposiciones para impartir *justicia* en el terreno social a pobres y extranjeros, a viudas y huérfanos. Además hallamos leyes de estado para las autoridades, para los jueces (esfera jurídica), para la condición legal de los esclavos, etc.

¿Cómo se ocupó el SEÑOR de la vida económica?: — con el reparto de tierras, con reglas para la venta de la tierra, para el préstamo de dinero, para el cultivo del campo y la recolección del higo.

Frecuentemente pensamos que "pecado" es algo que sólo corresponde a la esfera "ética".

Pero las Escrituras nos enseñan muy claramente que un israelita —un hijo de Dios—, que recogía los higos hasta no dejar uno, *obraba contra la ordenanza de Dios* y —pecaba.

El israelita tenía siempre ante sí, y en *todos* los aspectos de la vida, la santidad de Dios. Toda la vida estaba bajo la *ordenación* de su Rey; Yavé había *comprado* al pueblo para ser Su pueblo. De ahí que ahora estuviese *todo* bajo Su dirección.

Por desgracia, las cosas repugnantes, los muertos, la sangre, la lepra, los abusos sociales, las tiranías y los problemas económicos constantemente le recordaban al israelita que, como *impuro*, nacido de impuros, y como miembro de un pueblo impuro, no estaba en condiciones de comparecer "sin más ni más" ante el SEÑOR.

Aunque se lavase con agua limpia, permanecía impuro hasta el anochecer: aunque obrase rectamente... no podía pasar más adentro del pórtico.

Y... allí era derramada *sangre* para reconciliación de la culpa y para purificación de toda impureza que mancha al hombre cuando éste comparece ante el Dios santo. Pero aquella sangre, sin embargo, hablaba de *reconciliación*.

Por medio de esta reconciliación, existía para el israelita la posibilidad de vivir como hijo de Dios. La impureza momentánea le abatía bajo la concienciación de su impureza y culpa; pero la posterior reconciliación hacía desaparecer aquel abatimiento.

Es natural que esta culpa no abatirá de tal forma que el israelita recite el salmo 51 en el caso de que haya tocado carroña.

El suspiro de David: "He aquí en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre", ciertamente es *suspiro brotado de una situación en que el israelita constantemente se debía sentir frente al Señor*.

Así pues, cuando la impureza en un caso determinado alcanzaba la esfera ética e incluso la religiosa, entonces aquella *total* impureza de vida de todo el *hombre tal y como vive sobre la tierra*, se hacía visible en una forma aguda que le hacía clamar por la reconciliación.

Bajo el Nuevo Testamento ha cambiado muchísimo esa situación, y se ha hecho mucho más gozosa que en

el Antiguo. Pero es cierto que el Señor también ahora continúa siendo Rey sobre Su pueblo en todos los aspectos, y que los creyentes están bajo Sus ordenanzas, ya sea en el terreno social, económico, biótico, etc. Sin embargo, ahora ya no son dirigidos por una serie de mandatos de tiempos pasados, sino que el *Espíritu Santo* les guía en todas las cosas. También es cierto, que los creyentes en Cristo, aún después de obtenida la gracia, de muchas maneras y en todos los terrenos de la vida se manchan momentáneamente y *cada día* deben orar: —“perdónanos nuestras deudas”.

Por lo cual, también para nosotros tiene validez aquella conmovedora promesa del Antiguo Testamento: —“Y le (s) será perdonado” .

Asimismo, en la mayoría de los casos y con toda “sencillez” en la cotidiana oración del “Padrenuestro”, podemos buscar reconciliación para las más simples caídas en nuestra vida, y reconocer que no escuchamos las ordenanzas de Dios.

También en cada uno de nosotros se repiten los casos *críticos y agudos*, en que el penoso descubrimiento de nuestra *naturaleza totalmente pecadora* y de nuestro hombre viejo nos hace repetir aquel clamor: “¡Miserable de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (cf. Ro. 7:24), es decir, ¿quién me librará de todo este conjunto de injusticia en todas las esferas de la vida?

Por consiguiente, al igual que David, también nosotros debemos reconocer nuestra *inmundicia e impureza* en toda nuestra existencia, las cuales nos acompañan siempre y día a día. Y, como David, podemos (¡y nos es permitido!) clamar: “Purifícame con hisopo y seré limpio”: con la sangre de Jesucristo—, y... no me echés de delante de Ti *a causa de mi impureza e inmundicia*.

Resumiendo, pues, *no* es que los justos sólo pequen algunas veces por año y el resto del tiempo se sientan totalmente puros ante Dios, porque vivieron irreprehensiblemente para el Señor, como Zacarías y Elisabet. Pues *precisamente estos cristianos irreprehensibles toman muchísimo en cuenta la santidad del Señor* y consideran el pecado escriturísticamente como mucho más extenso en contenido que los vicios *éticos*, a los cuales el mundo llama pecado. Ellos conocen su *ser-impuro-ante-Dios*. Pero,

gracias a Dios, no es que los justos deban repetir cada día ante el Señor las palabras del salmo 51. Ciertamente conocen momentos angustiosos en su vida, mas fueron angustias pasajeras, pues el Espíritu Santo les consoló por la Palabra de la reconciliación; y de esta forma vuelven a seguir adelante como hombres o mujeres que son llamados bienaventurados, porque su iniquidad (injusticia) ha sido perdonada y porque su pecado ha sido cubierto (cf. Salmo 32).

¿Quién, pues, alegraría acusación alguna contra ellos si el SEÑOR les declaró justos? Entonces, ¿no pueden menos de orar con el Salmo 26!

5. "Los que hacen tales cosas..."

"Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a éstas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios".

Gálatas 5:19

El mal ha atacado a *todo* el hombre y por eso no somos en función alguna aquello que podíamos ser en virtud de la creación de Dios.

Como un maestro se irrita si su discípulo hace alguna tontería, como un jefe se enfada si su operario es un torpe en su trabajo, como una enfermera ha de tener mucha paciencia con las miserias de sus pacientes, así también el Señor ha de adoptar una actitud semejante frente a sus criaturas impuras, astutas y torcidas.

El SEÑOR, el Dios del Pacto, tampoco es para Su pueblo una simple personalidad *ética* que sólo se preocupe por la lujuria, el robo y la mentira, pero no por nuestros ingresos, gastos y cosas semejantes. Dios no es Alguien que sólo pertenece a la esfera ética, sino que Él es el Rey sobre *todos* los ámbitos de la vida.

Ya vimos cómo esto aflora muy claramente en la ley de Moisés. Es cierto que a la ley mosaica se la ha dividido en leyes ceremoniales, civiles y morales. Pero esta división o clasificación es muy superficial. Así pues, cuando se dice que las dos primeras han sido "abolidas", y que la última está en pleno vigor, esto resulta igualmente inexacto. Las Sagradas Escrituras no hacen esta distinción. Cristo cumplió *toda* la ley mosaica. Por eso nosotros no sólo hemos sido librados de la ley ceremonial y civil, sino también de la ley moral pues ya no somos niños (como los piadosos en el Antiguo Testamento) bajo un pedagogo (: la ley), sino que somos como *adultos* por medio del ministerio del *Espíritu Santo* (cf. Gá. 3:24 y ss). Igual que un niño recibe instrucción paso a paso, pero llegado a la mayoría de edad se hace *libre* y decide por sí mismo, así los piadosos en el Antiguo Testamento estaban bajo toda clase de ordenanzas y preceptos que les enseñaban cómo un *hijo de Dios* se debía comportar. Mas en la Nueva economía o Testamento el Espíritu Santo (guiando en toda la verdad de la Palabra, cf. Jn. 14:26 y 16:13) abre a la iglesia de Cristo la posibilidad de caminar sin mandato sobre mandato.

Así es como hemos sido *librados* de la ley.

La sangre de Cristo sobre el Gólgota hizo que esté de más y que sea inútil todo derramamiento de sangre simbólico. La reconciliación de los pecados que allí se llevó a cabo, fue la fuente de reconciliación por medio de lavatorios y ceremonias. El hecho de recibir el Espíritu Santo fue tan sobrecogedor, que, por así decirlo, el pensamiento y recuerdo de la inmundicia personal fue sepultado por el gozo del bautismo (cf. Ro. 6:3-4).

En los subsiguientes tropiezos, la lucha entre el Espíritu Santo y las obras de la carne sería tan encarnizada que éstas, aunque ya no haya precepto ritual ni incluso mandato ético, serían reconocidas como *pecado*.

Sin embargo, es muy posible que en la iglesia se eche en olvido la purificación. En ese caso, vemos que la corrección es a veces muy tajante en las cartas de los apóstoles. Pues existe la posibilidad de que el que ha adquirido la mayoría de edad en la fe deba volver a estar bajo tutela, si usa de la libertad para dar rienda a la carne, y si está a punto de volverse un esclavo de la injusticia.

Por eso es necesario que la iglesia permanezca leyendo *toda* la Sagrada Escritura, y que aprenda de *todas* las leyes de Moisés lo que es la voluntad de Dios en cualquier aspecto de la vida.

No debe volver *de Cristo* a la sangre de becerros y machos cabríos; ni debe retroceder del bautismo a los lavamientos rituales; tampoco el conocimiento de nuestra *naturaleza totalmente pecadora* –acerca de lo cual Pablo exclama: “¡miserable de mí!” (Ro. 7:24)– repito, tampoco esto debe hacer volver a la iglesia al cumplimiento de las leyes sobre los alimentos. Porque la convicción de pecado obrada por el Espíritu Santo es mucho mayor que todas las ordenanzas viejotestamentarias que señalaban al israelita como impuro.

Lo que la iglesia actual ciertamente debe querer aprender de todas estas cosas mediante la acción del Espíritu Santo, es su *miseria* concreta –que no se le escapa al Señor– y su *purificación*; sin olvidar tampoco la alabanza y agradecimiento que corresponde al Señor.

De las leyes rituales aprende que somos impuros, en cuanto hombres concretos aquí en la tierra. La idea de que si vivimos, cuando Jesús vuelva, pasaremos al Reino de los cielos tal-y-como-ahora-somos, es rechazada totalmente por Pablo en I Corintios 15:50: ¡La *corrupción* no heredará la incorrupción! Todo lo que recuerda a nuestra “muerte”, debe ser arrancado. “Carne y sangre” llevan la señal de esta muerte. Cristo, después de Su resurrección, aún tiene los estigmas de Su dolor, pero en Él *la muerte* fue sorbida en victoria (cf. I Co. 15:54).

En nosotros aún no es así. Dios aún ve esa muerte como algo nuestro; y nosotros también podemos aprender a verla en nuestra vida en el Señor, como señal de nuestra inmundicia *pecaminosa*.

La iglesia nuevotestamentaria también aprende de las leyes de Moisés referentes al terreno social, político y jurídico cuál sea la voluntad del Señor en nuestro caminar como hijos del Reino.

Totalmente en la misma línea también ahora podemos hacer uso de la ley de los diez mandamientos, de las diez palabras del pacto (cf. Ex. 20:1–17).

Así como el terreno *ético* se halla por encima del físico, así también es más grave la impureza ética que la

física. Nuestra torpeza y defectuosidad en tantos aspectos son vistos por el Señor como por alguien que sabe lo que puede esperar de Su criatura. Él no exige más de lo que corresponde a un buen Pastor. Muchas señales de la verdad que "esta vida no es otra cosa que una muerte lenta", no pueden ser cambiadas y, en cierto sentido, continúan haciéndonos inaceptables a los ojos del Señor; pero Él no nos lo echa en cara.

Si bien en el Antiguo Testamento *algunas* veces se habla de "pecado" ritual y muchas veces más de la "injusticia" ritual, es sobre todo en el terreno *ético* que las Escrituras usan estas palabras.

Allí, en el terreno ético, es donde los occidentales ven el pecado casi *exclusivamente*, y en verdad que es allí donde la impureza alcanza un *punto o grado más alto*.

Pero también aquí es el hombre *total* el que peca y no solamente su *interior* o su *corazón* o su *consciente racional*.

Las Escrituras dicen que "el alma que pecare, esa morirá" (Ez. 18:4.20); eso no significa que un "alma interior" peca y muere, sino que significa: el hombre concreto y total que pecare, ése también morirá como hombre total y concreto (por ejemplo, siendo lapidado).

También en estas cosas estamos acostumbrados a limitar los campos. Y en primer lugar hemos circunscrito el "pecado" a lo *ético*.

Luego, encerramos lo ético en un cierto lugar "*muy íntimo*".

Sin embargo las Sagradas Escrituras reconocen toda nuestra existencia como pecaminosa y manchada con señales de muerte. De ahí que tengan conocimiento del pecado *ético* como maldad de *todo el hombre*, el cual es "carne". Y, por medio del lenguaje de la Biblia, sabemos que la "carne" es en verdad la más concreta y exacta indicación del hombre tal y como éste se nos presenta. Pero así no entrará en el reino de Dios (I Co. 15:50); e igualmente necesitará de una constante reconciliación; por cuanto que a cada paso está cometiendo pecados éticos.

En el epígrafe de este artículo, Pablo cita toda una serie de pecados éticos, y los califica de "*obras de la carne*".

Nuestras novelas modernas los llaman o pintan como

"*frutos de lo íntimo*". Mas en ninguna ocasión toman por "íntimo" la esfera *ética* (pues entonces caerían en un enjuiciamiento ético), sino que toman por "íntimo" la esfera o campo "*psíquico*".

Así pues, la descripción de un adulterio es pintado como un desarrollo o proceso psíquico que, de suyo, debía dar o arrojar este fruto. De ahí que esas personas no *cometan pecado* ético, sino que el pecado crezca en su alma como (visto psicológicamente) hermoso *fruto*. Y ya no se pueda hacer otra cosa que encogerse de hombros, compasivamente, ante estas víctimas del proceso de sus propias almas.

Pero el Señor habla de manera muy diferente acerca de estas obras de la carne en Su Pueblo, al cual compró para propiedad Suya. Él les avisa de que quienes *cometan o practiquen* tales cosas, *no* heredarán el reino de Dios.

El Señor no dijo esto refiriéndose a la torpeza de los creyentes y al hecho de que son -"carne-y-sangre"-con-las-señales-de-la-muerte-; pues Él mismo lo soporta en ellos. Pero *ciertamente* lo dice refiriéndose a sus pecados éticos, en las formas violentas como han sido nombrados en el texto bíblico que encabeza este artículo.

Esta advertencia se repite constantemente en el Nuevo Testamento: Ningún borracho, avaro, adúltero... entrará en el Reino de Dios; aunque haya dicho "¡Señor, Señor!", pretendiendo con esto ser miembro de la iglesia.

Este absoluto rechazo de "los que hacen tales cosas" siempre lleva al pueblo de Dios a una tensión muy grande cuando ellos hubieren *caído* en esos pecados; y entonces *saben* que la ira de Dios está sobre ellos; y claman y se lamentan en su angustia como David en el Salmo 51; y no tienen paz ni tranquilidad; están retraídos en las reuniones y no tienen ganas de comer; no concilian el sueño por las noches y ruegan que Dios aparte Su santa ira de ellos.

El Señor se deja suplicar por Su pueblo, y le consuela: "Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos" (Isaías 1:18).

Entonces ellos vuelven a cantar como antes: "Bendice, alma mía, a Jehová... él es quien perdona todas tus

iniquidades..." (Salmo 103); y vuelven a levantarse a una *nueva* vida.

El Señor ha prometido que Él no dejará que Su pueblo se pierda. El Buen Pastor no perderá ninguna de las ovejas que el Padre le encomendó (cf. Jn. 10).

El las *salva* y para ello también se vale de algunos medios:

Por medio de la seria amonestación, de que "los que hacen tales cosas *no* entrarán" a no ser que el impío se arrepienta (cf. Ez. 18 y 33). También mediante la afirmación de que si el justo se aparta del camino del Señor y hace iniquidad, morirá en su pecado (Ez. 18:24).

Cristo salva a Su pueblo por medio del remordimiento de conciencia después de la caída en un pecado ético; y por medio de sus horas de desvelo y sus oraciones encendidas; y también por medio de la aceptación confiada de la *reconciliación* en Cristo; y, en fin, mediante la renovación de vida que Dios concede, una y otra vez, a Sus hijos caídos.

Allí donde están "los que hacen estas cosas" y los que no saben nada de todo lo dicho anteriormente, allí está la muerte.

Allí no está el pueblo del pacto, que confiesa sus caídas con corazón contrito y humillado, —sino que allí se encuentra el pueblo del pacto que ha roto el pacto.

Y esta ruptura del pacto viene a ser mucho peor que el pecado ético, así como el adulterio es más grave que el mal *social* de no dejar que el pobre recoja los últimos higos en la época de su recolección, cuando Dios los había destinado para los necesitados.

O por mejor decir: la ruptura del pacto hace que toda impureza en cualquier aspecto de la vida y toda injusticia se vuelvan como una gran lepra que no puede ser limpiada.

Donde esto es así, ya no valen las purificaciones rituales, ni las mejoras éticas, ni la justicia social, —*sino que allí lo principal y primeramente* necesario es: que se vuelva hasta a Aquel, a Quien se ha abandonado, y se ruegue perdón por el quebrantamiento del pacto.

Porque del traidor del pacto, en Deuteronomio 29:20, leemos: "No querrá Jehová perdonarlo, sino que enton-

ces humeará, la ira de Jehová y su celo sobre el tal hombre". Sin embargo, aún habrá perdón para ellos, cuando se conviertan al SEÑOR y vuelvan a Él. Léase Deuteronomio capítulo 20. Esta *conversión* al Dios-del-pacto ha prometido concedérsela a algunas generaciones de Su descendencia obediente; pero no a *todos*. Muchas generaciones han sucumbido en la ruptura del pacto.

6. Quebrantamiento del Pacto

"Jehová, el SEÑOR de Jerusalén, dijo a su pueblo del Pacto: Te encontré y te dije "Vive", cuando te vi recién nacida, descuidada, con un aspecto abominable, envuelta en tus sangres.

Yo (dice el SEÑOR) extendí sobre ti mis alas e hice un pacto contigo... y te convertiste en mi propiedad. Te lavé con agua enjugando tus sangres y ungiéndote con aceite. Te vestí, te ceñí, te adorné y te puse muy hermosa... y de ti salió un nombre el cual Yo había puesto con mi gloria sobre ti.

Sin embargo, tú has adulterado... Por eso, oh adúltera, escucha la palabra del SEÑOR, porque él te conducirá a los juicios de las adúlteras".

Ezequiel 16

¿Cómo puede el Dios santo, que es purísimo de ojos, contemplar el pecado? ¿Cómo, el que se llena de ira por todas nuestras injusticias de nosotros los hombres..., cómo pudo Él tener complacencia en un judío determinado, al estilo de ese hombre concreto que en el desierto, sentado a la puerta de su tienda, disfruta del suave viento de la noche?

Dios vio allí a aquel hombre, aquel alma viviente, y contempló la semejanza con Adán, y esto le recordó la caída en pecado y la maldición y el castigo de la muerte.

Dios veía el nacimiento de aquel hombre: cuando aún estaba envuelto en sangre, y también esto le recordó el pecado y la maldición. Impuro.

Dios también veía el final de aquel hombre... la muerte;

y Dios ciertamente notó el “olor de muerte”, ya inherente a su existencia, la corruptibilidad, la fragilidad y la fugacidad de su existencia. De ahí que Dios mismo, por causa de este “olor de muerte”, considere “impuros” a las personas que llevaban a enterrar a aquel hombre.

Dios veía la inmundicia que rodeaba su vida por todas partes.

Dios también veía los males cometidos contra sus hermanos en las relaciones sociales, sus transgresiones éticas, lo que había deseado y pensado...

Por decirlo en pocas palabras: *nosotros* tenemos gran dificultad para olvidar las impresiones desagradables de nuestros prójimos; a veces somos de tal manera que nos escandalizamos los unos de los otros (ya sea en lo físico, ya sea en lo social o en lo ético); pues bien, ¿qué será lo que el Dios santo ha de “ver” en nosotros?

Él ve toda nuestra historia pasada y también toda nuestra ascendencia.

Él conoce todos nuestros momentos peores y repugnantes que, avergonzados, queríamos olvidar. Él lo ve todo como si estuviese ocurriendo ahora. ¿Cómo, pues, sabiendo esto, nos atreveríamos a comparecer ante Su presencia?

Cuando el Señor Jesús venga sobre las nubes, las gentes clamarán: —¡Oh montes, ocultadnos de la vista de aquel que se sienta sobre el trono! (Lc. 23:30). Esta vergüenza y oprobio no *sólo* será por haber obrado mal éticamente, sino por *toda* la existencia. El ladrón verá sus manos como manos de ladrón, y el criminal reconocerá los latidos de su corazón como los latidos del corazón de un criminal. La vergüenza por las sumas de dinero hurtadas a la viuda con simulada corrección, será mucho más abrumadora, porque todos los datos sociales al respecto quedarán completamente al descubierto. Dios no sólo se detendrá en la intención y consideraciones, sino que también examinará *cuánto* fue exactamente lo que se usurpó a aquella pobre mujer.

“Cuando te levantaste, oh Dios, para juzgar” (Sal. 76:9), y “si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?” (Sal. 130:3).

Desde nuestra más tierna infancia fuimos impuros en nosotros mismos.

Desde nuestro nacimiento.

No sólo los judíos bajo el Antiguo Testamento. También nosotros.

Por eso reconocemos que nosotros y nuestros hijos "yacemos en medio de la muerte", y que también nosotros recién nacidos se hallan sujetos a todas las miserias, incluso a la condenación (es decir, a aquella sentencia del Señor: "¡Apartaos de mí!").

Así es como el Señor "encontró a Israel -abominable, envuelto en su sangre, impuro"; y así fue como Él nos encontró también a nosotros y... a todos los hombres. Ya desde niños recién nacidos, que desconocen toda distinción entre su mano izquierda y su mano derecha; cuando aún no han hecho ni bien o mal. Sí, cuando yacíamos "en medio de la muerte", sujetos a toda clase de miserias, impuros y completamente incapaces de comparecer ante el Señor. Y esto no en sentido figurado, o dogmático, o en "germen", -sino *muy concreta y realmente impuros* en virtud de nuestra procedencia y semejanza con Adán, a causa de la "impureza" del nacimiento, por motivo del destino a morir, por causa del pecado que en el futuro se manifestará en todas las esferas, pero sobre todo en la más elevada (en la ética y mucho más en la religiosa); así como la lepra, en la época del crecimiento, frecuentemente atacaba a los hijos de los leprosos.

Y como un leproso es algo abominable a nuestros ojos, -aunque pueda haber muchas cosas buenas en él-, así también nuestra inmundicia ha de contrariar al Señor, en todos los aspectos, como algo abominable.

Con semejantes impuros por naturaleza, instituyó el Señor su *Pacto*, el cual es presentado en Ezequiel cap. 16 en la figura de un casamiento con la pobre esclava que fue hallada en el campo.

Dios extendió el vuelo de Su manto protector sobre ella, la lavó, vistió, ciñó y ungió con rico aceite oloroso.

También le dio alhajas.

¡Y la encontró extremadamente hermosa! (Acerca de estas cosas, léase el Cantar de los Cantares). ¡Y la hizo extremadamente atractiva y gloriosa!

Así nos describe el Señor los *beneficios del pacto* con-

cedidos a Israel, y también los que en cada momento ha regalado a la iglesia del Nuevo Testamento:

¡El lavamiento en la sangre de Cristo, las vestiduras de la salvación, el óleo del Espíritu Santo, la hermosura del pueblo de Dios!

Pero, ¡qué gran maldad si esta pobre esclava –ahora ama de casa de su señor– traiciona su matrimonio!

¡Qué cosa, pues, más terrible, si aquellos que han gustado los dones del Espíritu Santo, vuelven a caer y rompen el pacto y huyen! ¡Una perspectiva de juicio y condenación será la parte de su herencia!

Cuando la iglesia del Antiguo Testamento ha apostatado, el Señor por medio de Oseas y en Ezequiel 16 nos dice, que *a pesar de todo* se acordará de Su pacto, y que quiere establecer con ella un pacto *eterno*.

Y el Señor instituyó el *nuevo pacto*, cuando casi todo Israel se había apartado de él.

La gran mayoría del pueblo pereció con la ruptura del pacto, mas el resto fue hecho salvo.

Y así ocurrió a través de todo el proceso de la historia de la iglesia. Generaciones enteras sucumbieron con la ruptura del pacto.

Pero el Señor es *fiel*; y esto se evidencia en que Él constantemente hace que un “remanente” *vuelva hacia Él* y llore su pecado y el pecado de sus padres ante Su divina presencia.

Así se sucedieron en la historia de la iglesia las épocas de adúlteros alejamientos del Señor y los tiempos de nuevo retorno. Así vivieron generaciones en adulterio espiritual con los ídolos del mundo y olvidaron al Dios de su bautismo; aunque también existió un resto que invocó al Señor en medio de las angustias y necesidades del siglo. Esos grupitos de personas que han existido en épocas de reforma, siempre han comprendido que la más grave revelación o manifestación del pecado *no* hay que buscarla en la impureza ritual, o en la injusticia social, o en el pecado moral... (esto nos revela un clímax), sino en la ruptura o quebrantamiento del Pacto.

Aunque es agradable encontrarse con cristianos de pureza “ritual”, de equidad social y de una alta vida moral, ¿de qué importa todo eso, si no sirven a Dios, si le rechazan como su rey?

Un "justo" que puede comparecer ante el Señor, pero que tropieza en la ley moral (como David, por ejemplo) y que angustiado por ello suplica perdón a Dios, es posible que con relación a la ley moral se encuentre más bajo que un "cristiano honrado" que jamás cayó en desenfrenos, pero que tampoco amó al Señor. El primero se halla en la buena y verdadera actitud frente a Dios, y el segundo no.

El primero es pobre e impuro, mas es revestido nuevamente con las vestiduras de la salvación.

El segundo opina que está bastante bien con Dios, mas no sabe que es *pobre, ciego y desnudo*.

Si observamos atentamente, notamos que en la persona infiel al pacto todo es ruptura de ese mismo pacto en *todos los sentidos*. Pues en todo su comportamiento se ensalza a sí misma o a otras cosas, mientras que sólo el Señor es digno de recibir todo honor y gloria.

En los tiempos en que la iglesia adulteró abandonando la "verdadera religión según las Escrituras" (¡nuestros mayores hablaban muy escriturísticamente de "la verdadera doctrina"!), en aquellos días de apostasía también se dio la mayor impureza, la mayor injusticia social y la mayor inmoralidad.

Concretamente en la época napoleónica muchos se convirtieron en "basura para los campos", y sucumbieron como consecuencia de su adulterio con el espíritu del siglo, cometido por ellos mismos o por sus padres. ¡Y esta apostasía sigue adelante!

Y como ellos no tuvieron a bien el reconocer a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas impropias (Ro. 1:28), por ejemplo, la mentira de la crítica de las Sagradas Escrituras, y de la revolución, y de la vana filosofía, y de la falsamente llamada "ciencia" (I Ti. 6:20) (aquí me refiero a la mentira en la ciencia, como es el caso de la teoría de la evolución acerca del origen del hombre, pues también hay mucha ciencia auténtica y verdadero conocimiento entre los bautizados apóstatas, pero éstos no tienen la tendencia de contradecir a las Sagradas Escrituras), y echaron a perder a millares de hombres y mujeres.

Las consecuencias de esto no se han hecho esperar: un general salvajismo de la moral, abandono de todo

aquello que aún podría apoyar la justicia social, y entrega o claudicación al poder de *tiranos* como en Rusia, Italia, y otros países: España, etc.

El origen de todo yacía en el abandono del Pacto, de la *verdadera* religión.

Toda acción por una *vida moral* y una sociedad decente es un remiendo, una chapucería. Puesto que si se trata de una sociedad *cristiana* —de *cristianos* que abandonaron el Pacto—, lo *primero* y *principal* que deben hacer es buscar la *renovación del Pacto*. Pues, de lo contrario, son sal insípida, y de *menos* valor que los gentiles.

Volver a la verdadera religión, al verdadero culto del Señor, es decir, hacer lo que el Señor dice en Su Palabra, y sólo eso puede ayudar a la *iglesia* en los graves momentos de crisis; sólo eso puede hacer que la iglesia sea sal en el mundo, frente a los elementos corruptores que en nuestro tiempo amenazaron con imponerse.

En nuestros días, los “justos” tienen sobrada razón para acompañar al profeta Daniel en la confesión de sus pecados y los pecados de sus padres. Si el Señor abre los ojos de ellos a las miserias de la Sión (iglesia) actual, es decir, al destierro y persecución de ésta bajo el espíritu del siglo, entonces se echan a temblar de que la situación sea tan grave.

Sin embargo, lo que llama la atención no es el hecho de que haya tantos cristianos que han olvidado la purificación de su vida ordinaria y sean descuidados en evitar y (o) mantener trato con otros y con Dios. Tampoco causa extrañeza que haya tantos cristianos insensatos, fatuos e insoportables, de los cuales otros, con razón, se enfadan; ni tampoco extraña que se puedan señalar tantas equivocaciones sociales entre los hermanos cristianos y en las vidas familiares; ni *incluso* sorprende que los cristianos caigan una y otra vez en cosas graves de la vida moral, en espíritu revolucionario, en crímenes, en odios, en cosas inmorales, en robos, en envidias, avaricias, calumnias y deseo de apropiación del bien ajeno.

Antes bien, lo que en primer lugar y sobre todo causa extrañeza es ver *el gran mal* de la Sión actual, la iglesia, la cual ya no conoce *el Pacto del SEÑOR* ni sabe estar en *relación-de-pacto* hacia, con y para el SEÑOR.

De ahí, que toda purificación y reconciliación y mejora de vida y superación que el SEÑOR exige de Su pueblo, *porque* Él lo compró,... se vuelva hoy en día, con demasiada facilidad, en poder adquisitivo de nuestros cristianos, con lo cual quieren redimirse a sí mismos.

No es extraño que este intento fracase; y que luego suspiren: -“Es imposible!”; y que, finalmente, caigan incondicionalmente rendidos.

Quien esto hace el lunes, debe, no obstante, *comenzar* el martes con la “vida cristiana”; con la *vida en el Pacto*: con la vida “como un justificado”.

Él es entonces un justo; justificado por la sangre de Cristo.

Él recibió el Espíritu Santo.

Ahora debe andar *según el Espíritu* (Ro. 8:4), el cual no sólo influye en nuestros pensamientos e ideas, es decir, en lo que con frecuencia llamamos “el alma”; así como tampoco obra solamente de forma “espiritual” en nuestro espíritu, sino que el Espíritu Santo mismo actúa en toda nuestra vida, en todo nuestro ser.

Así, por ejemplo, nuestro cuerpo es *templo* del Espíritu Santo, y por eso no lo debemos deshonar; así como nuestro cuerpo “cristiano” tampoco debe hacerse una cosa con el cuerpo de una ramera (I Co. 6:15-16).

Esta vida en el Pacto en todos los terrenos de la existencia de *todo el hombre* como “justo”, se echa muchísimo de menos en la práctica. Y cuando se ensalza esta vida cristiana según las Escrituras, es atacada (incluso desde flancos muy aparentemente piadosos) por el espíritu del siglo.

Tan extraña se ha hecho nuestra generación al Pacto de Dios, que para muchos, y en este punto, todo el Antiguo Testamento se ha convertido en un libro “aviejado”. Mientras que al Nuevo Testamento se lo expone de forma personal y moderna como un libro de religión, algo para “Dios y el alma”, que nada tiene que ver con nuestra vida diaria, llana y horizontal.

Tan grave ha llegado a ser nuestra ruptura del Pacto, que ni nosotros mismos nos damos cuenta de ello.

Quiera el SEÑOR tener piedad de Su “resto” en esta crisis del Cristianismo, y que su pequeño comienzo pueda dar rico fruto y ser como una ciudad sobre un monte,

de forma que el mundo vea que este pueblo de los justos es *diferente* que el mundo.

Algo diferente, pero por el pacto y por las bendiciones del pacto. De forma que dicho "remanente" brille por la hermosura de Dios (Ez. 16:14). La hermosura que Él le dio y que se manifiesta *en todos los terrenos de la vida*.

CAPÍTULO II

LA BIENAVENTURANZA DE LOS JUSTOS

Bienaventurado aquel cuyo pecado es cubierto.

Sal. 32:1

Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el SEÑOR.

Sal. 33:12

*He aquí la mirada del SEÑOR está sobre aquellos
que le temen.*

Sal. 33:18

A TRAVÉS de todo el Antiguo Testamento, los hijos de Dios: los “sinceros” (= *verdaderos* hijos de Dios), los “piadosos”, los “justos”, son proclamados bienaventurados.

Esto no quiere decir que se encuentren en tal situación de ánimo que rebosen de dicha –esto también acontece en sus vidas–, sino que significa que ellos, *también en medio de su dolor y opresión, han de ser tenidos como bienaventurados.*

Cuando el Rey mismo –Jesucristo– vino a Su pueblo, no habló de otra forma.

En las bienaventuranzas elogió la dicha de Sus discípulos; alzó Sus ojos *sobre la muchedumbre de discípulos allí presentes ante Él*, y proclamó bienaventurado a aquel pueblo: aquel “remanente escogido” de entre todo el pueblo de los judíos (Romanos 11:5).

No había muchos ricos, pero estos pobres habían encontrado el reino de Dios.

No eran los bien pagados hijos de Abraham, sino los afligidos de Sión; pero ya los profetas habían consolado a estos afligidos con las más hermosas promesas.

No eran los violentos poseedores de poder e influencia entre su pueblo, sino únicamente los mansos, mas para ellos es la nueva tierra.

No eran personas que sólo supiesen de derechos propios, sino que el *derecho de Dios* era su deseo, y ellos alcanzarán derecho y justicia. No eran gentes que raramente sufren —sólo cuando ellos mismos sienten dolor—, sino personas que eran misericordiosas y se compadecían con los miserables en aquello que a éstos les causaba mucho dolor, pero que en su propio dolor esperaban que Dios les sería misericordioso.

No eran los duros de corazón, los cuales preferirían no encontrar a Dios, sino los limpios de corazón, y ellos encontrarían a Dios y recibirían Su bendición.

No eran hombres belicosos como Lamec, hijo de Caín, sino hacedores de paz; su nombre sería "hijos de Dios", lo cual es más que lo que los "varones de renombre" alcanzaron antes del Diluvio.

Eran los más postergados y despreciados, luego, perseguidos y maldicidos israelitas, pero su galardón sería grande en los cielos.

Lo que entonces se aplicó a la iglesia que se congregaba en torno al Señor, aun cabe decirse de la iglesia del siglo XX.

Sí; en efecto, la iglesia del Señor —y cada miembro de esa iglesia, *cada* "sincero" (=verdadero hijo de Dios), cada piadoso, cada justo, puede leer en esas bienaventuranzas cómo el Rey mismo —Jesucristo— piensa de él y lo que este Rey idea obrar en él.

Es lamentable que estas ricas promesas han sido casi invalidadas por una exégesis equivocada.

Pues estas bienaventuranzas se leen como si el Señor Jesús hubiera expresado con ellas unos *proverbios generales*. Así, en abstracto: Bienaventurados los pobres. Bienaventurados los afligidos.

Después se cae en la cuenta —y con razón—, que no puede darse a entender *todos* los pobres y los que llo-

ran. Por eso se busca una definición de una determinada *suerte* o clase de pobres, de los que lloran, de mansos, de los que tienen hambre y sed, etc.

De estas definiciones se dan muchas, ¿pero cuál es ahora la exacta? Por ejemplo, ¿quiénes son los que lloran? ¿Aquellos que lloran por el pecado? Excepto en Stg. 4:9, la palabra "llorar" no aparece en las Escrituras en relación con llorar por tu pecado. ¿Serán los que lloran por los seres queridos muertos? En ningún lugar dicen esto las Escrituras. ¿Serán los que lloran por las miserias del pueblo del SEÑOR? El rey Sedequías estuvo afligido, y sin embargo poco pudo ser tenido por bienaventurado. ¿Cuál es, pues, la definición precisa?

Si leemos lo que allí está escrito, entonces la encontramos en el evangelio de Lucas: "Y alzando los ojos hacia sus *discípulos*, decía: *Bienaventurados vosotros...* que estáis sentados delante de mí... pobres."

Por así decirlo, señala con el dedo a Su pueblo y, totalmente en la línea del Antiguo Testamento, proclamó bienaventurado al pueblo de Dios.

Y a *este* pueblo —que se congregaba en torno a Jesús—, a éste proclamó dichoso, aunque también llorasen.

Luego, es bastante indiferente por lo que ellos lloren: por el pecado, por la miseria del pueblo, por los muertos, por hijos extraviados, por los trabajos o la vanidad de la vida, por las contrariedades en su trabajo...

Dios les consolará perfecta y completamente, y enjugará todas sus lágrimas. Por eso son bienaventurados los que lloran.

También aquellos que rechazaron a Jesús habrán estado con la multitud: los ricos y acomodados fariseos, honrados por encima de los demás, haciéndose notar por su vestimenta.

A ellos les dijo el Señor el "¡Ay de vosotros ricos, porque vosotros habéis recibido todo con vuestra riqueza, a vosotros nada más os espera!".

También este *¡ay de vosotros!* es ahora para aquellos que no son discípulos de Jesús.

Por consiguiente, cuando de un modo histórico leemos estas palabras *en el contexto concreto*: Jesús ante Su pueblo y ante Sus enemigos, entonces estas palabras se

hacen plenamente “actuales” también para *la iglesia* de nuestro tiempo y para *los enemigos de Cristo*.

Así pues, en las bienaventuranzas no hay ni un ápice de vaguedad o incertidumbre. Y las discusiones acerca de los verdaderos pobres, los verdaderos afligidos, los verdaderos pacificadores, etc., pueden quedar zanjadas.

Entonces vemos más especialmente lo que el Señor dijo de la bienaventuranza de los justos.

1.- Bienaventurados, vosotros discípulos de Jesús

“Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios”.

Lucas 6:20

Especialmente bajo la influencia que recibimos desde nuestra juventud, los occidentales estamos acostumbrados a expresarnos en juicios inexactos, *generales* o vagos. Por eso abundan en la escuela frases hechas como: Los pájaros tienen plumas, la vaca es un animal rumiante, etc.

Este afán de generalizar con juicios abstractos, que más o menos se quedan por encima de la experiencia normal, frecuentemente nos juegan una mala pasada al leer la Biblia. Porque la Biblia habla más concretamente, de modo más práctico y menos “científicamente”.

Mateo 5:34, “Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera”, no es una frase vaga o general, de forma que en ella también se incluya el juramento ante el juez, pues el Señor allí habla sobre el jurar (=blasfemar) de los judíos en la vida diaria. Nosotros podríamos traducir: no blasfeméis de ninguna manera.

El contexto en que estas palabras fueron expresadas, el contorno, los oyentes, el motivo, todo esto puede enseñarnos respecto al contenido.

Así ocurre también con las conocidas “bienaventuranzas”.

¡Cuánto se ha fantaseado ya sobre ellas! Tomemos, por ejemplo, esta frase como *juicio general*: “Bienaventurados los pobres”. Este texto puede servir para proclamar

el sentimiento de bienaventuranza de los que de nada se sienten necesitados (estoicos), para recomendar la ascética como favorable para la salvación eterna (frailes mendicantes), pero de la misma manera para reivindicar el futuro para el proletariado. Además en esta frase se puede leer el quietismo, y asimismo se puede decir qué significa ser pobre en sí mismo (¡pero también Judas lo fue en su desesperación!).

En fin, de ella se puede hacer lo que se quiera.

Mejor método es que preguntemos quiénes son los que las Escrituras generalmente entienden como "pobres". Entonces el socialista tiene razón, porque pobres, en la Biblia, siempre significa: personas que son pobres en bienes, miserables, sin ayuda, indigentes.

¿Son todos éstos, sin más ni más, declarados bienaventurados?

Finalmente (y entonces nos acercamos mucho hasta la verdad bíblica de la palabra 'pobre'), se puede decir: pobres, esos son aquí las personas que no encuentran en sí mismos su salvación, ayuda y paz, y buscan en el Salvador la plenitud de su indigencia. Pero,... esto no se dice en esta bienaventuranza. También en Mateo 5:3, "pobres en espíritu" no significa otra cosa que: pobre, indigente y necesitado hasta en su naturaleza íntima (espíritu). "De espíritu", no es limitación, sino corroboración (Cremet, Bibli. Theol. Wörterbuch, 11 Aufl. pág. 969) de la palabra "pobre".

¿Qué es, pues, lo que aquí se dice?

Esto: Que Jesús subió a un monte y que SUS DISCÍPULOS se acercaron a Él. Y que Él, entonces, alzó sus ojos *sobre sus discípulos*, sobre Su iglesia, la cual es la sal de la tierra y la luz del mundo (Mateo 5:13-14).

Y entonces no vio muchos ricos, nobles y gentes estimadas; ni fariseos avaros, lustrosos, suficientes y honorables; ni escribas, sumosacerdotes y príncipes del pueblo, -sino muchos pobres y afligidos y "mansos" (palabra casi sinónima de "pobres", = los que tienen el estilo de vida de los pobres) y hambrientos de la palabra consoladora de Jesús, y misericordiosos, y pacificadores, y perseguidos y vituperados.

Un bien pagado rabino puede que haya mirado con desprecio a aquella multitud. No eran mucho negocio

aquellos seguidores del "rabí" de Nazaret. Y el hombre que ama los goces del mundo, puede haberse apartado siseando: -tampoco aquí se halla la felicidad.

Entonces habla el Rey, pobre Él mismo (Zacarías 9:9), de quien el salmista cantó: "Tendrá misericordia del pobre y del menesteroso" (Salmo 72:13), a Su *resto en Israel* (Sofonías 3:12), y dice: Bienaventurados sois, resto en Israel, pobres y necesitados, pero allegados y cercanos a vuestro Rey.

Sus discípulos son bienaventurados, aun cuando también sean pobres.

La pobreza no es razón de bienaventuranza. Se opone a ello. (También en la Biblia, la cual no conoce pobreza dichosa o indigencia venturosa). Pero aquella pobreza, que abate el espíritu, no es para los discípulos de Jesús *obstáculo alguno* para que Él, Jesús, les dejara de llamar *bienaventurados*.

Ellos *son* bienaventurados, a pesar de su pobreza.

Ellos *son* bienaventurados, aun cuando ahora lloren.

Ellos *son* bienaventurados, aun cuando como mansos no tengan mucho que decir en el mundo.

Ellos *son* bienaventurados, aun cuando las gentes les vituperen.

Porque han encontrado al Rey -Jesucristo-, que salva a los menesterosos y libera la vida de los necesitados, que redime sus almas de engaño y violencia, y que tiene por preciosa la sangre de ellos. (Salmo 72).

Y lo que *entonces* dijo el Salvador a Su Iglesia, eso dice ahora a Su Pueblo, el cual también con frecuencia es pobre, llora, tiene hambre y sed de justicia, y es manso, y es vituperado. Bienaventurados sois...

¡Qué consuelo que Jesucristo diga esto a Su iglesia de hoy! No es que entonces desaparezca directamente toda miseria, pero sí que los vituperios, la pobreza, el llanto y el hambre se vuelven ligeros contratiempos de un instante.

2.- Los discípulos pobres de Jesús

"Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de

ellos es el reino de los cielos”, dijo Jesús a sus discípulos.

Mateo 5:3

Hay pobres a quienes no fastidia su pobreza, por lo que respecta a su espíritu. Sobrellevan la pobreza con reciedumbre y con orgullo de espíritu (los estoicos), o se divierten y se consuelan mediante toda clase de placer (los epicúreos). El proletariado insurgente une ambos métodos.

Tomemos ahora la palabra “pobre” en el sentido de: carecer-de-algo, en el significado más amplio, entonces TODOS los hombres son pobres. El uno es pobre en esto, el otro en aquello, ahora más, luego menos.

Pero todos nosotros conocemos aquella actitud de espíritu que no quiere soportar la pobreza, que no *quiere* contemplar esa realidad, puesto que a pesar de todo queremos hacer algo de nuestra vida. A ser posible ¡un todo armónico!

Los que son de Cristo, también han crucificado esta “carne”, con los deseos del hombre entero. No necesitan ya de este hacerse-el-hombre, puesto que buscan en Cristo su curación (salvación). Y entonces llegan a tener la oportunidad de reconocer noblemente su indigencia, y su pobreza llega rabiosamente hasta su consciencia, abierta y claramente, y entonces se hacen “pobres de espíritu” y su pobreza les atormenta luego hasta en su vida más íntima.

La iglesia de Laodicea se había hecho rica a sus propios ojos, y el Señor dice: No sabes que eres desventurada, pobre y ciega (Apocalipsis 3:17).

Cuanto más busca el pueblo de Dios su salvación en Cristo, tanto más se dispone a *reconocer* su propia pobreza. ¡Los hijos del Rey son los que más profundamente experimentan la pobreza!

Esto es así, por ejemplo, en nuestra obra escolar. Podemos hacernos-el-hombre, encubrir la pobreza, hacernos-el-listo -y sobre todo ante los niños *parece* que esto nos sale bien.

Pero Cristo nos enseña en Su escuela a reconocer nuestra propia pobreza. De forma que cuando abrimos nuestros ojos, una y otra vez nos vemos rodeados de pobreza y escasez.

Esto puede humillar al espíritu –esto hace pobre de espíritu.

Tomemos ahora, sencillamente, esa pobreza en todo terreno: desde el abrigo raído hasta la vida espiritualmente pobre; desde el suspender en un examen hasta el no entender los caminos de Dios; desde los malos “resultados” en la escuela hasta el ser débil en la fe; desde el ser una y otra vez incomprendido en el colegio hasta el reincidir en el pecado... Es una lista de indigencias que hace pobre al espíritu.

Pero si entonces nos vamos a sentar con los discípulos de Jesús a Sus pies para aprender, si nosotros, pobres como somos, vamos a Él, nuestro Rey, entonces nos enseña en el sermón del monte: *Bienaventurados* vosotros, pobres de espíritu. Bienaventurados, llenos de dicha.

Esto nos sorprende. ¡Tan pobres! –y, esto no obstante, ¿dichosos?

¿Por qué, en fin? ¿Porque somos pobres? Esto sería necedad. No; sino porque tales pobres y necesitados *discípulos* son súbditos del Reino de los cielos.

Y éste es un reino glorioso, y ya ahora está viniendo a través de toda nuestra pobreza. A veces, ya ahora, notamos algo de él en nuestra experiencia de la vida.

Y el Rey de ese reino hará justicia a sus súbditos frente a toda clase de presión empobrecedora, hará justicia frente a los hombres malos y... frente a Satán. Y la ciudad con calles de oro y puertas de perlas, en la que será implantado el honor y la gloria de los pueblos, es su ciudad para el futuro.

Si la pobreza humilla nuestro espíritu, entonces leamos con frecuencia la enseñanza de Jesús para nuestro consuelo, oyendo a la vez resonar en las promesas del Antiguo Testamento acerca de Él, que vendría para anunciar el Evangelio a los pobres, las notas del himno celestial.

Si esto lo aceptamos para nosotros –*discípulos* de Jesús–, también aprendemos a aceptar esta bienaventuranza para nuestros hijos.

Porque también en ellos descubrimos pobreza en multitud de formas. También pobreza que humilla al espíritu. Una vez más tomemos esto lo más ampliamente

posible: desde las blusas rotas hasta el dar vueltas a sus debilidades, a no ser buenos con Dios (¡esto también ocurre entre los niños!); desde la falta de conocimiento de lo que es un colegio hasta el no poder “retener” la amonestación del SEÑOR.

¿Exigiremos aquí lo perfecto? ¿Esperaremos riqueza, rodeando por todas partes a nuestros hijos (Humanismo) y la exigiremos? ¿Negaremos su pobreza o no pensaremos en ella, puesto que esa pobreza (frecuentemente no del todo injusta) también se la puede imputar a nuestra enseñanza?

Aceptaremos también su pobreza, incluso aquella que humilla al espíritu, pero para ir nuevamente hasta Jesús con la pobreza de nuestros hijos, y aprender de Él, que dice: Bienaventurados los niños pobres que pertenecen a la iglesia de Cristo.

Entonces podemos ver, sin enojo arbitrario, a los miserables y tontos y... a los reincidentes.

Entonces, esa frase hecha: ¡“No hay nada que hacer”!, morirá en nuestros labios, y volveremos a leer, como dicho también para la “simiente de la iglesia”, las palabras de Jesús: Bienaventurados los pobres en espíritu.

Y ciertamente nuestros ojos también se abrirán para aquellos niños doblemente pobres, niños retrasados: que ni son pobres, ni la pobreza hiere al espíritu.

Consolaremos a los pobres en espíritu con la promesa del Señor, el cual también nos consoló *a nosotros*.

Entonces con mayor razón podremos conminar a los “ricos” –movidos por el amor de Cristo–: ¡Ay de vosotros, los ricos, ya habéis obtenido la *recompensa* (Mt. 6:2, 5, 16); vosotros no *sabéis que sois pobres fuera de Cristo*, dignos de conmiseración y desgraciados, aun cuando *os tengáis por ricos*!

A éstos, una y otra vez les enseñaremos –y quiera el Espíritu de Dios abrir los ojos de ellos– no a que “se sientan” pobres, sino que *son* pobres fuera de Cristo y que su riqueza es caduca.

Finalmente, también hay pobres a quienes la pobreza ha herido en el espíritu, pues están abatidos y sin consuelo, puesto que no conocen a Jesús. ¿Atraemos a éstos por la predicación del Evangelio para los pobres? ¿O

les cargamos con lastres humanísticos de un arbitrario enriquecimiento y mejora de la vida fuera de Cristo?

“Bienaventurados los pobres en espíritu”:

Es decir: *consuelo* para quienes conocen a Cristo, amonestación para los ricos (¿fuera consuelo en las riquezas!), voz interior cautivadora para los pobres que no conocen a Jesús.

Si nosotros mismos conocemos ese consuelo, entonces toda nuestra enseñanza de la Biblia (y también cualquier otra) llevará el sello del mismo. Y siendo esto así, *desaparecerá la imagen soberbia y terrenal del humanista moderno*, y Cristo, el consolador de los pobres, adquiere figura en nosotros. También en nuestra enseñanza.

3. Los entristecidos hijos de Dios

*“Bienaventurados los que lloran,
porque ellos recibirán consolación”.*

*“Bienaventurados los que ahora lloráis,
porque reiréis”.*

Mateo 5:4 y Lucas 6:21 b.

Cuando estas palabras las leemos como una frase común o de carácter general desligada del contexto, entonces venimos a encontrarnos ante grandes dificultades. Pues es muy difícil declarar bienaventurados a todos los que lloran y están desconsolados. Por ejemplo, a Esaú, Judas, el joven rico, los pescadores en Isaías 19:8, etc.

Por eso, frecuentemente se pregunta: ¿*Cuáles* son aquellos que lloran a los que el Señor Jesús se refería?, y entonces se declara una clase de los que lloran que, sobre el fundamento de las Sagradas Escrituras, se toma en cuenta para el consuelo. Y puesto que llorar por el pecado lo consideramos como uno de los hechos más piadosos, somos propensos a hacer de esta bienaventuranza, lo siguiente: Bienaventurados los que lloran *sobre su pecado*. En sí misma, esta “explicación” puede realmen-

te satisfacernos, pero, ello no obstante, chocamos con dos graves objeciones:

1.^a que eso no está ahí, que hemos de introducirlo en vez de deducirlo;

2.^a que excepto en Stg. 4:9, la palabra *llorar* no se usa en las Escrituras en relación con nuestro pecado *personal*. Cuando el pecado nos abate, las Escrituras siempre hablan de *arrepentimiento*, *padecer sufrimiento*, *dolor*, *confesar* con ayuno y llanto, pero en ningún lugar usa la palabra que Jesús empleó aquí.

¿Qué es, pues, lo que ahí está escrito? —Que Jesús, a *Sus discípulos que lloraban*, les prometía: que serían consolados, que su llanto se convertiría en risa.

Y si afirmamos que *Sus discípulos* reunidos en torno a Él representan la iglesia (la sal de la tierra, la luz del mundo), entonces leemos allí: que Jesús también “a los afligidos de Sión” (Isaías 61:3) de ahora promete lo mismo.

No los que lloran, en un sentido general (por ejemplo, los jóvenes con ‘angustia vital’), e incluso tampoco los que lloran sobre su pecado (v. 9. Esaú, Judas), son los que aquí se indica. Con frecuencia nos deshacemos del caso de Judas, diciendo: que debe ser un dolor *verdadero*, tristeza según Dios, la cual obra conversión —y entonces nos encontramos muy cerca de la verdad—, pero enseguida hemos limitado entonces las ricas palabras de Jesús a *un solo caso*: la tristeza según Dios por un mal cometido.

Mas cuán llenas y ricas para toda nuestra vida se hacen estas palabras si las leemos así: Jesús dijo a *Sus discípulos*: Vosotros seréis consolados aun cuando ahora lloréis; vosotros reiréis aun cuando ahora lloréis.

Él habla allí a los *hijos de Sión* que aun ahora, por todo tipo de razones, están tristes y lloran.

Y ahora podemos relacionar este llorar con toda clase de asuntos, ¡sin excluir nada! Dios disipará *toda* lágrima de los ojos de ellos (Apocalipsis 21:4). No sólo aquéllas por causa del pecado, sino también aquéllas por causa del arrepentimiento, la pena y la compasión por los demás. No podemos substraer nuestra vida ordinaria a estas palabras consoladoras de nuestro Cirujano, el Señor Jesús, pensando únicamente en llorar sobre nuestro pecado.

destierro, así también ahora puede salvarnos a nosotros del poder del mundo moderno, y hacer que se disipen los que atacan de un lado y otro.

4. Los mansos

"Mejor es humillar el espíritu con los humildes, que repartir despojos con los soberbios".

Proverbios 16:19

"Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad".

Mateo 5:5

Manso es, entre nosotros, casi igual a apacible, un cierto rasgo de carácter que frecuentemente se encuentra en naturalezas un tanto débiles. Luego, es opuesto a colérico, duro, atrevido y violento.

En la Biblia significa más una cierta actitud de vida que un rasgo del carácter, y allí se halla opuesta a *soberbio*. Una persona colérica, dura, atrevida y fría puede realmente ser muy mansa, si esa persona, en medio y a pesar de todo, es "pobre en espíritu", esto es, si "no es muy difícil de contentar".

Jesús dice: "Aprended de mí, que soy manso". Y bajo la influencia de la acepción citada en primer lugar, generalmente vemos a Jesús como una figura dulce, un tanto femenina y apacible.

Pero la acepción o significado bíblico es éste: Jesús era humilde de espíritu, no soberbio, ni codicioso por ser el primero, ni exigente. Era como quien, en circunstancias pobres, delimita sus deseos y no levanta la voz, porque pertenece a los "pequeños" y... permanece en su lugar. El es pobre, vive en casa de amigos, no grita por las calles ni se pone en primera fila.

Semejantes humildes-de-espíritu-porque-son "poco importantes", tales mansos frecuentemente son tenidos en poco en el mundo.

Los extremistas, los que gritan, los ricos, los que po-

por el castigo que se avecina, por el pecado de otros, por las miserias de Sión (sobrevenidas también por los pecados propios) —todo esto lo disipará Dios por medio de *consuelo*. Todo ese llanto se mudará en risa. Todas esas lágrimas las enjugará Él. Aún un poco más profundamente podemos tomar o interpretar estas palabras de Jesús. Bienaventurados los que lloran...

Mas no siempre lloramos. Aquí también podemos alegrarnos y cantar salmos. ¡No, el llorar en sí no debemos encontrarlo bienaventurado o dichoso, como el místico, que se siente dichosísimo cuando de todo corazón puede llorar por su pecado y quiere mantener esas lágrimas bienaventuradas, porque de ello hace un fundamento para su fe que realmente le viene bien!

Llorar no es bienaventurado. En ninguna parte enseñan esto las Escrituras.

Pero ciertamente podemos comprender, que los que han llorado mucho (*verdaderamente*, y no *por el gozo en sí* de llorar) por los muertos, por el dolor de otros, y sobre todo por los males de Sión, —que esos recibirán la consolación más gloriosa. Quien *aquí* ha amado a la iglesia del Señor más que a su propia casa, ése podrá contemplar la eterna ciudad en mayor resplandor que aquél que derramó más lágrimas por la casa que le quemaban que por el influjo devastador de los enemigos en la iglesia de Jesucristo.

Y el doliente, el pobre tenido por desgraciado dentro del pueblo de Dios, experimentará más gloriosamente la consolación de Dios, que el cristiano que siempre tuvo prosperidad en el mundo. Estas palabras de Jesús están llenas de consuelo para los dolientes y menospreciados —para los que entre nosotros lloran—, y sobre todo para aquellos que con tristeza contemplan cómo la ciencia moderna —sí, todo el mundo moderno— se abalanzó sobre la iglesia del Señor en los dos últimos siglos, y arrastró a nuestros hijos hacia el campo de los enemigos, y mira con menosprecio a Sión. Pero el *Rey* de Sión llegó con un anuncio gozoso para consolar a los afligidos de Sión: Su iglesia no puede perecer.

También hoy día existe una iglesia a la que Él consolará.

Como una vez hizo volver a Israel, lleno de júbilo, del

destierro, así también ahora puede salvarnos a nosotros del poder del mundo moderno, y hacer que se disipen los que atacan de un lado y otro.

4. Los mansos

"Mejor es humillar el espíritu con los humildes, que repartir despojos con los soberbios".

Proverbios 16:19

"Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad".

Mateo 5:5

Manso es, entre nosotros, casi igual a apacible, un cierto rasgo de carácter que frecuentemente se encuentra en naturalezas un tanto débiles. Luego, es opuesto a colérico, duro, atrevido y violento.

En la Biblia significa más una cierta actitud de vida que un rasgo del carácter, y allí se halla opuesta a *soberbio*. Una persona colérica, dura, atrevida y fría puede realmente ser muy mansa, si esa persona, en medio y a pesar de todo, es "pobre en espíritu", esto es, si "no es muy difícil de contentar".

Jesús dice: "Aprended de mí, que soy manso". Y bajo la influencia de la acepción citada en primer lugar, generalmente vemos a Jesús como una figura dulce, un tanto femenina y apacible.

Pero la acepción o significado bíblico es éste: Jesús era humilde de espíritu, no soberbio, ni codicioso por ser el primero, ni exigente. Era como quien, en circunstancias pobres, delimita sus deseos y no levanta la voz, porque pertenece a los "pequeños" y... permanece en su lugar. El es pobre, vive en casa de amigos, no grita por las calles ni se pone en primera fila.

Semejantes humildes-de-espíritu-porque-son "poco importantes", tales mansos frecuentemente son tenidos en poco en el mundo.

Los extremistas, los que gritan, los ricos, los que po-

seen grandes bienes, los poderosos, los aristócratas, los que se pelean por una buena posición que todo lo ponen en juego por el aumento del peso de su persona, las figuras que se imponen a otros, las personas de un prestigio extremadamente firme y duro, —todas ellas ciertamente encuentran su derecho en el mundo. En muchos sentidos toman más que lo que es su derecho (si bien también —oh milagro— hay muchos ricos y poderosos que se hicieron “humildes de espíritu”).

Pero los mansos que no *pueden* actuar brutalmente, que no se *atreven* a gritar porque son “poco importantes”; los pobres, —que no tienen poder alguno; los inconsiderados, los que cuya personalidad carece de peso, las personas que no sobresalen de las demás, —a todas éstas es frecuente —muy frecuente— que se las haga *injusticia* en el mundo.

A pesar de todo, dice Salomón, que es mejor estar con éstos que hacer partes con los soberbios.

Mejor es sufrir la injusticia que hacer injusticia. Mejor un lugar más bien bajo en la sociedad, que un escalón demasiado alto, porque Dios hará *justicia* y entonces será *humillado* lo que esté demasiado alto.

Esto no obstante, el lugar del manso en la vida frecuentemente es difícil. Sufrir injusticia es duro. Tener derecho a un poco de vida y ver como ésta es cortada por un brutal revolucionario, — ¡esto es muy crudo! Por eso muchos de tales “mansos” frecuentemente empiezan a cavilar y refunfuñar para sus adentros y, a veces, —como Asaf en el Salmo 73— comienzan a murmurar contra Dios. —¿Sabría Dios esto? ¿Tendrá conocimiento de esta injusticia? Si lo sabe, ¿por qué, pues, se hace dura-dera? No todos estos mansos son llamados bienaventurados por Jesús. Porque no todos pertenecen a Sus discípulos.

Y alzando Sus ojos sobre Sus discípulos, dijo: Bienaventurados los mansos. Aquellos mansos que vinieron hasta Él —también el manso que era pobre, también los postergados, también los que habían sido despojados del derecho que el SEÑOR tenía sobre ellos, también los carentes de poder terrenal—, éstos son bienaventurados.

¿Por qué?

—Porque ellos recibirán lo que por derecho les pertenece: ellos esperan su derecho de la gracia de Dios. También frente a Él se hicieron humildes de espíritu, a diferencia de aquellos mansos que no le conocen a Él.

Es como un dicho: 'Los audaces poseen medio mundo'. Pero ¡tendrán que entregarlo! Porque el mundo no está destinado para ellos, sino que los mansos HIJOS DE DIOS, éstos son los que poseerán la tierra.

Y poseerán la tierra hereditariamente; ningún poder les arrebatará ya esa posesión, ni tampoco a sus hijos, porque el Todopoderoso, el Juez de toda la tierra se lo dio. Él tomó partido por ellos. No por su mansedumbre, sino porque "el manso", Cristo, que es su Salvador, fue ensalzado sobremanera (Fil. 2:3-10).

Heredar la nueva tierra.

Busquemos, pues, ese tesoro que no parece —considerando por mansedumbre al otro hermano más excelente que nosotros mismos, —también poniendo atención en lo que otro tiene o es..., viendo los propios dones, pero viéndolos en provecho de otros, y considerando los dones de Dios en otros "más hermosos" que los nuestros.

Esto no es absoluta imposibilidad de defenderse. Nosotros debemos buscar nuestro *derecho* a tiempo cerca de las gentes y cerca de Dios. Pero cuando no vamos más lejos de los medios legales apropiados y la oración por el derecho que nos corresponde, entonces restará aún mucho que *sufrir*.

Tampoco es cosa de ser ciego para los dones propios, y neciamente ensalzar como bueno lo de cualquier otro, —sino que es el amor que se goza en los dones del otro y a sí mismo se mantiene en segundo plano.

Tampoco es un retraerse, antes bien es un *preferirse* los unos a los otros en cuanto a honra (Ro. 12:10b). En el Reino de Jesús se hace así:

—los pobres heredan un reino;

—los que lloran son consolados de forma que reirán (Lc. 6:21);

—los mansos obtendrán una herencia.

5. Por la justicia de Dios

"Y (Abraham) creyó a Jehová, y le fue contado por justicia".

Génesis 15:6

"Ensancharon contra mí su boca... Muévete y despierta para hacerme justicia... Y mi lengua hablará de tu justicia..."

Salmo 35:21-28

"Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados".

Mateo 5:6

Cuando el Señor Jesús comenzó a predicar, vinieron a Él los que el Padre le había dado. Creyeron en Él, y por esta fe fueron justificados (Ro. 3:28), así como Abraham lo fuera tiempo atrás.

Jesús, sentado en el monte, desplegando Sus ojos sobre Sus discípulos, ve *justos*, esto es, personas que ante el tribunal de Dios quedarán en libertad, porque la justicia de Dios nada más tiene que exigirles.

Esto fue ciertamente muy increíble para aquellos cansados y fatigados bajo el yugo de los fariseos y escribas. Increíble para pecadores. ¿Pues no es el pecado la injusticia? ¿Y el gobernar de Dios no es puro y santo?

¿Quiénes estarán en pie ante Su juicio?

—*Los justos*, como Abraham, y todos los creyentes. La justicia de Dios ya no está más contra ellos.

Esto también lo saben —por la fe.

Y si entonces el mundo les acomete y les persigue *porque son hijos de Dios*, en esos momentos se atreven —aun pecadores en sí mismos— *a pedir justicia* al Dios santo, puesto que saben que Dios eligió *estar de su parte* (Salmo 35). El asunto de su derecho lo hará Dios prosperar como el mediodía (Sal. 37:6; Is. 62:1-2).

Y cuando ven la solución, cantan: El Señor me ha recompensado conforme a mi justicia (Sal. 18:20, 24).

Quien se atasca en nuestro moderno concepto de "justicia": ser justo en sentido humanista, tener un fuerte sentimiento de justicia, no poder ver que personas su-

fran injusticia, ser piadoso, dar a cada uno lo suyo, etc. —esa persona naturalmente no podrá leer en los textos citados mucho más que un comienzo de la posterior soberbia farisea y del orgullo nacional judío.

Mas ese no es el concepto bíblico de “justicia”. Justo es alguien siempre *con respecto a una ley*. Y la diferencia entre nuestra moderna idea y la de la Biblia descansa en esto: que la primera toma como medida la ley del hombre autónomo (el imperativo categórico), y la segunda el juicio del Supremo Juez y Legislador.

En la Biblia, justicia siempre es: justicia que puede mantenerse en pie ante la Ley de Dios. Si Dios declara justo, ¿quién podrá entonces condenar?

Los creyentes no han de temer nada de la justicia de Dios. De ahí también lo que constantemente se repite: No temáis. Y esta expresión la han aceptado con agrado, una y otra vez, por medio de la fe.

Quien les priva de este *Evangelio*, quien lo añade “condiciones”, quien lo quita aunque sólo sea un ápice, obra en contra de la Palabra de Dios, la cual promete la justicia *gratuitamente* y, por tanto, *completamente*.

En consecuencia, los creyentes *son* justos y les es permitido invocar a Dios para que Él saque a la luz la justicia de ellos. Quien les quiere quitar esta justicia de ser pueblo de Dios, pone su juicio o criterio frente al del Juez Supremo. La trama humanista en nuestro pensar acerca de estas cosas nos hace caer a cada paso en estos errores.

El Evangelio, *como algo gratuito*, nos resulta demasiado amplio, se volvería peligroso para la piedad, para la santificación, ya no lucharíamos más para entrar en él. ¿Acaso no es estrecha la puerta? Y las personas que se llaman a sí mismas “pueblo de Dios” corren peligro de una soberbia arbitraria. De este modo nosotros vemos peligros.

Las Sagradas Escrituras nunca hablan de peligros del Evangelio como algo gratuito, ni de arrogancia en los piadosos cuando ellos se nombran a sí mismos pueblo de Dios. Sin embargo, ¿por qué ocurre? ¿No son la fría ortodoxia y el fariseísmo pruebas históricas de que esos peligros pueden existir?

Esto ocurre por lo siguiente: La Biblia siempre dis-

tingue muy marcadamente entre creyentes e incrédulos.

Y en este caso, la Palabra de Dios nunca se dirige a la fría ortodoxia y al fariseo como a creyentes, sino que los *censura* y *advierte*. Pero —y aquí está la diferencia con nuestra teoría procedente del hombre— las Sagradas Escrituras nunca avisan contra el Evangelio o contra la firmeza y seguridad del pueblo de Dios, sino contra la inconversión y las obras muertas de la *justificación propia*. Todo esto nada tiene que ver con el Evangelio de la gracia soberana y con la certeza del pueblo de Dios. Jesús fustigó con sus palabras a los engreídos hijos de Abraham, mas nunca llamó la atención a los verdaderos piadosos contra el honrar al padre Abraham. Juan Bautista llamó a conversión, pero a la vez habló de paja y *de grano*, y quienes aceptaban su palabra fueron bautizados para perdón de pecados. Y Jesús les acepta inmediatamente como verdaderos hijos de Abraham, como israelitas en los cuales no hay engaño.

Un *Evangelio gratuito* y un *pueblo de Dios*.

Jesús vio a ese pueblo sentado junto a Él sobre el monte, y Él, que conoce los corazones y escudriña la mente, sabe cómo ese pueblo hambrea y tiene sed de justicia; cómo la justicia de Dios sobre sus propios pecados era aceptada por ellos en la primera o (y) cotidiana conversión; cómo tenían hambre y sed en ser tenidos por justos por Dios, como Abraham; cómo en su propia vida experimentaban a cada paso la justicia de Dios sobre sus pecados, y por eso andaban con temor y temblor. Y en este caso, sólo el Evangelio por gracia pudo ayudar a estos hambrientos. Todo lo demás no era pan que pudiera saciar (Is. 55:1-2).

Y *este pan* daba Jesús a manos llenas.

Y también vio cómo hambreaban y tenían sed de la perfecta y total manifestación del juicio de Dios en el mundo —también sobre los enemigos del pueblo de Dios.

Ser declarados justos para Dios, poder aceptar ese derecho de Dios en la vida propia y vivir según esto (: muriendo al pecado), ver la justicia de Dios sobre Sus enemigos —ver amanecer el día que el Reino de Dios y su justicia se manifestará de modo total y perfecto... —esto

hambread y de esto tienen sed todos los hijos de Dios (unos más, otros menos; ahora vivamente, luego más débilmente). Y ahora promete Jesús a Su iglesia que esta hambre y sed serán apagadas o saciadas.

Serán saciados. Como un hambriento, una vez saciado, dice: -'Ahora me siento bien, estoy saciado', así el pueblo de Dios descansará *en el juicio de Dios* sobre ellos mismos, sobre Cristo en la cruz, sobre los enemigos de Cristo (también la propia familia, la cual rechazó a Cristo; ¡cuán por encima de todo está el juicio de Dios!).

Más aún: ellos ensalzarán la justicia de Dios que los salvó de la esclavitud del pecado y que concedió a Cristo la razón y el derecho frente a Sus enemigos, -esa justicia que a ellos les hizo ser honestos y cabales.

Así pues, serán bienaventurados: saciados de justicia, en este caso.

¿Qué es, pues, -comparada con esta justicia de Dios- la justicia humana de la fría y muerta ortodoxia, y del fariseo, y del hombre autónomo, sino "pan que nunca puede saciar"?

¿Ensalzamos nosotros la justicia de Dios en la escuela? ¿Damos a los niños, que por la gracia de Dios llegan a tener hambre y sed, vino y leche *de balde* y les predicamos el Evangelio: -*Vosotros* no temáis? ¿Estamos en la brecha en pro del derecho de Dios frente a la muerta ortodoxia y al fariseísmo, también entre nuestros niños?

Bienaventurados los maestros y maestras que tienen hambre y sed de la justicia de Dios -ellos y ellas serán saciados. También cuando -ellos (o ellas) alguna vez vean a los justos y a los impíos que en otro tiempo les fue permitido enseñar.

6. Personas justas

*"¿Quién subirá al monte de Jehová?
El limpio de manos y puro de corazón".*

Salmo 24:3-4

"Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo?" El que

anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón".

Salmo 15:1-2

"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios".

Mateo 5:8

¿Soy yo puro de corazón?

¡Difícil pregunta! ¿Qué es lo que se da a entender con la palabra "puro"?

¿Inmaculado, limpio ante Dios, puro o limpio de pecado? ¿Quién se atreverá a decir esto de su corazón? ¿Quién osará decir: -yo he purificado mi corazón, yo soy puro?

Bien, concretemos entonces algo más, por ejemplo: puro en principio; no tener *inclinación* al pecado; *querer* el bien aunque el mal mora en mí... ¿Pero dónde está el límite?

Quien a través de este camino del autoexamen quiere llegar a la "fe" de que él es un creyente -ése tal está en el camino equivocado. Nunca jamás podrá llegar a la certeza de la fe, porque el corazón del hombre es malo y... engañoso (Jer. 17:9). ¿Y dónde está la medida? ¿la medida *infalible*?

¿Acaso el Salmo 24 da esa medida? Limpio de manos, puro de corazón, no ser atraído por la vanidad; el que no jura con engaño... O el Salmo 15: el que no calumnia, el que no hace daño a su prójimo, el que no rompe su palabra, el que no presta por usura, el que no tramó nada contra el inocente... -ése no resbalará jamás.

Hubo tiempos en que las gentes tenían mucho interés por su interior y por la cuestión de qué clase de fe propiamente tenían. Entonces se escribieron gruesos libros con el fin de dar orientación a los piadosos en esta difícil autoinspección. Los escritores habían encontrado las palabras de los Salmos 15 y 24 sólo un examen simple y sencillo; y el "joven rico" había sido aprobado sin reparo. ¿Quién le habría acusado de injusticia, perjurio, usura, insinceridad e impureza de corazón? Y, sin embargo, *marcó entristecido*, porque tenía muchas riquezas.

¿Cómo podré yo llegar a la certeza de la fe *por el autoexamen*?

¿Cómo podré saber: yo soy un puro de corazón, y con señorial certeza aceptar la promesa de Jesús de que yo veré a Dios?

Los “escritores recién mencionados” una y otra vez podrían dividir en puntos cada parte de los mencionados Salmos 15 y 24, y cada punto volverlo a escudriñar y “montarlo”, —pero aunque obtuvieran tantas partes que usasen todas la letras del alfabeto para indicar las divisiones y subdivisiones, aún entonces no habrían llevado ni un solo practicante del autoexamen a esta seguridad para con él mismo. Porque para tener esa certeza respecto al propio corazón se tendría que conocer al propio corazón como Dios lo conoce y prueba, es decir, *jinfaliblemente y también para el futuro!*

Siempre nos enseñó la experiencia: que el autoexamen no puede ser el camino para la certeza de la fe.

Pero ése tampoco es el camino que nos enseñan las Sagradas Escrituras.

¿Es un camino encontrado por gentes piadosas bajo el influjo de la filosofía, que encontró *su punto de partida* en el hombre, en la razón? Ese camino no se encuentra en las Sagradas Escrituras.

En toda la Biblia no hay más que dos textos en los que (aparentemente) se podría apoyar el camino del autoexamen. En Sofonías 2:1, leemos: “Congregaos y medita...” cuya exégesis más conforme a las Escrituras podría ser ésta: ‘Entrad dentro de vosotros mismos y comprobad todo vuestro hacer para que entendáis cuán *gravemente habéis airado* (Sof. 1:5–6) a Dios el Señor... y apresuraos a reconciliaros con Dios’. ¡Esto no es examinarse si se es un puro de corazón!

En II Corintios 13:5, tenemos: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos”. Cuya interpretación más verosímil será ésta: ‘Esto es, para que seáis plenamente convencidos *de la verdad* (= *autenticidad*) *de mi apostolado* (v. 3), pues haciendo tal cosa descubriréis que tenéis la verdadera fe en Cristo, la cual *habéis obtenido por mi Evangelio*’. Aquí se trata del apostolado de Pablo que fue negado por algunos en Corinto, y que se puede demostrar por los verdaderos creyentes en Corinto.

Pero ¿cómo pueden las Sagradas Escrituras dejar tan en segundo plano un asunto tan serio y de peso como

el autoexamen o el poder creer por sí mismo, lo cual en el siglo XVIII estuvo en el centro de la predicación, de forma que no se encuentre en ellas ninguna llamada positiva a semejante autoinspiración?

—Porque las Sagradas Escrituras no encuentran el punto de partida, *ni tampoco* el punto crucial, *en el hombre*, sino en Él, en Cristo, que llama a sus ovejas por su nombre.

Las Sagradas Escrituras parten siempre de la base de que Dios congrega a Su iglesia. Y esto lo hace en el camino del Pacto, enviando a Sus siervos con la predicación de *la fe y la conversión*. Y, siendo esto así, las Sagradas Escrituras siempre parten de la verdad de que “todo aquel que es de la verdad” oirá esta llamada y la tomará a pecho. Y no puede ser de otra manera.

Por tanto, no es así: Hay una gran masa de personas como individuos desligados (concepto revolucionario) reunidos en una iglesia o local (falso concepto de iglesia), y entonces éstos deben, como individuo ‘A’ e individuo ‘B’, ponerse a examinarse a sí mismos si son puros de corazón, para entonces llegar a la conclusión: —yo creo que tengo un corazón puro, y, *consecuentemente*, veré a Dios.

Antes al contrario, la realidad es ésta: El pueblo de Dios está ahí. Y frente a éste se halla el mundo enemigo de Dios. (También en las reuniones de los creyentes se sientan enemigos, hipócritas, mentirosos, que dicen... pero no hacen, que se llaman de la iglesia y son considerados como tales, pero no lo son).

¿Quiénes se hallarán en el tabernáculo de Dios? (Salmo 15).

¿Quiénes ascenderán al monte Sión tras el arca? (Salmo 24).

¿Quiénes verán a Dios?

—El pueblo de Dios. Todos ellos. Y de los otros, ninguno. Así lo dice la Sagrada Escritura.

—Y ¿quiénes son ese pueblo? —Las Sagradas Escrituras lo dicen:

—Quienes creen, quienes reciben Su Palabra con agrado, quienes viven bajo el vínculo del Pacto y andan en los caminos del SEÑOR, quienes llegaron a Jesús como Sus discípulos; aquellas pobres, y afligidas, y mansas y hambrientas de justicia, y misericordiosas personas, que son

odiadas por el mundo. *Todas* estas cosas son parte de ellos.

Las Sagradas Escrituras están llenas del relato de esa fe, de ese aceptar con agrado, de ese caminar en el Pacto, de la descripción de ese pueblo de Dios y de su dolor, y de su caída y levantamiento, de su lucha y de su hambre de la justicia de Dios.

Y ya no hay ninguna persona "neutral". Donde, de todo lo dicho, nada se encuentra, allí *imper*a la injusticia. Y si estos injustos claman: -¡Señor, Señor!, entonces el Señor dirá: -"Apartaos de Mí, *obradores de iniquidad*", y ellos serán arrojados fuera. El pueblo de Dios, y los enemigos de Dios. No hay otra cosa.

¿Crees tú en Cristo? ¿Guardas Su Pacto? ¿Te conviertes de las obras malas? Pues bien, entonces tú estás *cierto y seguro* de tu salvación en Cristo, por la fe; (¿no estás seguro y cierto?, entonces es por tu poca fe).

Esto así, el Salmo 15 dice de ti: que tú andas íntegramente (como un auténtico hijo de Dios), -que haces justicia, que de corazón hablas la verdad, que no calumnias, que no haces mal a tu vecino, que no entristesces a tu prójimo, que te sometes al derecho y no das por usura. Y el Salmo 24, dice de ti: que tú eres limpio de manos y puro de corazón, que tu alma no la elevas a la vanidad ni juras con engaño.

Y el Salvador dice de ti -¡y Él conoce tu corazón!- que tú eres un puro de corazón.

Y Él te promete, que tú verás a Dios. Jesús hablaba a *Sus discípulos*.

¿Formas tú parte de ellos?, entonces *tú eres* también un puro de corazón, aunque tú, frecuentemente, hagas lo que no quieres, como el apóstol Pablo (Ro. 7:7-25).

Y entonces, la consolación de esta bienaventuranza es también para ti.

Y asimismo *la certeza*, pues cuando el mismo Señor Jesús lo dice, ¡indudablemente será verdad!

Así es como obtienes también la confirmación, viendo los frutos de la fe.

Únicamente cuando te colocas en el camino bíblico de *fe y conversión*, puedes hacer examen de los frutos.

Sólo como discípulo de Jesús puedes llamarte a ti mismo un puro de corazón. Nunca a la inversa.

Primeramente creemos la verdad bíblica expuesta en el domingo 1 del Catecismo de Heidelberg, y después la que se expresa en el domingo 32 del mismo catecismo.

7. Nacido de Dios

"Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar".

I Jn. 3:9

"Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro".

I Jn. 3:3

"Vosotros limpios estáis, aunque no todos".

Juan 13:10

"Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio".

Salmo 51:10

La bienaventuranza sobre los puros de corazón la hemos mezclado o relacionado anteriormente con los hijos de Dios, y con nadie más.

Ésta es totalmente diferente de la exégesis que parte de la definición siguiente: –Puros de corazón son aquellos, que... (sigamos completando):

que son sinceros frente a sí mismos,
que no tienen conciencia de ningún mal,
que tienen una conciencia intachable,
que claramente detectan las cosas,
que se han remontado por encima de la vida diaria,
que han huido del mundo, etc.

Todas estas definiciones encajan, en muchos casos, lo mismo (o acaso aún mejor) en los incrédulos que en los creyentes.

Pongamos frente a frente a un "sincero" fariseo y al David del Salmo 51, a un incrédulo engreído y a un creyente después de una grave y profunda caída. Pen-

semos en el Pedro de la Última Cena, ¿es él un puro de corazón? Y con todo, Jesús dice: "Vosotros limpios estáis", excepto Judas.

Y Juan incluso se atreve a escribir: (el creyente) no puede pecar.

Juan, según el contexto, quiere decir: (el creyente) no puede vivir en el pecado, no aguanta o permanece en el pecado. De otra forma, la amonestación del evangelista –"Hijitos, guardaos de los ídolos" I Jn. 5:21– no tendría sentido alguno.

Quien espera de Cristo, no *puede* vivir en el pecado; y cae de su peso, en virtud de haber nacido de Dios, que él se purifique a sí mismo, porque Cristo es puro.

"Así, pues, es *imposible* que esta santa *fe* sea vacía en el hombre" (Confesión de Fe Holandesa, art. 24. cf. Gálatas 5:6).

¿Cómo nosotros (que con Cristo hemos muerto al pecado), *viviremos* aún en el pecado? (Romanos 6:2).

Y, sin embargo, los hijos de Dios caen a cada paso en el pecado; muy profunda y gravemente, a veces. No pueden vivir en el pecado, y, esto no obstante, pecan una y otra vez. No *quieren* lo que, empero, vuelven a hacer. Son limpios y, sin embargo, a cada paso impuros. Son esclavos de Cristo, comprados a gran precio, y, a pesar de ello, se les puede ver que por naturaleza eran esclavos de la injusticia.

Esta es la *tensión*, la tensión de la vida, que en ningún lugar las Escrituras anulan y a la que las mismas Escrituras incluso sujetan o impelen.

Las tensiones modernas: tiempo–eternidad; religión–práctica de la vida; ascética–cultura; sermón del monte–sociedad (Tolstoi); hombre como criatura pecadora–Dios como fuego abrasador (Karl Barth)... estas tensiones modernas son dejadas de lado por la fe. Pero esa tensión vital entre el *pecado* (que no queremos, que lucha contra toda la ley de nuestro sentimiento) y nuestro ser puros de corazón (¡lo que *no* siempre se manifiesta en nuestra vida!), esa tensión hizo a Pablo exclamar: "Miserable–hombre–de mí, quién me librará de este cuerpo de muerte" (Pablo no se refiere al cuerpo pecador en sí, sino a las consecuencias del pecado que mora en él).

La fe vence a todas las tensiones modernas.

Estamos en el tiempo, pero tenemos la vida eterna.

Servimos a Dios *en* la práctica de la vida.

Celebramos y cantamos: la tierra es del SEÑOR.

Servimos a Dios y honramos al rey.

Somos hombres pecadores y, sin embargo, nos gloriamos: Emanuel (:Dios con nosotros), y nos dejamos llamar por las Sagradas Escrituras: *hijos de Dios*, santos, amados, elegidos, Sión, pueblo de Dios, amigos de Cristo, miembros de la familia de Dios y... "limpios de corazón". Y *nosotros somos* todo eso también en el tiempo.

Y después de una caída profunda –como el David del Salmo 51–, cuando aceptar esto casi parece blasfemo a los oídos humanos y a la conciencia, entonces oramos con David: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio". Entonces, no se trata momentáneamente de una tensión mayor o menor, o de una tensión constante del (hecho de) purificarse (I Jn. 3:3), sino que se trata de: ser o no ser hijo de Dios. Y esto es lo más grave: *no* ser hijo de Dios, lo cual para un creyente, es imposible de soportar. Y, así, clama: "No me *eches* de delante de ti y no quites de mí tu Santo Espíritu" (Sal. 51:11).

Y en esta oración resurge de nuevo el "oro de la fe" y también este David nuevamente resulta un limpio de corazón que podrá ver a Dios.

"Limpios de corazón", nos llamó Jesús, lo cual nos estimula más a limpiarnos que la más severa predicación de la santificación "para ser salvos".

Y para esta tensión, podemos prescindir de las otras (las antes citadas) en la vida Cristiana (:en Cristo). En efecto, el peligro de estas tensiones modernas, cada vez más de moda, es: que relegan a segundo plano la *lucha bíblica contra el pecado*.

Entonces hablamos de "hombres temporales" que se han de volver "hombres de eternidad", en lugar de espolpear o estimular a los "limpios de corazón" a purificarse a sí mismos del *pecado* con la estremecedora promesa de que verán a Dios.

8. Los pacificadores en la iglesia

"Y pondré paz por tu tributo y justicia por tus opresores".

Isaías 60:17

"Yo soy pacífico: mas ellos, así que hablo me hacen guerra".

Salmo 120:7

"Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios".

Mateo 5:9

La moderna interpretación de "pacíficos" (en el griego "pacificadores") puede quizá ser traducida de la mejor manera por tolerantes, irenistas, hombres que de tal manera aman la paz que a la batalla o lucha, como tal, la esquivan. En el rumor de la lucha *en torno a la verdad* en cualquier terreno (también en la iglesia) aparecen estos hacedores (con su ideal humanista de tolerancia) de paz, como verdaderos ángeles de paz.

Y la tentación es grande en aplicarles a éstos esta bienaventuranza: Bienaventurados estos pacíficos; hijos queridos de Dios serán llamados.

Frente a figuras como Nehemías, que por el celo para con el pueblo de Dios arrojan los muebles a la calle (Nehemías 13:8) y arrancan los pelos (13:25), estos pacíficos causan una impresión enormemente sobrehumana y angelical.

Visto desde el punto humanista, éstos son los hijos de Dios, y los Nehemías son gentes peligrosas. Estos pacíficos no tienen enemigos; pues, ¿no dejan a cada uno en paz? Tolerancia en la iglesia, en la escuela, en la sociedad... éste fue el hermoso slogan del liberalismo. Mas la Biblia no conoce este ideal de tolerancia.

En la Biblia, la paz descansa siempre en la *justicia* y la *verdad*, en la terminación de la injusticia y la mentira, en hacer justicia, de forma que el poder de los malos es reprimido. Seraías (Jer. 51) fue un príncipe pacífico, y precisamente él tuvo que arrojar una gran piedra en el río como imagen de la caída de Babilonia. Esto

no fue ciertamente muy tolerante; esto encerraba una lucha a muerte y terrible entre medos, persas y babilonios; esto contenía o llevaba en sí el juicio de Dios sobre la ciudad de sangre (Ap. 19:2; 18:24).

Y a *esta* clase de pacíficos, que hablan del derecho de Dios y del derecho de Su pueblo, se les tiene por enemigos. Así también el poeta del Salmo 120. Éste busca la paz por la justicia —y por ello suscita a los malos contra sí.

También los discípulos de Jesús serían luego apresados y echados en la cárcel porque revolucionaban al pueblo. Pero se da el caso, que *el* Pacificador por excelencia, el mismo Príncipe de paz, será acusado como aquel que hizo caer al pueblo en desgracia, y será crucificado como revoltoso.

El Salvador, sentado en el monte, contempla el círculo de Sus discípulos. Ve al fogoso Pedro, que después, en sus cartas, escribirá sobre “hombres malvados, bur-ladores, maestros falsos”. Ve a Juan, que escribirá sobre el *mentiroso* que niega la Divinidad de Cristo (I Jn. 2:22), sobre hijos del diablo (I Jn. 3:10), sobre el charlatán Diótrefes (III Jn. 10).

Estos son los pacificadores, por muy extraño que le parezca al ideal de paz humanista.

Pedro puede, de todo corazón, escribir en la citada carta: “Gracia y *paz* os sean multiplicadas” (II Pedro 1:2), y Juan: “La *paz* sea contigo” (III, v. 15).

No se trata de una paz por la cual la justicia y la verdad simplemente tengan que enmudecer por amor de la “paz” que prohíbe a los oprimidos clamar justicia; no se trata de una “paz” para los malos y para el mundo enemigo de Dios; no se refieren a *semejante* paz los pacificadores, aquellos que son hijos de Dios.

Los hijos de Dios no pueden hacer paz alguna con el mal, ni con el mundo. Ya se ocuparán de ellos los mismos malos. Pues los primeros, intuitivamente, notan que estos pacificadores constituyen una grave amenaza para *su* propia paz falsa, y por esto aquéllos los ven y consideran como “la mosca” que hace corromperse el ungüento (Ec. 10:1). Los hijos de Dios son pacificadores.

Sin embargo, continúa la lucha, mientras que los pacificadores del mundo y los pacificadores de Cristo se hallen frente a frente.

Pero llegará el día que todos nuestros ancianos serán pacíficos, y nuestros fanáticos, justos. Entonces, el saludo apostólico: "paz sea a vosotros", se verá totalmente cumplido. Bienaventurados son estos pacificadores en torno al Príncipe de la Paz.

9. Perseguidos por causa de Cristo

"Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos".

"Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperaren y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros".

Mateo 5:10-12

Así habló Jesús a Sus discípulos. Esta bienaventuranza no necesita mucha explicación.

Que el pueblo de Dios es perseguido por causa de la justicia, por causa de su búsqueda del *derecho* de Dios sobre ellos mismos y sobre el mundo, por causa de su hambre de ser justos ante Dios, por causa de su celo por los asuntos del Señor, por causa de su entorpecimiento a la paz falsa, —esto ya ha quedado muy claramente probado en la historia. Ningún hijo de Dios se ha librado de ello. Ya sea por persecuciones, ya por escarnio, siempre fueron atacados. Y cuanto más confiesan los hijos de Dios, *como tales*, a su Rey delante de los hombres, tanto más esa enemistad del mundo se alza contra ellos.

Propiamente, diríamos que es una cosa molesta. Con frecuencia nos lamentamos de ellos; esos encarcelados por causa de Cristo, esos calumniados, despreciados y postergados por causa del Nombre de Cristo.

Pero ¡es portentoso! —Cristo *no* los lamenta o compadece. Sino que les dice: vuestro *galardón* es grande; *alegraos* y *gozaos*; vosotros sois bienaventurados.

Bienaventurado es este pueblo de Dios —no a pesar de, sino precisamente *porque* son perseguidos.

Para ellos hay galardón en los cielos. Un *gran* galardón, por cierto.

¿Fue por esto que Pablo y Silas, destrozadas las espaldas y atenazados sus pies en “el cepo” en una postura insoportable, cantaran himnos de alabanza?

¿Fue por esto que Pedro y Juan, después de una partida de azotes —40 menos 1— —¡qué vergüenza!—, salieron de la presencia del Consejo Judío gozosos de haber sido *hallados dignos* de ser maltratados por causa de Cristo?

Para el mundo, que quiso anexionarse las bienaventuranzas, es ésta última ciertamente la de menor importancia. De ella no se puede hacer mucho para el mundo. Pero el pueblo de Dios oye aquí el son de trompeta de los ángeles que vienen a buscar a la iglesia perseguida y la llevan hasta las bodas del Cordero.

En esta bienaventuranza se agudiza en extremo la contraposición o contraste: discípulos de Jesús—mundo enemigo, y profetiza de la última batalla y de la victoria de nuestro Rey.

En lo más encarnizado de la batalla, el general frecuentemente llama “hijos” a sus soldados, y ellos entonces sienten al arisco general junto a sí como “padre”. Algo muy distinto de como les ocurre en el cuartel.

Así, nunca he sentido a mi REY más cerca de mí que cuando yo, por “compañeros” y “camaradas” en el servicio militar, fui vituperado por causa de vivir como un hijo de Dios.

Esta fue la auténtica “experiencia” o “vivencia” brotando en las promesas del Señor que yo leí en la Biblia, en medio de la vida corriente.

Bienaventurados los discípulos de Jesús, ya ahora en este mundo. *Todas las bienaventuranzas del monte valen para ellos, y para nadie más.*

Aunque el mundo, partiendo del sonido de las palabras, aquí y allí encuentra comparación con lo que él entiende por virtud, la última bienaventuranza, la cual ve frente por frente a *iglesia y mundo*, interrumpe totalmente esa ilusión.

¡Qué privilegio, poder ser miembro de la iglesia!

Pero, también, ¡qué horror para los hipócritas, los cuales luego serán expulsados *de la iglesia*, y encontrarán su parte con el mundo!

CAPÍTULO III

LA JUSTICIA DE LOS JUSTOS

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO justifica gratuitamente a Su pueblo. Todos los esfuerzos de los hombres para salvarse mediante su "religiosidad" resultan vanos. Son pobres gentes que buscan y se afanan en construirse su propia justicia, pero en la mayoría de los casos experimentan que no lo pueden lograr. De ahí que cada vez vayan haciendo más pesada su carga. La "religión vana y caprichosa", llevada hasta sus últimas consecuencias, desemboca en el "sacrificio de los primogénitos" (Ez. 20:26), en la ofrenda de todo, en la "entrega de toda la personalidad", como muchos gustan decir en nuestros días.

Sin embargo, *sólo hay un sacrificio* para salvación: el sacrificio de Cristo; y *sólo hay una cruz* que nos pueda ser útil: la cruz de Cristo, *Su sacrificio por nuestros pecados*.

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que Cristo realiza una *perfecta y total* propiciación para Su pueblo, y que el Señor instituyó un *pacto de gracia* con Su pueblo. Cristo *compró* Su pueblo a muy *caro precio* —mediante Su sangre. A lo cual *nada* podemos añadir nosotros.

Así pues, quien quiera aportar una "ofrenda personal", o lo que sea, para su salvación o paz interior, comete *agravio* contra la obra reconciliadora de Cristo.

Obediencia es lo que el Dios del Pacto pide a todos los que fueron con Israel (la iglesia) a través del Mar Rojo (bautismo) y que estuvieron bajo la nube, y que con

el pueblo de Dios vivieron del maná y bebieron de la roca (I Co. 10:1-6). Pues Él dijo a Su pueblo: "Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto". "Tu Dios" significaba el pacto-de-gracia.

Acto seguido, el SEÑOR amonesta a Su pueblo a que le obedezca a Él, *por causa de su propia subsistencia*; ya que bendición o maldición *del pacto* será lo que caiga sobre ellos, por causa de su obediencia o desobediencia.

Si se aferran a lo que el Señor dice, entonces Dios les promete la bendición del pacto. (Esto no es salvarse por obras, sino *bendición*, como un *padre* bendice a sus hijos obedientes -y también a los que se arrepienten). Pero Dios también promete la *maldición* (castigo) del pacto, como un *padre* castiga a su hijo testarudo y malvado, e incluso, en el más grave de los casos, lo echa de su presencia.

El Señor Jesús habla exactamente igual que el SEÑOR en Deuteronomio 28; Él mismo es también "Yavé nuestra Justicia". Él perdona los pecados.

Y congrega para Sí un pueblo (la iglesia) en la tierra, el cual se gloria de que conoce a Cristo el Señor como su Salvador.

Pues bien, por esta razón exige de *esa iglesia* que ella le dé a Él honor que sólo a Él le corresponde. No perfección, pero sí cotidiana oración por el perdón de los pecados; - no santidad absoluta, pero sí perdón para con el prójimo, y constante *temor del SEÑOR*, y caminar en todos los caminos del SEÑOR, y amor a Su Pacto, y vuelta de los errores, y conversión de pecados. Todo esto es lo que Él tiene derecho a pedir a Su pueblo.

Y a todos los que viven entre este pueblo y *no* le honren a Él como su Rey, a éstos les dirá: Apartaos de Mí, obradores de iniquidad; porque no todo aquel que dice *Señor, Señor*, sino el que *hace Su voluntad*, muestra que es hijo auténtico de la iglesia, es decir, un "sincero".

Por consiguiente, en este texto no se trata de un *hacer para ser salvo*.

Esto es lo que hacían (¡equivocadamente!) los fariseos. Ayunaban y oraban, y eran escrupulosamente religiosos, -mas su religión era pura religiosidad vana y caprichosa. No, aquí se trata de la *prueba* de la fe en Cristo.

Aquí no hay *inciertos* o titubeantes que por medio de las buenas obras adquieren *certeza* o seguridad. Aquí hay hombres y mujeres que, como iglesia de Cristo, se glorían en el perdón de los pecados, y dicen Señor, Señor, a Jesús, y que ahora *son probados* para ver si su casa está edificada sobre roca (cf. Mt. 7:25).

El que oye y *no* hace, sucumbe en la prueba y ve derrumbarse su casa. El que oye y *hace*, se mantiene en pie en la prueba. El Señor Jesús habla muy claramente acerca de esta “puerta estrecha” de la prueba cristiana, a continuación del sermón del monte.

Compárese con esto lo que el apóstol Pedro entendía por confirmación de la vocación y elección: II Pedro 1:3-11.

1. ¿Con qué me presentaré ante el SEÑOR?

“¿Con qué me presentaré ante Jehová? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión?...

Oh hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios”.

Miqueas 6:6-8

La religión exigente y dura está siempre de moda entre las personas “inclinadas a lo religioso”. Sacrificar algo por su religión, e incluso dar mucho a su Dios, es algo que les da una gran satisfacción, que halaga el corazón religioso y da una cierta tranquilidad y liberación consigo mismo.

El profeta Miqueas también profetizó bajo el régimen de Acáz. Este rey de Judá era muy religioso. Sirvió a Yavé según sus propios criterios y se preocupó muy poco de la Ley del SEÑOR. Pero ¡qué religiosísimo fue! ¡Muchísimo! ¿No hizo edificar un altar hermosísimo en el atrio, según un modelo que había en Damasco, más enjaezado y hermoso que el antiguo? ¿No tomó parte en otros cultos además del de Yavé?

Principalmente, el más duro y exigente de todos –el

culto a Moloch— le atrajo sobremanera. Era algo que merecía la pena.

Aquel dios pedía mucho, terriblemente mucho. Hacer pasar por fuego sus propios hijos. Con razón era esto una ofrenda de sí mismo, la entrega total de un padre. ¡Esto sí que podía llamarse religión! Tal religión prometía servicio recíproco entre aquel dios y el hombre; ¡de aquí tenía que seguirse una recompensa magnífica!

¡Pobres gentes religiosas que han sido atrapadas en una religión vana y caprichosa! ¡Cuán opresor es el yugo y pesada la carga que han tomado sobre sí mismos!

Algunos dirán: ¡Qué gran sacrificio ofrendan esos monjes y anacoretas; qué gran ofrenda de sí mismo pide el estado sacerdotal; qué gran lucha por el ideal de la santidad mantuvo Lutero en el convento; qué suspiros y esfuerzos por sentir la gracia de Dios padecen los místicos; qué duros exámenes de la propia conciencia practica el pietista; cuánto esfuerzo en el metodista por—hacer—por—el—Señor para serle agradable y entregarse totalmente a Él.

Pero, a todos los que se fatigan a sí mismos o “se destruyen” por su religión, se queja el SEÑOR de forma conmovedora en Miqueas: “Pueblo mío, ¿qué te he hecho, o en qué te he *molestado*?” (6:3)

Yo —dice el SEÑOR— te liberé de la casa de servidumbre (Egipto) y no quise oír la maldición de Balaam...

Y en esta queja conmovedora, Miqueas ya no puede seguir guardando silencio: el pecado, el desprecio de Dios es algo tan grande que exige propiciación y satisfacción.

¿Con qué saldrá al encuentro de Yavé que se queja y lamenta? Entonces recuerda los sacrificios de niños, practicados por el “religioso” Acáz.

¿Le costará su primogénito? ¿Acaso una portentosa ofrenda de sí mismo?

Pero he aquí que el SEÑOR —el Dios de cielos y tierra—, el Dios que fue despreciado y que se quejaba, dice: ¡Yo no pido mucho! No exijo un culto duro de soportar, ni donación de sí mismo, ni autosacrificio. Yo sólo pido que dejéis *el pecado* y andéis en Mis caminos, y vayáis humildemente conmigo por la vida.

Abandonar el *pecado*, temer al SEÑOR como Dios del Pacto y caminar con Él por la vida... Nada más.

¿No es esto conmovedor?

Imagínate un padre que es abandonado por su hijo y maltratado. Luego, el hijo se arrepiente, y dice a su padre: —¿Cómo *repararé* lo hecho? Y el padre dice: —Todo está bien si yo puedo volver a ser tu padre; ésta es mi única exigencia.

¿Cómo enseñamos a nuestros hijos a ver el culto o servicio de Dios?

¿Como una *reparación a Dios*? ¿Como una *lucha hacia una cada vez más elevada* (!) santidad? (¡Oh, pobres!). ¿Como una ofrenda de sí mismos? ¿Como una entrega de todo al SEÑOR? ¿Como un morir, y mediante esto ser salvos? ¿Como un ser *destruido* por la Majestad de Dios, y por ello seguir viviendo? ¿Como un morir, perder, sucumbir y desaparecer? ¿Como una vida bajo el lema: ¡todo o nada! ¡santo o impío!?

Si lo hacemos así, nos comportamos contrariamente a la Palabra de Dios a pesar de tan *dura* y exigente religiosidad. Pues la Palabra de Dios desconoce todas estas formas y maneras, aunque todas ellas parezcan tan piadosas.

Pues conversión no es enmendar, sino un volver, un retornar al Padre; y el *esforzarse* por la santificación es algo muy diferente de un afanarse por santificarse subjetivamente; y amar al SEÑOR no es una ofrenda de sí mismo, sino justamente el más alto mantenimiento de la propia personalidad; y consagrar todo al SEÑOR no es *cederle* todo a Él.

El *¡todo o nada!* no es un lenguaje según las Escrituras, sino un lema favorito de gentes que no conocen al Yavé que se lamenta por medio del profeta Miqueas. “Mi yugo es suave”, —dijo el Señor Jesús— “y ligera mi carga”.

¿Damos testimonio de esto también a nuestros hijos? ¿Les hacemos ver el duro y doloroso yugo del pecado, de Mammón (riquezas) y del mundo? ¿Les enseñamos a observar el pesado yugo de “aquéllos que están bajo la ley” y practican una religión caprichosa y vana?

¿Mostramos en nuestra propia vida que el SEÑOR no nos pidió en vano que caminemos humildemente con Él, que dejemos el pecado, y que muramos en nosotros al hombre viejo, es decir, *al pecado*?

¿O imponemos, como antaño los fariseos, cargas pesadas y yugos insoportables? Entonces pasará el Salvador junto a nuestra manera de hacer y llamará junto a Él, *sin contar con nosotros*, a nuestros seguidores cansados ya de una lucha inútil y martirizados por las autopenitencias, y les dirá: Venid a *Mí*, almas cansadas y cargadas... y Yo os haré descansar.

También llamará a venir a Él a los *pecadores* que no podían ni querían cumplir nuestras exigencias y que ya se habían aburrido de nuestra "religión". Incluso les buscará y *visitará* por medio de la evangelización en las cárceles, y Él reunirá Su pueblo —aquel que nosotros no pascoreamos rectamente—, para que se llene Su casa.

2. Injustamente llamado a conversión

Elifaz: *"Si te volvieres al Omnipotente, serás edificado"*.

Job: *"Me probará, y saldré como oro. Mis pies han seguido sus pisadas; guardaré su camino, y no me apartaré"*.

Job 22:23; 23:10-11

Es una ocupación muy fácil llamar a *toda persona* a "conversión", sobre todo a aquéllas que, como Job, se hallan bajo grave sospecha de culpa.

Especialmente ahora, cuando, bajo las influencias modernas, la conversión consistente en "hacer algo", es suplantada por la "conversión" consistente en que "te suceda algo".

Pero en la Biblia, la respuesta a la exigencia o imperativo: "Arrepentíos", es lo siguiente: —¿Qué *haremos*? Hch. 2:37; 9:6; 16:30).

Resulta, pues, muy difícil proclamar indiscriminadamente a toda persona tal exigencia de conversión. Porque de lo que se trata es de indicar los *pecados* en tal o cual persona; *pecados* que ella debe abandonar.

Así se acercaron los soldados a Juan Bautista, y él supo denunciar sus debilidades (cf. Lc. 3:14). Para ellos, el camino de conversión es no hacer extorsión a los hombres

ni robarles; y para los avaros y ricos fariseos, consistía en dar ropa y alimento a los pobres; y para los publicanos, se concretaba en no exigir más de lo establecido en el pago de tributos.

Al exigir conversión a los niños, deberé poder citar determinados pecados infantiles. Si no puedo hacerlo, tampoco deberé proponer conversión de forma generalizada.

Así es como tanto predicador de: "¡Arrepentíos, arrepentíos!", puede resultar inoportuno, pues acaso le ocurra como a Elifaz, el cual, sin más ni más, amonestaba a Job al arrepentimiento y conversión, mas no podía señalar ni un solo pecado de Job, y tenía que contentarse con vagas acusaciones.

Menos peligroso es para el predicador, cuando no precisa mencionar ningún pecado concreto. Pues entonces se razona de la forma siguiente: Todos los hombres son pecadores. ¡Usted también! Y sin conversión no hay salvación. Por consiguiente: ¡Arrepiéntase! ¡Ojalá que Vd. se convierta!

En tanto en cuanto esto significa: Si Vd. vive impíamente, ¡vuélvase a Dios, cambie su vida hacia Dios!, se habrá dado con el verdadero significado de la exigencia o mandato: ¡Conviértase a Dios! Siempre y cuando esto se diga a gentes que, conformadas al mundo, viven en pecado.

Pero ¿cómo se podrá hacer y entender, cuando se le dice, como en el caso de Job, a alguien que teme al Señor?

También ocurre en la enseñanza y período de formación de un niño que teme al Señor, sea amonestado a que se convierta.

No se le dice: -¡Arrepiéntete de esta o aquella cosa mala! Ni tampoco: -¡El Señor no quiere que hagas eso!

Sino que se le generaliza: -Tú debes convertirte, pues si no, te condenarás.

De esta forma, lo que es verdad cuando un niño VIVE en sus pecados, se llega a expresar *como verdad* a un niño que huye y odia el pecado y teme al Señor. De ahí que este niño naturalmente temblará ante tan pesada y aparentemente piadosa exigencia de conversión, y angustiado preguntará *si* realmente le ha ocurrido algo, y qué es lo que a él le deba suceder. El niño también sentirá la amarga

tristeza que el mismo Job debió tener cuando Elifaz, Bildad y Zofar (uno de los cuales era más mayor que su padre, 15:10) le amonestaron *injustamente* a que se convirtiera.

Hay niños que viven en el pecado. *Nombrémosles ese y ese* pecado, y amonestémosles que se arrepientan *de ellos*.

Hay niños que temen al Señor, y caen en pecado. Aconsejémosles a que no permanezcan en el pecado.

Los hay que *temen al Señor y caminan como Job*. Cuidémonos, pues, de no entristecer a estos pequeños exigiéndoles “conversión”, mientras nosotros mismos no sepamos de qué pecado se trata. Pues, de lo contrario, haremos como los amigos de Job.

Podría ocurrir, que aquellos niños que, *siendo temerosos de Dios*, fueron puestos en dificultades por nuestra injusta exigencia de conversión, tuvieran que orar (como Job, 42:7) por nosotros para que Dios no nos tome en cuenta nuestro error.

Por lo general, debemos amonestar mucho más a conversión en el verdadero sentido escriturístico. Pero se debe orar por nuestros colegios, aunque ello aún parezca tan piadoso, que esa vaga y moderna amonestación que se lleva a cabo casa por casa –incluso cerca de los sinceros, piadosos y temerosos de Dios que se apartan del mal– no se produzca allí.

La amonestación de Elifaz también parecía muy piadosa; pero Job la encontró algo sin valor, “alimento insípido” (6:7, cf. nota Biblia de Jerusalén: alimento “de enfermo”).

Si se quiere tomar en serio la conversión en la iglesia y en los colegios, incluso para los piadosos, será preciso que se *nombren los pecados* y no divagar. Quien hable de conversión, diga a la vez “de qué”.

Pero cuídese de no acusar en falso, pues el Señor no se sirve de personas que injustamente llaman a conversión a Su pueblo.

Si volvemos a quedarnos con esta lección: Es preciso hablar concretamente acerca de conversión de este y este mal, tanto a impíos que *viven* en él, como a piadosos que caen en él, pero también callar si éstos *no* tropezaron, entonces tenemos aquí un camino para lle-

gar al conocimiento del pecado mediante la gracia de Dios.

Porque el hablar vagamente, embota a los oyentes; y una llamada injusta a conversión rompe la obra del Espíritu Santo en lugar de edificarla.

Mas si suplicamos a Dios una sabiduría dulce, prudente e inteligente, entonces podemos ser más "exigentes" incluso en cosas como moda, usos, estilo de vida, etc., en aquel espíritu en que *Calvino*, en Ginebra, trabajó *en la iglesia y en los colegios*.

Luego, no se trata de decir: -¡Tú eres inconverso (-a)!, pues lo veo en tu peinado; por tanto, tú te perderás, si no cambias. ¡No es eso!

Sino que si se trata de una señora, se debería decir: -Las mujeres, *como corresponde a las que profesan piedad*, deben vestirse de buenas obras, y, por eso, han de adornarse con ropas decorosas, con pudor y modestia (I Ti. 2:9-10).

Resumiendo; no deberemos decir: -Niños, (señores, señoras, etc) en tanto que no estéis seguros de vosotros mismos de que sois "conversos", ¡estáis condenados!

¡No! Porque esto es una grande y grave injusticia que se comete con los niños que desde su más tierna infancia temen al Señor. Ese era el lenguaje de Elifaz para con Job.

Pero sí se deberá decir a ciertos niños (¡y mayores!): -Corta con ese *camino* en el pecado. ¡Te estás jugando la vida (eterna)! Y a otros: -Pide al Señor perdón después de caer en pecado, y vuélvete a levantar! Y también a aquéllos que temen al Señor: -"Cercano está Jehová a todos los que le invocan. A todos los que le invocan de veras. Cumplirá el deseo de los que le temen; oírás asimismo el clamor de ellos, y los salvará. Jehová guarda a todos los que le aman, mas destruirá a todos los impíos" (Salmo 145:18-20).

Pero si *éstos últimos* -estos temerosos del Señor- claman a Dios por causa de nuestras exigencias de conversión cerca de ellos, entonces somos nosotros los que nos hallamos en situación de ser acusados por el SEÑOR.

3. Hablar injustamente por complacer a Dios

“¿Hablaréis iniquidad por Dios? ¿Hablaréis por él engaño? ¿Haréis acepción de personas a su favor? ¿Contenderéis vosotros por Dios?”

Job 13:7-8

Job era sincero y piadoso, temeroso de Dios y más aborrecedor del mal que cualquier otro en la tierra (Job 1:8). Dios también le había dado felicidad en toda clase de bendiciones de esta tierra.

Pero le fue arrebatada esta felicidad, y en su lugar le sobrevino miseria espantosa. Dios mismo declaró que Satanás le había incitado contra Job, “para que lo arruinara *sin causa*” (2:3).

Su propia mujer le aconsejó que se desentendiera de Dios; y sus amigos se le acercaron para consolarle, y estuvieron durante siete días y siete noches buscando palabras de consuelo, sin que pudieran encontrar ninguna. Antes al contrario, cuanto más tiempo pasaba, la vaga sospecha se convirtió en certeza de que Job era *culpable* de su situación.

Pues la cuestión la presentaban de la siguiente forma: O Job es sincero y piadoso –pero entonces Dios le hace una injusticia terrible... O Dios nunca comete injusticia y, por consiguiente, Job es inocente. En resumen, ponían este dilema: Dios o Job es culpable.

Esto así, la sentencia de condenación era fácil: Dios no puede ser injusto, y consecuentemente, Job es culpable.

También Job se hallaba ante el mismo interrogante. También él ignoraba que fuese Satanás quien había herido a Dios en Su honor acusando a Su pueblo de amor interesado, y que por eso sufría él. Lo que se relata en los capítulos 1 y 2 –es decir, el diálogo entre Dios y Satanás–, era algo que Job no sabía, así como tampoco sus amigos.

Colocándose ante el *razonamiento* Job es culpable, o si no Dios, este hombre –Job– no tuvo más remedio que llegar a esta conclusión: ¡Dios no! Pero estando seguro

de la plena realidad de su *sinceridad y piedad*, tampoco podía aceptar que él era culpable. Él *sabía* que esto *no era verdad*. Y en la disputa con sus amigos, muchas veces se dejó engañar para que más bien aceptase que Dios cometía injusticia en él, antes que él padeciese *por su propia culpa*.

Y, así, tenemos que no fue en los amigos, sino en el propio Job en quien todo esto desemboca en una *apelación al derecho y a la verdad frente a Dios*.

Los amigos no se hicieron cargo del derecho de Job y de la profundidad de este sufrimiento inocente. Ellos no se enfrentaban con el terrible problema del sufrir inocentemente de los píos en medio de la vida. Sólo les preocupaba solucionar un problema teórico por el camino del razonamiento.

Así es como pudieron convertirse fácilmente en *defensores de Dios*.

Dios es justo, luego Job, aquí y ahora, padece justamente como culpable.

Dios castiga a los impíos con cosas terribles; aquí hay castigo, luego Job es un impío. Es cierto que no sabemos el mal que él cometió, pero es seguro que él lo habrá hecho secretamente. En cualquier caso, Dios es justo al alcanzar a Job con Sus flechas encendidas (6:4) y al convertirle en blanco de todas las miradas. Dios es justo al tomarle por el cuello y echarle por tierra (16:12). ¿Un hombre sería más justo que Dios? (4:17).

Que Job, pues, se convierta (5:8), y entonces Dios aun le perdonará y le salvará (5:19-26). ¡Ojalá que Job pueda llegar a conversión!

Y los amigos de Dios escuchan moviendo la cabeza, cuando Job les responde afirmándose más y más en su sinceridad y rectitud (2:3). Pues el razonamiento de ellos es tan rigurosamente lógico, que las alegaciones de Job y sus lamentos les producían la impresión de vana palabrería, "vana sabiduría" (15:2) y terco endurecimiento de corazón e inconvención (22:4-21).

Estos "amigos de Dios" lo tenían muy fácil al razonar. Pues ¡abogar por un gran señor, siempre fue cosa fácil!, (excepto en tiempos democráticos como el nuestro). Les parecía estar "en la presencia de Dios" en este juicio, y por eso adulaban al más poderoso.

Además, *su conclusión* estaba lógicamente justificada por las premisas. Pero no acertaron a pensar si su interrogatorio era realmente correcto.

Job, en cambio –afirmándose en la plena realidad del sincero y pío que es acusado severamente–, *sabía* que sus amigos hablaban *injustamente* ante Dios, y que razonaban *engañosamente* para poder quitar a Dios toda responsabilidad.

Y es entonces cuando Job exclama: “Porque ciertamente vosotros sois fraguadores de mentira; sois todos vosotros médicos nulos. Ojalá callarais por completo, porque esto os fuera por sabiduría” (13:4-5).

Y el mismo Job llega a inflamarse ante la santidad y justicia de Dios, y grita a aquellos amigos de Dios: –¡Tened mucho cuidado!, vosotros queréis escoger partido por Él y actuar como defensores de Dios. ¡Pero Él es un juez justo con quien no se puede jugar! Él ciertamente os castigará porque os habéis echado encima de un huérfano, para defenderle a Él (6:27).

En el capítulo 42, verso 7, se relata que el Señor dijo a Elifaz el temanita: “Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros; porque no habéis hablado de *mí* lo recto, como mi siervo Job. Ahora, pues, tomaos siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros; porque de cierto a él atenderé *para no trataros afrentosamente, por cuanto no habéis hablado con rectitud*, como mi siervo Job”.

Así fue como el Señor mismo hizo *justicia* a Su pobre y acusado siervo, aunque el dolor y sufrimiento le había llevado a pedir derecho *frente* a Dios.

Igualmente, el mismo Señor rechazó airado a los *abogados de Dios* pero acusadores de Su pueblo que sufre inocentemente, y puso en ridículo la *fatuidad* de ellos.

También en nuestros días se aboga *injustamente* por Dios y se habla *con espíritu de engaño* en pro de él.

Hay muchísimas tesis que se plantean equivocadamente, y con su “o esto, o aquello” llegan hasta nosotros, igual que aquel dilema en Job y sus amigos.

Las gentes como Job, afirmadas en la realidad, que

claman por una solución a los interrogantes, se ven inmersas en una lucha, hasta que descubren que aquella proposición era equivocada. (Dios no era culpable, pero Job tampoco).

Principalmente entre quienes han de dar dirección espiritual (profesores, pastores, maestros, sacerdotes, maestras y educadores en general) es frecuente que se dé una lucha como en Job, que da la impresión de ser piadosa. Incluso muchas veces se da en ellos una apelación al *derecho y verdad frente a Dios*.

Empero también hay personas (asimismo piadosas, como los amigos de Job), que justifican a Dios mediante una conclusión sencilla pero incierta.

Esto es engañoso, principalmente frente a los niños. Dios es bueno —dice el niño. Y es verdad.

Mas ahora viene el mundo moderno y plantea el problema: —¿Cómo, pues, “nuestro amoroso Señor” puede ser bueno, y sin embargo permitir las guerras?

La respuesta es: —Dios es bueno; pero lo que el mundo llama “nuestro amoroso Señor”, no existe. Dios (según las Sagradas Escrituras) es justo, pero Dios también se aíra. Sin embargo, esa tesis de que “nuestro amoroso Señor es quien permite las guerras”, obliga a muchos a esta conclusión: “—Sí, hijos, el Señor es *bueno*, mas ¡los hombres son tan malos! Bien podía la iglesia haber evitado las guerras, ¡la iglesia es tan mala!”. Y de esta manera, para justificar a “nuestro amoroso Señor”, se abofetea en la cara a la iglesia.

Para justificar a Dios como el Dios lleno de Majestad, la moderna predicación golpea fuertemente contra las sencillas ovejas de la iglesia de Cristo, y les grita —¿que “deben servir al Señor”?— ¡No!, sino que deben “temblar” ante el Señor. Para justificar a Dios como un Dios que se aíra contra el pecado, algunos padres adoctrinan a sus *piadosos* hijos a la conversión —¿de este y de este mal?—, ¡no!, sino que han de “convertirse”, pues de lo contrario perecerán, si es que no ocurre algo en ellos.

Para justificar a Dios como amor, a veces se llega a decir a pobres gentes apenadas que aún no conocen a Dios, lo siguiente: —Lo que Dios hace, siempre es bueno *para nosotros*.

Hablar *injustamente* en pro de Dios es muy peligroso. Pues no le produce satisfacción. La historia de Job nos lo puede enseñar.

4. Me asiré a mi justicia

"Hasta que muera, no quitaré de mí mi integridad. Mi justicia tengo asida, y no la cederé, no me reprochará mi corazón en todos mis días".

Job 27:5b-6

Job sufría "sin causa". El Señor lo dijo a Satanás: "Tú me incitaste contra él sin causa" (2:3); y también el Señor alaba en Job que éste se asiera fuertemente a su sinceridad, conforme su mujer le injuriaba por causa de ese aferramiento.

Tampoco los amigos de Job le comprenden en esto, y sospechan en él hipocresía y encubrimiento de pecado. Por eso se afanaban en encontrar una "causa" a su sufrimiento.

Entonces el dolorido Job se opone con todo lo que aún hay en él, y exclama: -En tanto que haya vida en mí, me asiré a *mi* sinceridad, no la soltaré, no la dejaré marchar, ni desvaneceré por defenderla.

De esto depende *todo* para él.

Pero, ¿por qué?

¿No sabía este hombre que todos los hombres son pecadores? ¿No sabía que no podemos formular ningún "derecho o apelación" sobre bien alguno? ¿No sabía, pues, -aunque no hubiese caído en pecado público-, que la raíz de todo mal estaba en su corazón?

Por consiguiente, ¿por qué no cayó de rodillas ante sus amigos como un pecador apesadumbrado? ¿Por qué no cantó como David en el Salmo 51: "Purifícame con hisopo y seré limpio, lávame y seré más blanco que la nieve"?

¿Por qué no se golpeó el pecho como el publicano en el templo? -Porque Job no era "pecador".

No era un publicano, no había caído como David, ni tenía que vestirse de penitente ante los hombres, y te-

nía un *derecho*, un glorioso derecho que defender, al cual se asió con toda su alma.

Es cierto, él era un hombre, nacido de mujer y por eso también, como hombre, era impuro y pecador. Esto no era nada especial, pues lo tienen en común todos los hombres.

Hoy en día no gusta que se hable mucho de estas cosas, pues enseguida se convierte en un "lugar común", ya que nadie lo niega. Por eso, la frase: "todos somos pecadores", puede convertirse en algo tan terriblemente banal y... peligroso en círculos puritanos y ortodoxos. Pero frente a fariseos y paganos, que lo niegan, ciertamente está en vigor. Pues es aquí donde la Biblia lo aplica en todo su rigor.

Job no habla de eso. Nadie lo impugna. Es algo distinto lo que está en pleito.

Satanás, la mujer de Job y sus amigos, cada uno de ellos, a su manera, quieren empujar a Job al rincón de los *impíos*. Hay justos (*declarados* en Cristo como justos) y hay *impíos*.

Ahora Job debe huir de Dios, ser echado fuera de Su pueblo y contado con los *impíos*.

Sin embargo, eso no lo quiere Job a ningún precio. Todo, todo lo perdería gustosamente menos ceder ante sus acusadores. Job se aferra a su justicia hasta más no poder.

Él es un justo, un hijo de Dios.

Y también *andaba* (con Dios) como un justo.

Si ahora debe sufrir, es "sin causa"; luego, *injustamente*.

Y, en situación tan extrema, clama por un abogado, un defensor, para que se le haga según *derecho* (16:21; 17:3); y en el capítulo 19, verso 25, ya (lo) sabe que su Goel (: su Redentor, que al propio tiempo es vengador) vive.

También ahora hay justos e *impíos*.

Hay justos que, como David, sufren por su profunda caída o por su continuo-hacer-el-mal.

Pero también ahora hay mucho "sufrir sin causa", que, en el fondo de la cuestión, es *injusto*.

Es "la comunión en el dolor de nuestro Señor Jesucristo" (cf. Fil. 3:10).

Lo cual puede ser: angustia, burla, oposición y persecución por causa de Su Nombre, mas también puede ser enfermedad, tristeza y todo tipo de miserias como en el caso de Job.

Dichosos si no caemos en ofuscaciones y nos ponemos a disputar con Dios como Job. Nosotros tenemos una revelación mucho más gloriosa y rica, y sabemos *del Justo* que sufrió por causa nuestra, que se olvidó de *Su derecho*, para darnos a nosotros los injustos el *derecho* de ser hijos de Dios.

No, nosotros no contenderemos, sino que consideraremos una causa de gozo el participar en Su dolor.

Pero también nos dio Él el *derecho* de ser hijos de Dios, y lo consiguió con Su preciosa sangre. Por tanto, nos asiremos fuertemente a esto como hizo Job; y nadie nos lo arrebatará. Y a quien nos lo discuta, nunca se lo cedemos.

Y si hemos caminado según el testimonio de Dios, nunca se podrá oír de nuestros labios que nosotros pertenecemos a los pecadores, ya se haga con esa expresión general: "Todos los hombres son pecadores", o indicándonos las palabras del salmo 51, o se nos recuerden las frases del publicano de la parábola, o se nos haga ver nuestros sufrimientos y contrariedades.

Más aún: nosotros acudiremos a Dios pidiéndole *derecho* como la viuda en Lucas: 18:7-8, al hilo de lo cual, el Señor Jesús dijo: "¿Acaso Dios no hará justicia a sus escogidos?... Os digo que en verdad pronto les hará justicia".

En nuestros días, el conocimiento de ser pueblo de Dios y de andar en sus caminos, se ha debilitado y hundido en muchos piadosos sinceros, que, entonces, todo sufrir y toda angustia y afrenta se sobrelleva como David soportó el maldecir de Semei (cf. II Sam. 16:5 y ss).

Pero ¿dónde están esos que, en nuestros días, pueden exclamar con Job: "nos asiremos a nuestra justicia"? ¿y que también *se atrevan a hacerlo*? ¿Acaso el pueblo de Dios no sufre bajo las asechanzas del enemigo, porque ha enmudecido tantísimo el clamor pidiendo *derecho*?

5. Ojos leales

"Examíname, oh Dios; y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno".

Salmo 139:23-24

Cuando un extraño, un enemigo, un prójimo a quien tememos, nos examina y llega a saber todas nuestras cosas, siempre es algo muy desagradable. Preferimos esconder nuestros más profundos pensamientos y los motivos de nuestro corazón. Esto es un derecho humano y también un derecho del hombre. No es recomendable el ir siempre con el corazón en la mano; y mostrar unos ojos en los que parezca reflejarse el yo más profundo, es ciertamente el ideal propuesto por pedagogos humanistas, pero no por las Sagradas Escrituras.

En todo corazón humano hay muchísimo que esconder —lo cual también es bueno que permanezca oculto—, pues así se evita lo desagradable que resulta que alguien que está por encima de nosotros, nos cale y conozca plena y totalmente.

La "lealtad" de los chicos que depone toda vergüenza y temor, y que tanto se da en nuestros días, ¡no es auténtica!

Como tampoco lo es la mirada "inocente" de un chico feliz que mira a su maestro, aunque él fuera un ángel y su maestro un dios. En ambos hay —consciente o inconscientemente— algo vergonzante.

La verdad es que hay mucho que ocultar y que nuestro corazón lo sabe. Ocultar a nuestros prójimos, a nosotros mismos —y a Dios. Lo hacen todos los hombres, con más o menos éxito. Los más refinados lo realizan de tal forma que ni ellos mismos se dan cuenta.

Y en esto hay una cierta bendición. Pues, imaginemos, ¡que todos nosotros nos dijéramos mutuamente todas las cosas! ¡Vaya sociedad que resultaría!

Ahora apenas sabemos nada del otro; y sólo nos avergonzamos cuando alguna de nuestras cosas malas se hace del dominio público. En efecto, el temor mantiene cerrado nuestro corazón; también con respecto a Dios.

Ya Adán “encubrió” su transgresión (Job 31:33) y esta actitud de Adán es como una tendencia natural también en nosotros.

Pero ahora las Sagradas Escrituras conocen un pueblo de “justos”, aceptados por hijos de Dios, y filialmente temerosos de Él. Iluminados por el Espíritu Santo producen frutos del Espíritu en amor a Dios y al prójimo; y, consecuentemente, en principio desaparece el ojo malo, temeroso, nublado y oscuro, y surge el ojo y la “mirada noble y sencilla” que nada tiene que esconder, porque todo el cuerpo ha sido iluminado (Mt. 6:22 y 23). Éstas son las personas que siguen el “sermón del monte” y *hacen* lo que Jesús dice a Su pueblo, éstos son los justos y píos, como Job.

Job no ocultó su transgresión a Dios, como Adán. Confesó su culpa; y el Señor *perdonó, purificó y cubrió con justicia y con salvación*. La luz y verdad es algo que no le dan miedo a Job; ni incluso cuando sus amigos le ponen ante el dilema: Dios es injusto, o lo eres tú. Pues entonces aun le está permitido aferrarse a que él-es-hijo-de-Dios.

Así es también David. Él puede orar: “Júzgame, oh Señor, y pruébame; porque yo en mi integridad he andado; examina mis riñones y mi corazón; porque tu misericordia está delante de mis ojos y ando en tu verdad” (Salmo 26:1-3).

Sus ojos están iluminados, cuando los dirige a Dios; y desea que Dios lo sepa.

Efectivamente, —cuando somos honestos en un asunto—, cuando *nos mantenemos firmes y honestos* en algo de lo que se nos acusa, entonces resulta *agradable* si el juez nos penetra con su mirada hasta lo más profundo de nuestro corazón; pues entonces deberíamos querer mostrarle los lugares más secretos de nuestro ser.

David, en otro lugar, confiesa que ha sido concebido y nacido en pecado; pero aquí, en el Salmo 26, en *este asunto se presenta con toda sinceridad* ante Dios y desea que el Señor le conozca hasta en lo más profundo de su ser.

Así ocurre también en el Salmo 139. Aquí hay un recuerdo a los enemigos, a aquellos que odian a Dios, los cuales también le odiaban a él (David), porque él era Abel, y ellos, Caín.

El Señor podía escudriñarle y conocerle, lo cual sólo supone ganancia para David. Pues el Señor se encontrará con la obra de Su gracia, la justicia de Cristo, la justicia y piedad como en Job. Porque Él ha prometido: "Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu y que tiembla a mi palabra" (Is. 66:2). En fin, por todas las Sagradas Escrituras se hallan multiplicadas las promesas para quienes temen al Señor.

David, pues, en este Salmo 139 no ora por un conocimiento de sí mismo, como frecuentemente se piensa; ni tampoco por un conocimiento del pecado. Esto no se halla en el salmo. David ora suplicante, que Dios le conozca y escudriñe. Y se atreve a que así ocurra. Son los nobles y sinceros ojos que se elevan hasta Dios, como los de Abel y Job.

Entretanto... aun podían existir *caminos* funestos ignorados por ellos, que podían airar al Señor contra Su hijo. Caminos que no pueden llevar a la vida eterna. Por esta razón, David ora: "Ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino que permanece eternamente".

Quiera el SEÑOR darnos también a nosotros ese corazón iluminado como lo hizo con Job, David y todos Sus hijos que tuvieron un santo temor de Él, para que, asimismo, nuestros ojos puedan mirar hacia Él, sencilla y noblemente. También en estas cuestiones con los injustos, sobre cuyos asuntos juzgará Dios, pero especialmente sobre la cuestión entre Caín y Abel, el cual aún no ha sido dirimido, sino que continúa de generación en generación, lo mismo en nuestra vida escolar.

¡Qué hermoso si podemos orar como David: "Exámíname! oh Dios, y conoce mi corazón"!

Pero añadamos ahora humildemente: "Y ve si hay en mí *camino* de perversidad, y guíame en el camino eterno".

Enaltezcamos, pues, ante nuestros hijos esos *ojos nobles y sinceros* que nos encontramos en las Sagradas Escrituras, en vez de ensalzar las miradas brutales de los jóvenes actuales, que no se avergüenzan de su maldad.

6. El Señor estará con el bueno

"...Esforzaos, pues, para hacerlo, y Jehová estará con el bueno".

II Crónicas 19:11

Uno de los frutos perniciosos del humanismo es que siempre nos encontremos a la busca y captura de gentes *dotadas*, hombres y mujeres, con los que podamos llenarnos de gloria y entusiasmo.

También entre los cristianos se habla muchísimo de "personalidades", "hombres de carácter", "tíos de valor", "muchachos estupendos", "gentes buenas a carta cabal", "naturalezas nobles", "pensadores audaces" y otros por el estilo.

Al considerar en semejante uso de palabras cuál sea la medida de estas apreciaciones, nos encontramos con que siempre se toma como modelo al hombre desarrollado armónicamente.

Ese hombre noble no es otra cosa que el ídolo ante el que el humanismo se inclina.

Esta imagen parece realmente hermosa; pero por desgracia no es auténtica; es un engaño. De ahí que este culto al hombre siempre desemboque en desilusión. ¡Con cuánta frecuencia se oye este lamento: ¡Esto nunca lo habría esperado de él (o ella)!

Luego, se sucede la desconfianza en los hombres; y en nuestros círculos inclusive surge quien se dispone a dar la razón a la Biblia, y dice: —¡Nadie es bueno; todos los hombres están corrompidos; ya no hay en los hombres ni fidelidad ni verdad!

Y, una vez más, nos encontramos ante una grave equivocación.

El endiosamiento del hombre desemboca, en ese momento, en el menosprecio del hombre, como la "fraternidad" de la revolución francesa desembocó en la guillotina. Mas la Biblia no nos enseña ni lo uno ni lo otro.

Las Sagradas Escrituras jamás nos enseñan a *confiar* en hombres (o mujeres!). No nos enseñan a *admirar* a hombres, y por lo mismo tampoco a *traicionarles*. El sujeto: hombre, no se halla en las Escrituras en el centro del mundo.

Dios es grande, sólo en Él hemos de esperar, sólo Sus obras hemos de admirar, y Él también nos da la medida de lo bueno y de lo malo.

Pero ésta, no es la medida humanista (: bueno es lo que encaja en el hombre noble), sino: bueno es lo que Dios llama bueno. Lo recto y justo no es algo del hombre, sino una ordenación de Dios. El humanismo quiere salvar al hombre noble, pero luego pierde toda norma y medida, y llega a preguntarse: ¿qué *es* bueno? ¿qué *es* recto?

La Biblia parte de la corrupción de los hombres por causa del pecado, y se eleva por encima de la misma desde la medida divina de *bien* y *mal*.

El humanismo niega primero el pecado, y termina en autodesprecio o en indiferencia, lo cual hace sucumbir a la humanidad cada vez más profundo.

Las Sagradas Escrituras enseñan que, por naturaleza, somos miserables pecadores, pero también hablan de salvación.

El humanista *comienza* con hombres buenos, niños buenos, para echarles en cara, acto seguido, lo siguiente: —¡Eso no lo había esperado de ti!

La Biblia comienza con el hecho del pecado, pero después hace ver resplandecer la gracia de Dios.

El padre humanista se gloría con sus bravos, valientes, honestos y decididos hijos, para luego desatarse en maldiciones y exclamar: —¿He de ver yo esas cosas en ti? ¿eso es lo que has aprendido?

El padre cristiano lleva su retoño al santo Bautismo, consciente de su significado humillante, es decir, que en Adán estamos perdidos para Dios y corrompidos por naturaleza. Pero después puede experimentar que la gracia de Dios es grande. En efecto, todas las cosas buenas: el crecimiento, el desarrollo, el progreso de la mente y el desenvolvimiento de las energías, las reconoce como don de Dios. Tampoco se extraña del pecado de sus hijos —por lo general ve en ello la prolongación de su propio mal—, sino que se admira de la gracia de Dios, que es el gran *bien*. Y entonces este gran *bien* viene a situarse en una luz gloriosa, lo cual le lleva a glorificar a Dios en lo bueno.

Aquellos que han llegado a sondear hasta lo más pro-

fundo nuestra condenación ante Dios, son los que menos murmuran de sus hijos.

Y las gentes con ideales medianamente humanistas, siempre tienen la boca llena de palabras acerca de la perversidad de las próximas generaciones.

La Biblia comienza con una muy profunda y amplia opinión del pecado, pero también habla extensamente del bien.

Esto es lo que también ocurre en el pasaje del cual se ha tomado el título de este artículo.

Josafat constituyó jueces. Y, como de costumbre, siempre hubo jueces que violaron el derecho de Dios; pero también hubo otros que con recta conciencia honraron el derecho en el desempeño de su cargo, y lo ejercieron rectamente. A éstos últimos se les llama en esta cita *los buenos*.

Por lo general, entre los cristianos, esta categoría de personas viene a coincidir con los que temen al Señor, aunque también incrédulos y paganos pueden tener parte de esa bondad de Dios, mediante la cual aman el derecho entre los hombres, mientras que jueces creyentes pueden, a veces, caer profundamente. (David).

De seguro que aquí, una vez más, desearíamos una línea divisoria, mas esto no es necesario. Míralo, ahí está el derecho de Dios; y ahí se constituyen jueces en el cargo para proferir sentencia según la Palabra de Dios. Quienes así hacen, son *los buenos*.

Josafat, entonces, les dice: ¡El Señor será con los buenos! Pero no porque ese hombre es tan bueno (humanismo), sino porque Su ley, la ley de Dios, es buena, y porque el hombre que honra Su derecho y lo ejecuta, es el bueno, frente al malo que viola Su ley.

Nosotros podemos tomar este pasaje para aplicarlo al mundo de la enseñanza. Dios dio Sus ordenanzas también para ser aplicadas en la educación y formación escolar. Quien respeta estas leyes es el *buen* maestro. Y también en este caso podemos decir: —¡El Señor estará con los buenos! Eso nos puede consolar, pues muchas veces tenemos que enfrentarnos en dura lucha con incrédulos, fatuos e ignorantes que odian las ordenanzas de Dios al respecto, o que acaso no las entienden.

7. ¿Por qué ayunamos en vano?

“Entonces invocarás y te oirá Jehová; clamarás y dirá él: Heme aquí”.

Isaías 58:9

En tiempos de Isaías había en Israel mucha injusticia social. Esto ocurrió paulatinamente. Por supuesto que se habían establecido estos “lazos de impiedad” con el fin de tener bien sujetos a los pobres y miserables. La inmensa mayoría no sentía escrúpulo del mal tan terrible que estaban cometiendo. ¿Que ya era costumbre no dejar libre a ningún esclavo? En efecto. ¡Esto ya no ocurría más! ¿Pero quién se atrevía a hacerlo?

Así fue como muchos yacían bajo el yugo de servidumbre y eran aplastados socialmente bajo esta carga; y junto a una gran abundancia de placeres surgió la pobreza más angustiosa.

Pero el SEÑOR vio esta violación de Su ley en el año jubilar, y también la miseria de Su pueblo—en—pobreza; y les envió castigo sobre castigo: sequía, langosta, inflación...

Entonces los israelitas comenzaron a ayunar y orar. Y no sirvió de nada. Afligieron sus almas dejando de gustar sus golosinas durante un día; inclinaron sus cabezas como un junco (Is. 58:5), y sus ropas penitenciales testimoniaban de su seriedad al hacer tales cosas.

Sin embargo, toda su oración y su ayuno no sirvió de nada. Pero, ¿por qué no? ¡Acaso ellos no eran piadosos!

Y se dijeron unos a otros: —¿Por qué ayunamos si Dios no se fija en ello?

Entonces, el profeta Isaías, en nombre del SEÑOR, tuvo que dar respuesta a esa pregunta. Si desatáis los lazos de impiedad, si soltáis las ataduras del yugo, si dejáis libres a los oprimidos y rompéis todo yugo; si partís vuestro pan para el hambriento y dais cobijo a los pobres errantes, si vestís al desnudo y no os substraéis a la miseria de vuestros hermanos; si suprimís esta injusticia social, entonces ciertamente Yo os oiré. Pues si entonces me invocáis, Yo os responderé; si por causa de sequía o por motivo de la langosta clamáis a Mí, ¿acaso Yo no os diré

como un padre a su hijo: –“Heme aquí” (Is. 58:9), ¿qué te ocurre?

Entonces Yo os guiaré constantemente, y en los parajes desiertos os apagaré la sed, y los vuestros reconstruirán las ruinas antiguas (cf. vs. 6–12).

Y por lo que hacía a su piedad en Sábado, hasta entonces tuvieron placer acercándose a Dios inclinando la cabeza, vistiendo saco y encenizado su cuerpo –les deleitaba su piedad caprichosa junto a la injusticia social (cf. Is. 58:2–3).

¡Cómo se envanecían en su corazón de que eran tan piadosos!

Ahora el profeta les dice (v. 13): si comenzáis a hacer según derecho a los oprimidos y practicáis otra piedad, es decir, la piedad que el SEÑOR ordena y, consecuentemente, no os recreáis más en vuestra *piedad* en el sábado, sino en hacer la voluntad del SEÑOR, de forma que sólo el SEÑOR sea vuestro gozo; si, en consecuencia, dejáis vuestros propios caminos de piedad vana y caprichosa y vais por los caminos del SEÑOR, entonces el SEÑOR os hará caminar sobre las alturas de la tierra y os hará gozar la herencia de vuestro padre Jacob (v. 14).

En nuestra vida escolar pueden ocurrir casos de injusticia, lazos injustos y yugos anómalos. También aquí puede suceder todo esto de forma imperceptible y gradual, y asimismo ser visto como lo más natural por los que implantan esos yugos. Pero quienes sufran bajo esos yugos, a buen seguro que los sentirán en su carne.

Esta situación se hace doblemente grave, si a ella va aparejada la falsa “piedad” de los opresores. Una piedad que suspira, ayuna y ora; una piedad que, admirada y extrañada, pregunta y suplica: –¿por qué no me oye el Señor? ¡Yo hago todo lo que puedo y lo mejor que sé!

Quien cree poder obrar así, ojalá que se aplique a sí mismo la Palabra del Señor: –Si desatas esas ligaduras y obras según *derecho*, también en la vida escolar, y no depositas tu placer en tu propia piedad, sino en andar en los caminos del Señor, en derecho y justicia, en todo lo que agrada a Dios en la vida escolar, *entonces* clamarás y Yo te responderé, dice el Señor. Y en tus días de

angustia y estrechez suplicarás socorro y Yo diré: —¡Heme aquí! ¿qué te ocurre?

No, aquí no se habla de aquellos hijos de Dios que le aman a *Él* y consideran tan altos *Sus derechos*, que constantemente han de humillarse porque en ocasiones han cometido injusticias en el colegio.

Aquí se trata de gentes que sobrestiman su piedad, y por eso nunca se percataron de que impusieron yugos y lazos terribles. Lazos e injusticias en las que ellas mismas ni pensaron, porque llegaron a convertirse en algo tan “normal”.

Para estas personas es esta promesa, si se arrepienten y vuelven al SEÑOR.

8. Si vuestra justicia no fuere mayor...

“Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”.

Mt. 5:20

Cuando el Señor Jesús pronunció el sermón del monte, se hallaban sentados en torno a *Él* Sus discípulos, toda una muchedumbre de alumnos que le seguían y escuchaban con agrado Su palabra.

Era el comienzo de Su iglesia. Allí estaban los apóstoles que un día se sentarían en Su reino en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Pero uno de ellos —aunque oculto— era “un diablo”. Y una multitud de gente les rodeaba, aunque luego muchos de ellos también se marcharían cuando su esperanza terrenal acerca de Jesús quedase cortada.

Pero, por el momento, todos dicen que creen en Jesús; y así lo expresan por su presencia allí y por su atención a Su palabra.

Esto es precisamente lo que aún hoy vemos acontecer cuando nos reunimos *en la iglesia*; la cual, de una forma práctica, resulta ser la iglesia de Cristo. *Esta iglesia*, aquí y ahora, ese grupo de personas son la sal de la tierra y la luz del mundo (Mt. 5:14-15).

Pero también lo son –en cierto sentido– ese grupito de niños, que, como simiente de la iglesia, se sientan en los pupitres del colegio escuchando respetuosamente las exposiciones de la Palabra de Dios.

Para esos *discípulos*, para esa *iglesia*, y también para nuestros *niños*, Jesús acaba de hablar de la *justicia* que debe haber en ellos, como prueba de que aquí realmente se congregan futuros ciudadanos del Reino de los cielos.

No; Jesús no pide ser salvos mediante la *propia* justicia. ¿Acaso eso no es imposible?

El *es* el Salvador. *Solamente* Él; y el hombre es justificado por la *fe* en Él, y *no* por las obras de la ley.

Pero quien confiesa que busca su justicia en Jesús y que en Él la encuentra según Sus firmes promesas; quien esto profesa y pertenece a la iglesia de Cristo el Señor, *–ese tal también debe llevar frutos ahora*; y ciertamente *abundantes*, mucho más que los escribas y fariseos.

¡Qué exigencia tan enorme para aquellos sencillos judíos que rodean a Jesús en el monte! ¿Quiénes eran entonces más fieles y estrictos en el cumplimiento de la ley que los escribas y fariseos? ¡Cuán sutilmente habían escudriñado las *más pequeñas* transgresiones! Pero ahora deben ser aquellos sencillos pescadores y campesinos los que muestren una *justicia mucho más abundante*, y bajo amenaza de ser rechazados como siervos *inútiles*.

En efecto, los escribas y fariseos eran estrictos; en sentido literal tenían justicia. Sólo que era una justicia externa, de puertas hacia afuera, diríamos.

Si el mandamiento dice: ¡No matarás! –ellos lo tomaban muy al pie de la letra.

Mas Jesús también toma estrictamente el odio al hermano, como se refleja en palabras insultantes cual *raca* y *necio*.

Ellos tomaban muy en serio el adulterio. Pero Jesús prohíbe entre Su pueblo también las miradas impuras.

Ellos tomaban muy en serio el libelo de repudio oficial. Pero Jesús no quiere permitir ninguna carta de repudio más en Su iglesia. En la cual, la “dureza del corazón” debía ser quebrantada por la predicación de Su Palabra y por el Espíritu Santo.

Ellos tomaban muy en serio los juramentos. Quien airado exclamaba: ¡Lo haré por *esto* o por *aquello*!, esta-

ba obligado a hacerlo. Pero Jesús prohíbe en Su iglesia, de forma total, esos juramentos. ¡No juréis en modo alguno!

Ellos eran extremadamente justos en la convivencia: -Ojo por ojo, diente por diente! Pero Jesús no quiere este ser-juez-propio en la convivencia; Él quiere que Su iglesia sea muy "condescendiente".

Ellos tomaban muy a pecho el amor a los *buenos amigos*, a los que llamaban su "prójimo". Pero Jesús en Su iglesia también *exige* amor a los enemigos.

Así pues, ¿el yugo de Jesús no era acaso más pesado que el de los fariseos?

No; pues aquél a quien por Jesús le son perdonados 10.000 talentos, no debe agarrar a su hermano por el cuello para que le pague 100 monedas. Eso no es razonable.

El hecho de que los fariseos exigiesen hasta el último céntimo de sus deudores, no podía ser de otra manera, pues ellos también daban a Dios lo que le pertenecía hasta el último centavo, según creían. Y ya sabemos que quien es severo consigo mismo, ¡también puede serlo con los demás!

Mas quien él mismo vive de *gracia*, *no puede hacer otra cosa* que mostrar gracia y perdón.

Y así sucede también con el resto de las cosas. A Jesús le está permitido y puede exigir mucha justicia de Su iglesia y... de nuestros colegios. ¡Nuestra justicia debe ser mucho más abundante!

¿Nos quejaremos ahora de que no es así?

¡Ay de nosotros, si eso es verdad!

Pues, en ese caso, según las palabras de Jesús, *no entraremos* en el reino de los cielos. Y el talento que Él nos dio permanecería escondido y tendríamos que oír de Su boca: -Siervo malo y perezoso, a ti te será quitado aún lo que tienes! Así que ¡nuestra justicia debe ser mucho mayor!

Pero ¿vista desde fuera? Así ganaban los enemigos de Jesús -¡y con mucho!- a Sus discípulos. Los enemigos ayunaban, los discípulos, no. Todos los judíos se lavaban muchísimo, los discípulos de Jesús comían sin lavarse las manos. Los judíos eran muy estrictos con las prescripciones de los antiguos; y tenían mucha justicia *propia*, y esto, entre nosotros los hombres, no puede ser

otra cosa que un entretenimiento superficial con la ley moral, es decir, recubrir de cal un *sepulcro*.

No. En esa lucha por la justicia *propia* siempre ganará el mundo a la iglesia. Por eso, cuanto más vencemos y ganamos en la auténtica y verdadera justicia, resultante en frutos del Espíritu, tanto más progresamos en el *amor* —como cumplimiento de la ley—, y tanto más nos tiene sin cuidado la vana *apariencia*.

También en la escuela sucede lo mismo. Cuanto más impera la auténtica justicia cristiana en las relaciones con Dios y con el prójimo, y cuanto más pesa en la conciencia *cristiana* el *mandamiento de Dios*, tanto menos necesidad existe de sustitutos humanistas o prescripciones pietistas de los antiguos o “mandamientos de hombres”. ¡Nuestra justicia *debe* ser mucho más abundante, mayor!

Y esto es posible. Pues nuestro Señor Jesucristo *nunca exige* de Su iglesia, a la que ha comprado a precio muy caro, *lo que es totalmente imposible*. Su yugo es suave. Su carga es ligera.

Nuestra justicia también es mayor, cuando sólo tenemos ojos para ver y hacer como fruto del Espíritu. Esa justicia *existe* allí donde viven y trabajan verdaderos hijos de Dios; también en los niños.

Pero allí donde no sea *mayor* —no según nuestro juicio miope, sino realmente—, allí también tiene vigencia la palabra de Jesús: —*¡De cierto*, que no entrarán en el reino de los cielos!

9. La justicia de los fariseos

“Si alguno jura por el templo, no es nada; pero si alguno jura por el oro del templo, es deudor”.

Mt. 23:16

Cuando el Espíritu Santo cita a los profetas en el evangelio de Mateo, rara vez lo hace literalmente; lo más frecuente es que lo haga muy libremente.

Asimismo, cuando alguien cita sus propias palabras expresadas en otra ocasión, tampoco se trata de las pa-

labras en sí mismas, sino de *lo que dijo* en aquella circunstancia y de lo que ahora quiere volver a decir, o sea, *del sentido* o intención de la expresión.

Así que lo que a los creyentes debe preocupar *es lo que dicen las Sagradas Escrituras*. Que esto haya sido vertido al hebreo o griego, al español o húngaro, o que lo cite-mos *literalmente* y de memoria en uno de esos idiomas, no es lo más importante.

Sin embargo, es preciso hacer notar que la incredulidad moderna, y más concretamente la crítica de la Biblia, siempre comienza dándole mucha importancia a las palabras. Luego, pasa a considerar las cuestiones de la crítica del texto como algo *muy importante*; y al final, todo se queda en un puro y simple intelectualismo biblicista.

Empero los verdaderos traductores de la Biblia no se preocuparon tanto por ciertas palabrejas, sino que fue *la Palabra, aquello que dicen las Escrituras*, lo que retuvo toda su atención.

Así es como también el evangelista Mateo cita muy estrictamente *lo que las Escrituras dicen, lo que el profeta ha dicho*; pero no literalmente e incluso, con frecuencia, en otro significado.

Esto hace dudar a más de uno si verdaderamente son palabras del Antiguo Testamento las que Mateo cita.

Pero cuando los fariseos citan la ley y los antiguos, lo hacen tan literalmente que muy fácilmente podía surgir la interpretación equivocada como si nuestro Señor Jesucristo, en Mateo capítulo 5, dijese una y otra vez: —Habéis oído *en el Antiguo Testamento...*, mas Yo os digo...

Esto, como es natural, resulta extraño: Jesús contra el Antiguo Testamento.

Es algo que no puede ser así. Porque en ese mismo sermón nos acaba de asegurar que Él no abrogaría de la ley ni una jota ni una tilde (5:17-18).

Las frases: “Habéis oído *de los antiguos*” y “oístéis que fue dicho *a los antiguos*”, vienen, pues, a significar: Vosotros habéis oído la *exégesis de los antiguos*, de los fariseos. Pero ésta estaba tan lejos de “lo que dice la Sagrada Escritura”, que Jesús frecuentemente hubo de decir: —Mas Yo os digo.

Precisamente en esa exégesis de los antiguos apare-

ce en toda su desnudez la así llamada "justicia" de los fariseos. Ellos explicaban la ley de la forma siguiente:

No matarás. ¡Oh, no, sobre todo no causar la muerte a nadie! Es algo horrible convertirse en un asesino. El paso siguiente es comparecer ante los jueces; ¡oh, qué vergüenza y deshonra! Decir "cabeza hueca", tampoco está decente. Pero, decir "necio", no tiene importancia.

No cometerás adulterio. ¡Oh, no; qué vergüenza tan grande! Pero, por otro lado...

Moisés, por la dureza de corazón de su pueblo, había permitido el libelo de repudio en casos muy graves. Acerca de esto leemos en Deuteronomio capítulo 24:1: "Cuando alguno tomare mujer y se casare con ella (esto era algo como haberla comprado para su propiedad), si no le agradare por haber hallado en ella alguna cosa indecente, le escribirá carta de divorcio, y *la dejará marchar de su casa*". Sobre todo por esta última frase subrayada se deduce que aquí se trata de *un caso muy grave*, el cual se soluciona en pro de la mujer. Pues ella es como una esclava en manos de su tirano. Pero el Señor, su Dios, es misericordioso, y la deja libre. Él incluso regula otro posible matrimonio en los versículos siguientes al texto citado. En la situación concreta, vista la dureza de los corazones, aquí tenemos causa suficiente para dar *libertad social* a esta "esclava".

Pero ¿cómo citan los fariseos estas palabras de las Escrituras?

Como sigue: -Quien abandonare o dejare a su mujer, puede hacerlo tranquilamente; pero se servirá de presentar cortésmente una carta de separación.

¿Dónde está aquí -pregunto- la *gravedad* del caso, la miseria o pecado de la mujer que suplica mitigación y misericordia? Aquí lo que nos encontramos es orgullo impío, encubierto bajo un manto de... apariencias de fidelidad a las Escrituras y de seguir el cumplimiento de la "letra". Así pues, *la carta de divorcio de Moisés -y estos papelitos oficiales de los antiguos (: escribas) no tenían nada en común.*

Lo que los fariseos encubren bajo capa de fidelidad a las Escrituras, Jesús lo califica llana y lisamente "adulterio". Y esto Moisés ciertamente nunca lo "permitió".

No juréis falsamente por Mi Nombre, dice el Señor. Un

asunto serio: jurar. El juramento en ese Nombre (cf. Lv. 19:12).

En tiempos de Jesús, los judíos *juraban* sin ton ni son; y luego añadían muy píamente: —¡*Harás*, conforme has jurado!

También distinguían entre juramentos válidos e inválidos (Mt. 23:16–22).

Pero Jesús dice: —No juréis en modo alguno; ni “por esto” ni “por aquello”.

Así que el texto de Lv. 19:12, nada tiene que ver aquí con la vana y piadosa palabrería de los “antiguos”.

Ojo por ojo y diente por diente, ordenó el Señor a los *jueces* (cf. Ex. 21:24), ordenándoles hacer *justicia* estricta a los malos. Mas los “antiguos” lo interpretaban: —Responde con la misma medida cuando alguien te hace agravio.

Amarás a tu prójimo; pero odiarás a tu enemigo. Esto último es un añadido puramente fariseo, en el que se manifiesta su carácter odioso; y no es un *texto* que se pueda encontrar en las Sagradas Escrituras.

He aquí, pues, la “justicia” de los escribas y fariseos, los cuales se cubrían con el manto del cumplimiento piadoso de la ley como con una capa de justicia propia.

Pero Jesús penetró a través de aquella aparentemente hermosa maraña de textos bíblicos, y vio la injusticia de aquellos líderes del pueblo.

A éste, a Su pueblo, Él le exigió *seriamente* una *mayor* justicia, es decir, una vida *mejor* y *mejores* frutos. Pues de lo contrario, no les querría reconocer como Suyos, y no entrarían en el Reino.

Quien no quiere, no siga a Jesús.

Quien quiere seguirle, debe primero calcular lo que cuesta.

No se trata, pues, de decir “Señor, Señor”, y luego permanecer *viviendo* en el pecado.

Porque, en ese caso, Él te dirá: —¡No te conozco; marcha, hacedor de maldad!

En la Palabra de Dios los impíos no son llamados bienaventurados, sino amenazados con la *ira* de Dios como con un futuro *cierto* ...

A no ser que el impío se convierta..., es decir, *si comienza a proceder y obrar* como fruto de la fe en Cristo.

CAPÍTULO IV

LAS BUENAS OBRAS DE LOS JUSTOS

*“Así alumbré vuestra luz delante de los hombres,
para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen
a vuestro Padre que está en los cielos”.*

Mt. 5:16

CON ESTAS PALABRAS inició el Señor Jesús aquella parte del Sermón del Monte en la que hizo hincapié en la vida de los discípulos, la cual debía aparecer muy distinta de la de los escribas y fariseos.

Nosotros preferimos no hablar jamás de buenas obras ni de paga o recompensa. En el Catecismo de Heidelberg se habla bastante de esto, y mucho más aún en la Biblia, pero los hombres, por lo general, no oyen con gusto hablar de este tema.

Hablar de la “impotencia” de los cristianos es ciertamente más soportable al cristiano inconverso que la predicación de Jesús acerca del sarmiento que, como no lleva fruto, será arrojado al fuego (Jn. 15:2 y 6, y Mt. 7:21).

Cuando las Sagradas Escrituras describen a “los jus-

tos", también nos indican muchas veces, y como de pasada, las buenas obras del pueblo de Dios.

De cada hijo de Dios se podría dar una descripción detallada de lo que se trata en la vida de su alma con respecto al Señor.

Pero las Sagradas Escrituras no lo hacen de esa manera; sino que dicen: y Abraham creyó a Dios. Mas silencian aquello que acontecía en la vida íntima de Abraham cuando se fió de la palabra del Señor. Pues las vivencias del alma son distintas en cada persona. Mas, ¡sin fe, es imposible agradar a Dios!

De ahí que tampoco se nos hagan descripciones detalladas en las Sagradas Escrituras acerca de las "buenas obras" de Abraham; aunque bien es verdad que se notan en los relatos, empero en ninguna parte se mencionan expresamente como algo distintivo. Pero ahí tenemos en toda la Sagrada Escritura la predicación de que nadie verá al Señor sin santificación.

Esa santificación es diferente en cada cual, pero ella esta ahí en cada justo. Y el justo debe —según las Escrituras— no tanto verla como algo propio de la *gratitud* personal, sino como glorificación de Dios (cf. I Pedro 2:12).

Cuando las buenas obras *no* están ahí, ello no obedece a una falta de gratitud solamente, sino que además el Nombre de Dios es blasfemado por causa nuestra.

1. Paga o recompensa por las buenas obras

"Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres... de otra manera no tendréis recompensa.

Y cuando ores, no seas como los hipócritas... de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

Cuando ayunéis, no seáis austeros... de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

Haceos tesoros en el cielo".

Mt. 6:1, 5, 16 y 20

El Señor Jesús pide a Su iglesia —y también a la si-

miente de la iglesia en los colegios— una justicia *más abundante* que la del mundo (escribas y fariseos). Jesús no se ocupa de blanquear por fuera los sepulcros, sino de dar *vida* a los huesos muertos. Y esto es lo que Él también exige de Su Iglesia. Y esta exigencia es tan contundente, que Él nos estimula a hacer aunque fuera lo más extremo.

Quien ha sido mordido en un dedo por una serpiente y se halla ante la decisión de cortar la mano o morir, escoge valientemente, en su necesidad, lo *imposible*: cortarse la propia mano. Quien llega a estar ante las exigencias de Jesús, también procede a “cortarse las manos”, a hacer verdaderas buenas obras que desentonan con nuestra “naturaleza” corrompida. Y quien no pueda hacer esto, que lea su propio juicio condenatorio en Mateo: 5:29–30. Uno de los principales distintivos de esta justicia, de estas buenas obras, es que son hechas de un modo *normal*, libres de todo engreimiento, con espontaneidad y carentes de todo deseo sensacional.

El héroe cinematográfico, que corta su falsa mano (aparentemente) se siente objeto de admiración; pero cuando alguien se encuentra en la verdadera necesidad de hacerlo en su propia carne, entonces no se piensa en suscitar algo sensacional, porque el asunto es demasiado grave como para pararse a pensar en tal cosa.

Ahora bien, la propia justicia, que no era auténtica, y la justicia de los discípulos de Jesús referente a *limosna, oración y ayuno* son medidas o probadas según esta regla.

La *verdadera* o auténtica justicia y la justicia sensacional precisamente se diferencian tanto como la limosna hecha para ser vistos de los hombres y la limosna que se da espontáneamente por la limosna misma, y que se hace secretamente. Se diferencian tanto como la oración hecha para ser oídos por los hombres y la oración a Dios en secreto, que es de lo que se trata al hacer oración.

Se diferencia tanto como el ayunar para ser vistos, y el ayunar para Dios secretamente.

Pero como nosotros siempre estamos inclinados a las bonitas apariencias, a lo sensacional, etc, por eso es tan frecuente que nos demos tan poca cuenta de aquella justicia mucho más abundante y verdadera del pueblo de Dios. La limosna secreta, la oración callada, el ayuno oculto

y contrito por los pecados, no los echamos de ver en otras personas.

Y de ahí que frecuentemente juzguemos con tanta severidad a la iglesia, a la gente joven y a los niños. Lo que *vemos*, normalmente lo atribuimos a lo sensacional, y lo que *no* vemos, no nos atrevemos a creerlo.

Abstengámonos, pues, de juzgar; preocupémonos de nuestra propia vida; y quien *no* tenga una justicia más abundante, tema y calle acerca de los demás; y quien ciertamente puede notar en sí mismo esa justicia más abundante, que comprenda que el Señor se la dio *como miembro de Su iglesia*; lo cual encierra que también los demás miembros de la iglesia han recibido lo mismo en mayor o menor medida, pero siempre más abundantemente que el mundo.

Es, asimismo, en muchos casos una señal de estupidez, fatuidad y falta de propia justicia cristiana, si se alaba al mundo por su justicia y en la iglesia no se ven muchas cosas buenas. Naturalmente hay casos en que la sal se vuelve insípida. Elías pudo lamentarse: —Yo soy el único (justo) que queda. ¡Pero también él se quejó sin razón, pues aún habían allí 7.000!

La justicia sensacional recibe su recompensa: honor de parte de las gentes, por la gran limosna, por la bonita oración, por el rostro demacrado a causa de ayuno; honor acerca de los hombres: ésta es la recompensa. Por eso comenzaron aquellas obras y esa recompensa recibieron; y con eso se sintieron satisfechos; no desearon nada más; tenían su recompensa.

Mas la auténtica y más “abundante” justicia de la limosna oculta, de la oración a solas, del ayuno escondido —esta justicia de los hijos de Dios no tiene nada que ver con lo sensacional y el honor de los hombres. Los justos sólo a Dios refieren sus obras; y por eso, ya ahora reciben — ¡oh milagro de gracia!— *recompensa por esa justicia*.

Pero ellos se llaman a sí mismos esclavos inútiles. Y reciben una gran recompensa.

Servir a Jesús no es pesado.

Su exigencia de una justicia auténtica, espontánea, secreta y más abundante, no es una demanda dura para Su pueblo. Él *puede* pedir mucho de nosotros.

Y al agradecimiento por la salvación obtenida mediante Su sangre aún se puede añadir el deseo de la recompensa que Él nos prometió por la auténtica limosna, la oración verdadera y el ayuno sincero.

Así es como con nuestra justicia cristiana reunimos tesoros en el cielo (Mt. 6:20).

Porque el pueblo de Dios lleva frutos, hace obras buenas y recibe recompensa por ello; quien más, quien menos.

Antes bien testimonia así: ¡Oh si aún pudiese ser más abundante! Esto es algo que todos los hijos de Dios asentarán contigo. Por esto obliga a la oración, al ayuno y a las buenas obras, y concede recompensa si es auténtico.

Si esta convicción no es sincera, entonces se engríe en sí misma, y has de aceptar plenamente la recompensa de frases piadosas que no tienen sentido, provenientes del mundo y de pobres piadosos que en esta materia no han entendido las palabras de Jesús, aunque Él se expresó muy claramente. Así que ésa es tu recompensa.

Sólo por gracia de Dios, las limosnas, las oraciones y ayunos nos dan tesoros en los cielos. De manera que por esas justicias, puedes *recoger* esos tesoros.

Y los hijos de Dios *se hallan* ocupados en reunirlos; frecuentemente sin que ellos mismos lo sepan. Jesús dijo abiertamente: —Reunid tesoros en el cielo.

Si pensásemos un poco más en esto, mucho mejor nos podríamos desprender de la justicia sensacional, la cual proporciona tan pobre recompensa.

También en las escuelas deberíamos deshacernos mucho más de esa justicia mundana, y hacernos más abundantes en la verdadera.

Aquellos que con sencillez oran *verdaderamente* a Dios en la escuela, y *sinceramente* hacen el bien, y “les preocupan” *de veras* el pecado y la miseria en la vida del niño, de manera que a veces están tristes y se temen lo peor, éstos recibirán recompensa, aunque ni el mundo, ni incluso la iglesia les conozca. Pero Dios ve en lo secreto; y lo recompensará en público.

2. Reunir tesoros en el cielo

"No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan, sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan".

Mt. 6:19-20

Reunir tesoros en el cielo es algo que sólo pueden hacerlo *aquellos* de quienes Jesús ha dicho: Yo marchó a prepararos un lugar, y os llevaré conmigo, para que podáis estar donde Yo estoy (Jn. 14:3); y *también aquellos* por quienes oró así: -Padre, Yo quiero que donde Yo estoy, también ellos estén en Mí: aquellos que Tú me diste; para que *contemplan Mi gloria* (Jn. 17:24).

Los discípulos de Jesús, que son bienaventurados en la contemplación de la gloria de Jesús, que ponen sus coronas ante Él y le adoran, ya aquí en la tierra les está permitido reunir tesoros para ellos mismos en el cielo.

Los enemigos de Jesús (abierta- o encubiertamente, es lo mismo) no lo pueden hacer. Y suponiendo que les fuera posible, nunca jamás podrían llegar hasta su tesoro; a ellos no les queda otra cosa que reunir algún tesoro aquí en la tierra por un breve espacio de su vida y contentarse con esto. Ahí también hay gozo, y da ocupación (Ec. 2: 26) y honor, y tranquilidad. Sólo que ¡la riqueza es un bien tan inestable y poco duradero!

El bonito manto con el que la bisabuela alguna vez se sintió tan *rica*, es sacado del armario por la bisnieta en el día de la gran limpieza anual precisamente como su más bonito tesoro -tomándolo con la punta de los dedos-, pero con un sentimiento muy diferente. La hermosa pieza presenta algunos agujeros.

Incluso la plata vieja se ha vuelto negra; y mejor será callar de los metales innobles.

La polilla y el orín son auténticos símbolos del envejecimiento, y del paso y caducidad del tiempo y de las cosas terrenales.

Pero las riquezas también pueden desaparecer repentinamente: si llega el ladrón y el salteador. Esto ocurre

aún hoy en día; sólo que un poco de diferente manera; a lo grande. Nuestros muros son demasiado consistentes para atravesarlos; la policía vigila intensamente. Mas miles de gentes son víctimas constantes de bancos que quiebran, de mal pagadores, etc.

Los tesoros en la tierra son perecederos: el orín, la polilla, los ladrones... ¡es una verdad tan generalmente conocida y popular!

Y, sin embargo, un enemigo de Jesús no hace ningún caso de esta verdad; para él se trata de apoderarse *ahora o nunca* de esos bienes.

Reunir tesoros en la tierra, o por contra *jamás* poseer tesoros. La caducidad de los tesoros puede proporcionarle un suspiro de tristeza o una noche sin dormir de angustia, pero... ¿qué pasaría si no los tuviera? La ascética y la pobreza voluntaria parecen realmente ideales bonitos, pero... los ideales no son tesoros. Ha de escoger: Tesoros en la tierra, o... ningún tesoro. Ahora bien; éste no es el caso para los discípulos de Jesús.

Éstos pueden ser aquí bastante pobres; pueden renunciar conscientemente a los tesoros que están al alcance de ellos; incluso pueden desprenderse de riquezas obtenidas y, a pesar de todo, tener puestos sus ojos en los grandes tesoros —en el cielo.

No; ellos no tienen puesta su mirada en una especie de ideales fantásticos, como ocurre con los ascetas, los soñadores y fanáticos. No, sino en auténticos tesoros, al menos igual de reales que los hallazgos más fiables. De esto habló Jesús. Y los llamó: *tesoros en el cielo*.

Éstos no se han hecho populares. Por desgracia tampoco en la iglesia, si bien todos los piadosos se ocupan de atesorarlos, aunque muchas veces ni ellos mismos se den cuenta. ¿Cómo se reúnen esos tesoros?

En Mateo 5:46 (amor al prójimo), en 6:1 (limosnas), en 6:5 (orar), en 6:16 (ayunar), Jesús habla una y otra vez de paga o recompensa. Y en el cap. 6:4, 6 y 18, dice que Dios les *recompensará* por ello en público.

Los discípulos de Jesús *deben* tener más justicia que el mundo; y por esa justicia reciben un día en público el galardón, la paga o recompensa por nada, graciosa—y gratuitamente. Dios recompensará una vez las buenas obras de Su pueblo: ponerse a bien con su adversario

rápídamamente (Mt. 5:25), quitarse el ojo derecho, si fuere menester (5:29), su fidelidad aunque los lazos matrimoniales se tambaleen (5:32), la sencillez de su "sí" (5:37), su benevolencia (5:39), su amor a los enemigos (5:44), sus limosnas en secreto (6:3), su oración verdadera al Señor, y no porque les vean los hombres (6:6), su ayuno disimulado (6:18), en una palabra: su "ser perfecto" en esto y en aquello (5:48). Dios les recompensará todo. Con tesoros. No pobremente, ni con medida restringida y escasa, sino con "MEDIDA BUENA, APRETADA, REMECIDA Y REBOSANTE" (Lc. 6:38).

El Señor recompensa con *tesoros* –vistos desde Su santidad infinita– nuestros pequeños y débiles comienzos de obediencia.

No; nuestras buenas obras no son "trapos de inmudicia", es decir, las llamadas buenas obras de los fariseos, y la religiosidad hipócrita de Israel en tiempos de Isaías (Is. 64:6). Y como alguien ha anotado a estos textos: "Las mejores obras son nada *fuera de Cristo*". Así es, efectivamente. Pero en el Sermón del Monte Jesús habla a Sus discípulos; y allí promete *tesoros* como *recompensa* por las buenas obras de Su pueblo.

En reacción contra la santidad por las obras de la iglesia romana, quizá hemos olvidado lo dicho anteriormente; lo cual no ha sido una ventaja para nosotros en la búsqueda de las buenas obras. De ahí, que muchos de nosotros hayamos considerado las palabras de Jesús en este texto como una especie de ideal vago, y sólo tuviéramos una leve idea del *camino* para *atesorar* esos *tesoros* en el cielo.

Sin embargo, Jesús nos ha *amonestado* a *reunir* esos tesoros; sí, incluso a dejar por ellos los tesoros terrenales, a no correr tras éstos, y si llega el caso sacrificarlos en favor y por causa de aquellos otros. Estas palabras no se parecen lo más mínimo a una recomendación ascética. Imaginemos que Vd, en la clase, dice a una niña charlatana: "–No cotorrees tanto; deja de hablar, y haz bien tu trabajo!" Y luego vemos que la niña pone todo su empeño en... no–decir–ni–palabra, de manera que luego no quiere decir *nada* ni hablar durante horas a ninguna de sus amiguitas, y que se *sacrifica* sobre todo en no pronunciar palabra alguna.

¿Qué le parecería a Vd.? ¿Fue eso lo que quiso decirle a la niña?

Y si la niña, por motivo de tan forzado silencio, ya no puede hacer su trabajo, ¿no le diría Vd. *—trabaja y no te preocupes más por callar?*

Así también, cuando Jesús amonesta: no reunáis tesoros en la tierra... *sino* en el cielo, entonces vemos que el acento recae en lo último, y que se trata de abstenerse de lo primero. Pero quien se atormenta en ascetismo, hace exactamente como la niña de la suposición: ve en el medio el fin; y el no-reunir tesoros terrenales tampoco es *una buena* obra cuando lo comparamos con el no-hablar de esa niña en el colegio.

Sólo excepcionalmente y por un tiempo, puede ser útil prestar alguna atención a lo negativo (ascética, silencio, etc.), pero siempre para poder emprender *mucho mejor* el lado positivo (buenas obras).

Los apóstoles nunca se hicieron ricos. Tampoco lucharon por ello. Tenían mucho más que hacer. Mas tampoco se hicieron ascetas. No tuvieron tiempo para eso. Tanto se acumulaba en su camino, tanto trabajo en el Reino de Dios, tanto pelear, tanto cuidado y preocupación, que apenas podían atender a todo. Que, ¿¡qué lástima de los tesoros terrenales que hubieran podido “amon-tonar”!?

¡Oh, no; tenían algo mejor que eso! Sigamos su *fe*, también en esta manera de obrar. Cada uno en la vocación recibida.

Naturalmente el maestro o profesor es más que un hombre de negocios.

Este es el privilegio de los profesores y maestros: ¡que su trabajo no puede ser un negocio!

3. Siervos inútiles

“¿Acaso (el señor) da gracia al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos”.

Lc. 17:9-10

La relación del Señor Jesús con su pueblo es tan íntima que las Sagradas Escrituras, para ilustrarla, utilizan imágenes como la relación de esposo y esposa, cabeza y cuerpo, pastor y ovejas, amigo y amigos.

Y por medio de Jesús la relación de Dios con nosotros se hace como la del Padre con los hijos, como la del cabeza de familia con los miembros del hogar. Efesios 2:19.

La Sagrada Escritura también nos da los más hermosos testimonios del pueblo de Dios, al decir: que Sus hijos caminan con Dios, que son la niña de Sus ojos, que son reyes, sacerdotes y profetas; más que vencedores, y todo por Él, que los ha amado y... comprado con Su vida.

Comprados.

Como antaño se compraba un esclavo con el dinero propio.

Jesús nos compró con Su sangre y ESE PRECIO ES EL FUNDAMENTO DE ESA RELACIÓN TAN MARAVILLOSA, lo cual es la causa por la que recibimos coronas reales.

Somos esclavos de Jesús, lo cual es el principio de toda nuestra "gloria". Somos más que vencedores —nos podemos gloriar con el apóstol Pablo—, pero el fundamento de esta heroicidad se halla en: POR ÉL, que nos amó y compró con Su sangre.

Así ocurre también con nuestras buenas obras. Las Sagradas Escrituras nos aconsejan que crezcamos en las buenas obras mucho más *abundantemente*, que aumentemos en ellas. Y el Señor Jesús en el sermón del monte dice, que el Padre, que ve en lo secreto, las *recompensará* en público; y nos hace saber que así amontonamos tesoros en el cielo. También se nos pone delante el ejemplo de Moisés, el cual tuvo puesta la mirada en el galardón (He. 11:26).

Sin embargo, este reunir tesoros viene exigido de forma total por el hecho de que somos esclavos de Jesús.

Nosotros jamás estamos a sueldo como obreros respecto a su señor.

A sueldo se está como el obrero libre respecto a su patrono. Al patrono se le proporciona algún bien mediante el trabajo del obrero, y éste recibe por ello la paga o salario convenido.

Así es como los fariseos presentaban algún bien al SEÑOR: cual hombres independientes, y por eso también esperaban ahora su salario; porque estaban a sueldo.

Pero la situación del esclavo era muy diferente. Si trabajaba para su señor, ese trabajo, en virtud de la ley, no era otra cosa que el rendimiento del precio de compra que aquel señor había pagado por el esclavo. El esclavo era su "dinero" (Ex. 21:21), y por eso, todo lo que el esclavo trabajaba, ya estaba pagado de antemano. No era el esclavo el que aportaba algo bueno al señor. Todo era del señor. ¿Qué *daría* ese esclavo a su señor!? Nada tenía que fuera de él; él mismo era totalmente del señor. Un esclavo es inútil —no sirve para nada—, jamás tiene merecimientos por los que pueda presentar reclamación.

Así compró Jesús a Su pueblo. Somos Sus esclavos, y nuestras buenas obras, de suyo, no son otra cosa que el rendimiento de aquel precio tan caro que pagó por nosotros; así que nosotros somos totalmente de Él.

Lo que obramos, ya hace mucho que ha sido pagado por Él. ¿Qué, pues, o qué clase de bien le proporcionaremos?

Nosotros, esclavos, ¿qué le daremos a Él? Nosotros somos siervos, esclavos inútiles; nada tenemos para dar; y tampoco ganamos o merecemos algo, como un esclavo.

Nuestras buenas obras son obras de un esclavo "inútil", el cual solamente puede hacer *obras que él adeuda*, obras que debía hacer.

Esto arroja una luz luminosa sobre el llamado "mérito" de buenas obras: el punto de divergencia entre Roma (la iglesia católica-romana) y la Reforma (las iglesias reformadas). Lo único en que ambas están de acuerdo es en lo siguiente: que "el Padre lo *recompensará* en público".

Nos es permitido *hacernos tesoros* en el cielo.

Nos es permitido ganarnos amigos con las injustas riquezas.

Nos es permitido mirar el galardón, como un sueldo. Jesús juzgará según nuestras obras. Apocalipsis 22:12.

El sarmiento que no lleva fruto, el Padre lo echa fuera. Juan 15:1. Cristo es la vid, sin la cual nosotros no podemos llevar fruto alguno.

Visto superficialmente y por decirlo de un modo práctico, en este asunto hay muy poca diferencia entre católico-romanos y protestantes. Ambos quieren, fundándose en las Sagradas Escrituras, creer que por las buenas obras *les es permitido* reunir tesoros en el cielo; y que el que *podamos hacer esto es gracia*, la cual nos llega únicamente por Cristo. Esto también lo profesan los católico-romanos

Sin embargo, existe –igual que en el terreno práctico – una gran diferencia entre la doctrina de las Sagradas Escrituras y la doctrina de Roma.

Roma enseña, que nosotros, por medio de las buenas obras, podemos *hacernos* esclavos de Cristo; Él consiguió para nosotros esa gracia; Él ha muerto para hacernos *posible* llegar hasta Él mediante nuestras buenas obras. Dios nos ha predestinado a este merecimiento.

De ahí que a los niños de los católicos se les enseñe lo siguiente: –“¿Para qué estamos en la tierra?– Estamos en la tierra para servir a Dios, y mediante esto entrar en el cielo”.

También es muy frecuente oírles este razonamiento: – El Señor promete recompensa; pues bien, en ese caso también reconoce que ha sido *merecido* el que las buenas obras den *derecho* a recompensa y, consecuentemente, que nuestras buenas obras sean meritorias; y que éstas sean meritorias también es *gracia*.

Visto desde nuestras relaciones de trabajo más modernas, es lógica: la paga se gana, se tiene derecho a ella, aunque a veces ese derecho descansa en una promesa *graciosa* (: graciable) y aunque se nos haya ayudado dándonos el trabajo por razones de compasión y desinteresadamente. Pero el Señor Jesús nos enseña otra cosa muy distinta.

Los esclavos inútiles nada *merecen*, nada *ganan*. Su trabajo nunca puede aportar algo al señor. Son siervos *inútiles*. Por consiguiente, las obras que están obligados a hacer, jamás son legalmente merecedoras de algo, es decir, meritorias. De ahí que no nos guste hablar de la “meritoriedad” de las buenas obras.

El trabajo de esclavos inútiles no *merece*. Ni incluso aunque el señor les prometa recompensa. Pues esa recompensa... como la llama el Catecismo de Heidelberg...

es recompensa inmerecida, graciosa. (Cf. Cat. de Heid. preg. y resp. 63 del Dom. 24).

Cristo no murió para que por Su gracia pudiésemos merecer la salvación, sino que Él murió por nosotros a fin de darnos la salvación gratuitamente, mediante la fe.

Cristo nos compró, y por eso, en todas nuestras "obras que debemos hacer" continuamos siendo "siervos inútiles".

Esta es nuestra gloria frente a toda doctrina católica-romana del "trabajo asalariado-por-gracia". Es, en fin, el respeto debido a nuestro Señor.

Nosotros no enseñamos a nuestros niños "a merecer el cielo", sino a servir cual siervos inútiles a su Maestro, el cual les compró a precio muy alto, y del que también reciben recompensa graciosa.

4. La petición de pan

"No os afanéis, pues, diciendo; ¿Qué comeremos?... Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia".

Mt. 6:31-33

Nadie puede servir a dos señores, como esclavo. Porque cuando se halle a disposición de un señor, el otro no podrá disponer de él al mismo tiempo; porque mientras sirva a un señor, tendrá que negarse al otro; él no puede hacer dos cosas a la vez; no puede sembrar trigo para uno, y al mismo tiempo pastorear el rebaño del otro. Así que, en la práctica, debe o no hacer caso a uno de los dos, u "odiarle", y de hecho "traicionarle".

Así es como tampoco dos clases de preguntas vitales nos pueden dominar. Es decir, las preguntas siguientes: -¿Cómo reuniré tesoros, qué comeré y beberé, con qué me vestiré?, es prácticamente imposible que dominen nuestra vida junto con estas otras preguntas: -¿Cómo agradeceré a Dios por esta salvación cual un verdadero hijo de Dios en el Reino de los cielos?

-¿Qué comeré?

-¿Cómo glorificaré a Dios?

Mammón o Dios.

Servir a ambos es prácticamente imposible, dice Jesús (Mt. 6:24).

Si el pan es *la* petición vital a la que prácticamente todo está supeditado, entonces ya no hay más lugar para las otras peticiones referentes al Reino de Dios y su justicia.

En verdad que así podría haber sido, en el caso de que el Reino de Dios estuviese sometido y dominado por la petición de pan. Pero no es así. Ya que entonces Cristo sería el siervo de Mammón, y habría un solo Señor en el mundo: Mammón, el dinero, ¡“el dólar”!

También podría haber acontecido así: que el afán por el pan sirva a Cristo. Pero entonces Mammón ya no sería señor. Pues no puede ser de otra manera: donde *domina e impera* el afán por el pan, no se reconoce a Cristo como rey; y donde Cristo impera y domina, allí el afán por el pan deja de ejercer dominación.

Así ocurre en la iglesia, en el círculo de los discípulos de Jesús: allí no lo es todo ese afán de pan, etc., etc.

Allí los pobres *son consolados* con algo distinto del pan; los que lloran y se lamentan, con algo diferente que la abundancia; los mansos, con algo distinto al poder del dinero; los hambrientos de justicia, con algo diferente a la justicia social; los misericordiosos, con algo distinto de la recompensa monetaria; los puros de corazón, con algo diferente de lo que aprecian los ricos; los pacientes, con algo distinto a abundancia; los perseguidos, con algo diferente que el rescate; pero todos son igualmente contentados con... recompensa en los cielos. ¿Cómo es posible que se contenten con “una letra de cambio en la eternidad”?

¡Qué extraño! Pero también su tarea es extraña: alcanzar una alta posición en la sociedad, aumentar sus riquezas, vivir desahogadamente, hacer negocios... Nada de esto les está prohibido, mas... no es lo principal, ni predomina ya en sus vidas.

En cambio, ser sal, ser luz, esto es el cometido principal de la vida.

Pero también la medida con que se mide es totalmente diferente.

En el reino de Jesús, en la iglesia, no se mide según las riquezas y honores, sino según la *justicia*.

Allí el odio fraternal hace disminuir las posibilidades y amenaza con la bancarrota (Mt. 5:22 y 26); las miradas impuras ponen en peligro de tener que quedar inválido (5:28-29); el libelo de repudio es un escándalo; y el jurar es ridiculizado como charlatanería impotente (5:36).

No resisten al malo y se *dejan* maltratar; sufren injusticia y... *quieren* ser los más pequeños; aman incluso a los enemigos y oran por ellos; dan limosnas sin hacer publicidad de ello; oran, sin que apenas nadie lo note; ayunan, sin poner caras largas; y atesoran... tesoros en el cielo.

Y, en medio de todo esto, comen pan y beben, y se visten, compran y venden, negocian y pagan en dinero contante -y entretanto ayudan a las autoridades, buscan la justicia y el derecho, honran el matrimonio y edifican sus casas; y... cuando se inquietan por lo que han de comer, beber, vestir, o por los negocios o el dinero... cuando recapacitan y piensan: -¿es eso lo principal en la vida?, entonces llega el Señor Jesús para amonestarles, y les dice: -No os preocupéis, porque vuestro Padre celestial sabe de qué cosas tenéis necesidad, y cuidará de vosotros lo mismo e igual que hace con los pájaros y las flores. ¡Y entonces ellos *creen* en Él!

Y el Señor añade: -Proseguid haciéndoos tesoros en los cielos mediante esas limosnas que nadie sabe, la verdadera oración, el ayuno secreto, el "sí" sencillo, la oración por los enemigos, soportando la persecución y las vejaciones, siendo-el-menor en la convivencia social, soportando la injusticia sin afán de venganza personal -luchando contra el odio y la impureza.

Y ellos, obedientes, van por este camino; y su recompensa será grande en el cielo; y allí no les robará ningún ladrón, ni el orín dañará sus tesoros; tampoco las polillas se acercarán. Para esos animalitos es su vestido y el del rico insensato al cual *dominan* los "negocios", porque sólo conoció una vida y un solo vestido y una sola morada.

Pero para aquellos que conocen la Casa Paterna con muchas moradas, y tienen hambre y sed de la justicia de Dios, y que quieren ser revestidos con la justicia de Cristo, y que incluso tienen una "justicia mayor" que la del mundo y que por ello les cortaron las manos, -para

todos éstos la petición o el afán por el pan de cada día es un ruego entre los muchos ruegos y preguntas de este mundo, y no la que todo lo domina.

Cierto; Mammón es un poder, un dios. Los creyentes lo saben. Pero él no es su *señor*.

Ellos sólo tienen un señor –Jesucristo nuestro Señor–, y saben que Él también es Señor sobre Mammón (: las riquezas).

Por consiguiente, no os afanéis ni preocupéis.

Sírvele a Él, y así *no podrás* a la vez servir a Mammón.

Sírvele a Él, y de esta forma, por mandato de Él, Mammón te servirá a ti, y aun te granjearás amigos con el injusto y sucio dinero (Mammón), y te ayudará a reunir tesoros en el cielo. La comida, la bebida, el vestido..., todo es vuestro y *vosotros sois de Cristo*. Su propiedad comprada a precio muy alto.

Mammón, referente al tema que tratamos –la petición de pan–, ha decepcionado a muchos que le eran fieles servidores.

Pero Jesús es fiel. Quienes confían en Él, nunca jamás serán decepcionados en su confianza. Tampoco en lo que a la petición del pan de cada día se refiere.

5. Propio o extraño

“No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado...”

Lv. 19:17-18

“No juzguéis, para que no seáis juzgados,... Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo...”

Mt. 7:1 y 5

¿Te has dado cuenta alguna vez de la actitud totalmente diferente de un “extraño” y de un “pariente” frente a un hombre caído en pecado? Tomemos, por ejemplo, el caso de una joven vanidosa.

El padre y la madre la reprenden; no pueden ver ni

soportar lo vano y fastuoso, y por este motivo hay continuos disgustos en casa.

Cuando la joven es desobediente, la paz se ve extorsionada por las reprensiones. Esto es muy lamentable. Pero los padres sienten en el alma tal falta de paz, alegría y tranquilidad, tanto que hasta quizá todo eso les tenga desvelados noches enteras. Es lo que hace el amor: el amor de un padre y de una madre.

Cuán diferente es la actitud de los extraños, los vecinos, por ejemplo. Ellos *no reprenden*; nada echan en cara a la joven. No les gustaría armar riña ni distorsionar la paz. Prefieren *juzgar*: "Mira ahí va otra vez; tampoco es nada *especial*; ¿qué puede esperarse de alguien así? ¡Ninguna cosa buena! ¡Si fuera mi hija! ¡Ya la adoctrinaría yo!" Y luego, con una sonrisa en la *cara*: "Has oído su última...; ahí llega!" Así se *juzga* y condena; pero no se reprende ni se tiene pena y tristeza acerca de... ¡y se duerme tranquilamente!

Y cuando la pobre criatura quizá tiene una caída, los padres son los que lloran, los mismos que le habían reprendido severamente. Y la extraña noticia se vuelve a poner como prueba de que aquel juicio y condena emitidos eran correctos: -"¿¡no os lo había dicho yo?!" Y entonces se recrean en su propia sabiduría de la vida. *Reprender* es algo que hacen por amor los propios y parientes. *Juzgar* es algo que hacen sin amor los extraños.

Los verdaderos discípulos de Jesús son como "propios" y parientes los unos de los otros; se aman mutuamente como hermanos y hermanas; y por eso frecuentemente se reprenden unos a otros cuando es conveniente y necesario; y esto produce disgusto, intranquilidad, momentos dolorosos, riñas, a veces. Pero el amor no puede proceder de otra manera, no toma en cuenta la intranquilidad que pueda producir.

Los verdaderos discípulos de Jesús también aman en el mundo a sus prójimos -incluso a sus enemigos-, y por eso, frente a sus enemigos y frente a los enemigos de Cristo tampoco pueden callar u ocultar la verdad, y son perennes testimonios contra el pecado, aun a costa de correr el riesgo de ser condenados como camorristas.

Las palabras: "como también nosotros perdonamos a

nuestros deudores", es una piedra de toque muy sensible para conocer a los verdaderos hijos de Dios. Así pues, también este amor al prójimo que no repara, incluso, en los difíciles momentos que pueda proporcionar al prójimo, es algo típico de ellos. Ahora bien, entre los seguidores de Jesús allí en el monte, los había –y también los hay en la iglesia–, que preferían condenar, *juzgar*, y por eso demostraban que eran *extraños*.

Estaban allí como extraños, como lobos con piel de oveja, como hipócritas. De ahí que *ellos* en todo lugar podían juzgar tan severamente sobre sus hermanos; hasta las cosas más insignificantes les daban materia para juicios durísimos. Medían con toda exactitud, –exigían de sus hermanos la medida completa; nada podía faltar; y si encontraban algo –¡una sola mota!–, entonces se recreaban interiormente (como los mencionados vecinos de aquella joven), aunque intentaban poner mala cara a causa de un mal tan grande. Eso lo hace *el odio*.

En el mundo, el odio puede a veces desembocar brutalmente en un diluvio de maldiciones, malos deseos y toda clase de indirectas maliciosas. Pero el odio, dentro de la iglesia del Señor, entre Sus discípulos, debe revestirse de un manto de preocupación por el hermano, mientras juzga *como un extraño*.

El pueblo de Dios puede caer en esto, –pero a cada paso se humilla y arrepiente de ello. Mas los hipócritas nunca cesan de *juzgar* a los demás.

No miden como hermanos –con amor; sino como extraños –con odio. Difícilmente pueden obrar de otra forma, pues no *conocen* a su hermano.

Y así, con la misma medida del extraño les será medido a ellos. Porque Jesús dirá: –Yo no te conozco, apártate de mí.

Sobre el monte, Jesús les amonestó una vez más: –No juzguéis (con ese juicio duro y carente de amor), *hipócritas*; sacad primero la viga (el odio) de vuestro propio ojo.

Y luego –cuando puedas amar a tu hermano según las palabras de Lv. 19:17–18, entonces saca la mota (por medio de la reprensión) del ojo de tu hermano.

¿Qué hacemos nosotros? ¿*Reprendemos* como propios, por amor?

¿O juzgamos como extraños, por odio?

Cuando sacamos motas de nuestros hijos, ¿ya hemos sacado *nuestras vigas* de nosotros?

¿No puede ser?

Pero, ¡debe ser! ¡Relee una vez más Mt. 7:2!

Y así debe ser en todos los hijos de Dios, aunque se lamenten mucho de sus fallos en esta materia; porque ellos han de *hacer* lo que NO QUIEREN.

6. El Padre celestial responde a la oración

"Pedid y se os dará... Porque todo aquel que pide, recibe. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?"

Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?"

Mt. 7:7, 8, 9 y 11

Jesús, en el monte, habla a Sus discípulos. Les habla como a hijos del Padre celestial. Jesús habla a Su pueblo: a los verdaderos creyentes y a los hipócritas. Y en Su discurso no hace distinción entre "los once" y Judas, entre los hipócritas y los auténticos hijos del Reino.

Los hipócritas, ya en el verso 5 de este capítulo, han tenido que oír palabras profundamente correctivas; y en los versos 21-23 habrán de escuchar aún más. El Salvador les amonestó severamente.

Pero cuando habla de Sus promesas para con Su pueblo, lo hace abiertamente y *de una forma general*. En Jesús, el Evangelio siempre tiene un sentido *amplio*.

Ciertamente parece como si Él nunca temiera que los hipócritas fueran a hacer mal uso de Su Buena Nueva. "Pedid y se os dará".

Nosotros siempre sentimos la necesidad de poner algo de nuestra parte.

Así, por ejemplo, "si oras con *rectitud*, como le agrada al Señor". Jesús, en este pasaje, exactamente dice que

al Señor le agrada dar *buenas dádivas* a Sus hijos, *si se las piden a Él*.

A causa de todos esos razonamientos, que por miedo a hacer mal uso de la oración cometemos, debilitamos, y no poco, esas consoladoras palabras de Jesús.

Por otro lado, al propio tiempo nos empeñamos en *hacerlas extensivas* a todos los hombres. —El que ora, recibe... Un bonito texto para una reunión de evangelización entre aquellos que vuelven la espalda a la iglesia.

Sí; pero... Jesús dirigió estas palabras a *Sus discípulos*, a los *hijos* del Padre celestial.

Es bien cierto, “al que a Mí viene, no le echaré fuera”, dice el Señor (Jn. 6:37). Pero, eso no obstante, el “pedid y se os dará” tiene su plena validez, tal y como Jesús lo dijo para Su pueblo, para aquellos que una vez han llegado hasta Él.

Pero si las hacemos extensivas a todos los hombres, empañamos el resplandor que aquí tienen estas palabras para los hijos del Padre celestial.

¿Eres tú ya un hijo de Dios? ¿Tienes realmente necesidad de algo? ¿Necesidad de algo *bueno*? ¿Necesidad del Espíritu Santo (Lc. 11:13), de pan (Mt. 6:26), de vestido (Mt. 6:30), de sabiduría (Stg. 1:5), de todo tipo de cosas por las que normalmente te preocupas y de las que tienes urgente necesidad? (Salmo 55:22; 37:4 y Pr. 16:3). Pues bien, ¡pídelo! ¡Y lo *recibirás*!

No, quizá, si...; a no ser que...; sino, ¡*ciertamente*! Mucho más ciertamente que un hijo recibe alimento de su padre, y no una piedra. Así lo dice nuestro Señor Jesucristo; y Él no puede mentir.

Pero nosotros, como hombres de nuestro siglo, nos ponemos a discurrir. Y en vez de caer de rodillas y pensar: —¿qué necesito, qué pediré, y ciertamente recibiré?—, en lugar de hacer eso, nos ponemos a discurrir: —¿Lo recibiré enseguida? ¡Como si eso fuera lo principal!; y entretanto dejamos de pedirlo, y *no* lo recibimos. Mientras que lo *podíamos* haber recibido. ¡Pero esa “incredulidad” nos priva de tantísimos dones!

Otras veces *discurrimos* así: —¿Recibo *siempre* y de forma *absolutamente* cierta el vestido que pido? ¿y el pan que solicito? Las gentes que consideran la petición del pan

diario como lo más *alto y necesario*, todo lo hacen depender y girar en torno a esta oración. Pues para ellos es el todo en esta vida: ¡tener qué comer! Pero los hijos de Dios saben muy bien —o al menos deben saberlo—, que la petición del pan de cada día ha de dar paso, a veces, a asuntos más importantes. Porque en una casa que se quema nadie se pone a cocer pan: lo que allí está en juego es *pedir salvar la vida*, y no pedir pan.

Así también para Pablo, en los últimos días antes de su condena a muerte, no tenía importancia alguna ni el pan, ni el vestido, ni incluso el salvar su vida. Llegan ocasiones y momentos en los que la oración por el vestido y los problemas terrenales ya no es necesaria.

Y cuando es necesario —cuando los hijos de Dios *tienen necesidad* de esas cosas—, les está permitido pedirselas a Dios, y *ciertamente* las recibirán.

Y cuando no las necesitan, a veces no las piden siquiera, sabiendo por fe que las recibirán de su Padre celestial.

Hijos de Dios, ¿necesitáis algo? —pedidlo y lo recibiréis. Toda clase de *dones buenos*.

Pedid, —sin limitación—, ha dicho Jesús.

Y recibiréis, —sin limitación también.

Como el padre a la mesa dice: —“Niños, pedid cuanto necesitéis”, sin limitación.

¿También entonces habrá niños que *razonando* digan: —“Está bien; pero si pido una pierna de liebre, no la recibiré; *de manera que* no pediré nada?” O aquel otro que con cara amargada dijese: “—Por favor, ¿podría obtener una rebanada de pan?”

¿Qué diríamos de tales “hijos”?

Sin embargo, recuerdo muy bien, que yo frecuentemente no me he comportado como un niño normal en mis razonamientos acerca de la oración. Pedid y se os dará. También en nuestro trabajo escolar, y en cualquier otro.

Recurriendo *con fe absoluta* a esta palabra de Jesús a Sus discípulos. ¡Por la fe pueden los hijos de Dios recibir tantísimas cosas!

Porque la fe *no razona ni discurre* acerca de un texto semejante, sino que se aferra al Señor en Su Palabra. Como un esclavo recuerda a su señor la promesa que le

hizo, *teniendo siempre por cierto* que su señor es justo y... como tal lo *hará*.

7. La puerta estrecha

"Entrad por la puerta estrecha... porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan".

Mt. 7:13-14

He aquí un texto bíblico que agrada a los cristianos "rígidos" que siempre se indignan y escandalizan cuando el Evangelio es anunciado de forma amplia y general. Cuando los esclavos del Rey salen a los caminos e invitan a todos a las bodas: ciegos, cojos, mancos, mendigos, tanto buenos como malos, (Mt. 22:10), entonces dichos cristianos intransigentes se apresuran a decir: – "Sí; pero en realidad no ocurre así; porque es preciso que "se conozcan" muchas cosas, antes de que puedan aceptar la invitación". Y hasta llaman la atención a los predicadores que hacen llamamientos generales a entrar en el Reino de Cristo; porque –dicen– la puerta es *estrecha*, y son *pocos* los que la encuentran.

Y realmente hay predicadores que hicieron caso a esas personas "intransigentes", y en lo sucesivo predicaron el *evangelio-de-la-puerta-estrecha*. Y por cierto, para gran satisfacción de las personas que opinan que ellas fueron hechas salvas por la puerta estrecha de su "camino de arrepentimiento o conversión", de aquéllas que aun esperan ser salvas a través de ese mismo camino.

Sin embargo, las Sagradas Escrituras no conocen ningún *evangelio-de-la-puerta-estrecha*. Antes bien anuncian abiertamente a toda la creación el Evangelio de Cristo, de la gracia inmerecida y gratuita; y convocan a todos: –Venid, comprad y comed, sin dinero... (cf. Is. 55); y les encarecen diciendo: –Creed en el Señor Jesucristo, y seréis salvos... (Cf. Hch. 16:31, etc).

En la predicación del Evangelio no se habla de una puerta estrecha y de un camino angosto.

Para llegar a Jesús, los caminos están abiertos y ex-

peditos. *No hay ninguna puerta estrecha para lograr llegar hasta Él.* En ningún pasaje de las Escrituras encontrarás cosa semejante. Eso es una ficción o invención humana; una ficción “piadosa” y precisamente por eso igualmente peligrosa aunque parezca “seria”.

Jesús invitó: –Venid a Mí todos los que estáis cargados y trabajados que Yo os haré descansar. Jesús no habla de puerta alguna.

Y en Pentecostés, cuando casi 3.000 personas fueron añadidas a la iglesia, está escrito de ellas, que aceptaron la palabra de Pedro; pero nada se dice de que hubieran de pasar por una puerta estrecha (Hch. 2:41). Esa puerta llegó *más tarde*, –en la lucha de la fe.

Ahí, y para prueba de ello, nos han quedado los relatos acerca de Ananías y Safira, el de Judas, y el de muchos otros que se sentaron en el monte en torno a Jesús y ahora escuchaban con agrado la palabra de Jesús, –pero después le abandonaron. Jesús ha hablado de la puerta estrecha y del camino angosto a *Sus discípulos*, cuando éstos le rodeaban en el monte. También aquí habla nuevamente de una *regla de Su Reino*.

Quien se dispone a edificar una torre, calcula los gastos. Ahora bien, el que en la iglesia hizo profesión de fe, debe conocer la regla del pueblo de Dios: que allí la justicia debe ser más abundante que en el mundo (Mt. 5:20) y también... que hemos de pasar por muchas tribulaciones (Hch. 14:22). No, por cierto; no es cosa fácil.

Muchos están dispuestos a hacer profesión de fe con la boca; y eso está bien; pero... la justicia que Jesús exige, “¡no, eso no es lo que Él ha querido decir! Pues, ¿acaso nosotros carecemos de toda justicia? ¿que todas nuestras justicias son como pecados resplandecientes?”

A éstos es a los que Jesús, nuestro Señor, ha dicho: –*Os aseguro que no entraréis* (Mt. 5:20), si no tenéis esa justicia. Aquí está la puerta estrecha.

La justicia que Jesús exige: no tener odio al hermano (5:22), estar a bien con todos (v. 25), evitar miradas impuras (v. 28), “sacarse los ojos” si es menester. (v. 29), no desentenderse de los lazos matrimoniales (v. 32) no jurar (v. 34), hablar con sencillez y verdad (v. 37), no ser juez en causa propia (v. 38), saber ceder (v. 40), amar a los enemigos (v. 47).

Jesús pide *perfección* en estas cosas, y exige que nosotros vayamos tras esta perfección (v. 48).

Además, nos pide verdaderas limosnas por amor al prójimo, auténtica oración, ayuno sincero, perdonar a los ofensores, elección entre Mammón o Dios, —entre el Reino de Dios o el dios de las riquezas (cf. Mt. 6).

También prohíbe el *juzgar*—por—odio, y pide oración llena de fe, y ordena aquella regla de oro: —Lo que deseáis que os hagan los demás, hacedlo vosotros a ellos (Mt. 7:12); y luego sigue el versículo 13: “Entrad por la puerta estrecha...”

Por consiguiente, esta puerta estrecha se halla en medio de la vida.

Para toda la iglesia de Cristo.

Y tiene algo que ver con la ascética, pero no con la autodestrucción, y también con el santo Antonio, pero no con Francisco de Asís y con los bondadosos pietistas, no con los “reformados intransigentes y severos”.

Todas estas personas se lo han hecho muy fácil. Ellas mismas se han hecho una entrada de religión caprichosa y a su medida.

Pero las más encendidas “sacudidas de conversión” en los avivamientos, son siempre un camino más ancho y una puerta más amplia que el perdón de los enemigos. Las autodisciplinas del monje no son tan “estrechas” como, por amor de Jesús, mantener la promesa de fidelidad conyugal aunque el amor haya desaparecido. Y el “camino de conversión” del pietista siempre es unos palmos más amplio que dejarse cortar la mano (Mt. 18:8) por parte del hombre—del—mundo seguidor de Jesús, que soportar humillaciones, por amor de Cristo, por parte de un joven en su lugar de trabajo.

La puerta estrecha es únicamente para la iglesia de Cristo que ha creído en Él.

Es una *puerta*. Pero también un *camino*. Un camino de vida cristiana.

Es la *entrada* en el Reino por la justicia del Reino. Léase II Pedro 1:5–11. Y sin esa *justicia* nadie entrará; *de seguro que no* (Mt. 5:20).

E incluso muchos de los que había en la iglesia, tendrán que oír: “Apartaos de mí, *obradores de iniquidad* (Lc. 13:24–28).

Y será entonces, cuando ellos llegarán y querrán “entrar” por esa puerta estrecha del morir-al-pecado y del revestirse-del-nuevo-hombre; pero, en aquella hora, la puerta... esa puerta estará cerrada.

Pues el tiempo de correr la carrera se habrá terminado; y el espectáculo ya ha concluido (I Co. 4:9; He. 10:33).

“Quien invoca el Nombre de Cristo, despójese de toda iniquidad”. Este es el aviso que podía estar escrito sobre la puerta estrecha para todos aquellos que *por la fe* han “aceptado” a Cristo el Señor y todas Sus bendiciones –también las buenas obras– (Ro. 13:14; Gá. 3:27; Ef. 4: 24; Col. 3.12).

El Evangelio de Cristo es amplio:

Estrecha es “la puerta al Reino”.

Pero todos los que aceptan *en verdad* el Evangelio en su amplia y generosa invitación, todos esos también entran por la puerta estrecha e igualmente llegan al final del camino angosto.

De esto se cuida y preocupa Jesús el Señor (Jn. 10:27–28), por medio de Su Espíritu y Palabra. También por medio de esta amonestación. Por tanto, no os desaniméis los que creéis en Jesús. *Entrad* por esa puerta; apresuraos; perseverad, luchad la buena batalla, corred firmes la buena marcha...

Tampoco os desaniméis si llegan “toda clase de persecuciones”. Los que son sembrados en tierra pedregosa, oyen la palabra con gozo, mas cuando llegan tribulaciones, caen inmediatamente; y tampoco encuentran la puerta estrecha, y mueren (Mt. 13:21; Ap. 21:8).

Jesús lo dice a Sus discípulos y a Su Iglesia: *angosto* es el camino que conduce a la vida. Y una conocida exégesis de este texto apostilla: “angosto”, es decir, no sólo respecto a la nueva *obediencia* que Dios nos exige, sino también porque ese mismo camino está lleno de tribulaciones y luchas. Cf. Hechos 14:22.

Una “justicia más abundante” que la del mundo y las “muchas persecuciones” es lo que hace que la puerta sea estrecha.

Empero no demasiado angosta para los hijos del Reino, pues la carga de Jesús es ligera.

Y ¿qué será lo que nos separe del amor de Cristo por nosotros? ¿Angustia o tribulación...?

En todo esto somos más que vencedores por Él, que nos ha amado (Ro. 8:37).

Por Él pasamos nosotros al Reino.

Pero en modo alguno pasamos por nosotros mismos.

Pues Jesús nos tiene que decir: ¡*Pasad!*

Lo cual no es igual que decir: ¡*Dejaos introducir!*

Jesús dice: –*Vuestra* justicia debe ser más abundante.

Esto es el reverso de: –toda mi “justicia” está *fuera de mí* en Cristo. Esa justicia viene de Él (la vid) a mí (el sarmiento) para dar fruto.

Quien no quiere entrar por esta puerta estrecha, *de seguro que no entrará.*

8. Edificado sobre arena

“Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace...”.

Mt. 7:26

El Señor Jesús termina su sermón del monte con la chocante parábola de la casa edificada sobre roca, y la casa edificada sobre arena.

También en este pasaje hemos de tener muy presente que Él habló a la muchedumbre de los discípulos que con agrado le escuchaban y seguían.

Igualmente aquí, como en el texto de la “puerta estrecha” y de una “justicia más abundante”, no se trata de la obtención de la salvación por medio de la fe. Aquí no se trata de la predicación del Evangelio, sino de *la regla del Reino.*

Por eso no se puede decir: La roca era Cristo, el edificar sobre la roca era creer en Él, y el edificar sobre la arena era “aceptar” externamente a Cristo sin que el Espíritu nos haya dado penetración en nuestra pobreza espiritual, porque aquí no se trata de la fe ni de la obtención de la salvación.

Sino que de lo aquí se trata, una vez más, es acerca

de la lucha de la fe, de la perseverancia de los miembros de la iglesia, de caminar en la senda debida, de HACER lo que Jesús ordenó de los *frutos* que el pueblo de Dios debe producir.

Jesús, el Señor, lo dice muy claramente: Todo aquel que oye estas *mis palabras* (de la *regla* del Reino, Mt. 5:20 hasta 7:20) y las pone en práctica...

Aquí se trata muy concretamente acerca del hacer.

Pero *no de un hacer para ser salvo*. Porque, ¿qué pinta tal persona en la iglesia de Cristo? ¿Qué clase de fe sería esa? No; aquí nos encontramos con el *hacer* de los creyentes.

Empero nos encontramos con "creyentes", discípulos, seguidores de Jesús, miembros comulgantes de la iglesia, maestros, incluso profetas (Mt. 7:15), también un apóstol (: Judas), que... a pesar de todo, NO OBRAN.

Son creyentes con una fe muerta (Stg. 2:26).

Hijos que son bastardos.

Adultos... cerdos, que vuelven a revolcarse en el cieno (II Pe. 2:22).

Cuando a éstos les sobrevienen las persecuciones, las tentaciones y seducciones, entonces caen estrepitosamente; y cuando llegan los aguaceros, las tormentas y las inundaciones de la ira de Dios sobre todo pecado a sus "casas", éstas se derrumban estrepitosamente.

No todo aquel que dice: ¡Señor, Señor!..., sino el que HACE la voluntad de Mi Padre, entrará en el Reino de los cielos.

Hacer la voluntad del Padre, esa es la vida según la regla o norma del Reino, eso es tener más justicia que el mundo, eso es padecer persecución por amor de Cristo, eso es ser sal de la tierra y luz del mundo, y... ser desechado por el mundo, pero mantenerse en pie.

ESTE HACER es auténtica obra, duradera y buena, eso es atesorar tesoros en el cielo, eso es edificar sobre roca.

Y aquellos que —quizá engañados por falsos profetas— no tienen esa justicia (Mt. 7:19) y sin embargo perseveran pacíficamente, han de echarse a temblar ante la imagen que Jesús dibujó del hombre que edificó sobre *arena*. Aquel hombre fue un *necio*.

Y así de necio es todo aquel que en la iglesia de Cristo

no hace las palabras de Jesús referentes a la regla de Su Reino.

Así de necio es todo aquel que pasa de largo esta puerta estrecha.

Así de necio es todo aquel que opina que puede andar en la iglesia confiando vanamente “en la justicia de Jesús”, sin que *él mismo* tenga que ir tras la justicia, sin que deba *hacer* según las palabras de Jesús.

Así de *infructíferos* en cosas buenas y sabias son los falsos profetas –los con piel de oveja, (Mt. 7:15) –aquellos que confunden la *justicia del Reino* que viven los píos con la justicia de Cristo, y por eso no HACEN lo que Jesús en el monte tan encarecidamente ordenó.

Ese confiar en la justicia de Cristo con el *abandono* de la justicia del Reino, con el desprecio del *hacer*, bajo el pío razonamiento de que todo tiene que venir de Cristo; ese clamar: ¡Señor!, de nada aprovechará ni servirá (II Ti. 3:5), pues Cristo les dirá: Apartaos de Mí, obradores de iniquidad (Mt. 7:23), no os conozco, nunca os conocí, –será la respuesta de Cristo el Señor. De cierto que no entrarán (Tit. 1:16).

Allí serán desenmascarados los falsos profetas, e igualmente los antinomianos*, que rechazaron la justicia del Reino como “apariencia hermosa”; y también los forofos de Jesús, que arrojaron demonios y profetizaron, pero entretanto olvidaron la justicia del Reino. Y otro tanto le pasará al sufrido pietista, que vio la justicia del Reino en las experiencias sentimentales; y, junto a éstos, los seguidores de K. Barth, que no quieren saber nada en concreto de la justicia humana-cristiana.

Allí están sin el vestido de boda –y quedan mudos. No; el vestido de bodas no hace salvo, –pero, sin embargo, es imprescindible.

Todos aquellos que más o menos siguen a estos (falsos) profetas, harán bien en pararse a pensar lo que hacen. ¿Acaso no estarán edificando una casa *sobre la arena*?

Cuando no HACEN (como creyentes en Cristo y por

*Quienes enseñan que Cristo no sólo nos ha conseguido la santificación, sino que también la ha consumado; de manera que no precisamos hacer lo que tampoco podríamos.

Él y por el Espíritu Santo), repito, cuando a ciencia y conciencia no *hacen* lo que Jesús dice en el sermón del monte; cuando a propio intento no HACEN según la regla del Reino; cuando no pasan por la puerta estrecha, —de cierto que no entrarán.

Aquí se hallan las auténticas características de la verdadera fe para arrebatarse ese Reino: en el Evangelio según Mateo, capítulos 5 al 7, podemos leerlas o repasarlas; sencillamente, tal y como allí están enunciadas.

Y esta piedra de toque es mucho más pura y genuina que la de vida interior, experimental e íntima, acerca de la cual nuestro Salvador no ha hablado ni una sola vez.

Esta vida también *está* ahí, —si es buena y sana. Mas ella misma no es una característica. Se encuentra *detrás* de las notas características referidas en Mt. 5-7; y es, por tanto, el telón de fondo *psíquico* de las mismas; y es la obra del Espíritu Santo en el nuevo nacimiento y renovación del corazón.

Pero el Salvador no pone a trabajar a Sus discípulos para que escudriñen esa acción secreta del Espíritu Santo, ni tampoco les emplaza para una investigación o examen anímico de lo que “acontece” o pasa en la conciencia. No; Jesús ni siquiera les pregunta: —¿*tenéis* más justicia que el mundo? ¿*amáis* a vuestros enemigos? ¿*pasáis* por la puerta estrecha? ¿*hacéis* lo que Yo dije? No; Jesús no hace tales preguntas. Son demasiado alucinantes y nada prácticas.

Cuán fácilmente se pueden equivocar y, hastiados y cansados, abandonar, diciéndose a sí mismos: —A pesar de todo, no veo nada bueno en mí mismo. (¡Y no sería ningún milagro si llegaran a esta conclusión!). Y cuán fácilmente también tasarían una acción con demasiada severidad y la otra demasiado a la ligera. ¡Cuán imposible es para nosotros el realizar nuestro propio balance espiritual!

No; el Salvador habló como quien tiene autoridad para hacerlo. El *mandó*, *de forma práctica*, —y *amonestó*: —*Tened* justicia, *amad* a vuestros enemigos, *orad*, *dad* limosna, *ayunad*, *escoged* entre Mammón y Dios, *buscad* primero el Reino de Dios, *no juzguéis*, *ENTRAD* por la puerta estrecha, y si escucháis estas sabias palabras y las ha-

céis, sois sabios. Si no lo hacéis así, entonces edificáis sobre arena.

Fijémonos, pues, que aquí no se trata ni viene a cuento "introspección" alguna. Antes al contrario, aquí se nos indica que podemos *comenzar inmediatamente con la práctica.*

Y esa práctica pondrá de manifiesto e indicará, más claramente que la luz del día, si nuestra *fe en Cristo* era una fe verdadera.

En caso afirmativo, ese obrar también llegará a buen fin.

En caso negativo, no podemos perseverar y volveremos a caer en el ancho camino donde todo es mucho más fácil.

Que Dios nos libre de eso y nos enseñe a *obrar por fe* y en el santo temor de Él, –también en nuestra labor educacional.

9. "He sido obediente"

"Y dirás delante de Jehová tu Dios... no he traspasado tus mandamientos, ni me he olvidado de ellos... he obedecido a la voz de Jehová mi Dios, he hecho conforme a todo lo que me ha mandado. Jehová tu Dios te manda hoy que cumplas estos estatutos y derechos".

Dt. 26:13-18

"Así también vosotros, cuando hubiereis hecho todo lo que os es ordenado, decid: Siervos inútiles somos, porque lo que debíamos hacer, hicimos".

Lc. 17:10

Cuando los israelitas piadosos presentaban las primicias de su cosecha en el templo, a la vez debían declarar, por mandato de Dios, lo que leemos en Deuteronomio 26:5-15. En esta fórmula nos llama la atención de manera especial esta declaración: –Yo he sido obediente.

Si el Señor mismo no hubiese ordenado esta fórmula, nosotros ciertamente nos hubiéramos inclinado a pensar

que aquí se trataba de una invención farisaica. Nuestra "piedad" choca aquí contra las Sagradas Escrituras.

Semejantes expresiones *nos* parecen demasiado atrevidas. Ciertamente se necesita mucho *valor* para confesar en público: –"yo he sido obediente", o, si es una iglesia, apropiarse las palabras del Salmo 44:17–18, que dice: "... y no nos hemos olvidado de ti; y no hemos faltado a tu pacto. No se ha vuelto atrás nuestro corazón; ni se han apartado de tus caminos nuestros pasos".

Nuestra piedad moderna conoce solamente dos imágenes de vida: la del fariseo, y la del publicano. Y lo más lógico es que tomemos partido por el publicano. En todos los sentidos, jeso es lo más seguro! Y así, constantemente hablamos y decimos – ¡como una cierta muletilla!–: –Yo soy un pecador; yo no tengo justicia alguna!

Y esa clase de "gentes de iglesia", que quisieran decir otra cosa muy diferente, –pues bien, ¡esos son los fariseos!

La Biblia también habla de Zacarías y Elisabet, diciendo que ambos eran justos para Dios, "caminando irreprehensiblemente en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor" (Lc. 1:6); y de José de Arimatea, que "era un varón bueno y justo" (Lc. 23:50). Pero la exégesis más nueva de estas frases es la siguiente: –que tales expresiones (provenientes del léxico o lenguaje judío) huelen a fariseísmo. Así también se considera al autor del salmo 44 muy lejos del espíritu del Nuevo Testamento.

Pero de esta forma, nosotros –"pecadores" *modernos*– nos las arreglamos para arrebatrar a la Palabra de Dios su fuerza sobre la conciencia mediante nuestra constante figura de publicanos.

Esa fórmula de Deuteronomio 26, y las palabras del Salmo 44 y 119, y ese ejemplo de Zacarías y Elisabet y las palabras de Jesús: "si hicieréis *todo lo que os he mandado*", nos dicen que todo eso en nosotros, los que pronunciamos el Nombre de Cristo, también *pudo* ser así... y que así *debe ser*.

No; no como expresiones generales sobre toda nuestra vida. En ninguna parte las Sagradas Escrituras dan pie al pensamiento de que hay personas perfectamente obedientes. Porque "si el Señor quisiera entrar a juicio, ¿quién podría mantenerse en pie?" No; el israelita que

ofrenda, tiene en cuenta el *ahora* y ese sacrificio que ofrece. El Salmo 44 habla de la permanencia de Israel cerca del SEÑOR; el Salmo 119 habla de la atención a la Palabra de Dios y del hacer según los mandamientos. Zacarías y Elisabet vivieron de tal manera según la regla del Pacto, que nadie pudo objetarles nada, y lo mismo fue el caso de José de Arimatea. Y Jesús pide de Su iglesia: –que *vuestra justicia* (todo lo que manda el sermón del monte) sea más abundante que la de los incrédulos (Mt. 5:20). Nosotros debemos “andar en Sus caminos” (Dt. 11:22, etc., etc.).

Si no nos atrevemos a calificar estas expresiones decisivas de las Sagradas Escrituras como un juicio *general* acerca de toda nuestra vida, deberemos aplicarlas en el sentido que nos enseñan las Sagradas Escrituras, o, de lo contrario, “de cierto que no podremos entrar en el Reino de los cielos”.

Con una figura general de publicanos arrepentidos no lo solucionamos todo.

Pues el auténtico publicano oró así: –¡Oh Dios, sé propicio a mí, pecador! Y entonces... volvió justificado, a su casa. Y en la fiesta volvió a subir al templo con sus primicias, y, en tal ocasión, expresó la fórmula de Deuteronomio 26: –yo *he hecho* lo que tú, SEÑOR, me has ordenado; yo he dado al SEÑOR, y al sacerdote, y a la viuda, y al huérfano lo que es suyo. Jesús hace salvos a *pecadores*.

Y publicanos y prostitutas precedieron a los arbitrarios fariseos, porque *ellos* vinieron hasta el Salvador.

Pero no permanecieron prostituyéndose ni como “publicanos” ni como “pecadores”. Ellos se convirtieron; y se pusieron a caminar según los mandamientos y a *hacer* la Ley de Dios.

Se dispusieron a *hacer* lo que Jesús mandó en el sermón del monte; y lo hicieron cayendo y levantándose, *defectuosamente*, ahora sí, y luego, no. Ciertamente. Mas, no obstante, lo *hicieron*. Y en el momento que ellos *hicieron* lo que Jesús ordenó, también les fue permitido *profesarlo*. Ahora, y en este aspecto, y en este asunto, y en este *caso concreto*, he hecho lo que Dios ha mandado.

Entonces dice el Señor Jesús: –Pues bien, tú has edificado sobre roca, tú eres sabio, tú me amas, pues quien

me ama, guarda mis mandamientos; y entonces Mi Padre os lo recompensará, y Yo diré: –Bien, siervo bueno y fiel, sobre mucho te pondré, pues has pasado por la puerta estrecha y a través del camino angosto que lleva a la vida.

En la vida cristiana hay altos y bajos. Altos, en los que empujados por la fe y por la esperanza y por el amor, *podemos y debemos* confesar: –SEÑOR, yo he sido obediente.

Pero también hay bajos, en los que envueltos en lágrimas de compunción clamamos a Dios: –Yo *no* he hecho, oh Dios, lo que has mandado. Esta es la *auténtica* oración del publicano.

Hallándose en esos momentos altos, la iglesia nuevotestamentaria puede confesar ahora con el israelita de Deuteronomio cap. 26 y con la iglesia del Salmo 44, lo siguiente: –Señor, yo he hecho lo que me has ordenado en el sermón del monte. Tanto ahora, ayer y hoy he apartado de mi vida todo lo que no te agrada (Mt. 5:28), evitando el maldecir, cediendo para evitar escándalos, amando a quienes me oprimían; he dado limosna, he orado sinceramente, he ayunado espontáneamente, abandonando todas mis preocupaciones por el pan y buscando solamente Tu Reino, no he juzgado al hermano por odio; he hecho a mi prójimo lo que deseaba que éste me hiciera a mí; yo he buscado la puerta estrecha.

Es maravilloso cuando la iglesia –y cada creyente en particular– puede hacer una confesión semejante.

Pero es horrible, donde esto no puede ser, porque no es así. Allí está la muerte.

Y, sin embargo, el *arrepentido* publicano volvió justificado. ¡Eso también es maravilloso!

En los momentos bajos volvemos a tener necesidad de Jesús; y adorarle a Él como nuestro garante y Fia-dor es la mayor dicha y bienaventuranza.

¿No sería conveniente que mutuamente nos apeáramos de nuestros envanecimientos, e igualmente que nos ayudáramos a salir de esas depresiones desde las que clamamos: –Ten piedad de mí, pecador?

¿Esa euforia es tan peligrosa para personas que, como Pablo, frecuentemente hacen lo que no quieren? ¿No habría aquí un peligro de soberbia?

¿No discutieron los apóstoles acerca de quién era el mayor?

¿No hubo muchos cristianos que en los primeros siglos buscaron el martirio como un honor? ¿No tuvo y tiene la iglesia católica romana sus monjes y almas devotas a los que consideró (y considera) como *algo especial*? ¿No tiene el pietismo sus "personas extraordinarias" que van de iglesia en iglesia proclamando con la mejor intención: -¡Yo he nacido de nuevo, o soy una nueva criatura!", y preguntando: "¿En que situación se encuentra Vd.? Adelántese, y confíese de una vez, ¿qué ha acontecido en su interior?" ¿Acaso no conoce el metodismo sus "héroes por Jesús", quienes en la práctica de la vida con el prójimo frecuentemente fueron muy egoístas en pro de su ideal? ¿Acaso los "reformados" no se creen alguna vez superiores a los demás cristianos?

En toda la Cristiandad aparece, en una especie de santidad experimental, en una santidad de doctrina, en una santidad por las obras, en toda la llamada santidad *especial*, aparece -repito- algo que choca y repugna: Es que en todo lo dicho se mezcla la influencia "humana", el sentimiento del corazón. Todos caemos en ello con mucha frecuencia.

Por tanto, ¿no vamos a acabar con todo esto, para que de una vez vivamos y hablemos como la iglesia de todos los tiempos? Si hemos hecho lo que el Señor mandó, ¿nos limitaremos a decir: yo no soy más que un pobre pecador, y con eso basta?

Semejante "figura de publicano" podría convertirse en una "afectación", lo que equivale a decir: una mentira. Pero nuestro Señor Jesucristo nos indica un camino mejor.

Una vez que hayas hecho lo que se te ordenó, di sencillamente: -Yo soy *un siervo inútil*; porque he hecho lo que *tenía que hacer*, lo que *debía hacer*.

Esclavos de Jesús, comprados por Su sangre, que no han hecho nada "*especial*", sino únicamente lo que, como *deudores*, debieron hacer.

Pues bien, de esta forma podemos estar en las horas altas de Dt. 26 y de los Salmos 44 y 119, y al mismo tiempo estar libres de esa aureola de santidad "*especial*" que rechaza y tilda a los demás. Y de esta forma también podremos difundir un suave olor como el ungüen-

to sobre la cabeza de Aarón, como el rocío del monte Hermón, a causa del amor al Señor que nos *compró*.

¡Cuán sencilla y verdadera es la Palabra de Dios!

Enseñemos, pues, a nuestros hijos ambas cosas: a) – Yo *no* he hecho lo que me has ordenado, ¡sé propicio a mí, pecador! Y, b) –Yo he hecho lo que me has mandado, ¡como *vuestro esclavo*, oh Señor mío!

Como corresponde a un esclavo inútil, no he hecho nada “*especial*”. Fue un trabajo, una obra *buena*; sí, pero una obra *debida, adeudada*. Nada “*especial*” ni extraordinario.

CAPÍTULO V

LA ORACIÓN DE LOS JUSTOS

COMO AQUELLA predicación que saca su contenido de la personalidad cristiana se empobrece con el paso del tiempo y, finalmente, viene a resultar un débil resplandor de lo que en tiempos de la Reforma fue el *ministerio* de la Palabra Divina, y como esa fe que constantemente se ocupa de sus características deriva en *ciencia religiosa* y así nada le queda de la fe en la Palabra de Dios que mueve montañas, —y como entre los cristianos aquella esperanza que vive de los sentimientos propios ya no se atreve a ser una esperanza en el prometido retorno de Cristo, —*así también esa vida de oración*, que se fija en aquello que necesita el corazón y en la *tradición*, no tiene más remedio que empobrecer y deformarse. Lo que mantiene viva nuestra oración no es nuestra “personalidad cristiana”, por más sincera y piadosa que pueda ser, sino *lo que la Palabra de Dios nos dice*. Estando cerca de la Palabra de Dios, los creyentes son reavivados por el Espíritu Santo, el cual asimismo *les enseña* constantemente a orar. Y si *vemos la Oración del Señor* a la luz de las Sagradas Escrituras, veremos cuán “Escriturísticamente” oró el mismo Jesús.

1. Cumplirá el deseo de los que le temen

"Él cumplirá el deseo de los que le temen; oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará".

Sal. 145:19

¡Es sorprendente! Ninguno de nosotros es *bueno*. No hay hombre alguno que no peque. Nadie –tampoco entre los píos– es lo que debería ser y lo que podría ser. Y aquéllos que viven cerquísima del Señor, se inclinan profundísimamente hacia el polvo por causa de su indignidad. Y sin embargo hay –aún hoy día– personas de las cuales la Palabra de Dios dice que Dios, el Todopoderoso, cumple el deseo de ellas; o dicho con otras palabras, que lo que ellos tanto desean, aquello en que se complacen, es lo que el Señor de cielo y tierra quiere *hacer*.

Imagínese usted: el Altísimo que hace o cumple *los* deseos de usted, Él mismo le pregunta: ¿Qué quiere que Yo haga?

Usted encuentra deleite en la ley de Dios; le agrada servirle y santificar Su nombre en su trabajo. Pero enfrente se hallan las ruinas de su vida, las imperfecciones de su trabajo y el descrédito que por ello le acarrea usted al Nombre del SEÑOR, por cuanto nuestras actividades deben llevar el sello de Su nombre. Esto le angustia en ocasiones, y entonces ¡usted clama al cielo!

No tema; el Señor quiere cumplir el deseo de usted; Él santificará Su Nombre también mediante su trabajo, y le liberará de esa angustia, y *le enseñará* a hacer Su voluntad.

Usted se deleita en los buenos dones de Dios, en su "pan de cada día"; pero he ahí llegan cuidados y dificultades, y usted ¡se echa a temblar! Y en su angustia clama a Él.

Él *cumplirá* los deseos de usted. El bien y los beneficios del SEÑOR serán su porción y herencia; el SEÑOR lo ha prometido.

Usted siente temor a causa de sus pecados, y clama, y el SEÑOR cumple su deseo, y le libera.

Usted teme la tentación; volver a caer le es amargo

pensarlo; y clama; y el SEÑOR le salva y le conduce por las alturas de la vida, y hace que usted reine sobre el pecado.

Usted teme al diablo, el cual manifiesta tener tan gran poder en todos los terrenos de la vida; y usted clama, y el SEÑOR oye, y avergüenza al Maligno.

Así lo expresa la Palabra de Dios. Y así ocurre. También ahora. En todos los que temen al SEÑOR.

Es sorprendente: Dios cumple el deseo de personas que no son como debieran ser; y que por eso le temen a Él, aunque sean Sus hijos. ¿Quién tiene tal AYUDADOR como el que tiene hombre o mujer cristiano (a) que teme al SEÑOR? No; no nos vemos libres de *momentos difíciles*; pero ¿qué otra cosa son esos momentos difíciles que un camino por el cual el SEÑOR llega a nosotros para cumplir *nuestros deseos*?

2. "Dones de oración"

"Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis. Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos..."

Mt. 6:7-9

Cuando tenemos que hacer una solicitud importante cerca de alguien que no nos conoce, nos debemos preparar de forma extraordinaria a fin de convencer a aquella persona extraña del peso del asunto, de nuestros derechos, de la necesidad del mismo, de forma que le preste atención al problema. Entonces necesitamos una fuerte medida de coraje y la firme voluntad de que no nos dejaremos vencer antes de que hayamos expuesto detalladamente nuestros asuntos.

La triste realidad de muchas personas tímidas y discretas, y de aquellas que no poseen el don de la palabra, es que frecuentemente son rechazadas, mientras están

íntimamente convencidas de que si hubieran sido más ricas en palabras y hubieran expuesto todo, ciertamente habrían hallado respuesta.

Esta es la actitud frecuente de los gentiles frente a sus dioses. Deben persuadir al dios, convencerle y exponerle bien los asuntos, y si es necesario desconcertarlo, como a veces un brutal representante hace con sus clientes.

Por suerte, no es éste el caso de los discípulos de Jesús en sus relaciones cerca del Padre.

El Padre no es un extraño que no sabe de sus asuntos o problemas. No se precisa de palabrería, ni de una defensa detallada, ni de enderezar ideas equivocadas respecto a nosotros, ni defensa de nuestros derechos; pues vuestro Padre sabe lo que necesitáis, antes de que le pidáis —dice Jesús.

Nosotros nos conformamos con pedir como los niños. Sentado a la mesa, un niño no precisa exponer que ya han transcurrido tantas horas desde que no recibió alimento alguno, que ahora vuelve a tener hambre y necesita comer, ni tampoco precisa hacer una relación de la parte de herencia que le corresponde, ni del alimento que un hombre necesita. Ciertamente no; el niño sencillamente tiene que acercar su plato, y pedir cortésmente. No precisa hacer más. Y no obtendrá menos cuando lo haga *con sencillez* tan marcada. Así pueden los discípulos de Jesús orar al Padre.

A veces, entre los cristianos parece como si los “dones de oración” se hallen acumulados en algunos que tienen facilidad de palabra. Al menos, casi siempre oí hablar de semejantes “dones de oración”. Pero podría ser que los más grandes dones de oración precisamente se hallen al otro lado: en los que sencillamente piden con seriedad, en los píos que ruegan como niños y que quizá no son ricos en palabras, pero realmente “ponen a los pies” del SEÑOR su súplica con sencillez. Semejante oración fluye de una fe sencillamente infantil en el más noble sentido de la palabra, y de la certeza de que el SEÑOR quiere ser nuestro Padre por medio de Cristo. Quien llega a conocer esta realidad, y ve cómo esa certeza más o menos desaparece por causa de pecados retenidos o no confesados, no puede tener paz ni orar bien hasta que todo esto sea puesto en orden. Quien

duda, es como una ola del mar, y su oración es estéril. Esa persona no debe pensar que recibirá algo del SEÑOR.

Además, un don especialmente importante es que separamos *lo que* hayamos de pedir.

Con frecuencia, nos parecemos tanto al hijo mayor sentado a la mesa, el cual está tan enfrascado en su periódico que no sabe bien lo que pide; pues se limita a acercar el plato y la madre pone algo en el mismo, pero no se da cuenta de lo que es.

A veces pedimos al tiempo que nos ocupamos de toda clase de cosas que únicamente pueden subsistir mediante nuestra *petición formal en la oración*. Si dicho hijo mayor que se sienta a la mesa con el periódico no recibiese comida, también concluiría enseguida con la lectura. Si yo, cuando oro, me hallo absorbido por el trabajo, entonces lo mejor que me puede ocurrir es que el SEÑOR sea bueno conmigo y me dé, como aquella madre; pues de otra forma no podría hacer nada de provecho en mis obligaciones laborales. Sin embargo, no progresaremos ni adelantaremos si pedimos sin pensar lo que pedimos. Es frecuente que no recibamos muchas cosas maravillosas, porque nos olvidamos de pedir las.

Produce *prácticamente* una gran diferencia si pedimos alguna cosa, o no. No me refiero ahora, en primer lugar, al fruto para nuestra vida íntima de la oración, sino a la escucha de esa oración para la vida práctica.

Quien acierta a ver esta diferencia, y cree que nuestras oraciones son escuchadas, se hallará constantemente en la pregunta de "¿Qué pediré"?

Pero nuestra disyuntiva o elección no es tan limitada como en una audiencia cerca de un gran personaje. Si allí olvidas algo, es muy difícil volver sobre ello, y si el tiempo de la visita ha concluido, tenemos que marcharnos.

Debemos tener bien presente que somos personas limitadas, y *que también nuestro tiempo de oración es limitado*, y que por consiguiente debemos vigilar que ese tiempo de oración no se nos pase con "toda una sarta de palabras". Muchas veces he vivido —también en la iglesia— que un cuarto de hora de oración transcurría con avisos y oraciones, sin orden ni concierto, por "el mun-

do", por nuestra "vida interior", mientras pasaba desaprovechada la hermosa ocasión de pedir, como Iglesia de Jesucristo y sencillamente, dones *serios, reales y prometidos*, a nuestro Rey y Señor Jesús. Y otro tanto ocurre frecuentemente en nuestra oración particular.

Estuvimos dedicados con intensidad a nuestro trabajo; ahora nos reunimos a la mesa. Ésta es la ocasión inmediata para celebrar el culto familiar, y así nos llega la oportunidad de orar un par de minutos. ¿*Qué* pediremos, pues, en esos momentos?

Luego habrá vuelto a pasar tan hermosa ocasión. La vida sigue. Movimiento, alboroto y cuidados del hombre de trabajo, a fin de obtener las condiciones necesarias para que el quehacer pueda reanudarse. Y ahora llega la oportunidad de orar unos momentos. ¿*Qué* pediremos? Luego habrá vuelto a pasar esa hermosa ocasión.

No es menor el "don de oración" si hemos aprendido a dedicar rectamente ese tiempo de oración para pedir lo que necesitamos, a fin de que con ello no pongamos el acento en lo menor y olvidemos lo mayor. ¿*Qué* pediremos? También esto lo podemos aprender de la Palabra de Dios.

Los discípulos, en cierta ocasión, preguntaron al Señor Jesús acerca de esta dificultad. Y el Señor entonces les enseñó una oración.

El Espíritu Santo nos enseña a orar. Pero para ello también se basa en la Palabra, y a este fin nos introduce en la Verdad, y nos hace "atentos" a lo que el Salvador ha dicho.

Aprender a orar, eso es lo mejor que se puede hacer de aquella oración que el Señor Jesús enseñó a la iglesia, y por lo general mediante una vida ajustada a las Sagradas Escrituras.

Los dones de elección de palabras, tono respetuoso, expresión clara, cálida armonía de sentimientos, alocución apremiante y suplicante, y cosas parecidas, sólo consiguen tener valor por *lo que se pide*, por el *contenido* de la oración.

3. La oración titubeante, y la decidida

"Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos..."

Mt. 6:9

En nuestras oraciones se pone en marcha muchísima palabrería vacilante, vaga e indecisa. Algo así como: –Si mi disposición de ánimo fuera recta y mi oración fuera buena; si pudiera orar no sólo con los labios, sino también con lo íntimo de mi corazón. Y en la iglesia: –Si pudiéramos orar con un corazón deseoso de salvación; si el Señor quisiera hacer que nuestros corazones ardiesen... Si todos estos requisitos para una buena oración pudiesen hallarse presentes en toda su plenitud y valor en nosotros, entonces también podríamos contar con ser escuchados, al menos si al SEÑOR le place.

Por favor, ¿qué es nuestra disposición de ánimo? ¿es en verdad suficientemente seria? ¿proviene de lo más profundo del alma? ¿de lo *más íntimo de nuestro ser*? ¿hay un verdadero deseo de salvación? ¿*está* realmente ardiendo nuestro corazón? ¿podemos esperar algo?

Pues bien, si oramos así, todo se tambaleará y permaneceremos vagamente en generalidades, y hablaremos indecisamente al Dios de cielo y tierra; y en lugar de tener *fe* que seremos oídos, al decir Amén no habrá en nosotros otra cosa que el *deseo* de que eso pueda ser así.

El gran error en todo esto yace aquí: que nosotros sólo vemos lo que el orante hace y siente como factor principal de la oración.

Sin embargo, todos los buenos orantes de todos los tiempos han puesto su mirada en Dios, en lo que Él haría según Sus promesas. No se preocuparon tanto si lo intentaron, si podrían llegar a conseguir esta o aquella forma de oración; no, ellos acudieron al Padre como pecadores que Jesús había comprado con Su sangre, como pecadores en sí mismos –*¡más*, no!–, y como hijos de Dios por Cristo, *¡menos*, no!

Y he aquí que entonces esa palabrería vacilante e indecisa, vaga y sin destino, se transforma inmediatamente en algo firme, decidido, concreto y muy específicamente escriturístico: "Padre nuestro, que estás en los cielos".

Cuanto mayor sea la opinión que el hombre piadoso tiene del peso de su piedad en la oración a fin de poder esperar que su oración sea escuchada, tanto menor será su firmeza y seguridad en la oración.

Pero si el que ora se sabe un simple pecador, y no quiere ser más en sí mismo, sino que todo lo espera de su Señor y Salvador que le ha hecho hijo de Dios, entonces cae por tierra la fe vacilante; y será como un niño que se dirige a su Padre, *sabiendo* que el Padre le oirá y atenderá en todo lo que pida (1 Jn. 5:14), según Su santa voluntad. Así pues, no tenemos ahí un hombre independiente o autosuficiente que intenta mover a un dios para que le escuche; ni nos hallamos ante un hombre que da saltos alrededor de un altar, mutilándose con cuchillos a fin de lograr la verdadera forma de oración, como hacían los sacerdotes de Baal sobre el Carmelo, sino que contemplamos un hijo que pide a su Padre si es posible, si puede tener lo que solicita. En tal caso, oremos esta súplica ardiente, imperativa y profunda: — ¡Oh Señor, oye mi oración; oh Señor, inclina tu oído; oh Señor, extiende tus manos, y ayúdame! O como Elías: — ¡Oh SEÑOR, respóndeme! O como el salmista: ¿Por qué dirán las gentes, dónde está ahora tu Dios?

Así oraba el pueblo de Dios en sus mejores tiempos cuando todo se esperaba de Dios, y la filiación de Dios era el único fundamento en el que se atrevía a decir "Padre" o SEÑOR.

Mas en tiempos de apostasía, cuando el hombre en sí mismo comenzó a significar algo en la religión, marchitóse la vida de oración.

Así también el moderno espíritu de elevación del hombre que nos ha enseñado a considerar la vida interior, el sujeto, como norma y medida de las cosas, y que en la iglesia ha colocado nuestra piedad experimental por delante de nuestra filiación, —así ese error moderno también ha herido nuestra vida de oración.

Los píos veterotestamentarios llamaban a Dios en sus oraciones: SEÑOR, Yavé, Dios del pacto, y se sabían hijos de Dios.

Y la iglesia novotestamentaria ha obtenido del Salvador ese mismo privilegio en una alocución aún más tierna: Padre nuestro.

“Nuestro”, con lo cual una vez más lucha la idea moderna como si cada piadoso se sustentase en sí mismo, de manera que la iglesia se constituyese de individuos piadosos disgregados o independientes.

“Nuestro”, esto significa y es toda la congregación de los creyentes cristianos y sus hijos.

Cuando oramos (en la iglesia, a la mesa, en el colegio, en la congregación, etc.): *Padre nuestro...*, allí nos encontramos como hijos de Dios, y oramos junto con los hijos del pueblo de Dios a quienes Él ha sellado Su pacto, y por eso clamamos a Él: *Padre nuestro*.

¡Qué terrible si alguna vez Su palabra dirigida al padre de familia, al maestro, o a alguno de los niños, tuviera que sonar de esta manera:— ¡Yo no te conozco, hacedor de maldad!

La *fijada* y establecida forma de oración, la expresión determinada: *Padre nuestro*, en toda la iglesia y en todas las “gentes de iglesia” encopetadas... —dicha forma establecida de oración que Jesús enseñó a Sus discípulos (también a Judas), no fomenta superficialidad alguna, sino que hace a los creyentes cada vez más seguros, y a los hipócritas intranquiliza, y... si Dios no lo remedia, les endurece más y más.

En la esfera vacilante e indecisa en la cual la piedad humana marca el tono en la oración, frecuentemente parece como si se la tomara *con mucha seriedad*, pero la *oración determinada* y fija es un testimonio mucho más poderoso y serio.

Esa oración fija es para los hijos de Dios un “olor de vida”, y para los hipócritas un “olor de muerte”.

Sin embargo, sé por experiencia cuán difícil es para un hombre de nuestro tiempo deshacerse de esa indecisa actitud de oración, y decir clara y decididamente “Padre nuestro” con verdadero convencimiento —*también en la oración comunitaria*. Parece como muy “atrevido”.

Si el mismo Señor Jesús no nos la hubiera enseñado, es casi seguro que hubiésemos preferido escoger nuestra oración y actitud de oración mucho más acentuadas en aquello que sentimos en nosotros mismos. Casi siempre nos parece que la piedad caprichosa y propia es la mejor, la más íntima, la más humilde y la más fructífera. Por tanto, ¡cuán grande es nuestra dicha que el Señor Jesús

haya enseñado una oración a Sus discípulos que comienza *tan firme y decididamente!*

4. Si Dios nos escucha la primera súplica

"Santificado sea tu nombre".

Mt. 6:9

"Y santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy Jehová, dice Jehová el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos. Y yo os tomaré de las naciones..., esparciré sobre vosotros agua limpia..., os daré corazón nuevo, y pondré Espíritu nuevo dentro de vosotros, y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros un espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra, y seré a vosotros por Dios".

Ez. 36:23-28

Israel se había apartado del SEÑOR, y por infidelidad al pacto y su vida llena de injusticias (léase Is. 1:17-24, y además especialmente en los libros de los profetas donde se citan de modo concreto los pecados) había despertado la ira del SEÑOR. No porque el pueblo de Dios fueran en general "pecadores" los desechó Dios de la tierra prometida, y les dijo: ¡Apartaos de Mí!, sino porque no anduvieron según la regla del Reino. Ellos proseguían con sus corazones de piedra, y *vivían* en el pecado. David ya había caído en pecado, y a veces también todo Israel, pero esta generación del Israel anterior al destierro *vivía* en injusticias; y por eso fueron luego llamados "plata desechada" (Jer. 6:30).

También la iglesia del Nuevo Testamento puede llegar a semejante situación en algunas épocas, y entonces la Palabra del Señor suena con fuerza: Quien hace Mis palabras, edifica sobre una roca; quien no lo hace así, será rechazado por Mí. (Cf. sermón del monte).

Y hay períodos en la historia de la iglesia en los que se puede señalar que airaron al SEÑOR por sus pecados de incredulidad (como Israel en el desierto), de apóstata y caprichosa religiosidad (como en los becerros de oro), de idolatría con los dioses del mundo (como bajo Acáz y Manasés), de progresiva secularización de costumbres, y de desbordada injusticia y frivolidad (como en los últimos días de la historia de Israel). Entonces llega la ira del SEÑOR sobre la iglesia; y les deja andar en sus propios caminos. Luego estalla el juicio —el rechazo o condenación de generaciones enteras, la invasión de enemigos, la caída reiterada de la iglesia, la alegría de los enemigos, la destrucción de cuanto era santo, el insulto, el vituperio, las risas burlonas de los enemigos de Dios sobre aquella iglesia que sucumbe.

Pero aún quedan allí hijos de Dios. Ellos aman a la iglesia, luchan contra la apostasía; y ellos mismos sufren bajo la atracción de dicha corriente metida *en* la iglesia hacia el mundo; pero al oír cómo el nombre del SEÑOR es blasfemado por el enemigo, al oír las vejaciones de los mismos que afirman que la iglesia no es nada, que está muerta y derrotada, y que el Dios de esa iglesia significa tanto como nada, y cuando oyen aquel insulto de: ¿Dónde está tu Dios?, entonces claman al SEÑOR, y dicen: —¿Por qué Tu Nombre es blasfemado? Por amor de Tu Nombre, oh SEÑOR, levántame y sálvanos. Conviértenos (como iglesia que ha caído profundamente, como “pueblo de Dios” apóstata) a Ti, y así seremos convertidos, ¿o nos has rechazado ya totalmente y para siempre? (cf. Lm. 5:21).

Y oran: ¡Santificado sea Tu Nombre!

En lo cual se halla encerrada la gloriosa promesa de Ezequiel cap. 36: Yo santificaré mi grande nombre, y os haré retornar (reforma), y os daré un corazón nuevo (vuelta a la Palabra de Dios, temor del SEÑOR), y andaréis según mis preceptos (vivir según la regla del Reino: sermón del monte).

A veces surgen quejas sobre la iglesia: sequedad, muerte latente, pecados, secularización, apostasía, errores,...

Pero no es menor la acusación de los enemigos acerca de la bancarrota de la iglesia, y su escarnecimiento a las personas de iglesia, y su tesis del modelo de la

devoción moderna a la cual se deberían atener, según el mundo.

Mas no son sólo éstos, sino incluso muchas gentes de iglesia y predicadores los que también se suman a tales acusaciones...

Todo esto es enemistad del mundo, y error de aquellos que no querrían saber otra cosa mejor que el *mundo* tuviera la última palabra acerca de cómo deba ser la iglesia. Sin embargo, -si medimos todo esto con la regla del Reino (sermón del monte)-, hay razón para la inquietud.

Supliquemos que el SEÑOR quiera santificar Su Nombre. *Ciertamente* lo hará por la oración de Sus hijos; y también hará a nuestra descendencia, o a la futura, lo que ha prometido al viejo Israel en Ezequiel cap. 36. Allí surgirá un resto que se humillará por su pecado y el de sus padres (Dn. 9:20); y volverán a pedir u orar según la Palabra, y no según la opinión del mundo; y también según la regla del Reino caminarán, y el Nombre del SEÑOR será santificado en ellos.

En el Antiguo Testamento, a Jerusalén y Sión se les llama repetidamente: el lugar donde el SEÑOR hizo *morar* Su Nombre. Ésta es ahora la iglesia.

Si el SEÑOR santifica Su Nombre, lo hace en la iglesia, en los hijos de la iglesia y en aquéllos que Él *atrae* o allega a la iglesia. Mediante la predicación de Su Palabra y bajo la acción de Su Espíritu, lo lleva a cabo Él en respuesta a nuestra oración.

Para el que ama a "Sión" y quiere alabar e invocar el Nombre del SEÑOR, para todos los hijos de Dios, es consiguientemente un deseo ardiente y serio que, por decirlo de alguna forma, está sobre todas las cosas, cuando ora: Santificado sea Tu Nombre.

Y cuanto más se esfuerza por esto en la iglesia, en la escuela y en cualquier actividad de la vida, tanto más ardiente será esta súplica por la iglesia y por el colegio, y por todo lo que hace referencia al honor del Nombre del SEÑOR:

"Santificado sea tu Nombre" no es simplemente un deseo que exponemos a Dios, como oí a alguien afirmar, sino una súplica encendida de toda el alma, es decir, de toda la persona, y tanto más cuanto el SEÑOR abre nues-

tros ojos ante los desacatos de aquel Nombre en casos concretos, y en la marcha de la historia de la iglesia, y para la esperanza en la gracia de Dios sobre una próxima generación.

Quiera el SEÑOR que esta súplica por nuestras escuelas, congregaciones, etc., se conserve entre nosotros plenamente viva. El SEÑOR responde afirmativamente a la oración. Él lo promete en Su Palabra.

5. Si Dios nos escucha nuestra segunda súplica

"Venga tu Reino".

Mt. 6:10

"Desmenuzará y consumirá a todos estos reinos".

Dn. 2:44

¿Qué hará el SEÑOR si le suplicamos esto? Hará llegar con más razón (al menos si tenemos ojos para ver) en nuestra vida y en nuestro entorno aquel Reino del cual Daniel habló a Nabucodonosor: que el Dios de los cielos levantará un reino que no será turbado en la eternidad, y que derribará y exterminará a todos los poderes del mundo.

Tanto más, pues, se acercará aquel tiempo en que el Señor Jesús sea rey sobre todo; y en el cual Su realeza sea reconocida sobre todas nuestras cosas, sobre toda nuestra vida, sobre nuestro portamonedas y poderes, sobre nuestra oración y nuestra vida eclesial, sobre nuestra obra de enseñanza, sobre nuestros felices días de vacaciones, sobre nuestra comida y sobre nuestra diversión. Y no sólo por nosotros, sino por todo Su pueblo.

Entonces se acercará rápidamente —angustiosamente deprisa para los impíos— el tiempo en que el Reino de Dios, que aún se halla escondido, se manifestará *en público*; y en que todo ojo verá al Rey en las nubes, y a Su pueblo en gran gloria.

Y mediante nuestra actuación, por nuestra oración, se apresurará —por la gracia de Dios y por el Espíritu Santo— la venida del Reino eterno de paz.

Lo que los hombres de la revolución pretenden: establecer el poder del mundo donde ya no haya más injusticias, ni miseria, ni persecución, ni guerra; lo que ellos persiguen mediante demostraciones y marchas, y si es preciso por la fuerza, eso es lo que los hijos de Dios recibirán a su oración.

Y a éstos mismos se les concederá la entrada en ese Reino; y no menos a sus hijos; pues precisamente para éstos ha sido preparado el Reino de los cielos..

Éste es el reino de Dios que les ha sido revelado y en el cual esperan los creyentes. Allí toda lágrima será enjugada, y su luto, muerte y sepultura serán cancelados. Lo que aquí hayan esperado añorantes en medio de la paciencia cerca de las tumbas de sus seres queridos: la salvación de la creación de la maldición de la infructuosidad, eso es lo que entonces recibirán.

Ellos, hijos de Dios, esclavos de Jesús, comprados por El, a los que El mismo enseñó la oración fija y decidida de: "Padre nuestro", -ellos suplican la venida de ese Reino.

Bajo y entre los cuidados de su trabajo hecho en servicio del SEÑOR, en el gran designio de sus vidas, buscan *primeramente* ese Reino y su justicia. Por eso, antes de la súplica por el pan cotidiano, también pueden suplicar al SEÑOR: -"Venga tu Reino".

Cuanto más acertamos a ver en nuestro trabajo diario una cooperación a la venida de ese Reino, repito, cuanto más lo acertamos a ver así por la fe -¡pues el Reino de Dios no llega "con rostro externo"!-, tanto más oraremos en nuestro quehacer diario: -"Padre nuestro, que estás en los cielos..., venga tu Reino".

Y vendrá.

El Reino es del SEÑOR. Sólo llega por Su poder. Pero Él quiere hacerlo mediante nuestro trabajo y nuestra oración.

Quienes aman al SEÑOR sobre todas las cosas, se alegran en la venida del Reino de Dios. Puesta la vista en sí mismos, y en los hermanos y hermanas, y en sus hijos, en la iglesia que sufre y lucha.

Pero la oración por la venida de ese Reino también es oída en la ejecución del juicio. Cuanto más entra en nosotros ese Reino de Dios, tanto más el viejo hombre,

es decir, todo el conjunto de pecado, debe morir (cf. Rom. 6:6).

Asimismo, cuanto más se acerca a nosotros, tanto más se endurecen los pecadores (Ap. 22:11).

Esta oración lleva consigo un juicio especial para los "hijos del Reino" que no quieren vivir según la ley del Rey (sermón del monte); pues ellos serán echados fuera (Mt. 8:12). Y publicanos y pecadores entrarán después de una sincera conversión. Pero los inconversos "hijos del Reino", aunque se sientan en sí mismos "piadosos" como los fariseos, recibirán su juicio al oír esta súplica de la iglesia.

Hay una oración humanista: -Sabiéndome yo mismo un hombre piadoso, pido para mí mismo, y para las otras personas, al Ser Supremo todo aquello que pueda ser bueno y agradable para el hombre, y la desviación de todo lo que pueda entristecer a los hombres.

La oración que Jesús nos enseñó no es humanista. Por eso que el humanista no pueda orar: "Padre nuestro". Tampoco puede orar así, porque esta oración de Jesús se dirige *primeramente* y por tres veces a Dios mismo, el cual se merece todo honor y gloria; y porque esa misma oración lleva en sí un juicio terrible sobre todos los que ensalzan al hombre por encima del Creador, y no quieren saber nada de un justo juicio de Dios sobre los pecadores, por amor de la humanidad.

La súplica: "Venga tu Reino" es de gran importancia cuando oramos por la vida congregacional y didáctica; también es de gran bendición sobre aquellos que andan en Su Pacto; pero asimismo es de un poder terrible sobre quienes infielmente rompen Su Pacto, y para quienes, oyendo las palabras de Jesús, no las *hacen*.

Ciertamente también podemos orar porque tengamos buen tiempo, si es la voluntad de Dios; porque tengamos un buen viaje y porque Dios quiera bendecir a las autoridades de nuestro país; pero la súplica: "Venga tu Reino" tiene un alcance mucho mayor. Por eso el Señor enseñó a orar así a Su iglesia.

Y nosotros lo hacemos creyendo firmemente que seremos escuchados. Por *medio de nuestra oración* serán destruidos los poderes del mundo, y el Espíritu del siglo será combatido por la Palabra, y los hacedores de

injusticia serán excluidos de la Iglesia y el juicio final se acercará...

También *mediante nuestra oración* llegará el Reino de paz, la Nueva Jerusalén, la nueva tierra, la salvación de nuestro cuerpo y de toda la creación, y el tiempo en que todo se inclinará bajo el cetro de Jesús Rey, el cual devolverá el Reino al Padre (I Co. 15:24).

6. Si Dios escucha nuestra tercera súplica

"Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra".

Mt. 6:10

¡La vida del creyente que vive según las Sagradas Escrituras puede ser tensa y preocupada!

No, no me refiero a las tensiones modernas de "tiempo y eternidad", "fe y ciencia", "tensión y relajamiento", acerca de lo cual se ha escrito mucho, entre otros, por el Dr. Jonker que dice: "Vivir en fe es vivir en crisis permanente... Siempre la situación es ésta: caída o levantamiento... como una moneda colocada de canto que inevitablemente tiende a caer. Así que nuestra responsabilidad es de qué lado caiga: en lo infernal, o en lo celestial. Y tan pronto ha caído... vuelve a levantarse inmediatamente". Aquí no se describe la fe escriturística, la cual es firme y se gloria diciendo: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Si Dios justifica, ¿quién condenará?

Esta fe ora *diariamente* la oración *decisiva*: "Padre nuestro". Esta fe es un *fundamento firme* y una *prueba* o demostración, y hace sacar fuerzas de flaqueza, y realizar actos heroicos.

Esas tensiones modernas son más bien una especie de sucedáneos filosóficos de la auténtica tensión de la vida que nos enseñan las Sagradas Escrituras.

Son como trapos para retener un tanto el sangrar, y así tranquilizarnos frente a la dura observación de que no todo el mundo puede decir: -"Yo creo, SEÑOR", y así "entrar" eternamente en el Reino. ¿Acaso no se debe experimentar algo? Así que mientras el misticismo exi-

ge un camino de conversión experimental, el espíritu moderno pide un cierto sentimiento de tensión, como anteriormente se describió.

De ahí que luego nos encontremos con una cierta defensa, una cierta protección de que no creamos tan superficialmente.

Con esto, como es natural, la *seguridad* en la fe (la cual es frente a Satanás un escudo tal que apaga todos sus dardos encendidos) desaparece para siempre. El escudo tiene partes de papel: *nuestras* participaciones en nuestra justificación, *nuestras* aportaciones en el precio de compra de Cristo por Su pueblo.

Es cierto que pueden haber tensiones en la vida del pueblo de Dios, y mucho más fuertes aun que las que se hallan descritas en caminos de conversión, y que por su carácter "milagroso" han sido puestas por escrito. Tensiones mucho más duras que las que encontramos en los problemas kierke-gardianos.

Estas tensiones pueden ser tan *fuertes* y tan *duraderas* porque *proviene* de la fe firme e inquebrantable de que Cristo nos compró para propiedad Suya.

Esta tensión toma sus momentos emocionantes de la FIRMEZA de la FE en CRISTO. O dicho de otra forma: yo creo que Cristo me compró por Su esclavo. Por este motivo, le amo y deseo ser lleno con Su Espíritu, y como un esclavo Suyo deseo hacer SU VOLUNTAD.

Cuanto más *firme* sea esta fe, tanto más fuerte será el amor y el deseo de hacer Su voluntad.

Pero también llega la lucha frente a la inclinación pecaminosa que permanece en nosotros: querer el bien, pero hacer el mal (Ro. 7:15). Tras lo cual surge el arrepentimiento, el levantarse, el proseguir adelante y la victoria. Ahora la caída, luego la victoria; pero *nunca* la rendición, *nunca* permanecer en el pecado...; y tras semanas, quizá meses de postración, volver a levantarse, y *hacer lo que Él quiere*.

En esta tensión, el hijo de Dios invoca diariamente al *Padre* en esta oración determinada: -Hágase tu voluntad, por mí, por *nosotros*. Dame tu Espíritu Santo, enséñame por tu Palabra, guíame en tus caminos.

Y el SEÑOR oye. Él nos enseña Su voluntad en la Biblia; el sermón del monte está lleno de lo que Él quiere que

Su iglesia haga. Él nos fortalece para progresar en el hacer Su voluntad. Mas, esto no obstante, la batalla puede hacerse dura.

¡Es tan difícil hacer lo que Cristo nos ordenó! Y aunque nos pongamos manos a la obra, veremos más y más la profundidad del pecado que mora en nosotros. Aquí sólo perseveran los creyentes verdaderos. Cualquier otro se da por vencido finalmente.

Quien no cree *firmente*, quien vacilante dice: "Padre nuestro", ese tal decae en esta batalla, y una y otra vez se contentará con un compromiso, hasta que vuelva a alarmarse. Pero la fe *firme* se fortalece constantemente por el amor.

Las Sagradas Escrituras nos proporcionan avisos concretos al respecto: "Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, *de corazón haciendo la voluntad de Dios* (Ef. 6:5-6). "Pues *la voluntad de Dios* es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación..." (I Ts. 4:3 y ss).

Hacer esta *voluntad* de Dios en las cosas concretas de cada día es tan difícil que eso sólo lo puede hacer la iglesia, y dentro de ella quienes creen verdaderamente.

De aquellos que realmente pertenecen a la iglesia, pero *no obran*, dice el Salvador: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt. 7:21).

Porque "aquel siervo que conociendo la voluntad de su Señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes" (Lc. 12:47).

El SEÑOR no dice que aquel *siempre* lo haya hecho, y que *todo* lo haya cumplido *perfectamente*. No; pues esto sólo lo hizo el Señor Jesús por nosotros.

El Señor habló de un hijo que primero había dicho: "*no quiero*", pero después se arrepintió, y fue (cf. Mt. 21:29; son los publicanos y pecadores que se convirtieron, y ahora *marcharon a hacer* lo que Cristo decía). También habló de otro que dijo: "Sí, Señor, voy"; pero no fue (son los fariseos que hacían piadosamente su propia voluntad, mas negaban la voluntad de Dios en sus "avaricias" de dinero, y honor, y salvación propia).

Pecadores que pronuncian el Nombre de Jesús, rompen con la injusticia, y se disponen a *hacer* lo que Aquel quiere, o de otra forma, edifican sobre arena. Pues bien, tan grande tensión puede darse en nuestra vida. Yo *debo* romper con ese mal, y también *quiero*, pero (con el apóstol Pablo) me veo caído una vez más.

Sin embargo, ¿quién me salvará? *Doy gracias* a Dios (que es) por Jesucristo; y por eso: reanudo la lucha, y en esta tensión (que de suyo no tiene por qué ser una conmoción del alma, sino que puede ser una decisión muy prudente de la voluntad) en esta tensión, repito, encaja perfectamente esta súplica: —Oh Padre, concédeme la gracia de que yo, con todo tu pueblo, pueda *hacer* tu voluntad, y así llevar fruto y crecer en el conocimiento de Cristo.

Esto se llama en la Biblia: perseverar hasta el fin, crucificar la carne, morir al hombre viejo, correr con paciencia.

Esta vida con Cristo tiene esta promesa: que aquellos *que han hecho la voluntad de Dios*, puedan obtener lo prometido (He. 10:26) y poder recibir la corona de la victoria.

Pero aún existe una notable diferencia entre esta tensión y la tensión moderna.

Las tensiones modernas son frecuentemente muy trágicas, terminan por extenuarte y la mayoría caen de tal manera en las trampas de estas ideas propias que llegan a naufragar en la fe. Muchos están tan atrapados en ese “vivir la fe sobre el canto de un duro”, es decir, en crisis, que desaparece todo poder para seguir luchando.

En todas partes hay víctimas de estas trágicas tensiones modernas que no son otra cosa que trampas de Satanás.

Pero la lucha auténtica de la fe *para poder hacer la voluntad de Dios* no conoce esta tragedia. Primero, porque el SEÑOR está próximo a Su pueblo y jamás le abandona. Él le anima y, tras una derrota, recobra siempre el escudo de la fe, porque Él se la concede.

Pero, por esto mismo, esta lucha no es trágica, porque es un pueblo tan *voluntarioso* que parte a la batalla.

Como los ángeles (“*en el cielo*”) *gustosa y libremente* hacen lo que Dios quiere, así el pueblo de Dios (“*en la tierra*”) también aprende a *hacer* libre, gustosa— fiel— y

prontamente lo que la Palabra de Dios nos hace conocer como *voluntad de Dios*.

Por eso oramos *gustosa* –y libremente y sin reserva: “Hágase tu voluntad –por mí y por toda Tu iglesia–, como en el cielo así también en la tierra”. Y el SEÑOR oye. Y colma nuestro deseo. La tensión se hace cada vez más grande. No es una tensión psíquica, sino *espiritual*. De ahí fluyen *MOMENTOS psíquicos* de tensión.

Después, aunque derrotados una vez más, nos volvemos a reincorporar, y decimos: *yo no quiero* hacer el pecado, sino *tu voluntad*, oh SEÑOR; pues tu voluntad es santa y buena.

¿También enseñamos a nuestros hijos esta fe firme, que suplicante persevera en la práctica de la vida, y que lucha voluntariamente, y suplica confiada?

Si es así, ¡bien pueden prescindir de las tensiones modernas! Lo cual significa ganancia para la iglesia del SEÑOR.

7. Si Dios nos da la cuarta súplica

“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”.

Mt. 6:11

Cuando hay personas que sentadas frente a una mesa bien abastecida, se disponen primero a orar: “Padre nuestro, danos hoy nuestro pan cotidiano”, quizá parezca un tanto sarcástica su actitud. ¿*Danos?*, ¡pero si allí hay de todo para tomar! ¿*Hoy?*, ¡pero si aún queda para mañana en el congelador o alacena, y si no, las tiendas están abiertas! ¿*El pan* de cada día?, ¡pero si además se percibe el olor de otros alimentos!

No es de extrañar que esta pregunta surja de personas reflexivas –o quizá también de nuestros propios hijos–: ¿Está bien que oremos así?

Esta dificultad se quiere soslayar con esta “solución”: que pedimos *una bendición* sobre el pan que está en la mesa. Sin la bendición de Dios, no alimentaría, como ocurre con muchos enfermos del estómago a quienes el pan no sólo *no* alimenta, sino que puede serles contra-

producente. Mas, no oramos: *bendice* este pan, sino: *dá-noslo*.

También podemos decir: Pedimos nuestro pan de una manera general. Pues es muy costoso llegar a conseguirlo; por eso oramos: "Señor, danos nuestro pan". Pero tampoco es ésta la oración que se nos enseña, pues allí se nos habla de: *hoy*, y de: *cada día*. Y aquellos que no tienen necesidad directa de pan, también lo piden.

Ese pan que está delante nuestro en la mesa, es nuestro pan cotidiano para hoy. Y es lo que pedimos.

Éste es el sentido más sencillo y común de esta súplica. Y en cuanto a las súplicas del "Padrenuestro", debemos procurar comenzar a entenderlas en su significado más simple. Después se podrá ahondar más en ellas, a la manera como el Señor Jesús también desarrolló el mandato de "No mataras", en: No odiarás a tu hermano. Pero el poder de estas palabras apenas se percibe cuando el Salvador continúa diciendo: "cualquiera que se enoje contra su hermano será culpable de juicio" (cf. I Jn. 3:15), y con ello nos devuelve el sentido concreto y corriente de la palabra "homicidio".

Así también la profundización en las súplicas del "Padrenuestro" siempre debe partir de un volver al sentido sencillo y común de las mismas.

Y en el caso que nos ocupa, sería éste: Danos hoy el pan que para este día nos ha sido dado en la mesa.

Entonces permanece la objeción de que pedimos aquello que el SEÑOR *nos está dando realmente*. Pero esta misma objeción aparece en otras súplicas.

Pues si oramos: "Santificado sea tu Nombre", el SEÑOR ya se halla ocupado en santificar Su Nombre. "Venga tu Reino", suplicamos, y en esa oración también viene el Reino. "Hágase tu voluntad", y al tiempo de esta súplica se cumple Su voluntad, es decir, que pedimos lo que deseamos. Y así es como también ahora pedimos el pan cotidiano, mientras el SEÑOR ya se ocupa de dár-noslo.

Así pues, la mencionada objeción de que no es necesario orar; de que ésta no es una verdadera oración; de que aun sin pedir las cosas las recibimos; de que a pesar de todo el SEÑOR santifica Su Nombre, y hace llegar Su Reino, y hace cumplirse Su voluntad, y nos pone

el pan sobre la mesa, aunque no lo pidamos; todo esto, digo, proviene de un mal entendido de lo que es orar.

Con demasiada frecuencia concebimos la oración, casi exclusivamente, como *un medio para obtener algo*.

Entonces nos pareceríamos al organillero que toca su canción a la puerta de la casa... hasta que ve rodar la propina, y una vez recibida ésta, interrumpe la canción, *porque ya no es preciso seguir con su música*.

Pero esto no ocurre así con un hijo bien nacido. Este niño sabe que a su madre "le agrada" ponerle de comer en su plato, y esto no obstante, ese niño dice: "por favor", mamá, "dame algo de comida". Y es que está convencido de que la mesa *también* ha sido dispuesta para él.

Quizá sin pedirlo, o haciéndolo de malos modales, también lo recibiría; mas en tales casos sería un testimonio de poco respeto hacia sus padres.

Así también nuestra oración —todo el "Padrenuestro"— no es un pedir avaricioso y lleno de codicia, sino un rogar y suplicar del *hijo al padre*.

La oración es primeramente, y en la mayoría de las ocasiones, *una muestra de respeto filial y un sometimiento humilde* al Padre que da abundantemente, y al propio tiempo, es una alta valoración y aprecio de aquellos dones, de manera que también podamos *suplicar* verdaderamente esos dones, cuando éstos parece que van a disminuir.

Si el Nombre del SEÑOR es blasfemado; cuando Su Reino es contrariado, cuando Su voluntad es quebrantada; cuando parece que el pan va a faltar de la mesa, entonces se hace más urgente que supliquemos filialmente por una mayor abundancia de esos dones de Dios tan deseados.

Existe, pues, una muy estrecha relación entre la respetuosa petición filial y la recepción de lo pedido. No como en el ejemplo del organillero, en el cual su música es la única causa de la propina. Pero en el hijo sentado a la mesa, la causa de por qué recibe alimento es muy distinta. La madre tiene el propósito de darle algo al hijo, aunque también es cierto que ella espera que se lo pida para dárselo. Por eso prepara el alimento para él..., pero al propio tiempo *le enseña a pedir*.

Así la voluntad del SEÑOR es santificar Su Nombre

en Su pueblo, y hacer venir Su Reino, y enseñarles a cumplir Su voluntad, y alimentarles cada día; pero al propio tiempo les ha enseñado a pedirselo a Él.

Y como la madre al hijo tozudo que no quiere honrar a sus padres a veces le priva de aquello que más le gusta, *para que* aprenda a pedir, mientras que se lo da al invitado extraño que no aprendió a pedir, así el SEÑOR suele actuar con los impíos, a los cuales proporciona el pan de cada día rica y abundantemente, mientras que a Sus hijos les priva de ello. Y es que: a los que Él ama, también les suele purificar.

Aunque los impíos tengan abundancia de pan *sin pedirlo*, esto no quiere decir que los píos también lo recibirán sin suplicarlo. Tampoco lo querrían obtener de esa manera.

Si Dios nos escucha nuestra cuarta súplica, llegará cada día lo que Dios nos deparó —nuestro pan cotidiano— sobre la mesa, y Él recibirá por ello el honor que le es debido mediante nuestra oración humilde.

Podemos confiar que Él *nos* lo da en respuesta a nuestra oración. También podemos darle gracias por su misericordia y alabarle porque es oidor de la oración que mueve a Su oído a escuchar el “por favor” de Sus hijos junto a una mesa llena de alimentos.

Quien aprendió esta lección respecto al pan cotidiano, encontrará la profundidad de la misma para todos los terrenos de la vida referentes al “pan”; para toda clase de necesidades, también en la vida escolar. Porque quien pide, recibe de Su Padre.

8. Si Dios nos concede nuestra quinta súplica

“Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”.

Mt. 6:12

“Cuando una persona pecare y negare a su prójimo lo encomendado o dejado en su mano, o bien robare o calumniare a su prójimo, o habiendo hallado lo perdido después lo negare, y jurare en falso, en-

tonces, habiendo pecado y ofendido, restituirá aquello que robó... lo restituirá por entero a aquel a quien pertenece, y añadirá a ello la quinta parte, en el día de su expiación. Y para expiación de su culpa traerá a Jehová un carnero sin defecto y lo dará al sacerdote para la expiación. Y el sacerdote hará expiación por él delante de Jehová, y obtendrá perdón de cualquiera de todas las cosas en que suele ofender".

Lv. 6:2-7

Hubo un israelita que en la travesía del desierto se encontró un paquetito conteniendo un talento de oro. Rápidamente lo escondió, pues la avaricia o deseo de posesión le dominaba en exceso. Poco después, se preguntó si alguien lo había encontrado. Pero él declaró: –yo no lo he hecho.

Esta acción puso a aquel hombre en una difícil situación. Yavé había dicho "¡No robarás!" Y aún más: – ¡No levantarás falso testimonio!"...; Y este Yavé es el Dios *vi-viente* que ve la injusticia de Su Pueblo, y NO PERDONA.

Moisés ha dicho expresamente al pueblo, como el mismo SEÑOR había amonestado: –He aquí que yo envío Mi Ángel delante de ti. Tenedle en consideración, y escuchadle, *no le resistáis, porque no perdonará vuestras transgresiones, porque Mi nombre está en Él* (cf. Ex. 23:21).

Más tarde, Josué ha enseñado lo mismo: –El SEÑOR es un Dios celoso, *no perdonará vuestras transgresiones y pecados* (cf. Jos. 24:19).

Que este celo de Dios también alcance a los auténticos píos israelitas, se pone en evidencia en Su *ira* sobre Moisés, porque éste no santificó Su nombre, y Él estaba tan *indignado* con Moisés, que no quiso escucharle (Dt. 3:26); y con Aarón estaba *muy indignado*, ¡tanto que incluso quiso *destruirle*! (Dt. 9:20). Si Yavé se puede airar tanto sobre Sus hijos más queridos con quienes El habla como con un amigo, ¿qué podrá esperar este ladrón y mentiroso?

Pero, cierto día, este hombre tiene miedo de Yavé; y, con razón, piensa que Dios está enfadado con él, y se pregunta, ¿qué haré?

El SEÑOR le pide conversión. El hombre se levanta,

y lleva lo encontrado a su propietario. Mas, ¿ha reparado totalmente su mala acción?

Este hombre *opina* que sí, ¡que ha hecho bien! No; aún está *en deuda*. Jamás se puede deshacer el mal que se hizo.

Sin embargo... hay un camino ordenado por Dios para verse liberado de esta culpa ante Dios.

Ese camino es que presente al sacerdote una ofrenda expiatoria. La sangre de la víctima es derramada por su culpa, y esa sangre obra la reconciliación.

El culpable puede mirar al SEÑOR (:Jesús) que quitará los pecados del mundo. Cuando todo esto ha ocurrido —cuando el sacerdote ha derramado la sangre sobre los cuernos del altar—, el culpable puede marchar contento, porque el SEÑOR, el Dios celoso y viviente ha dicho: “*Se le concederá el perdón*”.

¡Qué gran privilegio: a la mañana, Dios estaba enfadado con él; y ahora, ya no más! ¡Había recibido la gracia del perdón gratuitamente!

Aquel piadoso israelita, con mucho más amor que antes, reanuda su vida en los caminos del SEÑOR. Y si en otra ocasión encuentra algo, es de esperar que se retraiga de quedarse con ello. Al menos le resultará al Maligno mucho más trabajo el engañarle con deseos de avaricia, para hacerle caer en algo semejante. Este hombre siente temor de volver a airar al Dios de Israel con su pecado. Su temor al SEÑOR es mayor cada día. Así eran las cosas en el antiguo Israel.

Así es como Samuel se hizo mayor, y *creció* en sabiduría, y fue agradable a Dios (I S. 2:26).

Así es como David se convirtió en el hombre según el corazón de Dios, el cual aprendió a caminar en todos los caminos del SEÑOR, de tal manera que *hizo* lo que *era recto* a los ojos del SEÑOR (I R. 15:5). Todos estos personajes temieron al SEÑOR.

Pero no obró así la parte incrédula de Israel en el desierto. Continuaron airando al SEÑOR, y no se convirtieron, y fueron incrédulos, injustos e inconversos.

No obró así el rey Jeroboam, el cual, al ser amonestado contra el culto de los becerros, no quiso escuchar, pues continuó sirviendo a Dios según sus propias ideas.

Tampoco obró así Manasés, el cual agravó tanto la

situación junto con los líderes del pueblo, que el SEÑOR se airó de tal manera por causa de Manasés, que – ¡la suerte estaba echada! Pues, en una situación semejante, aunque Moisés y Samuel hubieran orado por el pueblo, ya no habría servido de nada. Tampoco Jeremías debió orar más en favor del pueblo (cf. Jer. 14:11); y esto ocurría por Manasés (cf. Jer. 15:1,4; II R. 21:11). Pues, ¡Manasés había irritado a Dios con muchas provocaciones! “POR ESO el SEÑOR *no quiso perdonar!*” (cf. II R. 24:4). No quiso perdonar, aunque Manasés, obligado por la necesidad, “reconoció que Yavé es Dios” (cf. II Cr. 33:13). Su conversión al servicio de Yavé no pudo apaciguar la ira de Dios sobre Su pueblo.

En todas las Sagradas Escrituras leemos *precisamente* de los píos que se llamaban hijos de Dios y clamaban al SEÑOR como *su* Dios; que temían esa ira de Dios cuando pecaban, y que no estaban tranquilos antes de saber firme –y ciertamente que Dios ya no estaba airado por más tiempo con ellos. No estaban tranquilos – precisamente como píos– antes de que también para ellos valiera aquello de: “su pecado les será perdonado”.

David, en el Salmo 6:1, oraba: “Jehová, no me reprendas en tu enojo, ni me castigues en tu ira” –él había caído gravemente enfermo, y en ello vio la mano castigadora de Dios; y Moisés, cuando en el desierto ve extinguirse y morir todas las generaciones de Israel bajo la ira de Dios porque habían murmurado junto a las fronteras de Canaán, ora así: “Con tu ira somos conturbados, vuélvete, oh Jehová; ¿hasta cuándo? y aplácate con tus siervos” (Sal. 90:7 y 13). Israel ora en el Salmo 79:5: “¿Hasta cuándo, oh Jehová? ¿Estarás airado para siempre?” Y en el Salmo 85:8–9: “(EL SEÑOR) hablará paz a su pueblo y a sus santos, para que no se vuelvan a la locura. Ciertamente cercana está su salvación a los que le temen”.

El Señor Jesús enseñó a sus discípulos a orar la *determinada* oración del “Padrenuestro”. Se la enseñó a aquellas gentes que venían a Él, a las cuales les dio la vida eterna gratuitamente que Él compró con Su sangre. Esto lo pueden saber por la fe en Él. Ahora bien, ¿significa que estas gentes ya no tienen por qué temer jamás la ira de Dios, aunque pequen gravemente? Pues, según a

veces se razona, el pecado está perdonado, y en Dios no existe variación o cambio.

Pero las Sagradas Escrituras nos enseñan claramente que Dios *se airó muchísimo* con Su siervo Moisés, y con Aarón, y con David, y con el pecado de Manasés, aún después de muchos años de su conversión.

A veces, da la impresión como si opináramos que esto sólo tuvo validez en el Antiguo Testamento; y así se llega a razonar, que un piadoso hijo de Dios, en su "situación", está sin temor delante de Dios, pero entonces desaparece su "*comprensión*" del perdón de la culpa; y que para recobrar dicha "*comprensión*", debe orar: -Padre nuestro, "perdónanos nuestras deudas"; y así comprende nuevamente que Dios una vez le perdonó *todo*.

Ahora bien, esto no es "orar a Dios" en realidad; pues no trata de obtener perdón de Dios, sino sólo conseguir "convicción" del perdón. Lo cual es totalmente contrario a las Sagradas Escrituras.

Éstas enseñan claramente que nuestro "Padre" está disgustado con nosotros por nuestros pecados, y esto cada día por las consecuencias de los mismos, y porque con ellos *entristecemos* al Espíritu Santo; y si agravamos las cosas, Él *se aíra* e incluso le podemos *indignar* y *provocar con muchas irritaciones* (cf. Ap. 3:16 y 19).

Él es indulgente, pero también celoso de Su pueblo y celoso de Su Nombre, el cual se pronuncia sobre ellos. De esto tienen conciencia los píos cuando han caído en el mal, y por eso temen y oran cada día: "Perdónanos nuestras deudas".

"Perdónanos", también como iglesia; pues Su ira pudo precipitar a Israel al destierro, y arrebatarse en la iglesia la luz del candelabro (si se deforma); y entonces, suspirando bajo este juicio divino, el pueblo de Dios clama en su angustia: SEÑOR ¿estarás *eternamente* enojado? ¿Dónde están tus *antiguas* bondades? ¡Vuélvete, SEÑOR, y ten compasión de tus siervos!

Si el SEÑOR escucha esta oración, nos perdona personalmente a las 4 h., aunque cayéramos (en pecado) a las 2 h.; y como iglesia del s. XX, lo que como iglesia del s. XX y del s. XIX y del s. XVIII cometimos contra Su voluntad.

Así es como se retorna a caminar en Sus caminos, y

llega reforma. ¡Oh, si el SEÑOR nos diera el espíritu de gracia y de oración para desear de Él, cada día, esta súplica! También por amor de las generaciones que nos sigan.

Para que nos sea permitido crecer en la gracia cerca de Dios. ¡Si pudiera ser que nos volviéramos como el pequeño Samuel, “aceptos delante de Dios” (cf. I Sam. 2:26), y como el Israel posterior al destierro, del cual Zacarías pudo profetizar (Zac. 8).

Entonces, el ayuno por causa de los juicios de Dios puede tornarse en alegres épocas para las generaciones venideras (Zac. 8:19).

¿O tendremos que aprender primeramente a *temer* a Dios por causa de Su ira concreta, la cual no nos parece *verdaderamente* ira, sino sólo “ira para nuestra conciencia”?

¿Oramos para que el SEÑOR aparte de nosotros Su ira por nuestros pecados concretos y nos desarraigue de nuestra naturaleza pecadora? ¿O más bien oramos para quedarnos tranquilos?

La diferencia es total.

9. ¿Suplicamos el perdón, o la concienciación del perdón?

“Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”.

Mt. 6:12

“Y el sacerdote hará expiación por él delante de Jehová, y obtendrá perdón de cualquiera de todas las cosas en que suele ofender”.

Lv. 6:7. Lv. 4:26, 31, 34

“Guárdate delante de él, y oye su voz, no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión”.

Ex. 23:21

“Hablad verdad cada cual con su prójimo; juzgad según la verdad y lo conducente a la paz en vues-

tras puertas. Y ninguno de vosotros piense mal en su corazón contra su prójimo, ni améis el juramento falso; porque todas estas cosas son cosas que aborrezco, dice Jehová".

Zac. 8:16-17

A través de todas las Sagradas Escrituras se nos enseña que el SEÑOR ve a Su pueblo *en el tiempo* y, por así decirlo, les sigue, y alternativamente *se enfada* y se goza con ellos. Véase Is. 62:5, 65:19, y Zac. 8:2-3.

Así es como también el pueblo de Dios vive en la santificación de Su nombre, en la venida de Su Reino y en el cumplimiento de Su voluntad.

Lo que desacraliza a ese Nombre les entristece; lo que va en contra de ese Reino les aíra y lo que resiste a esa voluntad de Dios excita su vida espiritual a la protesta.

Esto supone un vivir *con el tiempo y en el tiempo*, por ejemplo, en nuestra vida familiar. Hay días alegres y tristes, también con relación a la santificación del Nombre de Dios. El pueblo de Dios vive y lucha en este acontecer de cada día.

Pero existe una generación que todo quiere *razonarlo*. Esta generación proviene del siglo XVIII, y es hija de un padre racionalista y de una madre "misticista".

Una de estas personas consolaba a una viuda en el entierro de su marido con esta lógica alegre y animosa:—"Si ahora puedes decir: lo que el Señor hace, está bien hecho; si ahora puedes creer, que todo es para bien tuyo y de tu marido; si ahora puedes conformarte con Sus designios..., *entonces todo está bien*, y pueden enjugarse tus lágrimas, y este día será igual que los pasados".

Así *razonaba* aquel hombre, y aquel razonamiento era concluyente como un cierre. El hombre hizo tal mueca de autosuficiencia por su bonita lógica, que los *compasivos y condolidos* cristianos se hubieron de callar ante razonamiento tan humano; sin embargo, no pudieron darle la razón.

Aquí *se sufría* bajo tal intervención de Dios, lo cual no se puede llegar a comprender por más que se razone acerca de "los designios de Dios". Aquí se luchaba con un gran sufrimiento que no era posible vencer median-

te un: -“Ahora debes pensar que...” Aquí venía bien y encajaba la súplica, y no un razonamiento en el vacío.

Pero, ¡cuán frecuentemente nosotros -hijos de nuestros padres del siglo XVIII- seguimos siendo familia de aquel hombre cuando se trata de las súplicas del “Padrenuestro”!

El SEÑOR ha dicho que santificará Su Nombre en Su pueblo y convertirá sus corazones, y les dará un corazón nuevo. Pues bien, todo resultará así. ¡“SEÑOR, esto te deseamos..., y entonces todo estará en orden”!

Pero el joven cristiano en la fábrica sufre y lucha bajo o por las blasfemias que se infieren a ese Nombre, por el odio de los enemigos de Dios, por los fríos razonamientos de su “religiosa” familia, la cual no quiere saber nada de la defensa del hijo en favor de ese Nombre, y preferiría *razonar* con él acerca de su vida íntima, a fin de comprobar si esa vida puede resistir la prueba de las reglas espirituales de la mística racionalista.

Así podemos razonar acerca de la venida del Reino de Dios en las tierras de misiones. Mas aquel que lucha por este trabajo (oración, cuando no van bien las cosas; acción de gracias, cuando todo progresa; e indignación por la oposición de los enemigos internos y externos), no felicita a Dios por la venida de Su Reino, sino que pide que venga, y ruega y suplica que llegue pronto.

El “hágase tu voluntad” se lo prefiere interpretar como hizo Elí, pasivamente: “(Jehová) haga lo que bien le pareciere” (I S. 3:18). Pero querer, querer activamente, y luchar por esas cosas concretas que Dios quiere,... Eso es lo que enseña a orar: -“¡Hágase tu voluntad!”

También al pedir el pan cotidiano, los místicos racionalistas son igualmente inconsecuentes. Pues prefieren *comer* pan antes que *razonar* si lo sienten interiormente en el “alma”.

De ahí que ésta sea una de las más claras súplicas para nosotros.

En la quinta súplica por el perdón de los pecados, su sorprendente razonamiento vuelve a ser fatal.

Por una parte, existe la opinión de que pedimos el perdón de todos nuestros pecados en general desde la cuna a la tumba. Si el SEÑOR los perdona, somos sal-

vos. Si no los perdona, somos condenados. Quien a esto dice "amén", es salvo eternamente. Quien no puede hacerlo, por esta vez vuelve a estar interiormente en duda; y puesto que el espíritu del siglo procura que la fe sea como "moneda a vuelco de dado", el hombre diariamente puede pedir esto, sin que pueda decir firmemente amén al respecto.

Pero, figurémonos que alguien lo pudiera hacer. Que convencido dijera: Dios me perdona realmente todos los pecados. Entonces tendría la garantía de estar "dentro" (del Reino), y, por tanto, no necesitaría orar de esa forma; pues *estaban* perdonados, y ya no tiene "sentido" el orar, a no ser para su "concienciación". Luego, ¿no están perdonados? Entonces, ¿cómo podrá alguien comenzar orando: "Padre nuestro"...?

Sin embargo, éste es el razonamiento que se hace: Dios nos perdonó todo, pero ahora debemos sentir *como si* no fuera así; y cada día, mediante esta oración, *fortalecerse más* en el *convencimiento* de que así es. Luego, en realidad oramos para fortalecernos interiormente, ya que la oración no cuenta con una respuesta *real*, sino con una respuesta interior en el alma. La salvación se nos aplica subjetivamente mediante nuestra oración, interiormente, no realmente. —Así se razona.

Según lo expuesto, el creyente que con la fe *firme* de las Escrituras puede gozarse de que el SEÑOR perdona realmente todas nuestras injusticias (Sal. 103), y que confiesa que Dios le ha perdonado realmente en Cristo todos sus pecados, y que en base a la Palabra del SEÑOR puede contarse entre el pueblo de Dios, este creyente —repito— no puede hacer nada mejor que cambiar esta fe firme por una fe dubitativa, pues de lo contrario no puede repetir cada día esta "aplicación interior". —Así se especula.

Todos estos razonamientos nos han desvirtuado tan descorazonadamente esta súplica, que el uno pide perdón de "todo" cada día (lo cual embrutece), y el otro ora para fortalecer su consciencia (pero esta oración permanece en lo interior de la persona y no es dirigida realmente al cielo), y un tercero no sabe bien lo que se propone. Así que en todos estos orantes ha desaparecido el poder de la súplica *diaria*.

Sin embargo, ¡el “sentido” de la oración es tan sencillo para quien la ejecuta en la realidad de la vida cristiana! Padre nuestro, tú nos perdonaste las transgresiones por medio de la sangre de Cristo; tú nos has aceptado como hijos tuyos, nos has lavado y purificado y llamado para llevar tu Nombre, para servirte y para hacer tu voluntad. Pero, ay, ¿qué me volvió a pasar hoy?...; quise hacer lo bueno, pero, oh Dios, obré el mal, lo cual me entristece, precisamente porque sé que soy hijo tuyo. Oh SEÑOR, perdóname, y perdona mi naturaleza pecadora. Nosotros, tu pueblo en la tierra; nosotros, nuestro hogar que te servimos; nosotros, tu iglesia reunida; nosotros, tu pueblo; *nosotros* hemos *hecho* de palabra, obra y pensamiento lo que no puede menos de contrariarte. Oh SEÑOR, perdónanos nuestras culpas, pues también nosotros perdonamos a nuestros deudores como tu pueblo obediente. Esto es oración *en medio de la realidad de la vida*.

Esto es temor de Dios, por la tarde a las 13 h., porque a las doce de la mañana obramos mal, aun siendo cristianos sinceros; pero esto no obstante con una “naturaleza pecadora”.

Por eso está *airado* Dios (cf. Dt. 1:37; 9:20; I R. 11:9; Sal. 90:7)

Y esto es lo que debe *suplicarse*: “Ten misericordia de mí...” (Sal. 6:2, e Is. 12:1). *Por eso* clamamos a Él. Aquel piadoso israelita se había apropiado de algo con mentira. De ahí que debiera devolver lo que se había apropiado dejándose llevar de la avaricia, y luego pedir perdón, presentar la ofrenda expiatoria y acudir al sacerdote.

Luego corría la sangre del animalito... Mas lo primero de todo debía existir conversión y presentación del sacrificio expiatorio y petición de reconciliación cerca del sacerdote..., y en aquel momento el SEÑOR dice: “*se le perdonará*”, y quedará *realmente* perdonado. ¿Podría ocurrir ahora de otra forma con el pueblo de Dios?

¿Obtendrían ahora los píos la reconciliación de toda su vida mediante un simple razonamiento?

No; también aquí la iglesia es una iglesia *militante*, que lucha cada día.

También ahora se da un miedo alternativo del hijo al

Padre, una petición de perdón, una alegría por la renovada complacencia de Dios y una siempre renovada alabanza por la gracia recibida, un constante volver justificado a la casa paterna, un constante refrán: el SEÑOR se airó sobre Su pueblo; y al propio tiempo: el SEÑOR perdonó *abundantemente*.

¿Razonamos mucho sobre una especie de perdón abstracto para el final de nuestra vida, y así creernos "eternamente salvos"? ¿o clamamos junto con nuestros hijos por un perdón *abundante* al SEÑOR —nuestro Dios y el de nuestros hijos—, a causa de las "muchas" cosas con las que diariamente le hemos ofendido?

¿O acaso le tenemos como el bondadoso y "amoroso Señor que perdona de un plumazo todas las cosas, y que además no se preocupa por nosotros? ¿Podremos atrevernos a meditar acerca de semejante perdón?

La *fe* bíblica es firme y concreta, y confiesa: Yo soy propiedad de Cristo.

Pero el *temor* bíblico a la ira de Dios sobre Su pueblo, también es muy concreto.

El pueblo de Dios que se atreve a decir "Padre", es el más temeroso de Él cuando obra el mal, y no está tranquilo hasta que nuevamente ora: Perdónanos nuestras deudas como pueblo Tuyo, que perdona a sus deudores. Amén. Entonces todo vuelve a estar en orden. *Realmente*.

El SEÑOR ya le dijo a Israel: "He aquí yo envío el Ángel delante de ti. Guárdate delante de él, y oye su voz; *no le seas rebelde; porque él no perdonará vuestra rebelión*; porque mi nombre está en él" (Ex. 23:21; cf. Jos. 24:19).

Porque este Nombre fue blasfemado por causa de Dios, cayó la espada sobre su casa; porque este Nombre no fue santificado por Moisés (Nm. 20:12), el SEÑOR no escuchó su súplica, enfadado como estaba con él (Dt. 3:26).

El SEÑOR es un Dios lleno de *celos sobre Su pueblo*. Precisamente sobre Su pueblo (Ex. 20:5).

Por eso aquellos que más firmemente creen que son hijos de Dios, también son los que más temen con temor santo, y oran:—Perdónanos nuestras deudas.

Resulta hermoso poder decir "amén" (: así es) después de esta oración, en la fe que pone la mano en el sacrificio expiatorio: Cristo.

10. Si nuestro Padre nos otorga la sexta súplica

"Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal".
Mt. 6:13

"Orad que no entréis en tentación".
Lc. 22:40

"Levantaos, y orad para que no entréis en tentación".
Lc. 22:46

"Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo..."
I Ti. 6:9

"Dios no tienta a nadie".
Stg. 1:13

"Has guardado mi palabra y no has negado mi Nombre... Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero. Cristo al Ángel de la iglesia de Filadelfia".
Ap. 3:8-10

"Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos".
II P. 2:9

La tentación, aquí expresada, es *el lazo del diablo*. Y la hora de la tentación es aquella hora que el enemigo aprovecha para extender sus lazos a fin de hacer caer en ellos a los justos.

Según la amonestación de Dios, debemos resistir esta tentación con toda energía. Siempre y en todo lugar.

Debemos *velar y orar, para que no entremos* en situaciones y momentos tan desagradables para el pueblo de Dios.

"El SEÑOR sabe librar de la tentación a los piadosos". Esto lo vemos en Lot, que se libró de Sodoma. Pero ¡cuán poco ha importado esto! ¿Cómo fue librado? ¿Cómo después echó a perder para siempre su vida?

Debemos *suplicar* que el SEÑOR nos libre de los lazos del diablo, y que pase la hora del príncipe de las tinieblas.

Existe también una prueba por parte de Dios, la cual también se llama tentación o poner a prueba.

El SEÑOR tentó a Abraham (Gn. 22:1), es decir, le puso a prueba. Tentó a Israel, por ver si andaba en Sus caminos (Ex. 16:4; Jue. 2:21-3:4).

Tentó a Ezequías (II Cr. 32:31), para saber lo que había en su corazón.

Pero *tal* prueba por parte de Dios no puede ser comparada con el lazo del diablo.

David pide incluso esta prueba, según leemos en el Salmo 26:2: "Escudríñame, oh Jehová, y pruébame, examina mis razones y mi corazón". El SEÑOR tienta también mediante contrariedades.

Y la tierra poco profunda (el terreno pedregoso) no ofrece, pues, a lo sembrado alimento alguno. Éstos son los que caen *cuando llega la tentación*, como aquéllos que en tierra pedregosa recibieron con gozo la semilla del Evangelio. (En esto se prueba la fe temporal. ¡No psicológica-, sino prácticamente!). De estas tentaciones habla el apóstol Santiago: Hermanos míos, *tened por sumo gozo* cuando os halléis en diversas pruebas" (Stg. 1:2).

Pero nadie puede decir lo mismo de los lazos del diablo y de la hora de las tinieblas. Debemos pedir ser liberados de esto. Pues es terrible.

En 1815, jóvenes valientes marcharon entusiasmados a luchar por el rey a los campos de Quatre-Bras y Waterloo: y resistieron a los recientes soldados de Napoleón. En esto eran iguales a ellos.

Pero fue una hora terrible cuando se echó sobre ellos *la guarnición napoleónica*, es decir, los temibles soldados veteranos que jamás retroceden.

Los que son tentados, son atraídos por sus propias pasiones, y entonces caen indefectiblemente; pero quienes luchan contra ellas en nombre de su rey, notan enseguida que aquellas pasiones no son más que "sus parecidos". Y en el nombre y poder del SEÑOR pueden resistirlas.

Otro tanto ocurre con las pruebas. Así se nos dice: "Pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de

lo que podáis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación (de parte de los enemigos) la salida, para que podáis *soportar*" (I Co. 10:13).

Pero en la *tentación que debemos resistir con la oración* estamos no frente a "pasiones propias" ni frente a las "pruebas humanas", sino que nos encontramos con el diablo que, como león rugiente, busca a quien podrá devorar (cf. I P. 5:8).

Esto no se ha de entender como si se tratara de una aparición diabólica en persona, al estilo medieval. No; el lazo del diablo puede ocultarse en los propios deseos de riqueza; en la mofa de un compañero por nuestra exactitud en el cumplimiento del deber; en la falsa doctrina, etc. Todo esto no es más que un lazo escondido del diablo, y por eso mucho más peligroso. Lot no sabía nada de esto; no conocía el peligro cuando los ángeles se le acercaron aquella noche, y sin embargo corría peligro de perecer.

Así también nosotros corremos peligro de perecer por esta tentación, que se ha de evitar con la oración.

La hora de Satanás y el poder de las tinieblas tuvo lugar sobre todo en aquella terrible noche en que los siervos del sumo sacerdote prendieron a Jesús. Entonces fue herido el Pastor; y ¿qué podían hacer las indefensas ovejas? "Levántate, oh espada contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas; y haré volver mi mano contra los pequeñitos" (Zac. 13:7; cf. Mt. 26:31). Esa fue la hora en que los fieles discípulos que siguieron a Jesús a todas partes, y que no sabían dónde ir sino a Él, fueron dispersados en diferentes direcciones, y le dejaron solo a Él (cf. Jn. 16:32).

Es seguro que todos hubieran sido apresados, pero el Señor dijo: "Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos" (Jn. 18:8). Entonces se abrió el círculo de los soldados, y... los discípulos buscaron ponerse a salvo.

Y Pedro —¿el más fiel?— que sigue a Jesús, anda en la cuerda floja (sin orar ni ayunar) *antes de que se die-ra cuenta de ello*. Pues no era más que "carnal" —un hombre que realmente es voluntarioso de espíritu, pero que es débil como hombre, como la carne. Ésta fue una hora de tentación.

Por eso la palabra de Jesús fue tan seria: "velad y orad, para que no entréis en tentación" (cf. Mt. 26:41). Mas no velaron. Y entraron en tentación.

Y el mismo Salvador oró en este difícil momento, para que esta hora pasase de Él (cf. Mc. 14:35).

Pero la hora de las tinieblas *debía* pasar sobre Él; para que nosotros pudiésemos orar frente a todos los momentos difíciles: "No nos metas en tentación", y ser escuchados y ser *salvos de* esos lazos.

Pues también en esas tentaciones no somos más que "carne" débil, hombres que no pueden luchar con uno que es más fuerte que nosotros, aunque realmente fuésemos muy voluntariosos.

Hay tiempos en la historia de la iglesia en los que Satán se preocupa mucho más de tentar a quienes viven en la tierra (cf. Ap. 3:10). Especialmente al fin de los tiempos.

Los ayes se multiplican sobre aquellos que habitan la tierra y el mar, "porque el diablo ha descendido a vosotros, teniendo grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo" (Ap. 12:12).

Nuestras "propias pasiones", más que peligrosas, se vuelven lazos temibles de Satán. Y la burla de los enemigos, más que piedra de tropiezo, se vuelve estrategia diabólica para seducirnos antes que nos demos cuenta de su gravedad.

Cuando el corazón de nuestra gente joven desea lo sensual, es peligroso. Pero si una profetisa se acerca a enseñar a los maestros que pueden tomar parte en los cultos sensuales del mundo (Ap. 2:20), esto se torna un lazo satánico para la juventud. No resulta fácil al principio confesar el Nombre de Dios en el cuartel; mas si se hace una vez, resulta muy hermoso, y la persecución ha concluido. Pero si a una madre (Vivia Perpetua, mártir en la época romana, en Cartago, año 202, d.C.) le es arrebatado su hijo, y éste es maltratado por su *padre*, esto sí que es plenamente una obra diabólica por la cual un hombre está en peligro de perecer.

Esta es la "prueba de fuerza" que debemos conjurar con la oración.

O por mejor decir: ésta es la *angustia de la tentación*, por la que cada cristiano debe *temblar*, porque él no es más que un hombre.

Esta angustia o peligro nos amenaza a nosotros que confesamos el Nombre de Cristo. Este *peligro* amenaza a la iglesia.

Veamos, pues, y oremos, que Dios no nos meta en tal peligro.

¡Oh, si acertásemos a ver los signos de los tiempos, y entonces nos acordáramos de nuestros hijos!

Cuando las puertas del Hades se abren para apoderarse de la iglesia, entonces hay *peligro* en la tierra, los ejércitos de Dios luchan y ocurre como en los momentos de la batalla de Waterloo cuando llegaban las guarniciones napoleónicas. Tiemblan los valientes defensores del honor de Dios, y los fieles pastores se humillan ante Dios, y suplican: —Oh Padre, no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.

Y el Señor dice a todos aquellos *que guardan Sus Palabras*: También os libraré de la hora de la tentación que vendrá sobre todo el mundo (cf. Ap. 3:8 y 10). De la misma forma como Él libró a Lot de Sodoma.

Este peligro nos amenaza diariamente, porque nos podemos encontrar en la hora de la tentación antes de que nos demos cuenta. Así pues, elevemos diariamente la súplica que el Señor nos enseñó para cada día.

11. ¿Por qué Dios nos concedería lo que le pedimos?

"Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén".

Mt. 6:13

"Asimismo holgóse mucho el rey David, y bendijo a Jehová delante de toda la congregación; y dijo David: Bendito seas tú, oh Jehová, Dios de Israel nuestro Padre, de uno a otro siglo. Tuya es, oh Jehová la magnificencia, y el poder, y la gloria, la victoria y el honor, porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y la altura sobre todos los que están por cabeza".

I Cr. 29:9-11

"Jehová afirmó en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos...

Benedicid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra...

Benedicid a Jehová, vosotras todas sus obras, en todos los lugares de su señorío. Bendice alma mía a Jehová".

Salmo 103:19-22

"Y oí a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y que está en el mar, y todas las cosas que en ellos están, diciendo: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, para siempre jamás".

Ap. 5:13

El "Padrenuestro" que el Señor Jesús enseñó a Sus discípulos termina con la alabanza, o mejor dicho, la súplica de la santificación del Nombre de Dios en la conversión y conducta de Su pueblo y en el sonrojo de Sus enemigos: por causa de la venida de Su Reino que derrotará a todos los otros reinos; por la realización de Su voluntad en la tierra, como ésta se cumple en el cielo; por causa de nuestra indigencia diaria; por causa del perdón de nuestros pecados; por el rechazo de las trampas del diablo. —Y todas estas súplicas pasan a ser *alabanza* de Dios.

Esta alabanza no se halla suelta al final de esta oración, como un añadido litúrgico sin más. Está ligada a la oración por un "porque". Y el sentido, pues, es éste: Te suplicamos la santificación de Tu Nombre, la venida de tu Reino, el cumplimiento de tu voluntad, la liberación de nuestras miserias diarias, el perdón, la protección y la liberación del poder del maligno, *porque* todo esto afecta a tu honor, a tu Nombre, a tu alabanza —porque tuyo es el Reino, y el poder y la gloria te pertenecen por toda la eternidad.

Atañe a tu honor que entre nosotros, tu pueblo, sea santificado tu Nombre, que tu Reino se revele en nosotros, que nosotros hagamos tu voluntad, que nosotros recibamos nuestro pan de tu mano paterna, que tu ira no permanezca sobre nosotros por causa de nuestros pecados,

que no caigamos en los lazos del diablo. En fin, que todo importa a tu Reinado, y si esto *no ocurriese*, ello oscurecería tu magnificencia y disminuiría la gloria de tu mano poderosa.

Así oró Moisés cuando el SEÑOR quiso quitar a Israel de la tierra: "Lo oirán luego los egipcios... y lo dirán a los habitantes de esta tierra por cuanto no pudo Jehová meter este pueblo en la tierra de la cual les había jurado, los mató en el desierto. *Ahora, pues, yo te ruego que sea magnificado el poder del Señor...*" (Nm. 14:13-18).

El pueblo de Dios puede tomarse muy en serio que el Reino y el poder y la gloria sea de Él, y que su oración se vuelva una súplica como en el caso de Moisés: hasta que ella "haga que el SEÑOR se arrepienta", y Él, *en base a la oración* de Sus hijos, *obre* lo que piden.

En tiempos tenebrosos en que el Nombre del SEÑOR es profanado por Su pueblo, en que Su Reino es dividido, en que Su voluntad es menospreciada; en tiempos en que los píos padecen necesidad de pan, en que la ira de Dios está sobre la iglesia y en que los engaños del diablo hacen precipitarse la hora de las tinieblas sobre la vida eclesial; en tales épocas y momentos esta súplica tiene el poder de la oración *supplicatoria* de Moisés. Y así el poder del SEÑOR se hace grande, y Él se arrepiente VERDADERAMENTE, y vuelve a acordarse de Su pacto -y todo por amor de Su Nombre.

Luego vuelven los tiempos de gran gozo de los hijos de Dios. Como ocurrió con David, cuando el arca fue llevada a Sión. Pero también alaban al SEÑOR por el cumplimiento o respuesta positiva a su oración, y se glorían en la majestad y en la grandeza de su Rey que se puso por Cabeza sobre todo (cf. I Cr. 29:9-11).

Y llegará un día en que esta alabanza se transformará en *acción de gracias* y en las *muestras de honra* que leemos en Ap. 5:13, cuyo preludio ya es conocido en el Salmo 103:19-22.

Esta alabanza del "Padrenuestro", en cuanto alegato y acción de gracias, se halla en medio de la lucha de la iglesia militante.

Es el "Te Deum Laudamus" de los primeros mártires neerlandeses, Voes y Van Essen, que en 1523 murieron en la hoguera en el mercado de Bruselas; es el "Nom-

bre de Jehová sea alabado" de Job, al ser despojado de todo como hijo del Señor. Pero también es el júbilo de David en sus momentos gozosos, cuando brinca de alegría por las bendiciones recibidas por Israel; también es la alabanza de todo lo que vive, cuando rompe el día jubiloso del SEÑOR.

Entre estos extremos del "sin embargo", pronunciado en momentos difíciles, y el de "el SEÑOR ha hecho todo bien", esta alabanza suena con muchísimos acordes: suplicante, en la necesidad profunda; como un alegato; como una petición; como una aprobación; como un asentimiento; como algo rebosante de alegría, y gozoso por los deseos colmados.

Así también en nuestro orar cotidiano y según las circunstancias, esta alabanza puede ser puesta en diferentes tonalidades.

Tú, por ejemplo, acabas de oír alabar al hombre —quizá se ha alabado a una persona piadosa de la iglesia—, pero entonces *tú* orarás así: No, SEÑOR, no al hombre, sino *a Ti* te corresponde la gloria.

En otra ocasión era engrandecido verdaderamente el Nombre del SEÑOR en el anuncio de Sus grandes obras, y entonces tu corazón grita jubiloso: Tuya es la *gloria*.

O también se proclamaba: *Tuyo* es el poder, cuando nos supimos débiles en la lucha contra el poderoso enemigo; y tras la victoria: Tuyo es el *poder*; Tú nos has salvado por tu mano poderosa.

Esta alabanza dista mucho de ser un simple deseo que está fuera o "por encima" de la vida; una especie de homenaje religioso que cada día es igual, como el del mahometano que cada día y por cinco veces, con inclinaciones y ceremonias, expresa que sólo Alá es Dios, y Mahoma su profeta.

Tampoco es el armonioso "Te Deum" de un coro en una catedral, llena del olor a incienso, que tiene por finalidad conmover las almas que lo escuchan, las cuales experimentan de forma extática la gloria y el poder del Reino, y luego, satisfechas de este goce piadoso, vuelven a sus casas con la alegría de aquel que ha cumplido con su obligación.

No; en esta alabanza del "Padrenuestro" escuchamos alternativamente el lamento y el gozo de la iglesia mili-

tante en la tierra, en torno a la glorificación de Dios en su lucha por ese honor de Dios. Aquí escuchamos la nota fundamental, la melodía de todas las súplicas del "Padrenuestro". Es alternativamente súplica y glorificación en el cumplimiento concreto de esta oración.

12. Aprender a orar

"Y aconteció que estando él orando en un lugar, como acabó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos. Y les dijo: Cuando orareis, decid: Padre nuestro..."

Lc. 11:1-2

Desde el Renacimiento ha surgido entre nosotros una gran sobrevaloración de nuestra vida íntima, la cual, alternativamente, ha sido puesta en el primer plano de la vida como microcosmos, razón, ánimo, "alma", personalidad, "yo supremo", etc.

Pues bien, lo íntimo, el corazón del hombre no es de un significado pequeño. Esto también lo aprendemos en las Sagradas Escrituras. Éstas también vuelven a ser muy instructivas en esta materia, y asimismo muy libres de la confusión moderna provocada por la transgresión de los límites que Dios ha puesto en la naturaleza de cada cosa. Pues las Sagradas Escrituras dejan a lo íntimo en su lugar, es decir, "íntimo".

La Biblia jamás nos enseña a remover en lo íntimo, a rebuscar en ese oscuro corazón, a examinar los riñones o a razonar acerca de ese profundo corazón, tal y como lo hace el hombre moderno en sus horas piadosas.

Pero ciertamente las Sagradas Escrituras nos enseñan que prestemos mucha atención a lo que sale de ese interior nuestro. Debemos prestar atención al corazón, conservarlo, pues de ahí proceden las manifestaciones de la vida. Debemos poner atención en lo que procede del corazón de los hombres. Debemos ver o mirar los frutos por los cuales es conocido el árbol.

La introspección religiosa de la propia vida del alma, es algo que jamás encontramos recomendado en las Sagradas Escrituras. Tampoco se muestran tan interesadas con lo interior del hombre piadoso en sus hechos más importantes y piadosos, como nosotros hombres modernos.

Con frecuencia prestamos mucha atención a la disposición interior que *debe* haber en nosotros para orar.

A este respecto, imponemos muy altas exigencias, y así se oye decir: Si yo pudiera acercarme a Dios de ésta o de la otra forma, entonces eso sí que sería orar; pero ahora...

Alguien afirmó: No te puedes acercar a Dios a orar tan "superficialmente". (Éste era un cristiano que vivía seriamente, y que no podía vivir sin oración). El fundamento de su razonamiento era éste: Que él primeramente debía poseer un *suficiente* grado de calor del ánimo para poder orar. (Lo cual demostraba el escaso conocimiento de sí mismo y de la imperfección de nuestras obras más piadosas). Que cuando alguien tomaba tan realmente en serio estas *condiciones* para la oración, entonces él ya no podía orar más. A lo cual debí responderle: Oh, no te pulas a ti mismo; no deja de ser un trabajo a medias, y aparta de la oración; ve, pues, "superficialmente" *hasta el SEÑOR*, llámale, tal como eres. Si tienes necesidad del médico, ¿a que no esperas a pedirlo hasta que tú te hayas excitado a ti mismo hasta una determinada tésitura de calor del ánimo? Si la cosa es seria, basta con esto para llamar rápidamente al médico.

Quien quiere ser grato a los ojos de Dios mediante una oración con un religioso halago de sí mismo, y quien esto lo considera como *la* oración Cristiana, ese tal no tiene más remedio que dejar sus oraciones *cotidianas*; y luego dejará radicalmente de orar, al menos si se conoce un poco a sí mismo.

Quien opina que en cierto momento ha logrado la aprobación de Dios, vive en una terrible quimera de vanidad.

Si el Señor Jesús hubiese adoptado esta doctrina moderna de la oración, hubiera enseñado a Sus discípulos que la oración debía ser la expresión de su ser más íntimo, etc.

Pero nada de esto encontramos en las Sagradas Escrituras. Sí encontramos que el Salvador *enseñó* una oración a sus discípulos, y que Él les *anticipó* lo que debían *decir*. Así es como también es posible la oración del niño.

Pues podemos *decir previamente* a nuestros hijos lo que deben *decir* cuando se acercan al Señor. Éste es el comienzo de la vida de oración.

Y así, repitiendo lo que Jesús nos anticipó, y hablando de esta manera a nuestro Padre que está en los cielos, *aprendemos* a orar.

Y así —acercándonos a Dios—, y estando firmes en la lucha de la iglesia sobre la tierra, aprendemos a entender, con el transcurso de los años, la profundidad, la hermosa anchura y el fuego espiritual de estas oraciones; y que la oración que Jesús nos *enseñó*, se convierta en una escuela de aprendizaje de la oración para toda nuestra vida.

También en esto se dan altos y bajos. A veces oramos respetuosa y mecánicamente. Mas puede haber ocurrido algo desagradable, y la oración se vuelve un grito de angustia, una lamentación, un suspiro hacia Dios, una súplica, un ruego, a veces también un grito de júbilo, según sea aquello que aconteció.

A veces oramos como el niño que acaba de aprender de memoria esta oración, sin entender mucho de su sentido. No lo tengas en poco. ¿Acaso has llegado jamás a sondear toda la profundidad en tus mejores momentos de oración? ¿O acaso no es tu mejor oración aquella que es como el balbuceo de un niño?

¿Sabe usted lo que es *mucho más grave*? Si usted ora: —“Venga tu Reino”, con calor, con fuego y lágrimas, y una hora más tarde rechaza como innecesaria una colecta por las misiones. Si usted ora: —“Hágase tu voluntad”, entre sollozos, y en el mismo día cae en pecado.

Si usted ora: —“Danos hoy el pan cotidiano”, y priva de su ayuda al necesitado. Si usted ora: —“No nos metas en tentación”, y vive como si no existiera el Maligno.

Si tú dices: —“tuyo es el poder”, y te dispones a hacer las cosas confiando en tus propias fuerzas.

Esto es lo que profana nuestra oración. No el que no tengamos la correspondiente *sensación* o concienciación de lo que estamos haciendo.

Sí, es hermoso cuando también volcamos en ella todo nuestro corazón; es maravilloso cuando podemos ver con nuestra inteligencia lo que estamos pidiendo; y nosotros deberemos intentarlo con toda nuestra alma, para que de esta manera aprendamos a orar.

Pero no debemos reprochar a un niño y a un hombre frío su *pecado* de no llorar cuando ora, mientras olvidamos el *auténtico pecado* que testifica contra las oraciones. No podemos echar en cara a un pequeño y a un idiota su pecado de que no *sabe exactamente* ni *piensa* lo que ora o pide, y entretanto pasamos por alto el saber mismo que nuestra vida está en contradicción con esas oraciones.

Si nuestra oración es *seria*, y *hablamos a Dios*, y si ese "Padrenuestro" tiene un lugar en nuestra vida diaria —no me refiero en la meditación y devoción moderna, sino en la *práctica*—, entonces es *auténtica*, aunque haya grados de calor y matices de claridad en ello.

Así el "Padrenuestro", por ejemplo, a la mañana puede salir de nuestros labios impensadamente, y a mediodía con algún sentimiento, pero no plenamente conscientes, y a la noche, sobria y conscientemente.

También la lectura de explicaciones del "Padrenuestro" puede hacernos conscientes de lo que oramos, especialmente la explicación del Catecismo de Heidelberg hecha en la iglesia, colabora en esto con frecuencia.

Con tal que seamos miembros vivos de la iglesia, nuestra oración ganará en profundidad, anchura, calor, claridad y poder con los años y con el progreso de la vida de fe. También en esto guía el Espíritu Santo a los hijos de Dios.

No permitamos que nadie entre nosotros menosprecie esta oración *que nos enseñó el Rey de la iglesia*, ni que sea cambiada por oraciones o "emociones" modernas, ni tampoco por oraciones "humildes" que carecen de la *profundidad espiritual* del "Padrenuestro", y no pueden ser escuela de aprendizaje de la oración, ni tampoco la cambiemos por oraciones "superespirituales", o mejor dicho: de "espíritu modernista".

¿No sería bueno que en nuestra enseñanza bíblica a los niños les dictáramos algunas lecciones acerca del "Padrenuestro"? ¿O nos quedamos tranquilos con que los

niños aprendan que tienen que orar cuando su canario se ha escapado de la jaula?

Si obramos así, nuestra enseñanza acerca de la oración se queda muy, pero que muy baja. Y ciertamente, ¡esto también es peligroso!

13. "Quién sabe"

"Y él respondió: viviendo aún el niño, yo ayunaba y lloraba, diciendo: ¿Quién sabe si Dios tendrá compasión de mí, por manera que viva el niño? Mas ahora que ya ha muerto, ¿para qué tengo de ayunar? ¿podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas el no volverá a mí".

II S. 12:22-23

Cuando deseamos de Dios las súplicas profundamente espirituales del "Padrenuestro", al propio tiempo podemos contar con las promesas de Dios para todo Su pueblo; y podemos confiar que por nuestra oración recibiremos todas aquellas cosas hermosas que el Padre ha prometido. A este respecto, corresponde mejor el "amén", que el "quién sabe".

No podemos hacer ninguna división de principio entre oraciones "amén" que siempre son oídas aunque no lo pidamos, y entre oraciones "quién sabe", cuya escucha es muy dudosa. Pues también en el "Padrenuestro", tal y como lo oramos *en nuestro tiempo, en nuestro entorno y en nuestra lucha*, hay un elemento -quién-sabe, por ejemplo, en el "santificado sea tu Nombre", también en nuestras oraciones del colegio; en el "venga tu Reino", también en nuestro país; en el "hágase tu voluntad", por *nosotros* en este día.

Danos *ahora* el pan cotidiano, el perdón de pecados y la liberación del maligno.

Sin embargo, llegan días en que de mañana pedimos esto, y en el mismo día el Nombre de Dios es profanado, y Su reino resistido, y Su Voluntad difícilmente se cumple "como lo hacen los ángeles en el cielo". Y el pan cotidiano puede faltar, la culpa puede permanecer sobre

nosotros y la tentación puede acecharnos en cualquier momento (por ejemplo, si el SEÑOR nos pide *ayunar, orar y vigilar*; cosas que ahora no nos son tan fáciles). También el orante del "Padrenuestro" se halla ante la incógnita de si el SEÑOR oirá esta súplica *ahora, aquí y tal como él desea*.

Por consiguiente, lo que al orante le preocupa es ese *ahora, aquí y tal como él lo desea*. De ahí que el "quién sabe" pueda mezclarse en los móviles de la oración. Incluso no es bueno que este "quién sabe" no se manifieste en la oración. Hay una oración moderna que excluye totalmente la tensión de: Si el SEÑOR hará lo que suplico. De ahí que la certeza de que: "Dios oye la oración", se convierta en algo mortal para la urgencia de la oración. Pues si el SEÑOR la escucha anticipadamente y siempre, entonces todo *abogar, perseverar e instar* es trabajo superfluo.

Pero el saber que Dios se deja "rogar", y que incluso se puede "arrepentir" de lo que primero había dicho, nos puede llevar a esta oración llena de tensión: —"Quién sabe si el SEÑOR puede ser misericordioso conmigo y darme lo que yo, *aquí y ahora*, deseo de Él. Quién sabe si Él permite que Su Nombre, *aquí y ahora*, sea santificado entre *nosotros* al convertirnos del mal camino. Quién sabe si Él permite llegar felizmente Su Reino este año en nuestro trabajo escolar. Quién sabe si Él quiere darme fuerzas para vencer este mal, y para hacer el bien con alegría. Quién sabe si Él quiere *perdonarme totalmente* el mal que hice ayer, de forma que hoy me inunde Su *gracia*, como si yo *no* hubiera cometido ayer aquel mal que hoy no puede menos de airarle contra mí. Quién sabe si Él quiere protegerme de los lazos del diablo".

Pues bien, resulta hermoso que todas esas peticiones del "quién sabe" son respondidas por la Palabra de Dios con un: —"Ciertamente Dios oirá a Sus hijos"; o con un: —"Pedid, y se os dará".

También hay oraciones que brotaron del pensamiento: "Quién sabe", y encontraremos *frente* a ellas el rechazo de la misma Palabra de Dios.

Por ejemplo, Dios había dicho a David por medio de Natán, que el hijo de Betsabé debía morir.

También a Moisés le dijo el SEÑOR que Él destruiría a Israel. Así Jonás anunció en Nombre de Dios la destrucción de Nínive, e igualmente Isaías anunció a Ezequías que debía morir.

Pero en todos estos casos Dios se dejó rogar, y convencer: por Moisés, por Nínive, vestida de saco y ceniza, por Ezequías al esconder su rostro... Estas son oraciones (dirigidas) *contra el pronunciamiento de Dios*. Sin embargo, fueron escuchadas.

Porque el SEÑOR es *muy* misericordioso, y generoso perdonador. Podemos leer fríamente lo que Spengler, por ejemplo, presenta como un proceso histórico necesario de la "Untergang des Abendlandes" (: decadencia de Europa occidental) (lo cual inmediatamente significaría el derrumbamiento de la iglesia de Jesucristo en Europa).

Sin embargo, esto *no* es un proceso necesario. Los pueblos no perecen como plantas maduras que mueren. Sino por el pecado. Esto es putrefacción y no maduración.

Así pues, aunque aquel derrumbamiento fuera como un juicio (castigo) predicho por parte de Dios, aún existiría para la iglesia la tensión (oración) del "quién sabe", y el ejemplo de Nínive. De igual manera, aunque la Palabra de Dios amenazara a nuestra enseñanza con el rechazo divino por causa de nuestros pecados, esto no nos llevaría a dejar la oración, el ayuno y las lágrimas, y la esperanza del "quién sabe". Pero el SEÑOR es soberano. Y puede rechazar. Él rechazó a David su encendida y suplicante oración. Así también nos puede desoír a nosotros en muchos casos.

Entonces, si los resultados confirman que Él no nos escuchó, debemos humillarnos como David; y la oración del "quién sabe" deberá transformarse en: ¡No pudo ser como deseábamos!

Mas antes de que todo llegue a este extremo, oremos en los casos concretos con las palabras del "Padrenuestro", y ayunemos como David... ¡Quién sabe si el SEÑOR tendrá misericordia de nosotros!

14. ¡Despierta, SEÑOR!

"Has vendido a tu pueblo de balde, no exigiste ningún precio. Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de ti y no hemos faltado a tu pacto. Pero por causa de ti nos matan cada día... Despierta; ¿por qué duermes, Señor?"

Sal. 44:17, 22 y 23

Israel había caído bajo el poder de sus enemigos. Pero los píos no podían olvidar que, ello no obstante, Israel era el pueblo de Dios; y en el odio de los enemigos notaban algo de la enemistad contra su Dios. Por eso se lamentaban: "Por causa de Ti somos acometidos, y por motivo tuyo el enemigo atenta *contra nuestras vidas*"

Aún ocurre en nuestros tiempos, que quienes temen al SEÑOR son atacados con una crítica irracional y acerva.

También en nuestros días, la crítica a la iglesia, a las escuelas cristianas y a la profesión de fe del Nombre de Cristo, en muchos aspectos de la vida es tan ponzoñosa y agria que desapasionadamente se debería decir: ¡Detrás de esto se esconde algo! Ahora bien, con frecuencia nos inclinamos a pensar que Dios siempre se preocupará de nuestra suerte de manera inmediata. Pero a veces no resulta así. Él suele ser "indulgente" con nosotros (cf. Lc. 18, 7b). Así ocurrió también con Israel.

Por eso el verdadero pueblo de Dios que andaba en Sus caminos, clamaba a Él, le suplicaba y aun se quejaba de esta indulgencia; como las almas bajo el altar en el cielo (cf. Ap. 6:10) clamaban: "¿Hasta cuándo, SEÑOR, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?", así su lamento viene a ser éste: – ¡Hasta cuándo, SEÑOR, dejarás a Tu pueblo en manos del enemigo!

Esto lo expresa el salmista de forma muy dura: El SEÑOR vende Su pueblo por una pequeñez (cf. Sal. 44:13). En Oriente los mercaderes tienen por costumbre exigir precios superiores al valor de las cosas. Pero al llegar los enemigos, el SEÑOR no ha elevado el precio de Su pueblo, y es vendido "a cualquier precio", como algo que no tiene valor.

A este respecto, también podemos traer a la memoria el caso de Job, el cual asimismo fue “vendido” y puesto en manos de Satanás, muy por debajo de su valor. ¿Tampoco podría ocurrir esto en nuestros días?

Limitándonos al campo de la enseñanza, ¿cuántos hijos de padres rectos y piadosos no fueron ya arrastrados por el enemigo (: la ciencia incrédula, la moderna concepción del mundo y el brillo de la vida mundana) hacia la herencia y tradición enemigas?

¡Cómo *impera* este enemigo sobre nosotros, y se burla y se ríe de los píos en casi todos los aspectos de la vida!

Es verdad que siempre decimos que es “por causa de nuestro pecado,” y esto es cierto. Jamás podremos comprender en su profundidad nuestro pecado y el de nuestros padres (especialmente ¡los del S. XVIII!), ni podremos llegar a confesar ese pecado como lo hizo Daniel (cf. Dn. 9).

¿Pero tampoco habrá lugar para esta confesión del Salmo 44:18: “(empero) no nos hemos olvidado de ti, ni hemos faltado a tu pacto”?

Hay un pueblo de Dios –también ahora, y en nuestro país– que permaneció fiel, fue temeroso del SEÑOR y anduvo en Sus caminos; que fue recto y pío.

Y –siendo ésta la mejor prueba de que el enemigo fue maligno, dejado suelto contra nosotros *por causa de* nuestros pecados–, estos *piadosos* que se aferran lo más posible al Pacto de Dios, reciben los mayores golpes y burlas, y precisamente contra ellos ha puesto rumbo el mundo moderno, el cual se atreve a decir:

“–La *iglesia* no sólo no ha evitado la guerra mundial, sino que incluso la ha provocado. La *iglesia* debe desaparecer. Las personas “religiosas” pueden permanecer, pero no la iglesia.

También la Biblia debe desaparecer; los libros religiosos pueden permanecer, así como la Biblia entre otras obras. Pero La BIBLIA de los sinceros y sencillos y píos creyentes está anticuada.

También la *Escuela Cristiana* está lejos de tener limpia la conciencia. ¡Nuestro pueblo ha sido descristianizado por ella! ¡Y se podría decir, que toda incredulidad y revolución es culta! La *ciencia cristiana* tampoco se ve libre de culpa.

¿Qué quieren esos judíos jadeantes? ¡Una zorra podría derribar su muro! (cf. Neh. 4:2-3).

¿Es nuestro pecado *la* causa de todo esto? -No; porque entonces el ataque se dirigiría contra aquellos de entre nosotros que más se hubieran apartado del SEÑOR. Pero no es así.

Precisamente quienes vivieron más cerca de Su Palabra, vinieron a ser el blanco del enemigo.

El origen de lo dicho se halla en esto: "Por causa de Ti, SEÑOR, nos matan cada día". La iglesia sufre por causa de Cristo, y por su profesión de fe en la soberanía de Jesucristo sobre el mundo, y por causa de su defensa del honor de Cristo.

Esta situación puede durar mucho tiempo antes de que el SEÑOR intervenga en su ayuda.

¡Éste fue el caso en la lucha por una escuela cristiana! ¡Parecía como si el Señor no oyese ni viese!

El salmista lo expresa en su poderoso y descarnado estilo oriental: "¿Por qué duermes, Señor?" Lo que Elías en cierta ocasión decía burlescamente de Baal, parece que ahora también puede achacarse a Yavé. Pero entonces el piadoso salmista exclama: -¡Despierta! ¡Levántate para ayudarnos!

Éste es un clamor pidiendo *derecho y justicia* para el perseguido pueblo del SEÑOR; lo cual es lo que Jesús quiso decir en Lc. 18:7-8.

Pero para semejante clamor es necesaria la fe. Fe, que Él hizo un pacto con nosotros.

Fe, que Él oye a Su pueblo, y jamás lo abandona. Fe, que Él hará según derecho.

Fe, también, que Él, por amor de Cristo, perdona todos nuestros pecados, y nos acepta por Sus hijos.

El Señor Jesús preguntó: "Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?" (Lc. 18:8).

Es esta fe del poeta del Salmo 44, la que allí pide el Salvador. ¿Semejante fe está activa entre nosotros en pro de la iglesia, la escuela y el trabajo cristiano en política, sociología y ciencia?

¿O a pesar de haber sido hechos libres por el Hijo del Hombre hemos permanecido como almas esclavas que voluntariamente se doblegan bajo los golpes del enemi-

go, y que ya no sienten más la *injusticia*, y que por eso ya no se atreven a suplicar al SEÑOR sus *derechos*? ¿O nos hemos dejado acunar por el humanismo con su "amoroso-SEÑOR-para-todos-los-hombres", el cual no quiere oír el clamor por *el derecho y la justicia*, porque el derecho de Dios y el derecho del pueblo de Dios los ha reemplazado por "los derechos del hombre", y califica de "veterotestamentario" ese clamor por la venganza del SEÑOR?

CAPÍTULO VI

FRUTO DEL ESPÍRITU EN LOS JUSTOS

LA ACCIÓN del Espíritu Santo no deja invariable al creyente.

Al nuevo nacimiento (regeneración) sigue la renovación diaria. Esto implica a toda su vida. Sus pies caminan cada vez más fielmente a la casa de Dios y a los lugares donde el pueblo de Dios defiende con ardor el Nombre del SEÑOR, y sus portamonedas se abren cada vez más en pro del Reino de Dios. Pero también se puede constatar el cambio en su vida psíquica, en sus pensamientos y vida interior, en sus deseos y anhelos, y asimismo en su relación psíquica hacia los hermanos en la fe, hacia los enemigos.

Donde no hay mejora, nos encontramos con el estancamiento y el retroceso.

En Gálatas 5:22 se nos citan una serie de cosas hermosas de la vida psíquica de los cristianos verdaderos y sinceros, y también somos amonestados a crucificar la carne ("toda la estructura del PECADO" en nuestra existencia psicofísica), y a andar *por el Espíritu* (cf. 5:16).

Los que son guiados por el Espíritu, éstos son hijos de Dios; y éstos restauran a los hermanos que han caído en alguna falta (6:1), con espíritu de mansedumbre.

Estos son auténticos hombres y mujeres Espirituales y no “espirituales” (clericales), ¡lo cual es algo distinto!

1. Fruto y obras

*“Las obras de la carne...
El fruto del Espíritu...”*

Gá. 5:19-22

*“El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del
Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen en-
tre sí...”*

Gá. 5:17

Muchos han interpretado psicológicamente esta antítesis, y así ven en “carne” los deseos sensuales más bajos, y en “Espíritu” entienden las potencias del alma más altas y “nobles”, tales como el pensar, el querer y los sentimientos más altos para todo lo que es bello y bueno.

Pero para sostener esta opinión sería necesario un “pequeño” cambio del texto. Esta opinión, pues, escribe *espíritu* –con minúscula–, en lugar de *Espíritu* –con mayúscula.

Pero aún visto de esta manera, el texto contiene una verdad muy seria que ya fue reconocida por los antiguos filósofos griegos. Es *verdad* que nuestro entendimiento está en contra muchas veces de los deseos o pasiones más bajas (v. 9., la borrachera), y que la *voluntad* lucha contra el placer, y el sentimiento por lo bello contra la pasión por lo obsceno.

Sin embargo, esa antítesis no es absoluta. *Carne* y *espíritu* no están enfrentados como *corrompido* y *sano*, como *malo* y *bueno*. No podemos imaginarnos nuestro espíritu frente a nuestra existencia psíquica, sino más bien como el principio de nuestros actos, y por eso también se controla a sí misma en la conciencia.

Ahora bien, el hecho de que esta vida superior del espíritu sea por así decirlo más *considerada* que la vida inferior sensorial, es entre otras muchas cosas la consecuencia de esa responsabilidad. Cuando los hermanos

de José quieren matarle, Rubén intercede por él, pues, como mayor de todos, carga con la responsabilidad.

Este sentimiento de responsabilidad de nuestro espíritu es tan fuerte que, incluso, en un sueño hipnótico, la mayoría de las veces se choca con una reacción violenta cuando al hipnotizado se le quiere obligar a hacer algo que está en contra de su conciencia. Es como si incluso en nuestro sueño, nuestro espíritu aún reaccionase sobre la conciencia.

De ahí se deduce que los deseos o pasiones más bajas —a las cuales preferentemente se les llama “carne”— nunca son operativamente autónomas (es decir, que ellas mismas impongan la ley), sino que “las obras de la carne” se hallan constantemente en estrecha relación con la debilidad o maldad del espíritu. En los enfermos de espíritu prevalece lo primero; en aquellos que sabiendo lo que hacen siguen pecando, se aplica lo segundo. Así es como una vez más se evidencia la inquebrantable unidad de lo que tanto nos gusta distinguir como carne y espíritu.

Así pues, cuando las Sagradas Escrituras también entre las obras de la carne citan la ira, la envidia y la idolatría, con esto se viene por tierra toda la antítesis del principio arriba mencionado.

Las Escrituras ven la antítesis de otra manera: la “carne” es el hombre totalmente corrompido por el pecado. La *naturaleza* humana pecadora, decían nuestros padres. Y en esto se halla comprendido tanto el espíritu como lo biótico, es decir, la vida de los sentidos como un todo.

Y frente a esto está el Espíritu (con mayúscula), es decir, el Espíritu Santo, que ha sido dado a los hijos de Dios para guiarles, de tal manera que caminen por ese *espíritu* en un *camino* distinto al que seguían cuando andaban según la carne.

Ahora, hemos de hacer notar que las Sagradas Escrituras no hablan jamás de *frutos* de la carne, sino que siempre usan la palabra *obras*.

Y, a la inversa, la Biblia no habla de *obras* del Espíritu en los creyentes, sino siempre de *frutos* del Espíritu.

Obras de la carne. Obras, esto es *hacer* algo. Y esto lleva aparejado *responsabilidad*. Y ya vimos, que esto incluso se produce en la hipnosis.

Esto nos enseña una verdad muy seria: quien hace las obras de la carne, es RESPONSABLE. Somos responsables ante el adulterio, inmundicia, idolatría, hechicerías, pleitos, iras, disensiones, envidias, borracheras y banquetes, pues son *obras*.

La literatura moderna ha contribuido mucho a que esta concienciación o idea se haya difundido y diluido también entre nosotros, pues ve estos pecados como *frutos*. Pero la Biblia jamás hace esto.

Los frutos crecen –sin responsabilidad; como algo que se cae de su peso; casi sin nuestra cooperación, inadvertidamente. El *obrar* nos hace retroceder al *querer*, pero el *fruto* indica el crecer, un proceso, una cadena de acontecimientos. Ahora bien, la literatura novelesca moderna coloca la herencia, la historia del pecado como un proceso de crecimiento tal que indeclinablemente, da después sus frutos amargos.

Pero todo esto, según las Sagradas Escrituras, tiene esta explicación: que *nosotros mismos* somos “simiente” (fruto) corrompido de una generación humana pecadora. Así que las Sagradas Escrituras jamás dicen que *nuestros pecados* son fruto de nuestros padres. ¡No; son OBRAS NUESTRAS!

Un pecado da a luz a otros; esto es cierto; pero en cualquier época de nuestra vida, el pecado que *hacemos* es una *obra* de la carne. El pecado no es un proceso, sino un *hacer*, aunque sea fácil descender al camino del mal.

En este aspecto, debemos situarnos, por principio, frente a la novela psicológica moderna.

Frente a las *obras* de la carne, Pablo nos indica ahora el *fruto del Espíritu*.

Pero con frecuencia hacemos lo contrario; y nos atrevemos a decir: –Es que soy tan impulsivo, tan débil frente a la bebida, que parece lo más natural, que lo llevo en la sangre, en mi naturaleza...; haré lo posible y lucharé por ser bueno, y obrar el bien, y me esforzaré al máximo para ser amigable, comedido y dominarme a mí mismo.

En nuestra literatura cristiana, los consejos para esta manera de *obrar* son escasos y transitorios; y se dice que es necesaria como el pan, una incitación o estímulo vigoroso hacia la santificación.

Hacemos cuanto podemos, nos esforzamos y trabajamos para producir *obras* del Espíritu; buscamos toda clase de remedios y aconsejamos: -ejercítate en la autoformación, practica cada día una virtud determinada...

Sin embargo, volvemos a tropezar una y otra vez, ahora en esto, luego en aquello, una vez más. Ciertamente queremos, pero con frecuencia no lo hacemos (cf. Rom. 7:17).

Ahora bien, el apóstol Pablo hace como si ello fuera lo más natural. "*Fruto del Espíritu*", dice. *Fruto*, que inadvertidamente *crece* en el árbol, sin que se sepa *cómo*. Quien se halla cerca e implicado, no ve adelantamiento alguno, y sin embargo progresa continuamente. Quien ve rugir la tormenta entre las ramas, teme que no quede nada del árbol; pero entre ese viento de tormenta aún continúa el crecimiento. ¡Qué extraño es todo esto!

Sin embargo, es la experiencia de todos los hijos de Dios. ¡Qué palabra tan consoladora: Frutos!

Como el árbol produce frutos, así también nosotros podemos producir frutos del Espíritu. El *obrar* bajo responsabilidad punible cae bajo la Ley. Pero el pueblo de Dios ha sido hecho libre de la servidumbre de la Ley, y ahora se encuentra en la libertad.

Así pues, podemos lamentar o exclamar con el apóstol Pablo: -El bien que quiero, no hago, sino el mal *que no quiero*, eso hago. Y entonces, experimentando nuestra responsabilidad por aquellas malas acciones hechas contra nuestra voluntad, podemos acusarnos una y otra vez a nosotros mismos ante Dios. Pero no hay nada perdido; pues llevaremos *frutos del Espíritu*, cada vez más; pues nada nos puede separar del amor que Cristo nos tiene; porque ya no somos de la Ley, sino de Cristo. Así que nuestra responsabilidad ante la Ley se ha vuelto *libertad* para andar según el Espíritu.

Quienes están bajo la Ley, disfrazan las obras-de-la-carne-con-su-voluntad, y prefieren llamarlas *frutos*: no-poder-hacer-otra-cosa.

Quienes son de Cristo, se acusan a sí mismos de-las-obras-contra-su-voluntad, y toman sobre sí la responsabilidad que ello implica.

Quienes están bajo la Ley, hablan de los frutos de la

gracia de Dios como de sus buenas *obras*, “que a pesar de todo han conseguido hacer con gran esfuerzo”.

Quienes son de Cristo, le dan gracias por las buenas cosas en su vida, como el amor, la paz, la moderación y la amistad, las cuales brotaron en su vida como *frutos*, cuando ellos encontraron al Salvador.

¿Se podría deducir de esto que un cristiano *no debe hacer todo lo posible* para amar, estar alegre, mostrar paz y clemencia, y amistad, y bondad, para ser fiel, y paciente, y dominarse a sí mismo? – ¡No! La Biblia no conoce en modo alguno este ENFOQUE SUBJETIVO EN SÍ MISMO. Pues este engreimiento de sí mismo y ese intento por adornarse a sí mismo como hombre de buena voluntad es completamente humanista.

El cristiano no tiene que “hacer todo lo posible” para tener esto y ser aquello, así como tampoco el árbol “hace todo lo posible” para cargarse de frutos.

Si una persona cristiana no lleva los frutos mencionados, no debe “hacer todo lo posible” para..., sino más bien volverse un buen cristiano, es decir: ir a Cristo con su profunda miseria y pobreza, hacerse libre de la Ley, estar en la libertad de Cristo, etc..., y entonces crecerán en él estas cosas de la plenitud de las riquezas de Cristo como *frutos*.

Al principio como flor bajo tormentas de primavera, pero después como fruto maduro que pende del árbol de vida.

La carne hace *obras*. El Espíritu da *frutos*. Por lo primero, nos acusamos ante Dios. Por lo segundo, le *damos gracias a Él*.

2. Amor

“El fruto del Espíritu es amor”.

Gá. 5:22

Él está lleno de “amor”.

Las tórtolas arrulladoras y el enamoramiento de la pareja humana, la clueca preocupada de sus polluelos y la madre dedicada a sus hijos, la angustiada pata por sus

patitos que entran en el agua y los padres adoptivos que cuidan de otros, la reina de las abejas con sus fieles obreras y el príncipe con sus entusiastas seguidores, todo esto es una manifestación de amor que, incluso, puede llegar a la entrega total de sí mismo por causa del ser querido.

También se puede amar lo inanimado. Así ama la jovencita su adorno, el sabio su objeto de estudio y el enfermo de nervios la idea que le atormenta.

Sí, en parte tenía razón quien, poetizando, dijo que en primavera todo ama: también las flores, los árboles, la maleza y la hierba. No menospreciemos el significado de todas estas diferentes clases de amor.

¿Qué sería del mundo si esto desapareciera alguna vez? Es de gran significado *biótico*, también para la humanidad. ¿Qué es un matrimonio sin amor, qué es un hogar sin amor paterno y materno, qué es una educación sin amor recíproco, y qué es un gobierno del país sin el amor de sus súbditos? ¿Qué es un estudiante sin amor por su objeto de estudio, qué es un maestro sin amor por lo que enseña? Pero también es verdad: No sobrestimes su significado.

No llesves este amor a un terreno que no encaja en su operación. Sólo vale en el terreno biótico. Esto ya es muchísimo, pues mantiene en pie la vida; pero no es un dominador *ilimitado* en la vida. También hay un terreno de vida moral-espiritual con el que el amor biótico incluso puede llegar a chocar.

Así el amor de Amnón por Tamar fue *biótico* (cf. II S. 13); pero cuando Tamar se opone desde el punto de vista moral, estalla en ira. En el adulterio el amor frecuentemente queda en entredicho, pero con ello pisotea el *derecho* del propio cónyuge. En fiestas bacanales, es muy frecuente que este amor lleve consigo la muerte. Y el amor por la comida y la bebida produce orgías y borracheras; así como el amor por una determinada área de estudio origina exageración.

También hay en la escuela, afortunadamente, mucho amor biótico: de los mayores por las jóvenes generaciones; el cuidado por los hijos del pueblo; el amor por los retrasados mentales; el amor por esos "pequeñuelos"; el amor por "mis chicos", por mis "jovencitas"; amor también por un determinado niño dócil (Rebeca-Jacob), amor

por un niño violento (Isaac-Esaú); amor por un buen comportamiento, por ojos bonitos, nariz respingona o pelo rubio, por un hablar resolutivo o por una actitud suplicante, por un aprender rápido y también por una buena escritura.

En todas estas cosas depende del educador en qué dirección se dirigirá este amor. El uno está encantado por esto, y el otro por aquello.

Que nadie se tenga por algo grande, aunque él (ella) sea un ángel, sin tendencias e influencias bióticas. Pero, aunque podemos ensalzar todo lo que queramos este "Eros", este amor general a los niños y también a las "materias de estudio", su terreno no es ilimitado.

Enseguida, y casi sin darnos cuenta invadimos los *derechos* de los demás, por ejemplo, de los padres. Un maestro que se entiende con un joven mejor que su propio padre, se enorgullece de ello, pero... debería darle *pena*. Un profesor que quiere entrar en los derechos de la madre, va demasiado lejos, sin hablar de aquellos infelices pederastas que se dejan llevar y pisotean los *derechos* de aquellos que en edad más madura amarán a esos niños con un amor conducente al matrimonio.

Alguien calificó a semejantes pelagatos pederastas de "prisioneros de Dios", porque opinaba que todo "amor", sin más, es manifestación de Dios; pues todo "amor" lo veía –incluso el amor "biótico"– como "fruto del Espíritu".

Es verdad que el Espíritu también santifica la "vida natural" de los hijos de Dios; y que también mantiene en el camino recto todas estas manifestaciones bióticas del amor, y las conduce por buenas sendas.

Pero de esto también se deduce que el "amor" que se enfrenta con la esfera del derecho (adulterio), y con la moral (prostitución en general), o con la naturaleza misma (poligamia, homosexualidad, etc.), nunca puede ser fruto del Espíritu.

El fruto del Espíritu es amor...

Este "difícil" texto se hace sencillo y profundo en nuestra vida, si por "amor" pensamos en el amor que es *cumplimiento de la Ley*.

Entonces el amor ya no es un sentimiento biótico, sino *una manera de pensar del corazón* que domina toda nuestra

vida, y que al prójimo lo *considera igual* a sí mismo. Ese amor abarca todas las esferas de la vida humana, pero yace profundamente anclado en el "hombre interior".

Ese amor jamás puede chocar con el derecho de otros ni conducir al crimen y adulterio.

Ese amor tampoco exagera ni pone enfermo, jamás se convierte en odio ni es jamás antinatural. Ese amor es muy sencillo y a veces, incluso, frío y retraído; pero frecuentemente se convierte en celo e incluso en ira.

El amor ni actúa ni piensa mal ni obra ligeramente (I Co. 13).

Cuando ese amor comienza a penetrar en nuestra vida desde su centro: *el hombre espiritual* en donde mora el Espíritu de Dios, poco después toda nuestra vida —también la biótica— es santificada por él.

Cuando ese amor también opera en nuestra vida escolar a través del camino de una constante conversión y lucha contra el pecado, entonces también nuestra obra educacional hará ver los hermosos frutos del mismo; y el amor exagerado, sentimental, ciego, vacilante y peligroso dará paso a un amor sobrio, verdadero, seguro y provechoso.

Finalmente, cuando además de esto ocurre que (por la fe en las promesas del Pacto de Dios) vemos a nuestros alumnos como "hijos del pueblo de Dios", este amor al prójimo se transforma y renueva en *amor espiritual* hacia todos los que entre sí están en Cristo; y así se convierte en un amar por amor de Cristo, un amar la simiente de la Iglesia, una expresión de la comunidad de los santos. El "Mandamiento nuevo" del apóstol Juan 13:34. Y así se produce una buena relación con los padres, la comunión de los santos domina todo el Cuerpo de Cristo y existe una inquebrantable unidad de amor: Cristo, la iglesia, la simiente de la iglesia son algo que se nos hace viviente en nuestra conciencia, y acertamos a ver el lugar propio y limitado, pero también muy importante, de la escuela cristiana con relación a la iglesia.

Por eso no comenzamos por poner *como fundamento* de nuestro trabajo en la escuela cristiana un amor general e infantil hacia los "pequeñines", o el amor a los objetos de enseñanza o cosas parecidas, pues esto sería seguir el camino del humanismo.

Prefiramos, pues, volver al centro desde el cual esto debe estar dominado, es decir, *desde el amor que es cumplimiento de la Ley* –(y ese amor también alcanza a las gentes que están fuera de la iglesia; pues también en los aspectos naturales puede operar muy beneficiosamente)–, pero, sobre todo, vayamos tras *el amor por la simiente de la iglesia*, el cual se alimenta de la comunión de los santos.

Ambos amores son *sólo* puros en origen y verdaderos cuando se manifiestan en nuestra vida como *fruto del Espíritu, el cual sólo por Cristo* puede convertirse en herencia nuestra.

Sin Él –también en la escuela– nada podemos hacer que sea *auténtico*.

¡Qué gran consuelo que Él nos ha prometido ese *Esíritu*, y que podamos contar con esa promesa!

3. Gozo

“El fruto del Espíritu es... gozo”.

Gá. 5:22

En el mundo hay mucho gozo y mucha alegría. Lo oímos en el cantar de los pájaros; lo vemos en el jugar de los corderos en los campos en primavera. Lo vemos cada día en el mundo infantil, manifestado de diversas formas. Por desgracia, también contemplamos un gozo que nosotros llamamos “alegría del mal ajeno”; y en chicos mayores también observamos un gozo que conduce a la barbarie y al vandalismo. ¿Podemos considerar todo esto como “fruto del Espíritu”?

Pero también hay un gozo superior, como es el caso del hombre que se ha propuesto un ideal y para ello ha soportado muchos trabajos y ha visto coronado su esfuerzo.

Ahí tenemos a una madre que tras una noche de angustia y dolor tiene en brazos a su primer hijo. ¡Qué gran gozo! O el candidato que con su título en la mano da saltos de alegría; o el hombre que alcanza una buena posición en la vida. Todo es gozo de gran altura y signifi-

cado para la vida de los hombres. ¿Qué sería del mundo sin todo esto?

Sin embargo, con estos gozos nos quedamos en lo superficial de nuestra vida. Ninguno de estos gozos puede convertirse en *centro de poder del gozo que permanece*. Y esto por la sencilla razón de que no abarcan el terreno más profundo y razonablemente espiritual en que como *hombres* también tenemos parte.

Un *pájaro* puede encontrar su mayor gozo en *cantar*; un *hombre* no. Un animal puede encontrar en la salvación de la especie su plenitud de vida; un hombre no. Una abeja obrera puede encontrar *plenamente* su gozo de vivir, en el cumplimiento de su tarea; pero un hombre no puede conformarse o tener suficiente con su vida de trabajo, en sí mismo considerada.

Lo que el Espíritu Santo da o concede desde Cristo es en principio incólume y perfecto. Por eso todos estos gozos no pueden ser los que se indican en este texto. El gozo del jovencito que tiene que acallar su mala conciencia poniéndose a silbar, no puede ser del Espíritu Santo. Y a cada paso volvemos a notar cómo el mundo está lleno de "gozo" que ha de ahogar la intranquilidad.

Especialmente en nuestros días se ha buscado una especie de gozo, que es muy peligrosa: la del humanismo. Ésta presenta como ideal el hombre armónico; y para convertirse en eso, millares de gentes se olvidarán de todo; y cuando tienen el sentimiento de que son hombres cabales, inteligentes, virtuosos, religiosos, decididos, intrépidos, buenos, humanos, nobles,... cuando han logrado más o menos su ideal,... entonces sienten gozo de sí mismos. Se creen inquebrantables, enteros ejemplos para los demás, y entonces afirman: éste es el hombre. Su gozo por las buenas cosas que realmente hay en él, se convierte en gozo de *sí mismo*. ¡Cuán peligroso es esto!

Tales personas jamás pueden entenderse bien con el gozo bíblico. La Biblia..., también en ella encontramos *suspiros y tristezas*; pues ella nos dice que *no* todo es bueno en nosotros; y si esto es verdad, todo el esplendor de ellos ha desaparecido.

Todos los hombres que se tienen a sí mismos como objeto ideal —también quienes quieren ser especialmente piadosos y próximos a la perfección—, deben suspirar

y lamentarse ante esa Biblia que de forma efectiva hace sucumbir su ideal, si la leen bien. Pero cuán diferentes son esas gentes "sencillas" con todas sus faltas que ellos mismos conocen muy bien, y también con su piedad en la que diariamente descubren más "apariencia"; esos "pobres hombres" que "han sido muertos por medio de la ley" (cf. Ro. 7:9-11), que no pueden seguir adelante en el camino de la *autoformación* y *autodesarrollo*, y que por eso buscan toda su esperanza y toda su dicha en Jesús y diariamente *desean de Él* que Él sea manifestado en ellos..., esas personas entienden el gozo que es fruto del Espíritu.

Éstos encuentran que la iglesia donde se congrega la comunidad de Cristo, a pesar de todo lo que falta a la iglesia, a los creyentes y al culto, es, ello no obstante, el lugar más hermoso del mundo; y comprenden el gozo de los píos veterotestamentarios en la fiesta de los panes sin levadura (II Cr. 30:21), para los cuales Jerusalén era lo más sublime de su gozo (Salmo 137:6), y ese "gozo eterno" (Is. 35:10) es su porción; para ellos también es posible la combinación de "temor y gran gozo" (Mt. 28:8).

Persecución y gozo pueden ir juntos en ellos (II Cor. 7:4); y el robo de sus bienes pueden aceptarlo incluso con gozo (He. 10:34).

Este gozo es indestructible, eterno y perfecto en su principio, pues es *fruto del Espíritu* que procede de Cristo, el cual es la Vida, y sube hasta los pámpanos.

Este gozo se convierte en *centro de poder* de un gozo que irradia todas las facetas de nuestra vida humana; y santifica, conduce y dirige (y frecuentemente también mantiene a raya) todos los otros gozos –también los que pertenecen al terreno biótico.

Ojalá que este gozo vaya operando más y más en nuestra vida escolar. Y esto puede ser así si permanecemos siendo sencillos y sinceros, es decir, cuando el centro permanece centro, y lo superficial, superficial. Por consiguiente, nada de palabras piadosas en los juegos infantiles; pero tampoco gozo por bendiciones diarias como porque brille el sol, etc., como si esto fuera nuestro placer *más excelso*. Si simplemente permanecemos en Cristo, y lo hacemos con sencillez y humildad sin engrairnos y enaltecernos,

humillándonos como niños, entonces este fruto del Espíritu crecerá en un gozo que todo lo ilumina, y que incluso se manifiesta en gozo por la cuenta bien hecha, y por el sol que inunda el colegio, como algo de la bondad de Dios.

Pero después puede desaparecer el sol y el trabajo puede resultar difícil, sin que por ello se nos arrebate el núcleo o centro vital de ese gozo.

Entonces, y a pesar de todo, la promesa del SEÑOR que nos recuerda que los mansos (pobres, miserables, perseguidos y humildes) recibirán gozo sobre gozo, nos volverá a hacer esperar (Is. 29:19).

Entonces, nada del mundo *nos* podrá *quebrantar*. Ésta es la dicha y salvación de aquéllos que con corazón contrito han acudido a Cristo. Esta salvación no es conquistada ni se obtiene con esfuerzo, sino que crece en nosotros como *fruto* del Espíritu.

Mas, ¡ay de la vida no contrita y soberbia que quiere cultivar un gozo como fruto del trabajo propio! Estas gentes recibirán la “paga” que ajustaron con el SEÑOR: “complacencia en sí mismos, gozo de su bien propio”, y todo ello durará tanto como su bienestar..., pero también ni un día más; y ¿qué harán cuando les *falte todo*?

4. Paz

“El fruto del Espíritu es... paz”.

Gá. 5:22

Aún hay mucha paz en la tierra. Las hojas marrones en el silencioso bosque otoñal no tienen por qué volvernlos tristes constantemente. A mí me encanta ese silencio de la caída de la hoja. Allí hay paz. El fruto llegó a término, y cayó sobre el suelo húmedo y cubierto de musgo. *Así está bien*. El descanso también llega a la naturaleza.

La hoja no es desgarrada de su rama, sino que se deja caer pacíficamente. Así puede haber paz en el silencioso salón de la casa después de cumplida la tarea del día; así puede hundirse la paz en un corazón que combate

y que se dio por vencido después de una lucha terrible; así puede haber paz en el corazón cuando el moribundo se reclina sobre su almohadón; así la paz, incluso, nos puede hablar en la tranquilidad del cementerio.

También en medio del trabajo puede un hombre tener paz. Paz con su trabajo, con su posición, con sus compañeros. También paz consigo mismo. (Pero esto es humanismo).

Paz, incluso, con su pobreza y dolor, con sus faltas y pecados, con una vida fuera de Dios. Sí, incluso puede ocurrir que un hombre tenga paz con trabajo de guerra (para muchos miles en la historia, hacer la guerra fue su "paz"). Sí, e incluso se puede llegar tan lejos que un hombre no tenga paz hasta que persiga a la iglesia de Dios, o que no encuentre paz hasta convertirse en comunista.

Paz es un encontrarse bien, una situación equilibrada del alma, un decir: "así está bien".

No rechacéis demasiado de prisa todas estas tendencias de paz como inexactas y falsas. Ningún hombre puede vivir sin paz, y sin ella el mundo no puede existir.

Tener paz consigo mismo es un bien peligroso, que muy pronto puede degenerar en desprecio propio y desesperación; pero los hombres que predicán la *disensión* y la tensión constante de la vida, vuelven locos a los demás.

Mas esto es verdad: que no toda paz es *fruto del Espíritu*. Todas las clases de paz pueden desaparecer y son temporales, pero la paz de que aquí se trata es eterna.

Esta paz siempre aparece en las Escrituras en relación con la gracia. ¡Oh, qué dicha el saber por la fe que Dios Todopoderoso nos mira con ojos de Padre, que nos ama, que nos aceptó eternamente como sus hijos y jamás nos abandonará a nosotros mismos! ¡Oh, qué dicha el saber que tenemos "gracia" en Dios...!, pues entonces todo está *bien* en lo más profundo de nuestra vida, y tenemos *paz con Dios* (cf. Ro. 5).

Entonces todo aquel tipo de cosas *que no son buenas* nos pueden arrebatar, por un instante la paz; y así tendremos menos paz con nosotros mismos, con el mundo, con nuestros prójimos, con nuestro trabajo escolar, con los niños; pero a pesar de todo esto seguiremos teniendo paz.

Porque nuestra paz no es sucumbir ante el mal, sino una fe en que Dios rige nuestra vida.

De ahí, que no es que haya paz con nosotros mismos, sino a pesar de nosotros mismos; no con el pecado, sino a pesar del pecado; no con esta sociedad, sino a pesar de esta sociedad; no con nuestros defectos en la escuela, sino a pesar de esa diferencia. Así podemos tener paz a pesar del mal comportamiento de un niño, a pesar de sus escasos progresos, a pesar de los obstáculos de muchos padres y la falta de consideración y aprecio.

Entonces tenemos una paz que nadie ni nada nos puede robar.

El "arribista" no conoce esta paz, pues siempre debe seguir adelante.

El hombre que aún está bajo la Ley no puede alcanzar esa paz sin engañarse a sí mismo; pero el que ha sido hecho libre de la Ley por Cristo, *tiene* esa paz; pero no la ha logrado mediante autodisciplinas (Lutero lo pretendió en el convento), ni por santificación de vida, ni por meditación y oración, porque esa paz crece en él como *fruto* del Espíritu, frecuentemente sin que esa persona se dé cuenta de ello.

Así pues, desde el "hombre interior", como desde el centro de la vida, se produce equilibrio, frecuentemente roto en la superficie, y a veces mucho más que en el mundo; pero en el centro de nuestra vida llega a su fiel la aguja de la balanza.

Y partiendo de ahí, esa paz comienza a ejercer influencia incluso en el terreno de nuestro vivir cotidiano, de manera que vayamos manifestando más equilibrio en las pequeñas cosas de nuestra vida.

Entonces los píos "sencillos" y normales comienzan a tener contra ellos el mundo entero.

— "¿Puede uno tener paz en semejante mundo?, murmura el revolucionario; — "¿puede un cristiano tomarse tranquilamente una taza de café y fumarse una pipa en tal sociedad?", grita sarcásticamente el cristiano anarquista. — "¿Puedes tener paz, y además tanto pecado?", dice sutilmente el apóstol de la santidad. — "¡Cristiano de guerra!", insulta el propagandista de la paz del mundo. — "¡Esclavo de los capitalistas!", grita el comunista. — "¡Cristiano sobre falsos fundamentos!", deletrea el místico que

sólo conoce la paz que se obtiene en éxtasis. Mas todas estas gentes destruyen la paz que aún encuentran en el mundo, y en lugar de ella *no dan otra cosa que lucha y cosas vanas*.

Todas estas personas no pueden comprender que un hombre se acuse de su pecado a solas, y que luego pueda levantarse y secar sus lágrimas y... tener *paz* por la fe. No comprenden que cristianos puedan aliviar la pobreza, propagar paz con justicia, apoyar la justicia social, acusarse a sí mismos ante Dios y luchar contra el pecado, y ver cada vez más mal en la iglesia, en la sociedad, en el Estado y en sí mismos..., y, sin embargo, tener *paz*.

Su paz y su equilibrio dependen de su ideal, y cuando lo mantienen en alto, su vida padece falta de paz que luego resulta en derrota inevitable.

La mayoría de ellos se acomodan después a la vida tal y como es, y sitúan su ideal un poco más bajo. Estas son las gentes más sencillas, pero han habido espíritus grandes, personas con carácter, que consecuentemente rechazaron toda *paz*, antes de haber alcanzado su ideal. Ahora me vienen a la memoria Robespierre y Lenin; pero también miles de desgraciados que terminan en los manicomios, miles de neuróticos de nuestro tiempo que lucharon por un ideal inalcanzable, sin querer tener paz *hasta no haber conseguido su propósito*.

También el gremio de maestros proporciona un gran porcentaje de estos hombres y mujeres destrozados.

Vivamos, pues, sencillamente; no saquemos las cosas de su quicio; humillémonos como niños, y vivamos cerca de la Palabra de Dios, para que aprendamos a verlo todo en su justa relación; para que no tengamos jamás una paz desmedida cuando alguna vez todo marchó bien en el colegio al llegar la visita de inspección y todo estuviera "en orden"; y para que tampoco tengamos una intranquilidad desmedida cuando resultó mal y equivocado. Sopesemos en su justa medida las cosas, de tal manera que la *paz con Dios sea el centro* del cual podamos soportar mucha impaciencia, y podamos conservar mucha paz en cierta medida en el terreno natural.

Esa paz de Dios como fruto del Espíritu, sea nuestra fuerza. Ella puede derramar temple en nuestro carácter, y así darnos una gran fuerza a nuestra palabra y trabajo.

Pero todo en su propio terreno. Sin poner cara de bendito a la hora de la lección de dibujo, como si en ese rostro tuviera que manifestarse nuestra paz; pero tampoco con lamentaciones a la hora de exponer la historia bíblica, diciendo: —"Oh, si alguna vez pudierais encontrar la paz con Dios!".

¡Quiera el SEÑOR que siempre tengamos a Cristo delante de nuestro corazón y de nuestros niños, el cual, mediante Su Espíritu, hace *crecer* la paz en nuestros corazones, como *fruto del Espíritu*.

5. Paciencia

"El fruto del Espíritu es... paciencia".

Gá. 5:22

Por "paciencia" tenemos en griego: makrothumia = de makros (largo), y thumia (ira, excitación, manifestada en la respiración acelerada o contenida).

El paciente, pues, no cae inmediatamente en una situación airada. La voz popular diría: —"No se infla enseguida". Y está muy bien expresado, porque además de esta expresión, o como dicen los chinos: "perder el rostro", la ira también se manifiesta conteniendo la respiración e hinchando los carrillos. También en este último caso no se puede hablar de paciencia, pues no es estar lejos de la ira, sino estar explotando de ira. Por lo cual, ¡el caso se vuelve más peligroso la mayoría de las veces! Pues, cuando la ira *contenida* estalla, frecuentemente parece más vehemente que cuando encontró directamente una salida.

Esto no quiere decir que jamás *debamos* contener la ira. Pero sí hemos de tener presente que esto exige de nosotros una prestación peligrosa y muy importante. "Dar lugar" a la ira (cf. Ro. 12:19) es la amonestación bíblica que debemos tener muy en cuenta, cuando la ira brota en nosotros. Asimismo tenemos esta amonestación: "no se ponga el sol sobre vuestro enojo" (es decir, procura desecharlo antes de que sea de noche), lo cual es muy necesario para nuestra salud y sistema nervioso (Ef. 4:26).

La ira reprimida que no encontró salida, ¡es peligrosa! Pero el paciente no *tiene* enseguida ira. ¡Envidiables personas!

Principalmente en el colegio donde en un horario escolar de 10 cuartos de hora con 50 niños, se tienen 50 por 10 posibilidades de enfadarse por una u otra pequeñez. Si 49 de ellos escuchan, y a 1 le tiene sin cuidado lo que explicamos; si 30 de ellos son buenos discípulos y 15 son medianos, y 5 que nada comprenden; si a uno de los buenos lo encuentras "pegado" en una ocasión; si uno gandulea, juega, se ríe, charlotea, coge mal el lápiz, mancha, ensucia, suma mal, come golosinas, se burla del vecino, deja caer el libro; si algunos llegan tarde, si uno tiene que hacer un recado a su padre durante el tiempo de clase, etc., —todo es suficiente para que alguien, fácilmente excitable, pierda constantemente el buen humor, y, como consecuencia, que la vida y convivencia en el colegio sea todo menos una cosa y situación agradable, y uno prefiera quedarse en un rincón.

En esto, los maestros corren el mismo peligro que las maestras; porque vivimos de las pequeñas cosas, también podemos enfadarnos muy seriamente por cosas pequeñas, aunque después de recapacitarlo mejor no creamos que es tan grave.

Qué gran privilegio, pues, si en todo esto puedes mantener la calma.

Siendo yo joven maestro, coincidí con un antiguo colega en un colegio, y siempre me daba el consejo que a él mismo tanto le había ayudado: —"¡La paciencia te puede salvar!"

Tenía mucha razón, pero... ¡mantente calmoso, si no lo eres! Que la calma es buena en el colegio, nadie de nosotros lo negará. Mas ¿dónde hallas esa calma? Si para ello tienes que hacer todo lo posible, la cosa está verdaderamente perdida. ¡Dichosas las personas que siempre pueden permanecer en calma!

Pero, ¡cuidado!, que un vago es realmente calmoso, y no envidiable; y un indiferente tampoco es una fuerza en la sociedad.

Y cuando te encuentras con un asunto en el que algunas cosas no están en regla, ¡entonces te empiezas a

calentar antes de que sepas el porqué del asunto! ¡No, ser paciente es algo muy diferente que calmoso! Por eso debemos de seguir buscando más profundamente.

En la paciencia entran en juego factores que abarcan todo nuestro vivir.

1°. *Amor*: Si alguien nos ama, podremos hacerle un desaire sin que ello tenga por qué encender su ira.

2°. *Gozo*: Si alguien está contento, puede aguantar mucho más antes de enfadarse.

3°. *Paz*: Si alguien está en estado de equilibrio respecto a su vida anímica, no se desespera tan fácilmente ni pierde el humor, y ve las cosas más de acuerdo a su verdadera relación.

En los artículos precedentes vimos toda clase de amor, gozo y paz. Pues bien, todo ello coopera a hacernos pacientes.

La maestra que ama a sus pequeños escolares, es paciente con ellos. El maestro que acaba de prometerse en matrimonio, puede soportar muy bien muchas cosas. El que se siente satisfecho de sí mismo y tiene paz con su vida, no se irrita innecesariamente porque le caiga una mancha de tinta.

Quien acierta a comprender todo esto, también puede explicarse la clase de peligro que representa y es la predicación de la lucha de clases, el desencanto y el "espíritu del arribista", para la paciencia. Y los "arribistas", bajo el control del colegio, pueden ver realmente que no nos arrebatan el amor, el gozo y la paz si nos exigiesen lo imposible por causa del ideal de elevar la enseñanza.

Afortunadamente aún hay mucha paciencia en el mundo y también en la escuela; y el comentario de los padres que dicen: "tal maestro (o maestra) debe tener algo de paciencia", es tan conocido como la expresión "¡Qué buen día hace hoy!"; pero también da la misma impresión favorable de algo que, a pesar de todo, está en orden en este mundo sufriente y confundido.

La paciencia que es fruto del Espíritu encuentra su centro no en el amor a los niños, ni en el gozo de estar prometido, ni en la vida bien vivida, pues sería inestable y fácil de perderse. No; *esa* paciencia está fundamentada en el amor, en el gozo y en la paz que hemos descrito en los capítulos precedentes.

Como *fruto del Espíritu* proviene de El, el cual es alabado y ensalzado en las Sagradas Escrituras como el SEÑOR, el Dios del Pacto, misericordioso, y paciente, y grande en misericordia (Ex. 34. 6; Sal. 86:15; Jon. 4:2).

Este fruto aumentará en nosotros no por nuestro "superarnos", ni por el "autodesarrollo", sino mediante el desarrollo y crecimiento en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, por la fe de que Él es paciente (clemente) con nosotros y nuestros hijos. Entonces nos volvemos más y más pacientes (clementes) con el prójimo, también con los hijos de Dios que tropiezan y con los hijos de éstos, al contemplarnos a nosotros mismos.

6. Benignidad (misericordia)

"El fruto del Espíritu es... benignidad".

Gá. 5:22

La palabra "benignidad" (: misericordia) se repite muy a menudo en los Salmos como si se tratase de un refrán. Allí se alaba constantemente la benignidad del SEÑOR.

En el 136 es tomada, incluso, como un estribillo que se va repitiendo alternativamente: "Porque para siempre es su misericordia".

Sin embargo, por lo general, no tenemos un concepto claro y determinado de su significado. De modo vago e impreciso nos imaginamos "algo con extrema bondad".

Pero cuando en Gá. 5:22, después de "benignidad", aun se cita separadamente la palabra "bondad", esto nos llega a parecer realmente superfluo.

Al examinar el significado de la palabra griega que aquí es usada, encontramos, según el diccionario de Kremer-Kagel, dos significados: "Gute" y "Tuchtigkit".

El Dr. Greijdanus, en la "Korte Verklaring" (breve comentario), nos da el siguiente significado al respecto: amabilidad o afabilidad, complacencia, manejabilidad, utilidad, gallardía. En definitiva, pues, vuelve al significado: "Gute" y "Tuchtigkeit". Por eso el Dr. Greijclanus traduce: amabilidad. Esta palabra no nos dice mucho más,

pues la palabra "benignidad" (o misericordia) no se usa más en el lenguaje cotidiano. Ya no decimos: "¡La reina fue tan benigna!", al honrarnos con una visita. Sino que en este caso decimos: -Fue amable.

Sin embargo, tampoco debemos olvidar totalmente el concepto "Tuchtigkeit", pues la amabilidad que es apreciada presupone que aquel que se muestra amable (benigno o misericordioso), no es un pelele, sino un valiente.

A un hombre bueno que no es valiente le calificamos de pelele, torpe, bonachón,...; pero su amabilidad no es considerada en alto grado o valor.

Quien está por debajo de nosotros no nos muestra benignidad (misericordia). No decimos: el chico fue amable frente a su padre, el siervo es benigno con su jefe.

El SEÑOR es sabio, fuerte y poderoso; es excelso pero también es bueno con todas Sus obras; también es bueno con los impíos, pero sobre todo con Su pueblo, incluso cuando éste delinque (Sal. 89:34).

Éste es el gran milagro: ¡que Él sea bueno con nosotros y no esté enfadado con nosotros!

Nosotros, Sus criaturas, creados "buenos", muy buenos, nos rebelamos contra Él y, esto no obstante, Él fue bueno con nosotros; con los impíos en el tiempo de la gracia; con Su pueblo hasta la eternidad.

Cuando los navegantes, después de la tormenta, llegan seguros a puerto, no pueden por menos de alabar la benignidad (misericordia) del SEÑOR (cf. Sal. 107:30-31). Pero su misericordia para con Su pueblo es *formidable* (Sal. 117:2) y *eterna* (Sal. 103:17).

La bondad condescendiente y humilde de una reina puede conmovér intímadamente a una mujeruca. ¿Comprenderemos, pues, cómo la bondad condescendiente del Altísimo es mucho más que la vida para el salmista? (cf. Sal. 63:3). Ahora bien, si el pueblo de Dios es enseñado en esta formidable bondad del SEÑOR, no puede por menos de que también él se vuelva bondadoso.

Los gentiles ya sabían que los reyes de Israel eran bondadosos (cf. I R. 20:31).

El siervo a quien su Señor le perdonó la deuda de 10.000 talentos, y que él mismo casi ahogó a su consero por 100 talentos, es un ejemplo de advertencia para todos los "cristianos" que no conocen la benignidad.

¡Cuántas ocasiones tenemos de ser misericordiosos en el colegio! Somos fuertes y agudos, especialmente en el saber cosas relativas al colegio; y los niños están en todo muy por debajo de nosotros. ¿Somos amigables y bondadosos?

Si no es así, no pretendas conseguirlo por el ejercicio propio, pues lo que lograrás no será otra cosa que "apariencia o pose", y entonces te convertirás en algo insoportable.

¡Corramos, pues, con nuestra falta de amabilidad hasta Él que es amigable y bondadoso!

Cuanto más veamos *Su* benignidad, tanto más este fruto del Espíritu penetrará en el pámpano de nuestra vida. Ahora hay mucha benignidad en el mundo que perece.

El nuevo rico es amigable, mientras es tenido por un ricachón; el señor de la oficina, mientras todo se tiene en "orden"; el autosuficiente, mientras no se le señalan sus defectos; el "arribista", con la condición de que no te interpongas en su camino; el padre, cuando los hijos son "dulces"; el marido, si la esposa le hace la vida agradable.

Pero todas estas benignidades (amabilidades) son mudables, porque dependen de las circunstancias.

Pero la benignidad de los hijos de Dios, en su esencia, en su principio y núcleo central, jamás puede perecer o desaparecer, porque es fruto del Espíritu.

En ellos debe vencer una vez por todas, la amabilidad, aunque los obstáculos de carácter, temperamento y circunstancias sean muy grandes.

Tomemos un gentil dócil y un cristiano sincero: el primero, "al faltarle todo", también perderá la ocasión de humillarse; y el segundo, según la medida de la fe, aumentará en benignidad. No puede ser de otra manera, pues el sarmiento que no lleva fruto, el Padre lo echa fuera, y al que lleva fruto, lo purifica para que lleve más fruto.

¡Que ese fruto también siga operando en nuestra vida escolar! Un maestro cristiano es un hombre bondadoso, un rey que es bueno.

7. Bondad

"El fruto del Espíritu es... bondad".

Gá. 5:22

A primera vista, la palabra "bondad" se parece exactamente a la precedente: benignidad. Pero en griego se usa otra palabra muy distinta "agathosine". Probablemente esta palabra significa: *bondad*, la cual conduce a estas otras: liberalidad, ayuda en el sufrimiento.

Ya vimos que un chaval no puede ser benigno con respecto de su padre; la bonachonería también es posible frente a un superior.

La *bonachonería* hace referencia más bien a la índole. La benignidad es más bien algo de la realeza, y la bondad es más bien sacerdotal. La benignidad se inclina más; la bondad se sitúa a ras del suelo. El rey está sobre el pueblo, el sacerdote está en medio del pueblo.

La benignidad la sentimos como un *beneficio*, la bondad más como un lazo de simpatía recíproca, como un entenderse de dos almas.

Cuando el niño llega tarde porque camino de la escuela tuvo que "refugiarse" de la lluvia, el maestro le dice amigablemente: -"Pedro, ¡seguro que llegas tarde por causa de la lluvia!", la benignidad se pone muy de manifiesto. Pero si le dice preocupado: -"Muchacho, ¿no te mojas-te los pies?, entonces el maestro es como más bondadoso.

Aún hay realmente bondad entre la gente: ¡por suerte!; y parece ser un privilegio especial de gentes que no pueden actuar en primer plano, y que realmente no tienen frecuentes oportunidades de manifestarse benignos. Sobre todo cuando por experiencia saben del dolor y la desdicha, su sentido de la simpatía y compasión se ha desarrollado fuertemente.

Los caracteres fuertes casi siempre carecen de bondad. Reyes bondadosos frecuentemente fueron malos gobernantes; y maestros bondadosos suelen tener dificultades con el orden. -"Es un buen hombre", dicen entonces los muchachos, "pero no un buen maestro".

Si la benignidad lleva consigo ostentación, la bondad frecuentemente aumenta el dolor.

Si la benignidad trae perspectivas en las relaciones mutuas, la bondad esfuma o diluye las fronteras profundas.

Pero, ¡ay, si sólo la bondad impera en la vida, de manera que el derecho y la verdad desaparecen bajo ella! Quizá Elí fue un tipo de esta conducta o tendencia, y Guillermo V y Luis XVI.

Entonces la bondad se destruye a sí misma. Pues cuando se colma la medida, también desaparece la bondad. Así que el buen maestro se enfada y enfurece; Elí injuria a la pobre Ana; Guillermo V se hace intratable, y Luis XVI pierde la táctica.

La bondad que no perece y que es fruto del Espíritu, tiene una fuente más profunda que el carácter sensible, las simpatías democráticas y una naturaleza dócil.

Se halla enraizada en el hombre interior que ha sido hecho dócil bajo el toque de la mano bondadosa de Dios, y que siente el dolor como dolor, y que ama al prójimo como a sí mismo.

Esta bondad, operando en una conciencia muelle, no la adormece, y donde actúa con convencimiento democrático no desvanece las fronteras. Al liberal no lo hace ciego ante los embusteros; al pecador no le excusa *el pecado*. Esta bondad no está en pugna con un carácter de acero, un temperamento fogoso y con sentido de las distancias en la sociedad.

Sólo está en contradicción con la *dureza* de Caín, con la indiferencia de Esaú, con la falsedad de Judas, con el orgullo de Joab, con la autoacusación de Saúl, con la indolencia de Elí; en una palabra: con el pecado.

Esta bondad no lucha contra la *naturaleza* de nadie, sino contra el *pecado* de todos nosotros. Es el bálsamo o aceite que Dios derrama sobre la dura corteza de nuestra naturaleza, la cual está inclinada a *odiar* al prójimo, aunque de nosotros se diga que no podemos hacer daño a un mosquito, y aunque se nos llame "buena gente".

¡Tanta cosa buena puede desaparecer muy rápidamente! En las guerras lucharon "los mejores hombres" con odio enconado contra el enemigo.

Pero la bondad que es obra del Espíritu, jamás puede ser villana y vana en los hijos de Dios. Pues, "Él que branta lo que es duro" (cf. Cánones de Dordt, caps. III-

IV, art. XI). Moisés pudo ver toda la bondad de su Dios (cf. Ex. 33:19).

Quiera el Señor que nosotros –por la fe– nos fijemos mucho en toda Su bondad en Cristo. Algún día contemplaremos la fuente de toda bondad.

Esta esperanza puede, aquí y ahora, hacer despuntar la flor de la bondad, y esparcir buen olor en nuestra vida.

8. Fe

“El fruto del Espíritu es... fe”.

Gá. 5:22

Aquí la palabra “fe” significa “fidelidad” y también *confianza*. En el ritual matrimonial de las iglesias reformadas neerlandesas, esposo y esposa se prometen recíprocamente que se serán *fieles* y se tendrán *confianza* mutua en todas las cosas.

En este significado aparece la palabra griega en nuestro texto; y por tanto podemos leer: el fruto del Espíritu es fidelidad, confianza y fiabilidad; y en estrecha relación con esto, tenemos que quien es digno de confianza también confía y cree al prójimo.

“Se cree el ladrón que todos son de su condición”, dice el refrán; y esto ocurre muy frecuentemente. Es un fenómeno psicológico que juzguemos a los demás según nuestra propia vida. Quien no es honrado, difícilmente puede comprender que haya hombres honrados.

Además, la vieja forma del refrán que dice: “según sea el mesonero, así le proporciona Dios los clientes”, se ha evidenciado ser la verdadera.

Por consiguiente, fidelidad y confianza, ser digno de credibilidad y fe, están en íntima relación entre sí. La palabra griega “pistis” aquí utilizada, abarca coherentemente todo lo mencionado.

Ahora hay mucha fidelidad, y confianza, y credibilidad y fe en el mundo.

Quien capta algo de la miseria en que hemos venido a caer por el pecado, no *se extraña* del pecado, sino que con gozo observa la gracia de Dios que puntualmente se

manifiesta en el mundo, tanto en los "malos" como en los "buenos". Su conocimiento de la maldad le guarda de la confianza *ciega*, pero, a pesar de todo, el cristiano fiel y aferrado a la Biblia tiene confianza en sus semejantes.

Otra cosa es aquella mujerzuela que comentaba los pecados de sus vecinos, y sorprendida decía: -"¿Quién lo habría esperado de 'X'?!"; y que, no siendo ella misma de fiar, siempre terminaba su comentario con esta frase: -"¡No en balde leemos en la Biblia: ¡No confíes en nadie!"

La experiencia de infidelidad conduce frecuentemente a una permanente desconfianza a los espíritus marcadamente humanistas. Pero el fruto del Espíritu es mantenerse fieles, y por eso también confiar una y otra vez.

¿Qué sería del mundo y de la sociedad si no existiera esta confianza y fidelidad recíprocas? ¿Qué ocurriría si no pudiéramos creer la palabra de nadie ni pudiéramos contar con nadie? ¿Si no hubiera personas sólidas en el comercio y en la industria? El patrón debería controlar constantemente a sus obreros; el padre debería tener siempre a vista a sus hijos; el director del banco debería revisar diariamente todos los libros; todo agente de policía debería tener junto a sí un inspector, y cada inspector un inspector-jefe, y así hasta el infinito...

Asimismo, los contratos deberían ser puestos por escrito y además bien sellados... Pero una sociedad semejante no podría subsistir.

En la enseñanza, también parece como si toda confianza hubiera desaparecido entre los hombres. Los niños deben ser constantemente vigilados, pues de lo contrario no hacen nada. Un libro de pedagogía llega a decir: "El joven maestro debe aprender a estar de espaldas a la clase, y sin embargo verlo todo. Los niños deben estar convencidos de que nada escapa a la vista del maestro". ¡Magnífica preparación para después!

Además, los niños nunca deben trabajar juntos, pues como es natural se copian todo unos a otros. ¿Es esto natural? ¿En que acabará esto después?

Pero también el maestro debe ser expiado regularmente a través de la puerta de cristal; esto debe hacerlo el "director de escuela". Sin embargo, este mismo hombre

tampoco es digno de confianza, y de ahí que se hagan necesarios el calendario escolar, los inspectores, las órdenes ministeriales, las leyes escolares y los decretos reales, a fin de que todo marche por el recto camino.

Nada hay en contra; todo está a favor del *control*, la *ley* y el *orden*.

Pues donde se rompen todas las riendas o lazos, llega la anarquía. Porque el permanecer fieles y el confiar no puede subsistir sin aquel apoyo.

Pero *apoyar* fielmente no supone desconfianza; como tampoco se ha de exigir constantemente de los subordinados que *demonstraran* que son fiables.

Afortunadamente, en todos los colegios hay todavía mucha fidelidad entre el profesorado, así como mucha confianza por parte de los inspectores. La parodia arriba expuesta no va dirigida contra las personas, sino contra el *sistema* que en los últimos 50 años ha imperado y dominado nuestra enseñanza. Semejante sistema funciona normalmente en la práctica de personas concienzudas o escrupulosas, las cuales son calificadas de "ordenancistas", entre los militares.

¿Se puede llamar fruto del Espíritu toda esa fidelidad y confianza? —Pues, no. Porque también existe fidelidad a las malas compañías; fidelidad del ladrón; y fidelidad a los malos principios, v. g., la del revolucionario fiel.

¿Qué es, pues, lo especial de la fidelidad que es fruto del Espíritu? Esto: que viene de Dios, que es fiel y digno de ser creído; que es resplandor de Su virtud, de Su magnificencia y gloria. No es una "virtud" o cualidad de los hijos de Dios, algo que ellos también pueden dejar, sino una gloria de ellos; algo que indestructiblemente ha sido plantado en ellos. Antes el oro fino se convertirá en cobre, que el "hombre interior" en el cristiano se haga *indigno de confianza*.

Sí, un cristiano puede ser infiel, y ser conocido como digno de confianza; lo cual resulta un escarnio del Nombre del Dios fiel. En tal caso, el mundo no obtiene una imagen muy alta de esta virtud de Dios. Pero con el crecimiento en la gracia, esto le hará reconocerse culpable y llevará más fruto, pues no puede ser de otra manera.

El nombre del SEÑOR se halla comprometido en que

esta fidelidad, confianza y permanente reconocimiento de culpa se extienda sobre toda nuestra vida, –también en la vida escolar de los colegios cristianos.

Cuando *creemos* que este fruto también despuntará en nuestros hijos, debemos tener bien presente el proporcionarles la oportunidad de que manifiesten sinceridad; el suscitar y fortalecer en ellos la confianza, y sobre todo que glorifiquen esta virtud del SEÑOR, y le alaben por ello, y hablen de Su fidelidad. Cuanto más adoramos a Dios por Su fidelidad, y creemos en Su fidelidad, y creemos en Su palabra, tanto más crecerá todo esto en nosotros y en nuestros hijos.

Un hombre que ha de hacer “cuanto puede” para permanecer fiel a su promesa matrimonial, ya es infiel en lo profundo de su *corazón*.

Así pues, *como cristianos*, no podemos conformarnos con ese “hacer todo lo posible”, aunque esto también tenga valor social.

Pues esto no es lo auténtico. Quien es fiel, como fruto del Espíritu, no puede pecar.

¿Tenemos en cuenta lo que es auténtico en nuestros hijos? ¿aunque tropiecen aún en muchas cosas? ¿aunque aparenten estar hundidos, *no* lleven fruto y luego sean cortados como sarmientos muertos?

¿Tenemos en cuenta la promesa de Dios, que Él derramara Su Espíritu sobre nuestros hijos? Si no podemos contar con esto, la iglesia del SEÑOR en nuestro país habrá sucumbido; nuestros colegios se vuelven campos de misión bajo un pueblo que rechazó la Palabra de Dios. Pero, por de pronto, estamos convencidos de mejores cosas por parte de ellos (cf. Heb. 6:9).

9. Mansedumbre

“El fruto del Espíritu es... mansedumbre”.

Gá. 5:22

Esto no significa apacible, bonachón o dulce.

Moisés fue muy manso, más que todos los hombres (cf. Nm. 12:3). Pero ¿quién puede presentar a aquel gran

profeta, poderoso en palabras y obras, como un hombrecillo afeminado y dulce?

Contempla atentamente la figura de Moisés, tal y como Miguel Ángel la inmortalizó en mármol, y luego di lentamente: ¡el varón Moisés fue muy manso! Así intuirás algo del profundo significado de la palabra (o fruto) en cuestión.

En el libro del Dr. Los: *Het gevoel in de H. Schrift*, se encuentra muy bien descrito "el manso", según los diversos significados que esta palabra tiene en la Biblia.

Los pobres, miserables, pequeños y necesitados que carecen de ayudador, son identificados en las Sagradas Escrituras con *los mansos*.

Frecuentemente no tienen defensa o no quieren vengarse. Así Nabot no pudo defenderse ante los ancianos en Jezreel; así fue manso David (¡no débil!, pues, ¡bien que podía contra la presencia de la sangre!), cuando perdonó la vida a Saúl. "No os venguéis vosotros mismos, amados míos", se dice a los mansos (cf. Ro. 12:19).

El Todopoderoso es su vengador. Por eso hay tantas promesas para ellos en las Sagradas Escrituras. Los impíos persiguen u oprimen a los mansos.

Pero Dios vengará duramente la injusticia cometida contra los pobres y débiles.

Ejemplos de mansedumbre: El pobre, que, reprimido, sufre bajo la injusticia que le ha sido inferida por el rico.

El monarca, que, por amor a su patria, huye en evitación de la revolución.

La mujer, que esconde en su alma las palabras duras de su marido, y... calla.

El muchacho, que no quiere reconocer ante sus compañeros que su padre le pegó cuando ayer volvía a casa beodo.

El hombre, que puede hablar mal de su enemigo, y se reprime. Moisés, que es acusado por su hermana María por causa de la mujer etíope, y guarda silencio.

Nabot, que es acusado de revolución porque no cumple el deseo del rey, y se aferra al derecho de propiedad que, incluso, ningún rey puede pisotear, y que sólo puede invocar la Palabra de Dios.

Los mártires, que, según las leyes humanas, eran dignos de castigo oficialmente, y no podían apelar a ningún ar-

título en su defensa. En todos estos casos se puede apreciar la masedumbre.

La diferencia entre la masedumbre del mundo y aquella que es fruto del Espíritu, podemos designarla como contorno y centro. La masedumbre como contorno o periférica depende de las circunstancias y de los factores biológicos.

Maximiliano, prisionero en Brujas, habló bellas palabras y dio promesas bonitas, pero, al quedar libre, quebrantó sus promesas y castigó a la ciudad con mano dura.

La mujer dulce, que no puede discutir, una vez enfurecida se arroja a sí misma en lo neurótico.

Mas, cuando el hombre interior es renovado y el fruto del Espíritu, que se llama masedumbre, se asienta, entonces esta virtud permanece intocable en su principio, aunque después busque el derecho cerca del juez o cerca de Dios. Cuando después de la humillación llega el *poder*, permanece no obstante la masedumbre. Cuando el SEÑOR pone a Saúl en manos de David, éste permanece siendo manso. Y el manso Pablo de Tarso, incluso se goza en la cárcel y en las pruebas por causa de Cristo.

Esta masedumbre no da sensación o idea de injusticia que permanece intacta, ni desdeña el sentimiento de justicia; pues Dios hará justicia según derecho.

Sin embargo, ora por los enemigos y por aquellos que hacen violencia.

Esta masedumbre fue la gloria del Mesías sufriente: "Aprended de Mí, que soy manso" (cf. Mt. 11:29).

Suceden muchas cosas en nuestras torcidas relaciones sociales que nos proporcionan la ocasión de que esta virtud (: gloria) crezca en nosotros.

¿Enseñamos a nuestros hijos a que junto al mantenimiento del derecho también vean lo glorioso de la masedumbre? ¿Sobre todo a ejemplo de nuestro Salvador?

No debemos hacer de ellos unos viles aduladores, pero sí enseñarles también a soportar la injusticia con la cabeza muy alta. Para ello, debemos enseñarles las ordenanzas del derecho: dónde pedir justicia, y dónde debemos humillarnos.

Y esto último sin suspiros ni quejas, sino como el sarmiento que no puede hacer otra cosa que dar fruto.

El pueblo de Dios, en su ser más profundo, es manso. No puede ser de otra forma. Pero, aún debe aprender "a morir al hombre viejo y revestirse del nuevo" (cf. Ef. 4:22 y ss.).

Aprendamos de la Palabra de Dios, que nos habla de la mucha injusticia que hay en este mundo, y de la mucha mansedumbre de los píos, los cuales lo pusieron todo en manos de Dios que juzga *rectamente*.

10. Templanza

"El fruto del Espíritu es... templanza".

Gá. 5:22

En el primer artículo de esta serie acerca de "obras" –"frutos" indicaba que somos responsables de las obras de la carne, aunque es verdad que el pecado es un plano inclinado que puede arrastrar en pos de sí un pecado tras otro, y que nosotros, como mala semilla de árboles malos por naturaleza, no podemos hacer otra cosa que llevar frutos malos. Aunque somos arrastrados por nuestras pasiones y *hacemos* el pecado que según el hombre interior no queremos hacer, sin embargo nos sabemos responsables del mismo.

También vimos que el mundo se quita de encima esa responsabilidad, diciendo: –"No puedo evitarlo; soy así". Éste es un punto de vista peligroso. ¿Dónde encontrará el hombre el punto de apoyo para oponerse cuando lleguen los malos deseos?

Sin embargo, en el mundo hay aun muchas cosas que retienen al hombre en el plano inclinado.

Ahí está, en primer lugar, el ansia de ser como uno se imagina al hombre ideal. Pero una vez que se aparta de su ideal, comienza a hablar la conciencia. Así, entre las gentes de postín no se admite lo incivil. No está bien visto el comer demasiado, y por eso se refrena la pasión de orgías.

El "ferroviario" piensa en el ideal de su entidad,

formulado en el refrán: "Tan sereno como un deportista", y vence la eventual pasión por las bebidas alcohólicas.

¡Qué gran muro de contención contra el adulterio y la prostitución es la honorabilidad!

Mientras nuestra sociedad reaccione en conciencia a los fundamentos cristianos de nuestra convivencia, así se encontrará templanza, dominio propio y modestia, también fuera del cristianismo positivo.

Los mismos paganos que se habían propuesto un ideal moral, reaccionaron a los principios cristianos con la moderación y el dominio de sí mismos.

Actualmente hay en Europa una corriente que considera esta templanza como procedente del Maligno. Y llega a decir: "Uno no debe contenerse; eso conduce a neurosis. Es mejor que uno dé rienda suelta a sus deseos y se explaye". Sin embargo, esta corriente conduce a un pozo de miseria más grave que el de los paganos "civilizados".

Esto no obstante, en ese hundimiento yace el reconocimiento de una seria verdad. Es el grito de la conciencia: "No podemos satisfacer las exigencias severas y morales del Cristianismo; la tensión es demasiado grande, las *obras* del "espíritu" no pueden vencer continuamente las obras de la carne. Los ideales de humanismo, decoro y civilización no están en condición de quebrantar eficazmente la influencia de la herencia. Tras la tensión de la alta ética de Kant ("Du sollst"), tiene que llegar constantemente el pesimismo de Schopenhauer: "No puedo", y el brutal: "No quiero", de Nietzsche.

Entonces, cuando la degeneración se hace más grande y por ella el mundo se hunde en la miseria, resurge, -por la gracia de Dios- un nuevo ideal de moralidad, pues sin una ley moral y sin templanza el mundo perecería.

Pero el poder del pecado también se manifiesta más grande que la templanza del mundo.

Sólo podrá vencer la templanza que como fruto del Espíritu crece en la vida de los cristianos.

Los hijos de Dios han comenzado a *reconocer la culpa* y la responsabilidad. No sucumben bajo ellas porque pueden acudir a Cristo, el cual les quita este terrible lastre. Pero cada día vuelven a orar: -Perdónanos nuestras deudas;

y así el SEÑOR, cada día, les descarga de ese lastre de culpa, y les da *paz y gozo*.

La pesada tensión psíquica que permanece y hace enfermar de nervios en el mundo, desaparece aquí. Y esto siempre hace fuerte al cristiano mediante la paz.

Además, por la fe tiene la convicción de que vencerá, porque Cristo venció, y esto hace doblemente fuerte mediante el gozo.

Luego tenemos aquel gran poder, siempre vencedor, del amor a Cristo, que alienta el odio contra el pecado, y del amor hacia el prójimo que hace temer ofender al prójimo.

Freud, por ejemplo, excusa el adulterio por el peligro de neurosis al reprimir la pasión. El cristiano, también piensa en el derecho del esposo que sería violado.

Todo esto hace fuerte al creyente para reprimir sus deseos y pasiones por el pecado.

El Espíritu Santo que obra en Su hombre interior, se convierte en una central de poder contra el pecado.

Luego, si el cristiano, a pesar de todo, cae y se deja llevar irreflexivamente, entonces entra en juego la responsabilidad, la tensión de la CULPA, que de otra forma no llega a tener, y acude la angustia y la duda de si realmente vencerá; y por fin desaparecen la paz y el gozo...

Quien vive siempre en tensión e inquietud, no lo percibe así, sino que para el Cristiano es una angustia que le ahoga, y su gozo se cambia en congoja (cf. Sal. 32:4b); y clama al cielo, y su corazón grita a Dios porque sin Él no puede vivir. Luego lee del amor de Dios, de la cruz de Jesús por el pecado, y por la fe ve a Jesús que le mira en amor; y ese amor, por medio del Espíritu Santo, le devuelve la paz perdida.

¡Eso fue una lección! Lección que él recordará, y le hará *temer* que se repita.

Por desgracia, hay pecados de destemplanza que no son confesados, y por eso no llega la paz, y permanece la inquietud, y se agranda el peligro de que esa tensión o depresión conduzca a desesperación y sorda indiferencia. Entonces, también se oye a miembros de la iglesia de Cristo que afirman: -¡“Soy así, no lo puedo remediar...!” Entonces desaparece la paz, y el gozo, y el amor, e inmediatamente también el poder.

Pues la *paz* da poder. Y el *gozo* da fuerza. Y el *amor* es más fuerte que la muerte.

Así entendemos, cómo la *templanza*, como fruto del Espíritu, debe obrar irresistiblemente contra el pecado.

El cristiano puede caer en destemplanza; pero volverá a levantarse y luchará. No puede ser de otra forma. Pues otros frutos: amor, gozo, paz, clemencia, bondad, fidelidad y mansedumbre, se oponen contra el pecado del cristiano, y desaparecerían totalmente si faltase la templanza, si las pasiones desplegasen todas sus fuerzas, y el "sarmiento" sería cortado. David tuvo buena experiencia de esto cuando llegó a suplicar: -"NO quites de mí tu santo Espíritu" (cf. Salmo 51).

Tampoco la templanza, el dominio propio y la modestia son un producto humanístico de la autoformación, sino como un fruto que, de suyo, madura del *espíritu* que lucha contra la carne. No del "espíritu" que lucha contra la "carne". Y quien echa en falta estas realidades, no tiene que poner en tensión su "espíritu", sino pedir el *Espíritu*, como David.

Para él es la promesa que leemos en Lucas 11:13. Pues, si un mal padre no da a su hijo piedras por pan..., ciertamente el SEÑOR dará el Espíritu Santo a *aquellos que se lo pidan*; y con ese Espíritu, también les dará la templanza o modestia.

11. El fruto del Espíritu

"El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, mansedumbre, templanza".

Gá. 5:22

En el artículo anterior ya indicamos la relación inseparable de todas estas cosas. No es posible que un cristiano tuviese paz, pero no gozo; o bondad, pero no fidelidad; o no tener dominio propio, pero sí gozo; o no tener amor, pero sí paciencia.

Una virtud (en sentido *bíblico*) puede resplandecer más hacia afuera sobre toda la vida; otra puede permanecer más escondida; la una puede florecer, mientras la otra

aún está encerrada en su capullo; pero ninguna de ellas puede faltar; pues en todas estas virtudes existe una unidad inquebrantable.

Por esta razón, el apóstol Pablo no escribía de *frutos*, sino en singular: *el fruto*.

Esto nos puede dar un consuelo muy grande, pues cada persona tiene su propia lucha.

Quien en todo ve faltas, tiene problemas con el amor, el cual no quiere resplandecer en su vida cotidiana.

Quien es melancólico o atrabiliario, difícilmente puede llegar a tener el gozo que arroja resplandor sobre su vida diaria.

El pobre diablo y "arribista", obstaculiza la paz que quiere calmar el oleaje del mar de su vida.

El impetuoso, no repara en ser clemente en las pequeñas de la vida práctica.

El reservado, frecuentemente espanta de su alrededor la amabilidad.

El poderoso, tiene que humillarse muy profundamente para ser complaciente. El desconfiado, que frecuentemente fue engañado, encuentra muy pesada la fidelidad.

El honrado, fuerte y buscador de justicia, menosprecia muy ligeramente la tolerancia paciente.

La naturaleza impulsiva que no sabe reprimirse, que desprecia la afectación, que vive a impulsos del momento, que no vive metida en un corsé, sino "como es",..., tiene que lamentar muchas caídas por falta de dominio propio.

Y en todos, se produce la lucha contra el pecado. Por lo cual la Palabra de Dios promete: -Vosotros tenéis lo que buscáis con íntimo deseo del alma.

Deseáis, según el hombre interior, vivir seriamente de acuerdo con todos los mandamientos de Dios. Pues bien, ya tenéis el fruto del Espíritu. Y ese fruto es indestructible, y florecerá y dará frutos. No uno, sino todos. También ese fruto, por cuya falta en la práctica de la vida, clamáis ahora a Dios.

Un día, también serán enjugadas esas lágrimas, -sí, ¡sobre todo ésas!; y el *fruto* del Espíritu operará entonces en vosotros en todas direcciones, y hará florecer en vosotros todas estas virtudes; ninguna será echada en falta ni obscurecida. Esta gloria, pues, seguirá operando hasta

en las cosas más pequeñas de esta nueva vida en la nueva tierra.

Ahora, esto no es más que un comienzo pequeño comparado con lo por venir.

Ya vimos cómo los débiles destellos de esta gloria (virtud en sentido *bíblico*) aún esparcen mucho bien en el mundo, y cuán gran poder puede brotar de ellos en el pueblo de Dios. ¡Qué hermoso será cuando estas virtudes de Dios resplandezcan en nosotros como portadores de Su imagen! Esta es la vestidura nupcial que Cristo obtuvo para nosotros. Pero no la obtendremos mediante el desarrollo propio ni “por mucho que nos esforcemos para ser así”, sino *por gracia*, gratuitamente. Quienes “están bajo la ley” pueden *trabajar* para imitar, pero muy lejos, algunas de estas virtudes; mas después se derrumban bajo la maldición de la ley (cf. Gá. 2:16).

Quienes han sido hechos propiedad de otro (Ro. 7:4), reciben toda esta gloria como *un fruto, de balde*, gratuitamente, en el camino de la *vida*. ¡Contra tales personas no hay ley! (cf. Gá. 5:23).

12. El amor, cumplimiento de la ley

“Si yo..., y no tengo amor,... de nada me sirve”.

I Co. 13:1-3

El amor es el cumplimiento de la ley.

Quien tiene plenamente este amor, ha cumplido la ley. ¿Quién de nosotros puede ostentar esa pretensión?

Y, sin embargo, el apóstol Pablo presenta el *poseer* este amor como una primera exigencia de la vida cristiana; de manera que alguien, aunque trasladase montañas por la fe, si no posee el amor, no es *nada*.

Nosotros —no para obtener nuestra salvación, sino para alabanza del Señor— debemos atenernos a este magnífico camino de la vida cristiana; al tiempo que podemos preguntarnos: —¿Tengo amor?

Especialmente en un colegio que lleva el Nombre de Cristo, debe preguntarse a todos los que se entregan a la enseñanza: —¿Tengo yo amor?

—Sí, todos tenemos amor. Todos, porque somos hombres. Amor a nuestros padres y familia, a esposa e hijos, a nuestro pueblo, también a nuestros discípulos.

Muchos de nosotros, incluso, poseen un tesoro de amor por los niños. Y quien carece de la bendición de los hijos *proprios* con mayor razón puede demostrar amor a sus colegiales.

En nuestro círculo de maestros hay un gran tesoro de amor paternal y maternal encubierto por nuestros escolares. Y para más de algún pobre crío que carece excesivamente de este amor en su hogar, el colegio es un lugar hermoso donde encuentra un poco de recompensa a tan horrible falta.

Sí, toda persona tiene amor; incluso un anciano puede tener amor a su gato; una forma encubierta de amor.

En el colegio también puede haber un amor peligroso del maestro por la hermosa jovencita, y de la maestra por el guapo jovencito. Las consecuencias de esto se revelan una y otra vez, incluso en los colegios llamados cristianos.

Sí, todos tenemos amor: amor natural, que dentro del marco de la ley de Dios es de gran valor. Pero, esto no obstante,... ¿se refiere el apóstol Pablo a este amor?

El amor natural no siempre es cumplimiento de la ley. Frecuentemente traspasa los límites de la ley.

¿Qué quiere decir el Apóstol con “tener amor”? No ciertamente el poseer un amor *perfecto*.

Por consiguiente, debe ser un inicio, un principio de amor. ¿Cuál es este principio? Un principio del cumplimiento de la ley. Un amor también para con los enemigos.

Un amor que, si es necesario, se opone contra “carne y sangre”.

En consecuencia, no es zalamería, ni sentimiento, ni amor de padre o madre, ni “querer”, sino el amar con lo profundo del corazón, del cual proceden los caminos de la vida. De este amor nos habla I Corintios capítulo 13. El cual es paciente: Tiene paciencia con... niños latosos.

Y misericordioso: Hace bien a todos... los niños, no sólo a un par de predilectos.

No es celoso: Si, por ejemplo, un niño... ¡prefiere ir con otro maestro o maestra!

Este amor no se engríe: ¿Acaso no soy yo un... maestro cariñoso?

No actúa de modo improcedente: Obra prudentemente con... niños nerviosos, y tiene tacto.

No se busca a sí mismo: Sabe sacrificarse ante un... niño travieso.

No se irrita: lleva al... chaval inaguantable con mano firme y, a la vez, *pacientemente*; también sabe perdonar.

No piensa mal: Como aquel... maestro que no hacía otra cosa que observar si sus alumnos le engañaban.

No se alegra en la injusticia de los muchachos del "otro colegio", sino que se alegra y goza en la verdad, aunque esta verdad cause dolor.

Encubre todas las cosas que deben ser encubiertas, cree todas las cosas que pueden ser creídas de... los niños; espera todas las cosas del poder de la Palabra de Dios, y la fidelidad del SEÑOR en Su Pacto. Soporta todas las cosas, porque puede esperar, y creer, y encubrir.

Quien haya leído bien, habrá notado aquí, muchas veces, la antítesis entre lo que entre nosotros quiere circular por amor y es puramente amor natural, y la ley del amor.

En este capítulo no se trata de zalamerías, ni incluso de "amar a".

Y cuanto más lo meditamos, nos resulta que no es fácil el cumplir los requisitos de ese amor bíblico.

Por naturaleza, estamos inclinados a pecar contra todas estas reglas de amor, incluso bajo la máscara de amor (natural).

Sin embargo, nuestra vida escolar cristiana sólo florecerá plenamente cuando nosotros –cada uno por sí y todos juntos– progreseemos en *el amor* que, en principio, nada tiene que ver con sentimiento, sino que es el móvil más íntimo de todo nuestro pensar sobre nuestros... niños; de todo nuestro querer, y tratar, y sentir.

Si este *centro* –nuestro profundo corazón– está lleno con el amor de Cristo, ese amor también puede manifestarse en nuestra vida hacia fuera y –a su debido tiempo y forma– en nuestra vida sentimental. (El idioma griego usa para estas dos formas de amor dos palabras diferentes).

Sin embargo, ese proceso de santificación *comienza* en lo profundo; y ese *comienzo* es el "tener amor" que el apóstol Pablo entiende; y ese amor es la respuesta agradecida al amor con que Cristo nos amó *primero*.

CAPÍTULO VII

LOS HIJOS DE LOS JUSTOS

NOSOTROS NO hemos determinado el lugar y la hora de nuestro nacimiento. Esto pertenece al gobierno de *Dios*.

¿Por qué me hizo a mí nacer aquí y a usted allí, y en aquella época y en aquel hogar? El SEÑOR es soberano en Su obrar. Realmente muy soberano, queramos reconocerlo, o no.

Hay cristianos que sólo mediante raciocinios “teológicos” muy complicados se sugieren a sí mismos que Dios no hace diferencias. Al tiempo que ya en el *nacimiento* notan esa diferencia *real* y muy grande.

La promesa de Dios era para Abraham y su *simiente*. Los hijos de Dios nacidos de Abraham, y por tanto en el Pacto —y “aceptados” por Dios como la *verdadera* simiente de Abraham— alabarán eternamente al SEÑOR por esa libre complacencia en Abraham y su simiente,... y, por tanto, en la *libre complacencia de Dios* sobre todo Su pueblo en Su elección.

Contra todo derecho, la moderna doctrina de la igualdad afirma que Dios no puede hacer distinción.

“Oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? (Ro. 9:20).”

¿No ha soportado Dios con mucha paciencia a los que son objeto de ira? (cf. id. v. 22).

El hombre celosamente humanista echaría por tierra a quienes así dañasen su honor, si tuviese que soportar tanto como hace Dios.

Y sobre los que son objeto de compasión, Dios ha mostrado la riqueza de Su gloria en Su *amor*.

Y el amor elige su objeto desde una libre complacencia. Así ocurre también entre los hombres.

También entre los humanistas que se rebelan contra Dios, porque es Su amor el que escoge.

¿Quién apartará al pueblo de Dios de ese amor que Cristo tiene a Su pueblo? Aunque sean llevados como corderos al matadero, son más que vencedores (cf. Ro. 8:35-37) por ese amor electivo de Dios.

1. "Hijos santos"

"Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos".

I Co. 7:14

En Hechos 9:32 se dice que Pedro "vino a los santos que habitaban en Lida". Según el contexto, aquí se da a entender la congregación que había en Lida.

Así también en Ro. 15:25-26 se habla de los *santos* que hay en Jerusalén, es decir, la congregación de Cristo en Jerusalén. Y cuando Pablo habla de la colecta para la pobre congregación en Jerusalén, dice que este servicio "llena la falta de los santos" (pobres).

Y en I Ti. 5:10, se dice que una "viuda" sólo puede ser escogida para servir, si ésta, entre otros, ha lavado los pies de los *santos*.

También en los epígrafes de las cartas apostólicas se acostumbra a tratar como *santos* a los miembros de la congregación.

Así también, incluso, los hijos habidos de un matrimonio entre padre *pagano* y madre *cristiana*, son llamados *santos*.

Y frente a ese ser *santos*, hallamos en este texto es-

tas palabras: "pues de otra manera vuestros hijos serían *inmundos*", es decir, *paganos*.

¿Acaso eran inmundos los hijos de los gentiles? La palabra griega "inmundo" aquí es la misma que en Hechos 10:14, donde Pedro se refería a la inmundicia levítica. Esta visión se refería a los *paganos*, los cuales eran evitados por los judíos como levíticamente inmundos.

Todo lo que no pertenecía a Israel era, en efecto, levíticamente inmundo bajo el Antiguo Testamento. Y esta distinción es trasladada ahora a la iglesia del Nuevo Testamento: Todo lo que no pertenece a la iglesia, es "inmundo" (impuro).

Algunos exégetas, pues, al comentar este texto hablan acerca del estar o no estar dentro del "pacto exterior" (cf. Ro. 2:28).

Los miembros de la iglesia con sus hijos —también aquéllos habidos en matrimonios de religión mixta—, son, consecuentemente y sin distinción, llamados santos.

Nosotros nos hemos apartado totalmente de este lenguaje bíblico.

Un pastor que contase que había predicado entre *los santos que hay*, por ejemplo, en *Amsterdam, Madrid*, etc., o que anunciase la colecta para los pobres como colecta *para las necesidades de los santos*, no sería comprendido.

Y si en el testimonio escrito de una diaconisa se mencionase que ella había cuidado de los *santos*, seguramente lo veríamos un tanto extraño. Y asimismo causaría extrañeza si un consistorio leyera en el encabezamiento de una carta en lugar de: Distinguidos y apreciados hermanos, esto otro: Hermanos *Santos*. Es, pues, seguro que lo tomarían a mal, y pensarían que se estaban burlando de su venerable colegio de ancianos.

Pero lo que más chocaría a nuestros oídos sería si nuestro lenguaje ordinario se sirviera de la expresión "*hijos santos*". ¡Muchachos y muchachas *santas*! Inmediatamente nos veríamos inclinados a decir: ¡No; por favor, no! ¡Nada de santos!

En esta forma de llamar a los niños, veríamos calificada *nuestra* expresión de la palabra "santo" como algo romano-católico.

Frente al pensamiento romano-católico de la Edad Me-

dia: -un hombre santo u hombre *devoto* que sirve al SEÑOR con oración, ayunos, limosnas, y cosas parecidas, y cuya santidad se puede leer en su rostro devoto y en su piadosa actitud-, no se ha presentado un *lenguaje* re-formado y escriturístico.

La Reforma, en el lenguaje corriente, ha conservado la misma palabra para indicar la santificación, la santidad del corazón y la vida, y la santidad *subjetiva*. Pero para la antítesis: iglesia-incrédulos, se ha perdido la palabra "santo".

El sentido *práctico y sobrio* de que el pertenecer al pacto de gracia, y en relación con esto el recibir el santo bautismo, nos presenta objetivamente *santos* frente a lo que vive fuera de ese pacto, se ha perdido.

Nosotros sabemos muy bien que los *creyentes* en Cristo han sido santificados; que *santos* son aquéllos que participan de la santificación; que quien "se ha convertido", también debe vivir santamente ahora, pero *que toda la iglesia y todos los hijos bautizados son santos*, esto, repito, queda casi siempre muy lejos de nuestro campo de vista.

Esto es muy lamentable. Especialmente para quienes tratan con niños.

¿Quién busca *devota santidad* en niños? ¿o un rostro "piadoso"? ¿o una actitud digna, o una oración constante, o limosnas, o ayunos?

¿Quién busca una santidad *claramente subjetiva* en sus hijos?, ¿o un estar *cierto* en la fe, o un estar profundamente iniciado en la gracia, o un profundo conocimiento de pecado, o una comunión consciente con Cristo?

No niego que pueden estar presentes rastros de todo esto. Yo estoy cierto que están ahí. Pero, ¿de qué *nos* sirven? Esa santidad subjetiva se esconde; y eso también es bueno; no tenemos más que leer Mateo 6:1-19. Ojalá que nuestra santidad subjetiva se escondiese exquisitamente en nuestro comportamiento, de forma que el mundo no pudiera ver más caras falsamente devotas, entonces podría experimentar mucho más puramente *el poder* de nuestra santidad.

Los niños bautizados *son santos. Todos.*

Este es el lenguaje o forma de hablar de las Sagradas Escrituras.

Esto *no* quiere decir si son “elegidos”; ni si son “renacidos”; por norma, nada de esto hace con nadie la Sagrada Escritura; pues, *en la práctica, siempre parte desde lo dado*, tal y como aquí *se nos presenta*. Precisamente nosotros hemos pasado muy por alto eso que se nos da.

Santos son –es decir, dedicados o apartados para Dios–, y, por tanto, les corresponde que amarán, y temerán, y servirán al SEÑOR. Y si *no* lo hacen, son *quebrantadores del pacto*, cerdos lavados que retornan nuevamente al fango, como se indica en II P. 2:22.

No es nuestro trabajo el juzgar si un niño es “renacido” o no, si “allí ha ocurrido algo” o no. Pero *ciertamente ha ocurrido algo con ellos*. Han nacido dentro del pacto, y han sido bautizados en el Nombre del Dios, Uno y Trino. Así pues, también es tarea nuestra el “enseñarles más ampliamente” en el crecimiento de *esa relación hacia Dios*.

¿Qué significa, por tanto, esa relación con Dios? Bien; es el *punto de partida real* desde el que un día llegarán a la gloria eterna; o, como quebrantadores del pacto, irán al lugar del que nuestro misericordioso Salvador tantas cosas terribles hubo de decir.

Tomemos, pues, muy *en serio ese punto de partida*, y dejemos de lado el discutir acerca del “si han renacido o no”, o si son “elegidos” o no. Pero tengamos en cuenta que nuestros hijos son *santos*.

2. “Los hijos del Reino”

“Para vosotros y para vuestros hijos...”.

Ex. 12:24

Muchas veces –y cómo podría ser de otra forma en el “siglo del niño”– se ha hecho la observación de que la Biblia habla muy poco acerca de los niños. Sin embargo, con el mismo derecho se podrá decir en el “siglo de la juventud más madura”, que la Biblia no habla acerca del período de pubertad, y posiblemente aquellos que viven o pasan por el “siglo del anciano”, expresarán el mismo reproche respecto de la vejez.

Quien en nuestros tiempos habla de niños o gente joven, debe ponerse al corriente en paidología, etc. Y en nuestro tiempo se han considerado necesarios ancianos que se dediquen a la juventud, etc., por causa de la gran diferencia psicológica entre niños, jóvenes y adultos.

Pero ¿cómo es que las Sagradas Escrituras —que contienen enseñanza para todos los tiempos y edades— nos ilustren tan poco en este terreno?

Esto ocurre porque nosotros consideramos *psicológicamente* a los individuos en sí mismos, y las Sagradas Escrituras siempre ven a los hombres en la línea de las generaciones, es decir, *históricamente*.

Nuestro punto de vista *psicológico* nos da, especialmente para la educación, más de un descubrimiento sorprendente, pero únicamente puede hacer ver una pequeña parte del objeto; no es más que una visión lateral o parcial.

La visión moderna pone en primer plano al hombre como individuo aislado; mas la experiencia indica constantemente esa estrechísima *relación* existente entre los hombres, que llamamos parentesco.

Las Sagradas Escrituras, por regla general, ven al hombre *en la línea histórica* como hijo de sus padres, y finalmente como hijo de Adán en línea recta.

En mi opinión, nuestra visión o consideración del niño debe partir de este amplio punto de vista. La consideración psicológica: *cómo* es un niño, qué es lo propio *del niño*, etc., siempre debe estar supeditada o sometida al hecho general y predominante de que el *niño* es la prolongación histórica y personal de la generación precedente.

El que la Biblia no le dedique mucha atención al niño en sí mismo, es algo muy natural.

¿Qué novela que trate el problema familiar le concede hoy un lugar especial al niño? Quien quiere describir la vida de una familia, coloca, como la cosa más normal, a los niños un poco en la sombra. Donde los niños aparecen en primer plano, todo el mundo percibe que allí algo no marcha bien.

Nuestro interés *psicológico* por el niño, pues, encuentra poca materia en la Biblia; y en este aspecto, tienen razón quienes dicen que en vano buscaron en la Biblia lecturas acerca de los niños. A pesar de esto, jamás se

puede decir que la Biblia no habla acerca de los niños, o que se despreocupa de ellos.

Según un primer cálculo, la palabra "niño" aparece unas 1.350 veces en la Biblia —consúltese cualquier concordancia bíblica. Y la palabra "simiente" la encontramos unas 200 veces. "Hijos", casi 2.600 veces; e "hijas", unas 500 veces más o menos.

Pero, casi sin excepción, todas estas palabras señalan o indican *la relación histórica a la descendencia* o generación.

Nuestra literatura conoce o considera a los "niños", casi exclusivamente, como individuos con determinadas propiedades; también como la esperanza del futuro; pero nos parecería extraño si a una parte de nuestro propio pueblo la llamásemos según la región o lugar en que ha nacido, por ejemplo, "hijos de los frisios" (cf. hijos de filisteos), o una determinada familia: "hijos de Juan" (cf. hijos de Aarón).

Entre nosotros, la relación de generación ha quedado en segundo plano. Más o menos tomamos el aspecto de gentes que han llegado al mundo por propia iniciativa, y para ello hemos escogido la casa de nuestros padres.

Ya no nos damos apenas cuenta que dependemos *total* y *absolutamente* de nuestros predecesores. No sólo en lo que *somos*, sino también en nuestra *educación*, y asimismo en nuestras *obligaciones*.

Las Sagradas Escrituras no saben de la posición *autónoma e independiente* del hombre. Lo que un niño será, ya *está* determinado, por regla general y a grandes líneas, por su nacimiento en esa relación genealógica.

De ahí que las Sagradas Escrituras en el pacto hecho con Noé (Gn. 9:9) y con Abraham (Gn. 17:7) también pudieran incluir la "simiente". El SEÑOR Dios no necesita sellar Su pacto con cada hombre en particular; todos ellos *están allí incluidos* con sus padres.

De ahí que las Sagradas Escrituras pongan tan fuerte acento en el estar incluidos en el pacto con Abraham. A esto jamás se lo llama: "pacto exterior", pues sería una forma sin esencia o consistencia, o una "circunstancia que nada aprovechará para la eternidad". Cuando el apóstol Pablo escribe acerca de los *judíos incrédulos*, no dice: que ser judío no signifique nada, y que sólo afecte al sen-

timiento; sino que cita sus privilegios por encima de los paganos: "Que son israelitas, de los cuales es la adopción, la gloria, el pacto, el culto y las promesas, cuyos son los padres, y de los cuales es Cristo" (Ro. 9:4). Pero también los judíos, que se engríen en la descendencia según la carne, son amonestados con que no son verdaderos hijos espirituales de Abraham, y Jesús añade: "Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais" (Jn. 8:39); a pesar de esto les continúa llamando: *Hijos del Reino*, que serán arrojados a las tinieblas exteriores (Mt. 8:12).

Tomemos nosotros también en el colegio esa concepción bíblica como punto de partida, es decir, que nuestros niños son *hijos del Reino*. Por esto tenemos que contarles las grandes obras de Dios en la historia –también en la historia de nuestros padres neerlandeses, españoles, peruanos, etc. Y que jamás, como padres cristianos, nos alcance el reproche que el SEÑOR hubo de hacer a Israel: Vosotros habéis sacrificado vuestros hijos y vuestras hijas, los cuales los habíais recibido para Mí... Vosotros habéis entregado a los ídolos a mis hijos... (cf. Ez. 16:20 y 21).

3. Los invitados

"Y envió sus siervos para que llamasen a los convidados a las bodas".

Mt. 22:3

Nuestros antepasados reformados eran muy amplios en su juicio sobre los niños que morían en su temprana edad.

En el artículo 5 contra los remonstrantes o arminianos, capítulo 1, art. 17, leemos: "Puesto que debemos juzgar de la voluntad de Dios por medio de Su Palabra, la cual atestigua *que los hijos de los creyentes son santos* no por naturaleza, sino en virtud del pacto de gracia en el que están comprendidos con sus padres, por esta razón los padres piadosos *no deben dudar de la elección y salvación de los hijos* a quienes Dios quita de esta vida en su

niñez" (Gn. 17:7; Hch. 2:39; I Co. 7:14) (cf. Cánones de Dort, cap. I, XVII, ed. FELIRE, 1971).

Por lo general, sobre este punto no hay diferencia entre nosotros.

Sin embargo, las diferencias aumentan a este respecto cuando nuestros niños se van haciendo más mayores. ¿Qué pensar entonces?

¿Seguiremos *sin dudar* de su elección y salvación, a no ser que se manifieste claramente su desviación?

¿O más bien dudaremos de esto muy firmemente, y supondremos que ellos aún están "muertos en pecados y delitos", y que algo especial debe ocurrir con ellos antes de que podamos considerarles como creyentes?

Ahora bien, a mí me parece que para nuestra enseñanza no puede ser de un significado decisivo el cómo juzguemos nosotros acerca de la salvación o no-salvación de un niño determinado. Este juicio siempre será erróneo. Aquellos que juzgan según el *comportamiento de vida*, se equivocan en personas como Manasés, los publicanos y prostitutas, quienes, a pesar de todo, encontraron a Jesús; y no menos se equivocan en personas tan valientes como los fariseos y escribas, en quienes externamente nada anormal se podía notar. Y aquellos que comienzan a desconfiar y a condenar, serán sorprendidos constantemente por los silenciosos "Abdías" y por todos aquellos pacíficos y silenciosos piadosos como los 7.000 que no doblaron su rodilla ante Baal, aunque Elías no les conocía, y también personas como Demas (Filemón v. 24) y Judas.

Nuestro *punto de partida* no se basa en el estado subjetivo del corazón de nuestros niños, sino en *el hecho* de que Dios les *llama* como hijos Suyos a la obediencia a Su Palabra y a la fe en Cristo.

Sea, pues, para todos nosotros el punto de partida la relación exterior (¡pero muy importante!) *del pacto entre Dios y nuestros hijos* (niños). Y la *esperanza* y el *apelar* a la fidelidad del pacto, debe tener en nosotros tanta fuerza que la *duda* sólo podrá brotar cuando se den *hechos* en nuestros hijos que puedan indicar la *ruptura del pacto* por parte de ellos. El ejemplo de Mónica (madre de san Agustín, N. del T.) y de tantos padres piadosos, y el interrogante sonrojante, la sonrojante fidelidad al pacto por

parte de Dios –tantas veces experimentada frente a *nuestra* infidelidad personal– pueden darnos *esperanza* y *ser razón para perseverar* en la oración, y para luchar contra la duda.

Y cuando todos los hechos fuercen a la *duda* de si el Pacto de Dios realmente redundará en salvación; cuando la duda se *impone* como es el caso de quien duda a la hora de su muerte, o de quien blasfema contra el Espíritu Santo, esto jamás puede sernos una acusación o reproche de que hayamos luchado durante tanto tiempo contra esa duda; de que hayamos apelado tanto tiempo al pacto de Dios, y de que durante tanto tiempo hayamos aceptado en la fe los *privilegios* (¡sí, *también los privilegios!*) y obligaciones del ser hijo del pacto para ellos. Ahí viene, entonces, la desilusión, la tristeza,... y el reconocimiento de que fue en balde, de que se ha *perdido*.

Y nos invade la tristeza de que un hijo perdió a su Padre para siempre; y el dolor de que una criatura de Dios no le reconoció a Él.

Pero no pensemos que sólo *nosotros* nos entristecemos por eso; que sólo *nuestro* trabajo ha fracasado; que sólo nosotros estamos ante un fracaso, desilusión y fiasco.

Leamos entonces en la Biblia del *arrepentimiento* de Dios acerca del hombre que había creado (Gn. 6), y cómo le dolió en Su corazón que Él extendiera Sus manos a un pueblo rebelde (Is. 65:2) (¡pero no sirvió de nada!), y cómo llamó y nadie respondió. Y leamos de las lágrimas de nuestro Salvador sobre Jerusalén (Mt. 23), pues Él había *querido* juntarles como la gallina a sus polluelos, pero Jerusalén *no había querido*. Las Sagradas Escrituras nos dan a conocer la eterna majestad de Dios, la cual es sin cambio ni mudanza. Él no se hace servir de hombres, como si Él tuviera necesidad de algo. Esto por una parte. *La eternidad*. Pero, por otro lado, las Sagradas Escrituras nos hacen ver esa “visión” o mirada de Dios sobre los hombres en el tiempo, llena de misericordia, ira, complacencia, gracia, arrepentimiento, llamamiento inútil (léanse los profetas), celos, perdón, amonestación y venganza. Y esa segunda opinión o visión no es la menos corriente en las Sagradas Escrituras.

Nuestro concepto o concepcion abstracta de Dios ha ensalzado demasiado lo primero a costa de lo segundo. Pero nosotros debemos aceptar ambas formas.

Nosotros, pues, en el caso de las "ramas cortadas del pacto", hemos apelado en vano a la relación del pacto, y hemos confiado en esto. Pero también el SEÑOR —dicho con todo respeto— tiene una desilusión: Él ha llamado en vano; el Rey ha invitado en vano, y en vano ha insistido. Esto es muy terrible. (A este respecto, quizá sea superfluo añadir que yo, por otra parte, creo incondicionalmente en la "doctrina de la elección", tal y como ésta se enseña en la Sagrada Escritura. Véase, por ejemplo, Ro. 9:11, y 10:21, etc. Nota del autor). ¿Pero qué responderemos si el Rey se ve obligado a decirnos: Vosotros habéis hecho impotente Mi llamamiento *serio* y formal, y también Mi *Palabra* mediante vuestras vanas especulaciones acerca de si los niños son "renacidos, o no"?

4. Hijos del pacto

"Vosotros sois los hijos de los profetas y del pacto que Dios concertó con nuestros padres... Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad".

Hch. 3:25-26

Pedro y Juan están en el patio del templo. Una gran muchedumbre de judíos les rodea, sorprendidos del milagro de la curación del paralítico.

Pedro, entonces, dirige un discurso al pueblo (vs. 12-26). Les habla como a "varones israelitas" o de Israel. Éste era un *nombre honorífico*: Israel era Príncipe de Dios.

Y Pedro llama a Dios: el Dios de Abraham, Isaac y Jacob: el *Dios de nuestros padres*.

Pero ahora llega la acusación; lo más descarnada posible. Ese Dios tiene un Hijo, Jesús. Y Su Hijo, Su Siervo, Jesús, el cual es Príncipe de vida, ¡lo habéis matado vosotros!

Mas Dios le ha resucitado; nosotros hemos sido tes-

tigos de ello; y también esta curación del paralítico es un testimonio de que Él vive.

Ahora, *hermanos*, yo sé que lo habéis hecho por ignorancia... y que el Cristo *debía* padecer...

Convertíos, pues... pues Él es el Profeta, como Moisés (Dt. 18:15; Hch. 3:22; 7:37) ..., y aquel que no escuche a este Profeta, será erradicado del pueblo, y perderá su privilegio como israelita, y como hijo de Abraham.

Vosotros sois *hijos del pacto*, y por eso llega Él *primero hasta vosotros*. No para destruirlos, porque le habéis negado y matado, sino para *bendeciros*. Primero a vosotros, para bendeciros. Incluso después de aquella terrible palabra vuestra: ¡Crucifícale!

¡Cuán grande es, pues, el amor buscador de Dios para con Su pueblo del Pacto! Ellos han matado a Su Hijo, ¡Y eligieron para sí a un criminal! Ellos eran los asesinos de Su Hijo.

Cuando en cierta ocasión Jesús preguntó: “¿Qué hará el Señor a aquellos labradores que mataron a su hijo?”, los escribas y fariseos no pudieron responder otra cosa que: “A los malos hará que mueran una muerte mala” (cf. Mt. 21, y demás sinópticos).

Era su propia condena: una muerte mala; eso es lo que se habían ganado plenamente.

Pero volvamos al texto que nos ocupa: Él viene *primero a ellos, para bendecirles*.

¿Nos atreveríamos nosotros a ser tan “amplios” (generosos) con nuestra predicación del Evangelio a los hijos del pacto?

Acaso *nosotros* no razonaríamos: –Ellos desecharon a Cristo, son apóstatas, inconversos, no renacidos,... y, consecuentemente, *no* están incluidos en el pacto.

Pero Pedro *no parte de* su haber sido arrojados del pacto; ni dice: –Sólo tendréis parte en el pacto, si os convertís.

No; Pedro arranca desde la realidad del pacto: Vosotros, varones israelitas,... el Dios de *nuestros* padres... vosotros *sois* hijos del pacto... y por eso llega *a vosotros primero* el Cristo, para *bendeciros* con las bendiciones de ese pacto.

Pedro no dice: –Vosotros no tenéis parte en el pacto, a no ser que...–

Sino esto: -Vosotros *estáis* en el pacto, y por eso...- Esto marca una gran diferencia.

Si un pobre vagabundo recibe la noticia siguiente: "Hay una herencia de un extraño, la cual no es para usted; pero si usted se *convierte*, existe la posibilidad de que sea para usted", entonces ese "*extraño*" es para él una gran dificultad. No experimenta su *derecho* a aquella herencia; y si luego resulta que él no puede mejorar su vida, se contentará con que nada de aquello era para él. *En la práctica, hay muchos hijos del Pacto que también viven así.* No se sienten como personas con derechos, y por eso tampoco sienten la carencia de tales derechos, y hacen muy pocos esfuerzos para "intentar una posibilidad".

Pero tomemos ahora semejante vagabundo que recibe los papeles oficiales de que es el *heredero legal* de una gran fortuna, con la lógica condición de que mejore su vida e intente obtener esa herencia con todos los medios necesarios.

¡Qué esfuerzo no hará *aquel* hombre a fin de llegar a poseer tal herencia! Éstas son las dos concepciones del pacto que yo quise tipificar aquí de forma profunda:

- a. Vosotros no sois herederos, a no ser que...
- b. Vosotros sois herederos, y por eso...

La advertencia evangélica: *Vuestra* herencia será dada a otros; *vuestro* lugar en la boda será ocupado por otros; *vuestro* talento será dado a otros; *vuestro* padre Abraham dirá: Hijo, tú no puedes venir con nosotros; vosotros seréis desechados de *vuestro* pueblo, etc., tiene gran fuerza para aquellos que han comprendido ese *vuestro* o *vuestra*.

Por eso no se calificará de "culto o religión superficial", cuando a nuestros hijos, desde su más tierna infancia, les instruimos en el hermoso y glorioso significado de ese *vuestro* o *vuestra*.

Así pues, cuando nuestros niños responden (cada día, y una y otra vez en la conversión cotidiana) a aquella exigencia del "convertíos, pues si no escucháis a aquel profeta seréis arrojados de vuestro pueblo", pues entonces dirá el SEÑOR: "¡No os conozco!" ¡Cuán grande no será el celo que esa palabra suscitará en ellos, por la gracia de Dios, para "echar mano del Reino de Dios", a fin de obtener aún gracia del Señor!

La expresión: "¡*Vuestra* herencia será dada a otros!",

no puede compararse con una predicación penitencial medieval, pintada con dolores del infierno en los colores más vivos posibles.

Las Sagradas Escrituras están llenas de la primera amenaza. Pero la Biblia no conoce la otra forma, ni incluso frente a los paganos.

Por eso, no debemos dejarnos seducir para decir a nuestros niños: –Vosotros estáis muertos en pecados, y no tenéis derecho alguno a reclamar; pero quizá hay *una posibilidad*...– Sino que les diremos: –Allí y entonces fuisteis bautizados en la iglesia; allí dijo Dios que Él os aceptaba como hijos Suyos, igual que a los hijos de Israel, y *por eso se acerca Él a ti, ahora, y te llama para que le sirvas*, también para que le pidas sinceramente perdón, *porque tú eres Su hijo*,... pero a pesar de esto, cuida de que no seas *rechazado*... como los desobedientes judíos y como los valientes fariseos, *los cuales no amaron a Jesús, y jamás pidieron perdón*.

Ser echado “fuera” del Reino es una condenación más grave que el “no poder entrar dentro” del mismo.

Por eso, el abogar cerca de Dios, diciéndole: “Por amor de Tu Pacto”, es una razón tan hermosa.

De ahí que el *partir de la “relación exterior del pacto”* no sólo dé gran estímulo a la fe para aferrarse a las promesas (¿o acaso el bautismo no es señal y sello, y apoyo para la fe?), sino que también da poder fustigador a la predicación que llama a conversión.

5. Padre nuestro

“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos...”.

Mt. 6:9

En el bautismo de los niños de padres reformados, la congregación lee con aprobación de todos sus miembros: “... ya que al ser bautizados en el nombre del Padre, Dios el Padre sella y nos testifica que establece con nosotros (nuestros niños incluidos) un pacto eterno de gracia; que nos adopta como *hijos y herederos*...”

Y la congregación ora: "... que mires en *Tu gracia a este niño...* "

Y los padres profesan que ellos (nuestros hijos) son *santificados* en Cristo...

Obsérvese bien; no decimos: Dios les acepta por Sus hijos, *si ellos...*

Ni la congregación ora: Que Dios quiera *aceptar* graciosamente a este niño como Su hijo...

Ni los padres confiesan: que ellos orarán que sus hijos sean *hechos* santificados alguna vez... ¡Es por demás extraño que *nosotros* (los reformados) ya no entendamos este formulario del bautismo! ¿No sabían nuestros padres que no todos los bautizados son salvos? ¿No *sabían* que muchos de los bautizados vivirían impiamente y se harían apóstatas? ¿No *sabían* la historia del Israel apóstata, de los fariseos, de Judas? ¿No sabían que no *todo* es Israel, que sólo la circuncisión del corazón es lo válido para Dios?

Naturalmente que supieron todo esto. Por las Sagradas Escrituras, y también por la experiencia. Ellos lo supieron mejor que nosotros en aquel siglo de la Reforma con sus años de guerras destructoras, atroces y convulsivas.

Si esto es así, ¿cómo se atrevieron a hablar de forma tan absoluta, tan firme y tan sin condiciones?

¿Y por qué *nosotros* no nos atrevemos a hacerlo así? ¿Por qué ya no nos atrevemos a decirles a nuestros hijos, *sin condiciones de ninguna clase*, que son *hijos de Dios*, que son *Sus* herederos?

¿De dónde, pues, esa diferencia entre los antepasados reformados y nuestra generación?

En pocas palabras, ésta es la diferencia:

Ellos vieron en el bautismo lo que *Dios promete que Él hará*. Y nosotros pensamos en lo que *este niño* hará algún día.

Para nuestros antepasados reformados, toda la administración del bautismo acontecía en señal de la *promesa* de Dios: Vosotros y vuestros hijos (cf. Hch. 2:39); y veían ante sus ojos esa *señal y sello de la promesa de Dios*.

Nuestra generación lo ve todo en la señal de la *salvación de este niño*. Y entonces surge la pregunta: —¿Este niño ha renacido? ¿Renacerá algún día?... ¿Y qué *nos* dice, pues, el bautismo a tales preguntas?

En la antigua administración del bautismo, *Dios* era grande...; ahora, todo gira en torno a esa insignificante ovejita (criatura), la cual aún no puede dar otra señal de vida que su lloriqueo quejumbroso. Y nosotros pensamos, y cavilamos, y preguntamos: –Si él alguna vez... ¡Sí! ¿Qué será de él?

Ésta es la influencia del humanismo que penetró en la iglesia, y que dio origen al pietismo, metodismo y también al enfoque pelagiano en la vida de muchos reformados.

Las mencionadas ideas acerca del significado del bautismo no son reformadas, sino bastardas de la concepción de la vida reformada y humanista.

“Se acordó siempre de Su Pacto,
de la palabra que mandó para mil generaciones” (Salmo 105:8)...

Esto era aquello sobre lo cual hablaban nuestros antepasados reformados en el formulario del bautismo que se usaba con ocasión del bautismo de *ese niño*.

Ese niño era heredero; era hijo del Reino. *Ese niño* podía después, con las manos juntas, orar de esta forma: –“Padre nuestro...”– Y si Dios lo tomaba para Sí, antes de que la boquita infantil se pudiera expresar de esa manera y antes de que pudiera pensar sobre una salvación tan grande, entonces aquellos angustiados padres podían decir: –SEÑOR, ¡Vos habéis tomado *Vuestro* hijo para Vos!

Ese niño –Vuestro hijo–, esto es lo que se ha dicho con ocasión del bautismo de miles de niños. Y Dios mantiene Su Pacto; y dio gracia a *ése Su hijo*: y a todos los incorporó en Su Hijo por medio del Espíritu Santo... y ellos creyeron, sufrieron, lucharon y alabaron al Dios de sus antepasados, a los cuales les había amado desde la eternidad, les había llamado y sellado en Su Pacto, cuando aún se hallaban tan frágiles en brazos de su madre y molestaban a la congregación con su quejumbroso o quizá enfadado llanto.

Dios es grande y fiel. Dios busca *primero* y mantiene en pie a Su iglesia... éste es ese misterio grande, maravilloso y sobresaliente de la complacencia eterna; éste es el “cor ecclesiae” (corazón de la iglesia) que nuestros antepasados reformados vieron en el bautismo, y se gloriaron de esto de forma absoluta e inquebrantable...

Mas si ellos descendiesen ahora hasta nosotros, que nos preocupamos tanto del hombre y del alma de los hombres, y les preguntásemos: -¿Creen ustedes ahora realmente que ningún bautizado se perderá?... Ellos nos mirarían admirados, y preguntarían: -¿Dijimos nosotros algo de eso? ¡No se trataba de eso, ni para eso bautizábamos!

Ellos se quejarían de los "residuos católico-romanos" que tales preguntas implican... Y me temo que no nos comprenderían.

Pero si entonces preguntásemos si no hay *traidores al Pacto* entre esos niños bautizados, nos responderían afirmativamente, y citarían muchos ejemplos de la Biblia y de su próximo entorno.

También dirían: -¿Y qué queréis decir con eso?

Sí, *nosotros pondríamos* condiciones: -Si..., pero,... con tal que..., ¡si a pesar de todo esos niños después fueren apaciguados carnalmente!

Pues bien, eso corresponde a la "obligación de los padres de enseñarles estas cosas mientras crezcan"... "por cuanto en todo pacto existen dos partes, Dios, por el Santo Bautismo, nos exhorta y obliga a una nueva obediencia..."

Quizá así no comprenderían lo que nosotros queríamos decir. Mas entonces se lo diríamos abiertamente: -Me gustaría que el bautismo me contara algo del *corazón de ese niño*.

¡Pelagio! -exclamaríamos nosotros-, como si ese niño fuera el *primero*, como si *ese niño* decidiera en primera instancia...

¿Entonces se atreve usted a dejar a ese niño que en su desarrollo pueda orar incondicionalmente: -"Padre nuestro..."? -Sí, pues el SEÑOR no añadió condición alguna cuando dijo: "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia..." (cf. Gn. 17:7); y el Señor Jesús enseñó a sus discípulos a orar: "Padre nuestro...", aunque también Judas estaba entre ellos. ¿Llevarán, pues, la voz cantante en la congregación los hipócritas y santurrones? ¿No deberá, pues, cantar la congregación -"Dios, yo te amo", porque allí haya mentirosos que no lo pueden cantar? ¡Entonces los mentirosos se sentirían como en su propia casa!

Dejemos que todos canten, y permitamos que todos

los bautizados oren: –“Padre nuestro...” –*El pacto firme de Dios* marca y da el tono en la congregación, y es confirmado y establecido.

Porque, ¿qué pasa, aunque algunos hayan sido incrédulos? ¿Su infidelidad abrogará la fidelidad de Dios? ¡De ninguna manera! (cf. Ro. 3:3).

Nuestra fe *es de Dios*; no *de nosotros*.

Bien; pero entonces ¿la administración del bautismo a esos incrédulos no fue contraria a la verdad, o falsa?

Así sería, si en el bautismo se hubiera dicho que *ese niño* era renacido, elegido y creyente, y que *ese niño sería salvo*.

El bautismo dice que Dios *mantiene* Su Pacto sobre nuestros hijos, y ¡esto es verdad! De esto canta eternamente el pueblo de Dios.

Y el bautismo dice que también *ese niño, cada niño que es bautizado*, viene a estar en una relación de pacto con Dios, y le puede llamar “Padre”, porque Él lo nombra y reclama como *Su hijo*.

Y si este niño le desecha a Él, entonces ha ROTO el pacto, y el SEÑOR se queja diciendo: “Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra?” (Mal. 1:6).

Las expresiones “éste Tu hijo” y “Padre nuestro” ciertamente tendrán mucho que decir a los hipócritas.

Quiera el SEÑOR que no sea para ellos “piedra de tropiezo”, sino un incentivo para que tomen *en serio* esa queja de su Padre.

6. El “Niño” no comprendido

“Y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así?”.

Lc. 2:48

Es para nosotros muy difícil comprender que el Hijo de Dios, la Palabra (el Verbo) Eterna, se hizo *carne* (hombre); que Jesús, ahora hace casi 2.000 años, fue un hombre de carne y hueso, un niño pequeño, indefenso e ignorante, como aún hoy son los niños pequeñitos; que debió llorar por el alimento; que debió *aprender* a hablar

y a andar, y que debió ser enseñado en la historia bíblica.

Todo esto lo aceptamos en abstracto, pero constantemente se pone de manifiesto cuán poco tenemos presente en nuestra línea de pensamiento esa verdadera naturaleza, en todo igual a nosotros, excepto el pecado (cf. He. 4:15). La combinación del Santo con el desvalido, de la Sabiduría Suprema con el niño ignorante, del SEÑOR de los cielos con el niño que fue obediente al carpintero de Nazaret y a su madre..., es algo que no podemos abarcar con nuestra inteligencia.

El Verbo (la Palabra) se hizo *carne* (hombre) es, pues, también un misterio que sólo se puede entender *por la fe*.

La debilidad y flaqueza de nuestra *fe* es causa de que fallemos tan fácilmente en "el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo" (cf. II P. 2:20).

Cuando tenemos bien presente Su naturaleza *humana* (tanto Sus contemporáneos como los hombres de hoy), Su naturaleza divina se vuelve un problema. Y si le conocemos a Él como nuestro Señor y Dios, siempre tenemos muy poco en cuenta que Él fue *hombre*, y que aún lo es. En ambos casos surgen los "escándalos".

Para María, la madre del Señor, debe haber sido una lucha de fe el reconocer a ese niño, al cual le había dado su propia sangre, había parido, educado y cuidado en su indigencia, al cual había protegido contra el frío y el calor, al cual había enseñado a hablar y a andar; a aquel niño que la había reído, que todo se lo había pedido a ella y que le había sido obediente,... Digo que debe haber sido una lucha de fe para ella el reconocer a ese niño *también como Hijo de Dios y como Salvador suyo*.

Nosotros lo encontramos muy fácil, y decimos: ¿Acaso no tenía el anuncio del ángel y el de los pastores, el testimonio de Elisabeth, de Zacarías, de Simeón y Ana, y de los sabios magos?

Aquellos testimonios ciertamente la habrán dado apoyo para creer. ¿Cómo, si no, habría llegado a pensar que su "niño" era el Hijo de Dios? Pero nosotros olvidamos cómo, para María, las cosas que ella "guardaba en su corazón" y las cosas que ella veía ante sus ojos, no estaban de acuerdo a la "inteligencia humana", pues for-

maban una antítesis que no se podía resolver en una unidad más excelsa. María veía crecer a su hijo como cualquier otro niño.

Y la *aceptación creyente* y confiada de los testimonios de ángeles y piadosos pudo preservarla de escándalos, duda e incredulidad.

Por primera vez, su "hijo" les había acompañado hasta Sión (Jerusalén). Era un *muchacho* de 12 años.

No era aún un jovencito con la primera pelusa en su rostro. Ni un joven crecido y bien formado.

Sólo un muchacho; "niño" aún; con pensamientos infantiles y conciencia infantil; con interrogantes infantiles y una obediencia infantil y dependiente de Sus padres. Simplemente un muchacho. Esto no obstante,... un niño ideal,... un niño perfecto.

No como sus camaradas, que se entregaban plenamente a las pasiones de la carne y a los deseos de los ojos, y que por aversión a la "escuela bíblica" en los salones del templo, preferían divertirse en la ciudad.

Tampoco era como otros que sentían en sí la *lucha* entre la obligación de aprender y el deseo o gusto por el juego, la diversión y la petulancia.

No era ni, incluso, como algunos que, movidos por el Espíritu de Dios, crucificaron al hombre viejo, y obedientes seguían las lecciones *con gozo* en el cumplimiento de la voluntad *de Dios*.

Aquí, en este "niño", no hay lucha ni "hombre viejo" con sus pasiones, sino una entrega o donación perfecta, libre y llena de amor de sí mismo al servicio de Dios. De ahí también ese crecer en conocimiento que suscitó admiración entre los escribas.

Y, sin embargo, —completamente natural— un "niño" que *aprende*, y que quiere aprender más de aquello que le interesa.

Cuando un niño se halla tan ocupado, se entrega totalmente a aquello que tanto le interesa. Todo el mundo puede comprobarlo a su alrededor en niños que aprenden jugando.

El que Jesús se quedase atrás fue algo auténticamente infantil.

Y puesto que Dios ha colocado a los padres sobre los hijos para que les guíen y guarden, porque éstos normal-

mente no se saben conducir en muchos casos, la obligación de María y José debió haber sido avisar a su hijo de que ellos partían de regreso a Nazaret.

Por lo demás, tampoco era necesario que le buscasen; María podía saber, por los "testimonios" que ella "guardaba en su corazón", que Él se entregaba totalmente a las cosas del SEÑOR.

Sin embargo, ella en esta ocasión no tuvo en cuenta aquellos testimonios; y le consideró igual a los otros muchachos; y en su angustia que busca, ¡"juzga" a su Dios y Salvador!

Ingenuamente sorprendido —como un niño que no es comprendido por sus padres—, el "niño" responde así: —¿Por qué Me habéis buscado? ¿acaso no sabíais que yo estaría en el templo, en las cosas de Mi Padre? (cf. Lc. 2:49).

María había descuidado *la fe en los testimonios*, y de ahí su escándalo...

Pero la ingenua respuesta del "niño" también fue para ella un "testimonio" que no entendió, sino que lo guardó..., y que más tarde la hizo "crecer en el conocimiento de su Señor y Salvador Jesucristo".

El Espíritu de Cristo también obra entre nuestros niños.

Nosotros tenemos el testimonio de Dios de que es así.

Mas si nos dejamos llevar por lo que ven nuestros ojos, parece que *no es así*.

Sólo por la fe comprendemos que Cristo edifica Su iglesia, también entre los niños. Y, de vez en cuando, algo de esto se pone en evidencia.

Sin embargo, nuestra fe muy frecuentemente es tan débil que nos sorprendemos de estas manifestaciones de la gracia en nuestros hijos, y que apenas si les entendemos.

Para el *conocimiento de los hijos cristianos* es necesaria la *fe*. Pues entonces prestamos atención tranquilamente a las cosas pequeñas.

Un padre estaba enfermo, y le llegó la visita de un hermano en la fe. Estando hablando sobre la Palabra de Dios, uno de sus hijos, de 8 años, les escuchaba en silencio desde la otra esquina de la habitación. El padre, que notó aquel silencio de su hijo, se dirigió a él repentina y bruscamente, y le dijo: ¿En qué te ocupas, que estás

tan en silencio? Las lágrimas brotaron de los ojos del niño, pues el hecho de que él estuviera tan en silencio escuchando las palabras de dos personas mayores acerca del Señor Jesús, era... obra de Cristo en aquel corazón infantil. Sin embargo, el niño no pudo decir en *esta ocasión*:— ¿No sabíais...?", como dijera Jesús; pues este niño sabía demasiado bien que él frecuentemente obraba mal. Otro caso.

Aquel día se ofrecía una colecta especial por las misiones. Un chaval pequeñito siempre echaba unos centimitos de su hucha propia. Pero en esta ocasión extrajo un par de florines. ¡Para las misiones! Y fue castigado por despilfarrador —lo cual también era su mayor defecto. Esta vez, sin embargo, fue el amor de Cristo lo que en su corazón de niño —y de forma infantil— se manifestaba.

Aquella fe raquítica de los mayores que no vieron la obra de Dios en su hijo, dejó huellas muy profundas en el ánimo del niño.

Quiera el SEÑOR que nosotros —también en la escuela— vivamos en la *fe* en las promesas de Dios para la *simiente* de los creyentes.

7. Extranjeros

"Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses...; que ama también al extranjero dándole pan y vestido. Amaréis, pues, al extranjero..."

Dt. 10:17-19

En relación con los artículos acerca del significado del Santo Bautismo para nuestra actitud respecto de los niños y niñas en nuestros colegios, se me hizo esta pregunta: "—Si en nuestro colegio también hay niños *no bautizados de padres incrédulos*, ¿debemos hacer diferencias entre ellos?"

En mi opinión, no debemos *hacer* diferencias; pero *existe* diferencia, y debemos tenerlo muy en cuenta. El bautismo es en la congregación (cristiana) lo que la circuncisión era en el pueblo de Israel. Pero también dentro

de Israel vivían extranjeros. No eran mentirosos ni hipócritas, sino extranjeros al pacto de la promesa. Estaban fuera de la iglesia de Cristo, como actualmente los no bautizados.

¿Podemos, pues, contarles como pertenecientes a la iglesia? ¡De ninguna manera! Pues no podemos presentarles las *exigencias* del pacto, y tampoco prometerles las *promesas* del pacto.

¿Qué, pues, podemos hacer?

Para este caso creo haber encontrado la regla en Dt. 10:17-19. Dios ama al extranjero, al pagano, al no-israelita, al hombre que se halla fuera de la iglesia. Él hace llover sobre los justos e injustos, y también busca al perdido. Y este hacer morar dentro de Israel, era demostración de Su gran amor por aquellos extranjeros. La vida dentro de Israel ¿no era frecuentemente mucho mejor que en el mundo pagano? ¿No destilaba leche y miel aquel país de Palestina? ¿Acaso no eran para los extranjeros los restos de las cosechas que quedaban en los campos? (cf. Lv. 19:9-10). ¿No disfrutaba también el extranjero de un *día de descanso*, como un bien que se desconocía en los demás pueblos? Y lo que para muchos extranjeros era lo más grandioso, ¿acaso ahora no habían venido a parar bajo la protección del Altísimo, de forma que después también fueron recibidos bajo Su pueblo, y contados como si hubieran nacido en el mismo?

Aplíquese ahora todo esto a los “extranjeros” —niños aún— en nuestros colegios. ¿No es un gran privilegio por parte de Dios que ellos puedan venir a un colegio cristiano? Un colegio donde se glorifica el nombre de Cristo. ¿No es mejor esto que cualquier otro colegio donde nada se oye de la Palabra de Dios? ¿No se evidencia aquí que el principio de la sabiduría tenga un gran poder? ¿No existe aquí un cuidado esmerado por el extranjero? ¿No tiene lugar aquí la exposición de las grandes obras de Dios en la historia? ¿No está aquí el Espíritu de Cristo?

No, esos extranjeros no están en el Pacto, pero el SEÑOR les trajo muy cerca del mismo.

Porque Él ama al extranjero.

Y ordenó a Israel que también ellos les demostrasen amor.

Y en el Nuevo Testamento, este amor generoso se extendió a *todas las criaturas*.

“Predicad el Evangelio...” —éste es el mandato misionero que también tiene vigencia en nuestros colegios cristianos con respecto a los “niños extraños” (no-cristianos). ¿Cómo lo haremos?

Mediante amonestaciones particulares, amables palabras, largos discursos, mediante una atención especial por ellos, o ¡¿mediante una excesiva atención de que no corrompan nada!? Cosas todas éstas en las cuales se echa mucho de menos el amor auténtico, delicado, prudente, que todo lo cree, que todo lo espera y que todo lo soporta. El amor no conoce tiempo y forma.

“El amor no es intratable” (cf. I Co. 13:5). Observemos el ejemplo del antiguo Israel. El SEÑOR no dice: —Os entrego el extranjero para convertirle.

El celo falso, carente de amor y fanático ha originado muchos males.

El SEÑOR dice que Su amor hacia el extranjero se manifiesta en que Él les da pan y vestido. Y las leyes se cuidan de que el extranjero se sienta aceptado en Israel, cuando al menos la religión no se le vuelva odiosa, y cuando él no se oponga brutalmente por el quebrantamiento del sábado, la blasfemia, etc., contra el Dios de Israel.

Entonces ocurre, como lo más lógico, el interesarse vivamente por la esfera de ese pueblo maravilloso de Yavé; y después de esto llega el interés, la petición de información —y muchos extranjeros terminaban con una entrega total al Dios de Israel.

Demos, pues, a esos “extraños” en nuestro colegio “pan y vestido”, y hagámosles agradable su estancia, de tal manera que se sientan como en su casa al estar en la compañía del pueblo de Dios. Menos en el caso en que exista oposición brutal contra la Palabra de Dios, contra la oración y los mandamientos.

Mostremos en nuestro colegio, en nuestro comportamiento y en el de los discípulos bautizados, que allí hay realmente un pueblo de Dios, una iglesia de Cristo; que realmente en nosotros hay un país “que fluye leche y miel”...

Ay, yo me avergüenzo mientras escribo. ¡Qué gran pecado contra los extranjeros subyace en nuestras iglesias! ¡Qué gran afrenta y dolor, donde estaba ordenado el amor! ¡Qué gran indolencia, donde se exigía actuar enérgicamente!

Y, sin embargo, *hay* un pueblo de Dios; y *es* mejor estar allí que en otra parte. Y *hay* una escuela cristiana; y de ella *brotó* poder, también para los extraños.

Cristo sigue obrando entre nosotros; también ahora y para salvación de los “extraños”; aunque sólo haya para ellos “pan y vestido”. Su fidelidad de Él siempre resulta más grande que nuestra fidelidad.

Fijémonos en Israel. ¡Cuánta infidelidad a veces! ¡Cuánta persecución a los extraños! (cf. Ez. 22:29). Y esto no obstante, Israel fue una bendición para todos los pueblos. Por Cristo, el cual vino a morar entre ellos. Y también nuestra Cristiandad –dígase lo que se diga, y aunque eso sea verdad– será como una bendición, porque Cristo vive en ella. Y también nuestra escuela cristiana será para bendición –y ya lo es–, porque Él, que llamó junto a Sí a los niños, hace oír en la escuela Su Palabra, y aún bendice a los pequeños. ¡Ay del maestro que ya no se da cuenta de esto!

8. Dos clases de pedagogía

“Acaricia a tu hijo, y te asustará; juega con él, y te entristecerá.

No rías con él, para que no te sobrevenga ningún mal y tengas que morderte los labios.

No les des ningún poder en su juventud, y no supervises su ignorancia.

Dobla su cuello en su juventud, y quiebra sus lomos mientras sea todavía un niño, para que no se endurezca al llegar su tiempo, te desobedezca y sea un dolor para tu corazón”.

Jesús Sirach 30:9–12

“Y le presentaban niños para que los tocara; y los discípulos reprendían a los que los presentaban. Viéndolo Jesús, se indignó y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de Dios... Y tomándolos en los brazos, poniendo las manos sobre ellos, los bendecía”.

Mc. 10:13–16

¡Qué gran diferencia de actitud con respecto al niño!

Jesús, el Hijo de Dios, que los toca, los coge en sus brazos y los bendice; que toma muy a mal cuando se quiere mantener a distancia a los pequeños; que esperanzadamente habla del Reino de Dios para "los tales".

Y Jesús, el hijo de Sirach, que al niño lo mantiene distanciado de su padre; que lleno de desconfianza no espera muchas cosas buenas del niño, y por eso aconseja romperle los lomos, *para prevenir* que sea desobediente.

Fíjense bien: no se trata de castigar cuando el niño sea desobediente, sino de tratarle fría y rígidamente *por anticipado*, "no supervisando su ignorancia", *para que* después no peque contra ti. El Salvador contempla entre aquellos pequeños los futuros ciudadanos de Su Reino,...; Jesús Sirach siente temor por ellos.

El Salvador es íntimo con ellos; Sirach es frío y duro, y no deja pasar nada por alto. Jesús bendice a los niños, y les atrae hacia sí.

El hijo de Sirach les rompe los lomos con el fin de mandar sobre ellos.

Los hijos de Sirach castigaban a aquellos que le traían.

Jesús se lo toma muy a mal.

¿De dónde esta gran diferencia? ¿Cuál es el origen o motivo de esa diferente actitud?

Jesús, el Hijo de Dios, amaba a los niños. Les amaba con ese amor que es paciente y misericordioso, que no se busca a sí mismo y no piensa mal; con ese amor que cree todas las cosas, que se atreve a todo y que todo lo puede soportar (I Co. 13).

Jesús, hijo de Sirach, no tenía ese amor. No era paciente (no dejaba pasar nada) y tampoco era misericordioso (rompía a su hijo los lomos). ¡Él se buscaba *a sí mismo* (su hijo no debía asustarle ni entristecerle; él no debía entristecerse por haberle engendrado, sino que debía tener gozo de ello; su hijo debía volverse sabio y obediente, y un honor para... su padre)! Y en su celo desmedido para lograr todo aquello, priva a su hijo del cariño, el juego y la risa; tampoco le concede poder alguno, porque tiene temor de que haga mal uso del mismo. El amor no piensa mal, pero el hijo de Sirach piensa mucho mal. Pues él no puede creer que el nieto de Sirach podría ser

mejor que lo fue el hijo de Sirach en su tiempo. Él amó con agrado lo bueno de otros, pero el hijo de Sirach no tiene ese amor. Y puesto que todo *gira en torno a su persona*, y él en su interior se considera como un dios, por eso mismo no puede soportar nada en su hijo que es según su imagen.

En ese hijo deberá brillar la virtud del padre, y por eso mismo las más pequeñas caídas del hijo le hacen temblar y le entristecen, y se muerde los labios en cada transgresión, y dobla el cuello al hijo y le rompe los lomos.

Por todo lo cual, Sirach, como maestro de sabiduría, también podía abrir este proverbio con las siguientes palabras:

“Quien ama a su hijo, siempre le aplicará la vara, para que finalmente se goce de él.

Quien castiga a su hijo, podrá alegrarse en él; y en medio de los miembros famosos será alabado de él. Quien enseña a su hijo, provocará la envidia de su enemigo”.

¡La pedagogía de Jesús Sirach es clara! Doblar la cerviz, romper los lomos, privar de poder, ser frío y severo, *para que él no sea desobedecido...* y para que el padre de él pueda ser ensalzado, y asimismo pueda provocar a envidia a sus enemigos.

¿No existen entre los padres –y más aún entre los pedagogos de profesión, pues en un *padre* surge repetidamente la lucha paterna contra el odio –repito– no existen entre los padres semejantes hijos de Sirach?

No; yo quiero decirlo de otra manera: ¿quién de nosotros no ve en Jesús, hijo de Sirach, como pedagogo, rasgos en su propia práctica de la que él mismo se avergüence? Nosotros nos llamamos maestros *cristianos*, según Aquel que bendecía a los niños y los amaba verdaderamente; según Aquel que era manso de corazón. Según Aquel que, por lo mismo, podía apreciar rectamente a los niños, sin desconfianza o impaciencia. ¡Ojalá que nosotros pudiéramos morir a la imagen de Jesús Sirach, y que mostrásemos la imagen de Jesús, Hijo de Dios! ¡Morir a esa imagen de *viejo hombre* fariseo que, encumbrado, se busca a sí mismo y se engríe sobre los niños; y, por el contrario, ser como Jesús de Nazaret, haciéndonos humildes de corazón... como los niños!

Quiera Él concedernos la fe necesaria para ver a nues-

tros hijos como Él los vio: confiado y esperanzado, porque para los tales es el Reino de Dios.

Sólo entonces tenemos *paz*; la búsqueda rabiosa del propio honor, de la consideración de la escuela y del culto a la cultura desaparece, llega la confianza y el aprecio, surge el amor por causa de Dios, puede florecer en la práctica una pedagogía verdaderamente cristiana, nos volvemos tranquilos y animosos en nuestro difícil trabajo, aunque para ello tuviéramos que perder ante el mundo nuestro honor, nuestra gloria y el nombre de la escuela.

Entonces ya no somos por más tiempo hijos *de la esclava*, como Jesús Sirach, los cuales se glorían en la ley, sino hijos de la libre, los cuales se glorían en la salvación, también de nuestros hijos, por Cristo, el cual es nuestra gloria.

9. La vara

"El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige. No rehúses corregir al muchacho: Porque si lo castigas con vara no morirá. Lo castigarás con vara y librarás su alma del Seol".

Pr. 13:24, y 23:13-14

Aún *se detiene* el castigo; pero, por desgracia, hay niños que no pueden quedar sin castigo. He ahí un *padre* que reconoce: -Ya es tiempo de que yo use el castigo.

Pero, no; él retrae el castigo; quizá lo encuentre humillante para él mismo; le causa dolor; se avergüenza de que eso sea necesario ahora; quizá ha leído en un libro de pedagogía que eso ya no está permitido, que ya no es conveniente en tiempos de tanta cultura, y consecuentemente... se retrae del castigo.

¿Qué sucede entonces? Pues bien, el muchacho sigue su camino, y después el padre rompe en lamentos y reproches: -¡Chico, chico!, ¿cómo puedes hacer esto con tus padres? ¡Nada se puede esperar de ti! ¡Deberías haber sido castigado a tiempo!

O bien el padre se muestra *amenazador*: – ¡Ya te daré yo...!

Pero,... la vara, una vez más, no aparece, y el padre *detiene el castigo*.

Y la consecuencia no se deja esperar: en cada nuevo choque, las relaciones padre/hijo y la escena se hacen cada vez más profundas y violentas.

Ese padre no tiene amor, sino que *odia* a su hijo –dice el escritor de Proverbios.

¿Que no es verdad? ¿No oyen ustedes cómo el *odio* silba en esos reproches y amenazas?

¡Cuán *humillante* no es esa posición de un padre que odia a su hijo, y de un hijo que, riéndose con descaro, burla el odio de su padre!

No; quien ama a su hijo, *usa* a tiempo el castigo.

El amor no conoce impedimento alguno si se trata del bienestar de su objeto. Si es necesario, el amor puede pegar.

¡No con una lágrima en el ojo, y un labio caído –como afirman hombres y mujeres sentimentales! No; el amor puede pegar, en ira, pero... el amor no obra imprudentemente y a destiempo.

En nuestros tiempos, no pegamos enseguida –se dice. Al menos, no con nuestras manos. Pero con la lengua y con otros medios se hace mucho más grave y venenosamente. Esto nos lo ha enseñado la revolución, la cual no quiere ya reconocer autoridad alguna con la espada en la mano, pero sí fomenta el odio diabólico de la masa (lucha de clases).

La Biblia establece la línea divisoria, no entre los castigos naturales y los impuestos por una mano superior. La Biblia no está a favor de la supresión del castigo corporal a fin de hacer que el alma gane terreno más venenosamente. La Biblia marca la línea divisoria *más profundamente* entre *odio* y *amor*.

El padre que retiene el castigo, y enseguida mira con ojos encendidos a su hijo, y le promete todos los palos posibles; y la madre que amenaza a su hijo con el “coco”, –*están odiando* a su hijo.

Así también el maestro que jamás castiga, pero usa otros pequeños remedios para tener a raya a esos “monstruos”, cae bajo el mismo juicio de las Sagradas Es-

crituras, como el "bárbaro" que les sienta la mano con odio.

Y el padre que castigó a su hijo desde su más tierna edad, si era necesario, (quizá con una sola vez fue suficiente), y no se gloría de ello, sino que procura proteger la felicidad de su hijo con todos los medios posibles, aunque esto le cause profunda tristeza —éste es el padre que preserva a su hijo de una temprana caída en el sepulcro de la perdición, y *que ama realmente, con obras*.

A veces, en el ordenamiento escolar se ha adoptado la cláusula de que al maestro no le está permitido utilizar "la vara". En lugar de ella, el odio tiene bastantes medios refinados, como permanecer en el colegio, hacer trabajo de castigo (¿no es esto una contradicción?), privación de esparcimiento, etc. La práctica también proporcionó la sátira, el reproche, el avergonzar, las calificaciones bajas y otras medidas diabólicas que el *odio* puede concebir y hacer estallar.

Mas el odio es mucho más grave que la corrección, pues el niño difícilmente puede rechazar la corrección. A la larga, deberá someterse a ella. El odio no se da por vencido. Donde predomina el odio, los niños lo pagan con un elevado "interés".

Por eso no se debe exigir: ¡*Retén* el castigo!, sino... da a los niños tu amor; y cuando se evidencie que la "vara" es necesaria, no la retengas, ¡no defraudes en ello a tu amor!

¿Acaso no le origina dolor a su corazón *amante*, cuando ve que un niño se hace un "salvaje" por falta de "vara"?

Precisamente quienes aman mucho con amor auténtico, no podrán o querrán evitar el castigo. Pero, ¡ay del colegio donde alguien odia y pega a los niños!

Y doblemente lamentable si el castigo está prohibido, de manera que el odio se va acumulando al más alto grado para luego caer sobre los niños como un rayo maligno.

Sólo hay un medio eficaz contra el problema de la disciplina en los colegios: el amor, el cual no obra ni actúa improcedentemente, y es paciente, y... no detiene el castigo cuando es necesario.

10. Jehová no cambia

"...vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del Pacto..."

Él es como fuego purificador.

Yo vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran mentira, y los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero, no teniendo temor de mí. Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos".

Mal. 3:1, 2, 5 y 6

El SEÑOR (el Dios del Pacto) es un Dios celoso. No perdonará vuestras transgresiones y vuestros pecados. Así avisaba Josué al pueblo (Jos. 24:19).

Algunos piensan que esto habría cambiado con el Nuevo Testamento.

Pero el profeta Malaquías vincula con la profecía del Mesías venidero la profecía del juicio sobre el pueblo judío. El Mesías barrerá el suelo de su era y separará la paja del trigo, y se sentará como el orfebre que separa la escoria del oro, mediante la purificación del fuego.

También Juan el Bautista predicó este juicio inminente, esta crisis sobre los hijos del Pacto. Generalmente se piensa que Juan el Bautista SÓLO tenía presente el *juicio final*, y que, por tanto, se equivocó en que éste llegaría *pronto*. ¿No habría que interpretarlo más bien de esta manera: que tanto Malaquías como Juan el Bautista veían *iniciarse* la crisis, la barrida de la era y limpieza del trigo con la primera venida de Cristo?

En el congregar Su Iglesia partiendo de los judíos y en el juicio sobre Jerusalén, en las constantes reformas en Su Iglesia y en la repetición del juicio sobre grandes grupos de cristianos donde Él quita la luz del candelero, —en todo esto comprobamos que el Señor se ocupa de aplicar Su juicio, aquí y ahora.

Esto ya comenzó con la predicación de Juan el Bautista. Muchos *no le creyeron*, y después también estuvieron en contra de Jesús.

Y cuando el Rey de Israel llegó, fueron reunidos por Él aquellos que eran *de la Verdad*: Sus ovejas oyeron Su voz.

Pero, los pecadores, los que se endurecieron, los que *no* eran de Sus ovejas, siguieron su camino de perdición, le desecharon a Él, y luego ellos mismos se colocaron fuera del pacto.

La Jerusalén espiritual, la iglesia del Nuevo Testamento, no pudo traer hacia sí a los fariseos, que eran avaros y hacían injusticia a viudas, huérfanos y extranjeros. Estos obradores de injusticia fueron echados fuera de Su viña por Dios mismo, y rechazados eternamente. La iglesia del Nuevo Testamento no acepta en su seno de forma indiscriminada a todo el pueblo judío. Sólo quienes temen al SEÑOR, entre ellos también los conversos publicanos y prostitutas, llegan a Cristo y son "aceptados".

Mas los avaros fariseos, los hechiceros, adúlteros, perjurios e injustos fueron apartados y juzgados a quedar fuera de la iglesia.

También en nuestros días prosigue esa purificación. Muchos bautizados vienen a estar fuera de la iglesia, y, si no se convierten, perecerán con la gran Babilonia.

Y con los "hechiceros", adúlteros, mentirosos, injustos y avaros, que aún ahora se encuentren eventualmente en la iglesia, también ocurrirá lo mismo después. Como le pasó a la mujer en el efa (cf. Zac. 5:6-11). Y el juicio final será la confirmación de lo que ya aquí en la tierra ha sido hecho por el Señor en Su era (cf. Mt. 3:12). Pues el SEÑOR aún es un Dios celoso que no perdona las maldades de los hijos del Pacto.

Si no fuera Él el "Yo-soy-el-que-Yo soy", habría dejado sin barrer Su era por causa de la mucha paja, y la iglesia habría perecido, y habría dejado marchar a Israel como a los otros pueblos, y habría sucumbido en su propia injusticia.

Pero ahora, en la purificación de la época de crisis de la venida entre su pueblo, realmente fallan muchos, pero precisamente por eso el verdadero pueblo de Israel surge de la prueba como oro purificado.

La Iglesia Novotestamentaria sólo es posible como remanente" del pueblo judío.

Y constantemente, en tiempos de apostasía profunda en la historia de la iglesia, la purificación hace resurgir nuevamente el remanente.

Jesús *juzga* a Su Jerusalén, y en ello ocurre como Josué le vio al Mesías (cf. Jos. 24:19), y por ello es posible que Sión continúe existiendo y no sea destruida.

Este juicio también recae sobre nuestras escuelas, y es Su invariabilidad en airarse sobre el pecado de Jerusalén la causa de que el remanente no perezca con ella.

El hecho de que muchos de nuestros alumnos vuelvan la espalda a la iglesia en que se predica la Palabra de Dios, es una señal de que Cristo aún barre el suelo de Su era. Aún se produce tal separación o selección, y si ésta no existiese, entonces seríamos destruidos.

Explicar la Palabra de Dios en la escuela, y predicar en la iglesia significa (el) *juicio* para aquellos que no temen al SEÑOR.

CAPÍTULO VIII

EL DIOS DE LOS JUSTOS

ÉL es el Altísimo, más excelso y poderoso que cualquier poder en el mundo. Es el SEÑOR, el Dios del Pacto, Yavé.

Como "Ángel del SEÑOR", por así decirlo, se interesó vivamente por Su pueblo. Ahora le protegía y libraba de toda opresión, luego consumía con fuego a los impíos.

En el Nuevo Testamento viene a los Suyos como el Cristo, como "Yavé justicia nuestra". Mas los Suyos no le recibieron. Y entonces salvó un remanente electo, fundó Su Iglesia y llenó Su casa de paganos.

Y desde entonces acá vive con Su Iglesia. ¡ÉL ha recibido todo poder en el cielo y en la tierra! No es ÉL un dios conceptual, o un dios piadoso, o una imagen de dios cristiana, o un ser altísimo, o el "Ewigkeit", o como quiera que las invenciones del corazón humano puedan calificarle; sino que ÉL es Yavé nuestro SEÑOR, que interviene realmente en la historia del mundo y de la Iglesia.

El amenazó al apóstata pueblo del Pacto, antes del exilio, que los esparcería como estiércol sobre la faz de la tierra.

Y aún tiene poder para rechazar como "basura", y muy concretamente sobre los campos de batalla, al cristianismo que vive como los judíos antes del destierro.

Después de la guerra del 1914-1918, las fotos más horribles de los campos de batalla fueron usadas para quitar la espada a las *autoridades*. Y tampoco después de la segunda guerra mundial hay "conversión" alguna ni reconocimiento de que nosotros hemos pecado contra Dios en la alta política y en la apostasía en todos los terrenos de la vida, en rebelión contra Él.

Pero el Dios de los justos es un Vengador.

Precisamente sobre "pueblos cristianos" que rechazan Su Palabra. A no ser que se conviertan e imploren Su gracia y le teman. No; Dios no es el "*ser altísimo inmutable*" de la filosofía; sino el Rey que más se interesa por todo cuanto mencionan diariamente nuestros periódicos y por muchas cosas más.

"¿Qué diría Jesús de esto?", se leía al pie de una foto de guerra. ¡Pero Él ostentaba el mando supremo sobre todos los frentes!

1. Un Dios de dioses

*"Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses...".
Dt. 10:17*

La palabra "dios", en la antigüedad, no tenía ese matiz absoluto e ilimitado de nuestro concepto de Dios. La Biblia nos ha enseñado que hay un único y verdadero Dios. Por otra parte, las Sagradas Escrituras se suman en su lenguaje al concepto de dios de la antigüedad, es decir, como concepto mucho más amplio.

Tomado en ese sentido amplio, la palabra "dios" significa: poderoso, dominador, grande, juez.

Moisés fue puesto como un dios sobre Faraón (Ex. 7:1). Y también como un dios sobre Aarón (Ex. 4:16).

Los asuntos judiciales fueron llevados ante los dioses (jueces) (Ex. 21:6, y 22:8-9).

Y aquellos dioses (jueces) no serán blasfemados por los israelitas (Ex. 22:28).

En efecto, incluso los poderes espirituales que dominan el paganismo son reconocidos como dioses.

"¿Qué nación grande hay que tenga dioses tan cerca-

nos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos?", decía Moisés (Dt. 4:7).

El Señor es más grande que todos los dioses (poderes espirituales) (Ex. 18:11; II Cr. 2:5).

El Señor es un Dios de dioses (Dt. 10:17 Jos. 22:22; Sal. 50:1). El Señor está *sobre* todos los dioses (Sal. 135:5).

También el Nuevo Testamento asume ese lenguaje (dioses-poderes), pero pone por encima, pura y claramente, a ese único Dios que lo rige todo.

"... sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios. Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo, o en la tierra (*como hay muchos dioses y muchos señores*), para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios... y un Señor Jesucristo..." (I Co. 8:4-6).

Así pues, las Sagradas Escrituras parten del lenguaje de los antepasados: dioses son poderes, señores, jueces; pero también enseñan desde el principio que hay un Dios altísimo, un Poderoso supremo y un Dios todopoderoso. Él es el SEÑOR de cielos y tierra, el Creador, el Dios de dioses.

Y frente a Él están los poderes, los dioses, considerados como nada.

Es más, ellos le *alabarán* a Él, en tanto sean realmente poderes.

Por eso: "Delante de los dioses (poderes) te cantaré salmos" (Salmo 138).

En consecuencia, en las Sagradas Escrituras se hace burla del culto a las imágenes. Pues esas imágenes no tienen poder alguno.

Si Baal es un dios (poder), dejadle que luche por sí mismo (Jueces 6:31).

¡Ellos se hacen un dios (¿poder?), de madera! (Is. 44:10-20). Esos no *son* dioses (Jer. 16:20).

Tampoco los paganos en la antigüedad consideraron a sus dioses universales, poderosos y absolutos. Sus dioses eran poderes limitados. Y por eso mismo, también adoraban muchos dioses; pues, si uno no podía ayudar, ciertamente lo haría otro. Además, cada país tenía su *propio* dios.

Y una lucha con un pueblo vecino, venía a significar una lucha de los dioses respectivos (I R. 20:23).

Una derrota de los filisteos afianzaba la sospecha de que el Dios de los israelitas era más poderoso que Dagón... Pues, si Dagón ha caído ante el arca (de la alianza), ello es prueba de la grandeza de Yavé. Esto no obstante, en su politeísmo, también se daba en el mundo pagano una tradición y una noción de un Dios Altísimo que estaba por encima de todos los dioses, y que había creado todas las cosas.

Todo pueblo tiene sus tradiciones del relato de la creación, y en todas partes se pueden encontrar vestigios de esa fe en el Altísimo que era antes del mundo.

Ahora bien, es digno de tenerse en cuenta cómo las Sagradas Escrituras aprecian esa noción del Altísimo en el mundo pagano, y lo usan como punto de referencia para el reconocimiento de que ese Altísimo es el Dios de Israel.

Melquisedec, rey de Salem, incluso *sirve* a ese Altísimo; y bendijo a Abram con estas palabras: "Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra" (Gn. 14:19).

Y Balaam se califica como "el que conoce la ciencia del Altísimo", y Balac sabe muy bien lo que eso quiere decir (Nm. 24:16).

El rey de Babilonia había dicho en su corazón "...seré semejante al Altísimo" (Is. 14:14).

Nabucodonosor, a los jóvenes que se hallaban en el horno, les llamó: "siervos del Dios Altísimo" (Dn. 3:26).

Y en su manifiesto a todos los pueblos, naciones y lenguas, Nabucodonosor glorifica una y otra vez el poder y el cuidado del Altísimo (Dn. cap. 4).

¡Y todos esos pueblos y naciones y lenguas le "entendieron" muy bien!

Jonás relató a los angustiados barqueros, que él sirve al SEÑOR, el Dios de los cielos que ha creado el mar y la tierra; y aquellos paganos le entienden muy bien (Jonás 1:9).

Y Daniel habla a Belsasar acerca del Altísimo al cual había menospreciado (Dn. 5:18 y 21).

Y Pablo, en el Areópago, dice a los griegos atenienses que el Altísimo no mora en templos hechos con manos, y Ése es el que él les anuncia (Hch. 17:24).

Y la sirvienta, posesa de espíritu de adivinación, hace

propaganda de ellos en Filipo con estas palabras: "Estos hombres son siervos del Dios Altísimo..." (Hch. 16:17). Si sostenemos estas cosas en la narración de la lucha de Israel contra los pueblos, y en la narración de la pretensión de Israel: nosotros "somos hijos del Altísimo (Sal. 82:6), el Señor nuestro Dios, Jehová uno es (Dt. 6:4), *sólo* Tú eres Dios (Sal. 86:10), el Dios nuestro es grande sobre todos los dioses (II Cr 2:5)", entonces esa lucha y esa pretensión adquieren un fundamento real; y ello se convierte en una lucha de PODERES.

Cuando partimos de nuestros conceptos de Dios, esa lucha no nos cautiva; pues no es real. ¡Y, por desgracia, es rápidamente olvidada por nuestros niños! Israel conocía a Dios; y los gentiles eran muy tontos por esperar ayuda de sus dioses imaginados. Por eso, frente al pueblo de Dios, sólo encontramos pueblos que obran inconsecuentemente.

Mas no era así. Muchos y grandes PODERES estaban frente al pueblo de Dios. Y así sigue siendo también ahora.

Mammón (el dinero), por ejemplo, es un gran poder —un dios— en el mundo.

Pero nuestro Dios está por *encima* de Mammón. Quienes confían en Dios no serán confundidos, ¡por mucho que los poderes (dioses del mundo) ruján y se enfurezcan!

También en el terreno escolar, "los dioses de nuestro siglo" obran con PODER.

Pero *nuestro* Dios es MÁS GRANDE, —Él está *sobre* ellos—, y nosotros somos Su pueblo.

2. Librados en días malos

"Y Jacob bendijo a José, diciendo: El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham e Isaac, el Dios que me mantiene desde que yo soy hasta este día, el Angel que me liberta de todo mal, bendiga a estos jóvenes y sea perpetuado en ellos mi nombre, y el nombre de mis padres Abraham e Isaac y multiplíquense en gran manera en medio de la tierra".

Gn. 48:15-16

Jacob, ya anciano en Egipto, declaró a Faraón que en su vida había experimentado muchas cosas. Pocos y *malos* habían sido los días de su vida. A este respecto, recuérdese los planes de muerte de Esaú, su huida a casa de Labán, el mal trato que allí encontró, la vida matrimonial rota: mujeres que se odian e hijos que no se pueden ver entre sí; recuérdese su luto por José, la trágica muerte de Raquel y las dificultades por causa de la escasez de alimentos...: todo esto había angustiado frecuentemente a Jacob. El SEÑOR le había conducido a través de todo este mal, de tal manera que había salido a flote. De todo mal le había librado el SEÑOR; ahora era viejo y estaba al final de su vida. Y en estos momentos se presenta José con sus hijos Manasés y Efraín ante el anciano patriarca, para recibir la bendición.

Jacob transmitirá ahora la bendición del Pacto que el SEÑOR había establecido con Abraham e Isaac y que Él también había mantenido para Jacob.

En esta bendición nos llama especialmente la atención que Jacob —el hombre que había experimentado tantas cosas— deposita proféticamente sobre estos muchachos la bendición *del Ángel que le había librado de toda necesidad y angustia*.

Esto sería necesario, pues sobre las generaciones siguientes aún vendría mucho mal, por causa del pecado de ellos, pero también porque eran el pueblo de Dios.

Si en Isaías 63:9, leemos: “En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz les salvó; en su amor y en su clemencia los redimió, y los trajo, y los levantó todos los días de la antigüedad”, entonces esto es el cumplimiento de la promesa que Jacob impartió sobre sus hijos.

En nuestro país hubo hombres que, como Jacob, también pasaron por muchas cosas en su vida. Para no salirnos del terreno escolar: aquellos hombres que experimentaron la burla y el desaire del enemigo liberal, y que vivieron malos días en la enseñanza por causa de la trama del pecado y las miserias humanas, como en el caso de Jacob, pero viviendo íntimamente el problema de la enseñanza cristiana, estos hombres pudieron decir posteriormente: —¡El SEÑOR nos ha guardado de todas aquellas angustias!

Una serie de jubileos testifican en los años treinta, que medio siglo antes ocurrieron grandes cosas, y que entonces el SEÑOR ayudó en la angustia. En lo cual podemos notar la bendición del "Ángel del Pacto", de nuestro Señor Jesucristo, el cual está con Su iglesia en su lucha, y la salva de todo *mal*, también de lo que había ocurrido por el pecado propio, como Él ayudó a Jacob.

Si nosotros, los jóvenes, podemos poner en primer plano ahora un deseo muy acentuado, tendrá que ser realmente éste: ¡Que la bendición de Dios sobre aquellos padres en todos sus días malos, también pueda permanecer sobre nosotros! Porque, aunque externamente los días de la presente generación no sean "pocos y malos", comparados con los de los progresistas, sin embargo vuelve a existir el peligro de enemigos y el del propio pecado y el de la miseria general. Y nuestros días buenos pueden cambiar en corto espacio de tiempo en *días malos*. ¡Que el SEÑOR nos ayude, pues de otro modo estamos perdidos!

A nosotros nos está permitido suplicar del SEÑOR esa bendición. Y también nos está permitido esperar en ella.

Que Él, tanto a nosotros como a nuestro trabajo escolar, nos libre de todo mal. Por causa de Su Pacto.

Que Él, en nuestra angustia, se preocupe de nosotros, y que Su amor y gracia nos acompañe.

La lucha por la igualdad de la enseñanza especial con la pública se ha librado. Y la enseñanza especial ("La Escuela con la Biblia" que inicialmente no obtuvo financiación del Estado) ha sido restablecida.

Pero el mayor enemigo, el peor *mal* que nos puede alcanzar, llega del mismo Ángel del Pacto.

Mas se puede dar el caso de que *Él*, que libró a Jacob de todo mal, a nosotros por el contrario nos *precipitase en todo mal*.

Isaías 63:10 sigue diciendo: (Después de todo aquel cuidado del Ángel del SEÑOR por Su pueblo) "Mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu; *por lo cual se les volvió enemigo*, y Él mismo peleó contra ellos". Piénsalo bien. Esto sería terrible y sobrecogedor.

Entonces, sin embargo, les cuadraría perfectamente a los píos esta oración que hallamos en el mismo capítulo, v. 17: "¿Por qué, oh Jehová, nos has hecho errar

en tus caminos, y endureciste nuestro corazón a tu temor? Vuélvete por amor de tus siervos”.

Entonces, aún puede existir la posibilidad de que Él sea conmovido por nuestra oración, y que se acuerde “de los días antiguos” (v. 11).

¡Ojalá que la oración por nuestra enseñanza cristiana (la cual está en estrecha relación con el Pacto de Dios sobre nuestros hijos) se multiplique y pueda ser: un suplicar la bendición sobre nosotros, como fue sobre aquellos emprendedores *en sus días malos*! Que Él, que les salvó a ellos, también nos libere a nosotros de *todo mal* que amenaza. Y elevemos nuestras manos suplicantes donde se haga visible la apostasía, e imploremos como en Is. 63:15-19. Quién sabe, si el SEÑOR se quiera compadecer y acordarse de los días pasados, cuando Él bendecía.

3. ¡Dios gozoso con Su pueblo!

“...y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo”.

Is. 62:5

Por un instante, Yavé había abandonado a Su pueblo, y en un arranque de ira les había ocultado Su rostro por un momento, y fue terrible. Se les había tornado en un enemigo y Él mismo había luchado contra ellos (Is. 63:10).

Así los asirios y Babilonia les habían derrotado, quemado sus casas, se habían llevado sus mujeres como esclavas y habían matado a sus valientes. Jerusalén yacía como unas ruinas, como un testigo mudo del poder de los paganos sobre Sión —como una expresión de la ira de Dios sobre Su pueblo que había sido rebelde, y por este motivo había desencadenado la ira del Ángel del SEÑOR de tal manera que ya no quería perdonar más (Jos. 24:19; Jer. 15:1).

Sobre las ruinas de Jerusalén se lamentaba Jeremías: “¿Por qué te olvidas *completamente* de nosotros, y nos abandonas tan largo tiempo? Vuélvenos, oh Jehová, a ti, y nos volveremos; renueva nuestros días como al prin-

cipio. Porque nos has desechado. Te has airado contra nosotros en gran manera" (Lm. 5:20-22).

Y en Babilonia, un príncipe judío que servía a Darío, doblaba sus rodillas ante Dios, vuelto su rostro hacia donde yacía la derrotada Jerusalén, y suplicaba: "...hemos pecado,... y nos hemos apartado de tus mandamientos...; apártese ahora tu ira... Ahora, pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo.... y haz que tu rostro resplandezca (es decir: míranos amigablemente) sobre tu santuario desolado..., porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias" (Dn. 9).

Y como Isaías había predicho la ira de Dios y el destierro, así también él, a pesar de todo, pudo predecir este hermoso tiempo en que el SEÑOR se compadecería nuevamente de Su pueblo.

En su profecía acerca de esta reforma, dijo: que quienes llorasen por causa de Sión, serían alegrados; que ellos reconstruirían las ruinas antiguas, y que el país sería nuevamente aceptado por Dios (Is. 61:4, y 62:4).

Luego siguen aquellas hermosas palabras: Dios se alegrará sobre vosotros como un esposo sobre su esposa.

Como el Ángel del SEÑOR estaba *angustiado* con el pueblo en las angustias de éste (Is. 63:9), y como Dios había estado *airado* con ellos cuando le irritaron con sus rebeldías, así Dios ahora en esta reforma está gozoso con Su pueblo.

Alegre estuvo Yavé por la oración de Jeremías en medio de tanta ruina, con las súplicas de Daniel por el retorno de Israel bajo Zorobabel y Esdras, con el celo de Nehemías y con los reconstructores del templo en los días de Hageo y Zacarías.

En el libro Isaías, cap. 65, el profeta ve aún más lejos. Ve la vocación o llamamiento de los paganos (v. 1), la reprobación del perverso Israel, e incluso los nuevos cielos y la nueva tierra (v. 17). Y también aquí vuelve a decir el SEÑOR que Él se regocijará sobre Su pueblo (v. 19).

Y en el cap. 66:10, los amantes de Jerusalén son arengados para que se alegren con ella los que antes se habían lamentado sobre ella.

Así es como el mismo SEÑOR dice que Él, por

expresarlo de alguna forma, vive intensamente la historia de la Iglesia, y que en tiempos de apostasía se aíra con ella, y que en tiempos de reforma o conversión se goza de ella.

Yavé se enfada, y setenta años más tarde vuelve a alegrarse con Israel. El SEÑOR se aíra con nuestros padres o antepasados del siglo XV, y ¡en tiempos de la Reforma se goza!

La Biblia, desde el principio al final, está llena de esta presentación de un Dios que, por así decirlo, también vive en el tiempo. El SEÑOR Dios, en cada día de la creación expresó algo distinto. En el Edén dio Su mandato, y después llamó a Adán, —y en Apocalipsis 21:4, está la promesa de que *entonces* (finalmente, cuando el primer cielo y la primera tierra hayan pasado) Dios enjugará toda lágrima de los ojos de los elegidos.

¿Cómo, pues, llegamos a la idea antibíblica de un Dios inmutable, invariable y extemporáneo?

—Porque la idea de la divinidad de la filosofía griega ha penetrado en la iglesia. La filosofía griega llamaba a la divinidad: el Ser supremo. Y hablando de la “esencia” de las cosas, la dogmática hablaba, siguiendo los pasos de la filosofía griega, de la “esencia” de Dios.

Y entonces era lógico que el nombre de Yavé: “Yo soy el que soy” (Ex. 3:14), fuera explicado sencillamente como: “el ser eterno”, o “el que es”.

Cuando las Sagradas Escrituras hablan de Yavé como del Eterno en el cual no hay cambio o sombra de variación, entonces se resumía todo esto a la manera griega: como “el Ser inmutable que vive fuera del tiempo”. Mientras que en todos los textos bíblicos se ensalza la *fidelidad* de Dios. ¿Qué quiere decir si expreso que un trozo de mármol no cambia? ¡Pues no hace falta explicación! Que el dios griego (el Ser) no cambie no es razón para alabarle. No puede hacer otra cosa. Pero que Yavé no cambie en Su *fidelidad*, que Él, tras la *ira* y la *cólera* sobre Su iglesia, conceda constantemente reforma, y que nuevamente se alegre de esto, ésta es la razón para la alabanza y la honra al Dios inmutable de las Sagradas Escrituras.

Esta representación o imagen de Dios nos parece extraña; sin embargo, no es una invención nueva. Gesenius,

en su Diccionario Hebreo, al comentar la palabra “Yavé”, dice que “SER”, en Ex. 3:14: “Yo soy”, no significa el “*ser-de-la-Esencia*”, sino el ser *histórico*. Por consiguiente, Yavé no puede ser traducido como: el que Es absoluto o el Ser absoluto, sino como la Persona libre e independiente que vive y convive en la historia libremente, y que en la historia *se manifestó inmutable en fidelidad*. (No inmutable en “esencia” o en “disposición de ánimo”, sino en *fidelidad*).

Y en esto se encuentra un gozo inmenso para el pueblo de Dios. Pues una esposa no se goza de un esposo que sea tan frío e inmutable como una imagen de cera, sino de un hombre que aunque no siempre sea inmutable ni tenga el mismo humor, sin embargo, es fiel en el amor por encima de todo.

La idea griega de Dios, como de un “Ser Supremo que no puede sufrir cambio alguno”, nos impide muchas veces preguntarnos a nosotros mismos, si Yavé, Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, está airado ahora, en estos años, con Su Iglesia, y la abandona; o bien, si ahora se puede regocijar de ella.

También podíamos preguntar de esta manera: ¿Crecemos en gracia ante Dios (como Samuel, I S. 2:26; y como Jesús Lc. 2:52), o... decrecemos en la misma?

El “Ser Supremo” antes citado, siempre tiene el mismo humor para todas las generaciones; no así Yavé en las Sagradas Escrituras. Esto, por una parte, nos puede angustiar; pero, por otra, también nos puede consolar; porque oraciones como el Salmo 102, pueden *hablarnos* expresa y muy directamente, y, en general las Sagradas Escrituras nos pueden volver a *enseñar* a orar.

4. “Los reconoció Dios”

“Aconteció... y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y subió a Dios el clamor de ellos. Y oyó Dios el gemido de ellos y se acordó de Su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios”.

Ex. 2:23-25

Los israelitas tenían que aguantar lo insufrible. Padre Abraham también había experimentado *algo* de esta angustia, cuando *una grande y angustiosa* oscuridad cayó sobre él (Gn. 15:12) por causa de la opresión que vendría sobre su descendencia. La angustia era tan grande que los israelitas lloraban lamentándose; es más, daban gritos de dolor. Aquí recordamos el llanto de dolor de madres cuyos hijos recién nacidos eran arrojados al río. Pero en este texto leemos: "a causa de la servidumbre"; por eso suspiraban y gritaban los israelitas. Esto no fue solamente un grito de *angustia* sino también una invocación al derecho.

Pues Israel había entrado en Egipto como pueblo *libre*, y allí había crecido como pueblo *libre*. En Egipto había adquirido derechos; y estos derechos se les habían quitado ahora por Faraón, el cual les había colocado bajo el terrible yugo de la esclavitud.

Ahora bien, las Sagradas Escrituras nos enseñan que Dios se preocupa del extranjero, la viuda y el huérfano; que Él tiene un cuidado *especial* de los miserables que no tienen ayudador alguno.

Cuando "ellos clamaren a Mí", por causa de opresión, Él les vengará rápidamente (Ex. 22:22-24).

No, Él no es la "Divinidad" inmutable que cataloga toda injusticia igualmente grave, o que no la encuentra tan grave porque todos los hombres hacen injusticia. Él es un Dios que *discierne agudamente*; y que toma muy a mal la injusticia que se hace a los débiles.

Las Sagradas Escrituras también nos enseñan que Dios ha establecido Su Pacto con Abraham y su descendencia, y que aceptó esa descendencia de Abraham como *pueblo Suyo*. Y de este pueblo está escrito: "el que os toca, toca a la niña de Su ojo", es decir, Dios soporta muy mal que ofendan a Su pueblo. En el desierto guardó y cuidó a Su pueblo como a la niña de Sus ojos, y como el águila hace con sus polluelos, así Él llevó a Su pueblo sobre sus alas (Dt. 32:10-11; Zac. 2:8).

Para el moderno concepto de Dios, parece profanador el decir que Dios *se enfada* sobre un par de fuertes que oprimen al débil. Y parece ser doblemente profano si uno se atreve a afirmar que Dios *se interesa vivamente* de aquello

que nuestros medios de información escriben acerca de Su Iglesia.

Para la conciencia actual, el moderno "Ser Supremo" está muy por encima de todo esto. Y nosotros, frecuentemente y como sin querer, tenemos esta misma idea acerca de Dios.

Pero las Sagradas Escrituras hablan de Dios mucho más fuertemente de lo que nosotros jamás nos atreveríamos a hacer. Por ejemplo, la expresión profética: "Heme aquí contra ti..." (Nahum 2:13), significa: Yo quiero pelear contigo.

En algunas regiones de mi país (Holanda), los muchachos que manifiestan una actitud belicosa suelen decir: -"¡Te echo una pelea!". Y de uso común es la expresión: -"¡Ya te cogeré!". En las Sagradas Escrituras hay expresiones de la "ira" de Dios que dicen: Su ira subió en Su nariz, es decir, la ira que hace vibrar las alillas de la nariz.

¿No sucede esto ahora en Dios?

También las Sagradas Escrituras hablan de Dios manifestando que Él se inclina amigablemente y presta atención para oír lo que pide el que le suplica. Como alguien nos escucha benévolamente, así hace Él también. Él inclina el oído, y *mira* a quienes se refugian en Él. Él *dirige Su mirada* amorosa a los miserables, y *escucha* su clamor. Él alarga Su mano para ayudar a alguien que pasa por grandes necesidades, y Él siente subir a su ánimo la misericordia cuando piensa en Sus hijos. Él se goza a veces de Su Iglesia como un esposo con su esposa. Él es celoso, y después perdonador. Él, en amor, calla sobre Su pueblo, y a Efraín lo considera como un niño mimado. Él conoce a todas las gentes de Nínive, pero también tiene en cuenta a los niños pequeños, y asimismo considera a los animales y las bestias como algo de valor. Él permite a Abraham consultar con Él acerca de Sodoma, y accede una y otra vez cuando Abraham disminuye el número de los justos. ¿Todo esto ya no ocurre más en Dios?

Para salvar la idea del Ser Supremo inmutable, algunos dicen a propósito de los ejemplos mencionados: -Sí; pero aquí tenemos un *lenguaje figurado*.

Mas, ¿dónde enseñan las Sagradas Escrituras que las palabras de Nahum -"Heme aquí contra ti..." (2:13)- contra

Nínive era un lenguaje figurado? ¿No se podía notar en la destrucción de Nínive *concretamente la ira real y auténtica* de Dios, la cual hacía vibrar las alillas de Su nariz (Nah. 1 y 2), porque esta ciudad había tocado a Su pueblo?

Todas las Sagradas Escrituras están saturadas de esto: que el SEÑOR, *alternativamente*, se aína y es benévolo, según las circunstancias.

A la luz de esto, ¡cuán plenamente consoladoras sueñan, pues, estas palabras: Dios oyó sus lamentos...; Dios *se acordó* de Su pacto...; Dios *miró* a los hijos de Israel...; Dios les conoció...!

Como alguien recibe a los hijos de un amigo de juventud, que se quejan, les *oye*..., y *se acuerda de la vieja amistad* con su padre..., y *mira a esos niños* y reconoce en ellos los rasgos de su padre..., y *les conoce* como los hijos de aquel amigo.

En nuestros días, muchos hijos del Pacto se encuentran en el Egipto espiritual de la concepción moderna del mundo. Este Egipto ha comenzado a imperar sobre ellos por medio de la enseñanza, y lo hace con dureza, de tal manera que ya no saben qué hacer y protestan por motivo de las pesadas cargas que el humanismo, la autoperfección y la introspección les impusieron. Por ahí andan muchos que claman bajo ese peso.

Puede ser que Dios *oiga* su clamor, y *se acuerde de Su Pacto*, y les *mire* y... les *conozca*. Tal y como en otros tiempos hizo con Israel.

Si Él ahora nos conoce así, entonces llega hasta nosotros la salvación de los enemigos, por medio de Su poderoso brazo.

5. Montón de trigo y de paja

"Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí... os bautizará en Espíritu Santo.

Su aventador está en su mano, y limpiará su era, y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja..."

Mt. 3:11-12

El Señor Jesús vino a los Suyos (al pueblo de Israel), pero los Suyos no le recibieron. Así pues, la actuación de Jesús también es motivo de división entre los judíos. *Se produjo una escisión en el pueblo de Dios.* Con la actuación de Jesús se dividieron los espíritus; y entonces comienza la limpieza de la era. Por una parte, el trigo (la iglesia), por otra, la paja (el pueblo judío incrédulo). Frecuentemente se piensa que esta separación *comenzaría* con el día del juicio final. Pero en la separación de los dos grupos –“discípulos de Jesús” y adversarios– se está verificando el juicio sobre el pueblo judío, y la destrucción de Jerusalén encuentra su imagen en el montón de paja ardiendo, acerca de la cual habló Jesús.

El Señor Jesús, pues, se dispone ahora a aceptar esa diferencia, cuando comienza Su predicación.

Por una parte, se dirige a Sus discípulos con un reiterado: “*Bienaventurados*” (Mt. 5:1–11).

Y por otra, expresa a fariseos y escribas –representantes y portavoces de los judíos enemigos de Cristo– Su: “*Ay de vosotros*” (Mt. 23:13–39).

Como siervo de Yavé –de ese Dios que se aíra o muestra gracia y mira lleno de amor–, Jesús dice ahora a Su iglesia (pequeña), a los pobres, a los que lloran por Sión, a los mansos, a los que tienen hambre de justicia, a los misericordiosos y limpios de corazón, a los que son perseguidos por el mundo..., que son bienaventurados, dichosos.

Pero a los incrédulos judíos, en nombre de Yavé, el cual puede airarse terriblemente, Jesús tiene que decirles: “ ¡Ay de vosotros, los que *ahora* estáis saciados...! ¡Ay de vosotros, los que *ahora* reís...! ¡Ay de vosotros...!” (Lc. 6:25–27). También en el mundo cristiano entra el Señor Jesús ahora con Su Palabra, y se ocupa de “*aventar*” en Su era. *También ahora hay división; también ahora hay reforma, purificación y recogida del trigo, y junto a esto la recogida de la paja en un montón que cada vez se va haciendo más grande.*

También ahora Cristo, por Su Palabra y en Nombre de Yavé, a uno le dice “bienaventurado”, y a otro, “¡Ay de ti!”.

El que Dios me haga oír Su “bienaventurado”, o sobre mí exprese Su “ ¡Ay de ti!”, marca una gran diferencia.

Ésta es la diferencia de *ser trigo* o *ser paja*, de ser llevado al granero, o ser quemado en un montón.

Esto determina toda nuestra dirección de vida, y la fija para nuestro futuro.

Esto *no* quiere decir que Dios nunca se enfadaría más con nosotros. Esto no puede impedir que nunca entristezcamos al Espíritu Santo. Pero ciertamente determina la dirección u orientación de nuestra vida.

Moisés o Datán, Pedro o Caifás, Pablo o Ananías, ¡qué gran diferencia!

Aunque el Señor estuvo airado con Moisés, sin embargo no era como Datán; aunque el Señor Jesús llamara a Pedro "Satanás", sin embargo no era como un Judas, un "rechazado"; aunque Juan Marcos no fue útil para Pablo como colaborador para su segundo viaje misionero, sin embargo no fue como Alejandro, el fundidor de cobre; aunque los hebreos merecían el castigo porque fueron tardos para oír y como niños de pecho necesitaban tomar "leche" (He. 5:12-13) y aunque debieron ser amonestados *seriamente* en vista al peligro de apostasía e infecundidad (6:4-8), sin embargo el escritor se apresura a decir: Pero, amados, estamos convencidos de algo mejor..., pues Dios no es injusto para olvidar vuestra obra "a los santos" (6:9-10).

La separación entre iglesia y mundo —y *la crisis en la iglesia*, por la cual Cristo purifica constantemente Su era—, son enseñados muy expresamente en las Sagradas Escrituras.

Y la práctica de la vida también nos enseña *que la iglesia es purificada constantemente*, cuando la Palabra de Dios opera con poder en las conciencias, ya sea que, por una parte, se escuche la Palabra, y, por la otra, surja *oposición*. En toda reforma —propiamente en el silencio de una predicación normal y en la enseñanza corriente de la Biblia— se produce esa crisis.

En nuestro tiempo existe la tendencia a cerrar los ojos a esta obra de Cristo en Su era. Pues se prefiere no oír hablar de esa división de trigo y paja, y se opta por revolverlos con el "piadoso" razonamiento de que todos nosotros somos iguales ante Dios, lo cual es un pensamiento muy antibíblico.

Nicodemo y Caifás no fueron iguales para Dios. El uno

era del montón de trigo, y el otro pertenecía al montón de paja en la era.

Al primero, Jesús le dijo: "bienaventurado"; y al segundo: "¡Ay de ti!"

6. Hallar gracia en Dios

"Pablo... a la iglesia de Dios que está en Corinto... gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Gracias doy a mi Dios por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús..."

I Co. 1:2-5

"Hallar gracia", en el sentido en que esta expresión aparece en las Sagradas Escrituras, es un hermoso tema. La quimera de la revolución de que todos los hombres serían iguales en todos los terrenos, ha hecho caer en descrédito este concepto, como si fuese *humillante* para un hombre el "hallar gracia" en otro. Sin embargo, este mismo tema, felizmente, aún se encuentra muchas veces en la práctica diaria.

No se precisa ser complaciente o adulator para ver en los ojos de alguien que se "ha hallado *gracia*" ante él. Y en este "hallar gracia" no hay humillación, sino exaltación.

Por lo demás, cada hombre, exceptuados los psicópatas antisociales, goza de la complacencia de otros.

Pero, si acostumbramos a mirar a la cara a los hombres mortales para "hallar gracia" en sus ojos, y si por eso nos parece muy duro si nos encontramos con una figura ridícula; y si toda persona hace lo que puede para "hallar gracia" a los ojos del público o de sus amigos, o, en el caso de almas solitarias, en una persona que se ama, ¿cuánto más no nos debería interesar hallar gracia en Dios? ¿Cuánto más no debería siempre estar vivo en nosotros el deseo de encontrar *gracia en Dios*?

Si un patrón parece estar enfadado, esto puede deprimir al siervo. ¿También a nosotros nos deprime alguna vez el pensamiento de que el SEÑOR *está enfada-*

do ahora conmigo? A veces se hace todo lo posible para mantener o ganar la complacencia de los hombres. ¿Nos importa algo el recibir la complacencia, la gracia y la benevolencia de Dios?

En nuestra vida escolar puede ser muy hermoso si notamos, en la dirección o en un inspector, que nuestro trabajo les agrada al mirarnos amigablemente; y podemos sentirnos derrotados si se nos hacen observaciones. Pero *¿nos es indiferente el juicio de Dios sobre nuestro trabajo y la manera en que Él nos mira en nuestra tarea?*

El "Ser Supremo" (de los filósofos) no se inmiscuye tanto en esa concreta realidad de lecciones y trabajo escolar, etc., ni en el método, ni en los resultados de nuestra enseñanza, ni en nuestra preparación para el trabajo. ¡Para eso están la Dirección y la Inspección!

Mas Yavé, el Dios que hace justicia a los oprimidos y protege a Su pueblo, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, —ese Dios que *oye y ve*, a diferencia de los ídolos—, Él cuenta con nuestro hacer y dejar de hacer si somos de Su Iglesia. Él nos mira con complacencia, también con ira según vivamos conforme a la carne, o conforme al Espíritu.

La bendición apostólica, frecuentemente pronunciada en la congregación, nos recuerda una y otra vez la gracia que Dios tiene *en Cristo* para con Sus hijos..., lo cual debe ser para nosotros el acicate o motivo para buscar Su gracia en Cristo. Las consecuencias de esto se evidenciarán en la vida. Porque hay diferencia entre si hallamos gracia en el Todopoderoso, o si Su descontento está sobre nosotros, por ejemplo, a causa de pecados inconfesados y maldades retenidas en un "camino de perversidad" (cf. Sal. 139:24).

7. Profetas que profetizan desde su corazón

"Por tanto, así ha dicho Jehová... Estará mi mano contra los profetas que ven vanidad...

Sí, por cuanto engañaron a mi pueblo, diciendo: Paz, no habiendo paz... Por cuanto entristecisteis con mentiras el corazón del justo, al cual yo no en-

tristecí, y fortalecisteis las manos del impío, para que no se apartase de su mal camino...

¿Y habéis de profanarme entre mi pueblo por puñados de cebada y por pedazos de pan, matando a las personas que no deben morir, y dando vida a las personas que no deben vivir, mintiendo a mi pueblo que escucha la mentira?"

Ez. 13:8-10, 22 y 19

Hablar de paz al pueblo de Dios y a sus hijos en el nombre del SEÑOR, ¡es una obra tan hermosa! Cuando Israel se reunía ante la presencia del SEÑOR, el sacerdote debía bendecirles con estas palabras: "Jehová alce sobre ti su rostro, -(como un padre alza su cabeza para procurar que a su hijo no le sobrevenga mal alguno)- y ponga en ti paz" (Nm. 6:26).

También esto sucedía realmente. El SEÑOR bendecirá a Su pueblo con paz (Sal. 29:11). Hablará paz a Su pueblo y a Sus elegidos (Sal. 85:8).

Bendecirá a los que temen al SEÑOR, a pequeños y grandes; el SEÑOR aumentará la bendición sobre vosotros, sobre vosotros *y sobre vuestros hijos* (Sal. 115:13-14).

Así pues, también en la escuela está permitido proclamar las grandezas de la paz que el SEÑOR derrama sobre Su pueblo y sobre sus hijos. Y también allí se debe oír el lenguaje glorioso de Pablo: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (Ro. 5:1). Y como los discípulos, al entrar en cada casa, debían decir: "Paz sea a esta casa", así no sería inadecuado e inoportuno que cada maestro cristiano, al entrar en un colegio cristiano, dijera: -¡Paz sea a estos escolares!

Y si allí hay un hijo de paz, también descansará la paz sobre él (Lc. 10:5-6). Esta paz es muy excelente; porque no sólo comprende una cierta situación feliz de ánimo, sino que significa paz entre Dios y nosotros: ¡Que Dios no está enfadado con nosotros, que es nuestro Padre cuidadoso que alza Su rostro para procurar nuestro bienestar!

La paz de vuestros hijos será *grande* (Is. 54:12). Es la paz de Dios, la cual también sobrepasa a todo enten-

dimiento (Fil. 4:7), es decir, que es tan amplia y tan incomprensible, que no podemos comprenderla totalmente. De esa paz no se dice que el ánimo de la persona deba estar lleno de ella (lo cual también puede ocurrir, pero es secundario), sino que *guarda* los corazones y deseos en Jesucristo (Fil. 4:7).

Si el SEÑOR alza Su rostro sobre nosotros y sobre nuestros hijos, entonces somos *guardados* del enemigo, el cual nos ronda como león rugiente; también somos guardados del espíritu del siglo, el cual “embota y endurece los pensamientos” y “pone un *velo*” sobre el corazón al leer las Sagradas Escrituras (II Co. 3:14-15).

Pero, ¡ay de nosotros, si el SEÑOR *no* alza Su rostro sobre nosotros, sino que nos oculta su mirada, y nos vuelve la espalda, y nos deja andar en nuestros propios caminos, y nos entrega a ese espíritu de mentira que hace infructuoso el leer las Sagradas Escrituras! ¡Ay, si el SEÑOR llega a su iglesia para ejecutar *el castigo del Pacto*! (Lv. 26:25). Entonces moriremos, y nuestros niños de cuna, y nuestros hijos en edad escolar, y nuestra juventud, —todo se habrá perdido. Entonces, el hablar de paz al pueblo de Dios y sus hijos, así en general, será juzgado por Dios como falsa profecía, y extenderá Su mano contra los maestros de escuela que así hablaron de paz a hijos de una generación maldita.

¿Cuándo ocurrirá que el SEÑOR ejecute “la maldición del Pacto”?

No cuando el pueblo del pacto haya pecado por *error* (Nm. 15:22-25); pues para esto hubo reconciliación; y para esto está en vigor la oración cotidiana: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mt. 6:12).

Tampoco cuando el pueblo de Dios haya *caído*, y se dirija al SEÑOR como David en el Salmo 51; porque también para esto está la “aspersión de sangre con hisopo”.

Tampoco cuando el pueblo de Dios, caído y viviendo lejos de la ley de Dios y luego corregido una y otra vez por la mano purificadora del SEÑOR, finalmente se convierte.

El SEÑOR ejecutará la maldición del pacto sobre Su pueblo y sobre los hijos de éste, cuando ellos, después de muchísimos avisos y amenazas (léase Lv. 26:14, 18,

21 y 23), no quieran escuchar para andar en los caminos del SEÑOR, para guardar por parte de ellos el pacto del SEÑOR. Y si sucede como en Jer. 6:29... *entonces* no se podrá hablar de *paz*.

Pues entonces nos encontramos exactamente en los tiempos de los falsos profetas; pues ellos hablan de: "¡paz, paz!" en la iglesia y en la escuela, —¡cuando Dios habla de *destruir*!

Cuando Él, airado, habla sobre Jerusalén: "... y cortaré de ti al justo y al impío" (Ez. 21:3), entonces ellos dicen: "Paz para Jerusalén". Pero no es palabra del SEÑOR, sino propio del corazón humano que cada uno desee "lo mejor". ¿Y no sería esto lo que intentaban los (falsos) profetas?

Pero, cuando hay "pueblo de iglesia" —y una población escolar— que no temen al SEÑOR y no se recatan de cometer desvergonzadamente cosas que excitan la ira de Dios; cuando hay ministros de la Palabra y maestros que no odian *el pecado* en el pueblo de Dios y sus hijos, sino que sólo lo utilizan como una oportunidad para hablar "evangélicamente", y piensan que este "pecado" puede ser fácilmente arrojado y olvidado en nuestro mar del olvido si allí se dan tales circunstancias, entonces los falsos profetas pueden tener por ya dicho y afirmado que el SEÑOR levantará Su mano contra ellos.

Entonces, ¡ay de ese "pueblo de iglesia" y de esas "clases escolares" y de los hijos de ese pueblo, porque no podrán esperar *paz* alguna, sino la *espada*!

Por tanto, si los juicios de Dios llegan sobre nosotros, también los justos entrarán en grandes dificultades. Cuando un período semejante se abrió en Israel, Isafas fue asestado a trozos, Jeremías lloró sobre las ruinas de Jerusalén y fue apedreado en Egipto, Ezequiel sufrió dolorosamente por causa de su pueblo, Daniel fue "cortesano" cerca de Nabucodonosor, Baruc no pudo encontrar el ideal de su vida (Jer. 45:5) y Ebed-melec estuvo angustiado por causa de su vida (Jer. 39:17).

¡Ojalá que las iglesias —y también los colegios— *guarden santamente el pacto de Dios*, de tal manera que el pueblo de Dios —y sus hijos— aprendan a caminar en los caminos del SEÑOR, y *odien y huyan* al pecado en cualquiera de sus formas!

En nuestro tiempo, hay una fuerte corriente que llama bienaventurados –dichosos– a los impíos; que anuncia el juicio a los justos donde el SEÑOR no lo hace; y que justifica al hombre de Dostoiewski, el cual mancilla el pacto; mientras Dios, en Su Palabra, lo maldice.

¡Guardémonos de los profetas que vislumbran cosas engañosas! Ellos madurarían la iglesia y al colegio para la “venganza del pacto”.

8. Vivir en un fuego consumidor

“Así que, recibiendo nosotros un reino inconmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor”.

He. 12:28–29

“Guardaos, no os olvidéis del pacto de Jehová vuestro Dios... Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso”.

Dt. 4:23–24

(Senaquerib está ante Jerusalén) “Los pecadores se asombraron en Sión, espanto sobrecogió a los hipócritas: ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor?”.

(Respuesta del SEÑOR) “El que camina en justicia y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias...”.

Is. 33:14–15

“Por lo cual, éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días... Pondré mis leyes en la mente de ellos y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios”.

He. 8:10

A través de todas las Sagradas Escrituras se habla de la relación de pacto entre Dios y Su pueblo; y a cada paso se repite la amonestación de que Su pueblo *guardará* Su pacto; que prestará atención a las diez palabras del pacto (Ex. 34:28), al arca del pacto, a la señal del pacto (Gn. 17:11 y 14), a la sangre del pacto (He. 10:29),

y que andará en los caminos del pacto (Dt. 8:6; 1:12, etc.; Jos. 22:5; Jue. 2:22). Esto también es posible según las mismas Escrituras: II S. 22:22: "Porque yo he guardado los caminos de Jehová" (Sal. 18:21); "Porque los caminos de Jehová son rectos, y los justos andarán por ellos"; (Oseas 14:9). Zacarías y Elisabeth eran ambos justos ante Dios, andando en todos los mandamientos y ordenanzas del SEÑOR, irrepreensiblemente (Lc. 1:6).

Esta andadura en los caminos del SEÑOR, en el camino del Dios del Pacto, supone la sangre del pacto, la reconciliación en Cristo. Pero también es *fruto* del Espíritu Santo, que el Señor de la viña decididamente *exige* de Sus sarmientos. Quien no lleva fruto, lo echa fuera. Esto lo hace ahora, en tiempos de reforma en la iglesia. Entonces limpia Su era, y echa fuera la paja. En Zacarías, cap. 5, se maldice al ladrón y mentiroso existente entre el pueblo que ha regresado del exilio, y el pecado es conducido a Babilonia en un efa, con un plato de plomo como tapadera.

Y cuando vino Jesús, cortó de la iglesia una gran parte de hijos de Abraham.

Pero también hay tiempos de apostasía. Como en época de Acáz.

Y entonces, el SEÑOR a veces castiga, y purifica, y amenaza con Su juicio; los pecadores son aterrados en Sión y los hipócritas tiemblan y dicen, *por propia y terrible experiencia*, lo que siempre habían olvidado: ¡El SEÑOR es un fuego consumidor!

Mas, aunque los justos aun se dan cuenta en sí mismos de sus diversas miserias, no tienen por qué hablar de Dios tan asustadamente como de un fuego consumidor. Porque para aquellos que guardan Su pacto, el SEÑOR es un Dios que *guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres* (Dt. 7:9-13).

Y las *palabras de este pacto* que Él ordenó a Su pueblo del pacto, los israelitas debían inculcarlas a sus hijos, para que asimismo éstos sirvieran al SEÑOR (Dt. 6:6-7 y 13).

Se está introduciendo en la iglesia una corriente que también califica a Dios de fuego consumidor para los justos y para su piadoso comportamiento (asi Karl Barth).

De esta forma, echan a un mismo montón a los jus-

tos con los pecadores y los hipócritas, y opinan, en su vana filosofía, que en esta crisis del fuego consumidor hay gracia para *todos*.

Pero las Sagradas Escrituras enseñan algo muy diferente. Porque dicen que los *pecadores e hipócritas* en Sión serán consumidos; pero que los justos *morarán* con Él.

Estos justos son –también según el Nuevo Testamento– personas en la congregación, las cuales retienen la gracia de Cristo, por lo cual les *es permitido servir con complacencia a Dios*.

Y ser agradables a Dios no es, como la falsa filosofía enseña: *permanecer* en la crisis ante Dios, sino que es: hacer las palabras del pacto escritas en las dos tablas; y en el Nuevo Pacto escritas en los corazones por el Espíritu Santo, –lo cual consiste, entre otras cosas, en obrar justicia en la vida social (Is. 33:15), en corregir al prójimo diligentemente (Lv. 19:17) y en considerarnos mutuamente (en la iglesia) para alentarnos al amor y a las buenas obras (He. 10:24).

9. Cuando la maldición del Pacto cae sobre la Iglesia

“Congregaos y meditaad, oh nación sin pudor... antes que venga sobre vosotros el furor de la ira de Jehová... Buscad a Jehová todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra su juicio... quizás seréis guardados.

Ay de la ciudad rebelde, contaminada y opresora... no escuchó la voz, ni recibió la corrección...

Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre de Jehová. El remanente de Israel no hará injusticia ni dirá mentira...”

Sof. 2:1, 3; 3:1–2 12–13

El juicio de Dios, la maldición del pacto (Lv. 26:25) se cernía sobre Jerusalén. En el nombre del SEÑOR, el profeta aún clamaba que el pueblo se convirtiese. “Sus príncipes en medio de ella son leones rugientes; sus jueces,

lobos nocturnos que no dejan hueso para la mañana. Sus profetas son livianos, hombres prevaricadores; sus sacerdotes contaminaron el santuario, falsearon la ley; Jehová en medio de ella es justo, no hará iniquidad, de mañana sacará a la luz su juicio, nunca faltará; pero el perverso no conoce la vergüenza" (Sof. 3:1-5). "Por tanto —continúa el profeta— esperadme, dice Jehová, hasta el día en que me levante para juzgaros, porque mi determinación es reunir las naciones, juntar los reinos, para derramar sobre ellos mi enojo, todo el ardor de mi ira; por el fuego de mi celo será consumida toda la tierra" (Sof. 3:8).

¡*Esperadme...*, contad con mi *venganza*!, y cuidad de vuestro comportamiento..., entrad dentro de vosotros mismos (esto en hebreo quiere decir: reuníos, prestad atención a vuestros asuntos, recoged lo necesario. Lo cual nada tiene que ver con la ascética del examen de conciencia); mirad de reconciliaros con ese enfadado Dios del pacto, antes de que sea demasiado tarde... ¡porque Él *no* os perdonará vuestros pecados! (Jos. 24:19); ¡pudiera ser que Él se volviese y tuviera aún compasión de Su Pueblo, y manifieste gracia a Sión! (Dt. 13:17).

Porque el SEÑOR no tiene *satisfacción* en la destrucción de Su pueblo, sino únicamente en el caso más extremo expresado en Dt. 28:63, donde dice que se gozará en *arrasar* y exterminar a Su pueblo, ya que en este caso, ni la oración de Moisés, ni de Samuel (Jer. 15:1), ni la de los tres varones: Noé, Daniel y Job (Ez. 14:14), podría ayudar a cambiar la voluntad de Dios. Pues en tal circunstancia, incluso estos tres varones no podrían salvar de la ira de Dios ni sus propios hijos e hijas mediante sus oraciones. Porque entonces el SEÑOR también *ha roto* Su pacto, el cual primero había quebrantado su pueblo (Lv. 26:44); el SEÑOR ha entregado Su pueblo a *cuatro* poderes: a la espada, para ser muerto; a los perros, para ser arrastrado; a los buitres y chacales, para ser comido y devorado (Jer. 15:3).

Antes de que este juicio, esta venganza del pacto, se desate sobre la iglesia, es preciso y urgente que se convierta.

Pero también los pocos piadosos que vivían en medio de los israelitas, y que se entristecían de la apostasia

sía (como Isaías, Jeremías, Ebed-melec, Baruc) y que diariamente debían resistir el escarnio (Sof. 3:18) –también esos pobres y miserables que temían al SEÑOR, y como “mansos y pacientes” eran postergados por los brutales ateos, –también esos mansos son llamados a buscar al SEÑOR y a hacer justicia, con esta promesa: *quizá* vosotros seréis guardados en el día que llegue la ira de Dios sobre la iglesia.

Y para ellos es la promesa: “Reuniré a los fastidiados... apremiaré a todos sus opresores; y salvaré a la que cojea...” (Sof. 3:18–19). Este miserable y pobre pueblo (resto) dentro de la iglesia, el cual es postergado en tiempos de apostasía, y que *sufre* bajo los juicios de Dios sobre Sión, este pueblo confiará en el Nombre del SEÑOR, aunque también muera en los días de juicio sobre la iglesia, como Jeremías en Egipto, como Santiago, el hermano de Pedro, en la crisis con los judíos, como los mártires de la Reforma en la crisis de la vieja y degenerada Iglesia Católica Romana, como los que lloran por Sión en nuestro tiempo de seducción, ahora que desde todos los lados la moderna concepción del mundo intenta engañar a los espíritus, y también en este terreno lo intenta “paso a paso”. Pero, quien pierda su alma por causa de Cristo la encontrará (cf. Lc. 9:24). También en los días más terribles para la iglesia, el SEÑOR le dice *a cada uno en particular*: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Ap. 2:10)

CAPÍTULO IX

EL “GUÍA SUPREMO” DE LOS JUSTOS

EN HEBREOS 12 se exhorta a la iglesia de Cristo a luchar y a correr la carrera, aquí en la tierra, con paciencia y perseverancia, como los héroes de la fe mencionados en el cap. 11 de la misma carta.

Pero los creyentes deben fijarse especialmente en la carrera de la fe de su Señor Jesús, quien, *por el gozo que estaba delante de Él*, ¡no tuvo en cuenta el oprobio de los enemigos y el escarnio y la condenación a la muerte de cruz! Mas ¡ahora Él ha sido ensalzado!

Así los justos, *por el gozo que está ante ellos*, pueden pelear la batalla contra el pecado “hasta derramar sangre”, y llevar tras Jesús, valientemente y como su propia “cruz”, el escarnio y el menosprecio del mundo... ¡y no tenerlos en cuenta!

Las Sagradas Escrituras ponen el acento especialmente en la conducta sencilla y humilde de Jesús.

“Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón”, dijo Él mismo.

Fue “como un niño” que se humilla, y de tal manera que el fuerte Pedro pensó muchas veces que debía ayudar a Jesús. Y Él aceptó esa ayuda en más de una ocasión. ¡Todo un ejemplo para nosotros!

1. Crecer en el conocimiento de Cristo

"Vosotros también... añadid a vuestra fe, virtud; a la virtud, conocimiento..."

II P. 1:5

Si creemos en el Cristo de las Sagradas Escrituras, el cual *aún ahora* obra entre nosotros cada día, entonces este creer no puede ser para nosotros un capital muerto ni una póliza de seguro para la eternidad.

El apóstol Pedro nos amonesta a *añadir* virtud, conocimiento, sobriedad, resignación, piedad, amor fraternal y... amor para con todos. Y asegura a sus lectores: "Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo" (v. 8).

Sobre todo aquellos que han de guiar a otros y deben llevar el Evangelio de Cristo a los niños de la congregación, pueden y deben ciertamente ir tras las cosas mencionadas con más interés que con el que estudiaban para sus "diplomas de estudio": Porque es muchísimo lo que depende de nuestra fe y de nuestra virtud, conocimiento, dominio propio, perseverancia, piedad y amor.

¿O no deben ver los niños, también por nuestra fe, que las Sagradas Escrituras aún se cumplen hoy día, y que éstas no son simplemente un "libro de la antigüedad"?

¿No deben tener nuestra virtud como ejemplo? ¿No debe ser nuestro conocimiento la fuente de la que ellos beban? ¿Por nuestro ejemplo no pueden aprender la moderación, la paciencia, la piedad y el amor?

Que Cristo también cuida ahora de los niños es algo que se evidencia *de nuestra vida escolar*.

Él fortalece nuestra fe por el uso o trato constante con las Sagradas Escrituras y por la esfera o ambiente infantil del creer sencillamente en base a la autoridad (lo cual no es creer ciegamente. Nota del autor) que los maestros podemos aprender de los niños.

Cristo rodea nuestra virtuosidad con estrechos límites de decencia y cultura, y... ojos infantiles que miran profundamente, y... chavalines que cuentan lo que ocurre en el colegio.

Él nos apremia al dominio propio en todo tipo de cosas

en las que nuestra vida cultural se propasa, mediante nuestro trabajo *ordenado*, nuestros salarios moderados, el odio del "pobre director"..., por todo lo cual el maestro corre serio peligro si se propone "imitar" al gran mundo (ésta era la situación de un maestro antes de la 2ª guerra mundial. Nota del autor). Cristo nos impele a la resignación, a la perseverancia en el sufrimiento que podemos ejercitar en muchas pequeñas cosas en la escuela, con lo cual debemos ejercitar la paciencia y dominar nuestra mala naturaleza. Él nos amonesta a la piedad en la enseñanza de la Biblia, cuando a veces inconscientemente no nos aplicamos a nosotros mismos lo que presentábamos a los niños. ¿Quién de nosotros no se ha acusado de esta manera: Yo he avisado a los niños contra algo que luego yo mismo hago? Cristo nos ata, como educadores de la juventud, con la iglesia con unos lazos más estrechos que a los otros miembros de la misma, por lo cual el amor a la iglesia se reanima frecuentemente.

Él nos pone en estrecho contacto, mediante el estudio y el trato colegial, con el gran mundo fuera de la iglesia, por lo cual podemos valorar mejor que otros los dones que Dios concede al mundo incrédulo..., de tal manera que también más fácilmente podemos mostrar amor para con todos.

Todo esto se manifiesta en nuestro cuerpo de profesores. Porque —mirándonos a nosotros mismos— aunque en todas partes pueden darse deficiencias, no podemos estar ciegos para ver que en la enseñanza rectamente bíblica, por la gracia de Dios, un gran capital de las cosas mencionadas se hace productivo para la generación siguiente.

Eso es lo que nuestro pueblo cristiano puede tener muy en cuenta y apreciar como un don de Dios.

Y ojalá que ello nos anime a no ir tras ninguna cosa vana que para nada aprovecha, sino que *busquemos* los dones mejores.

También debemos añadir conocimiento.

Nuestro conocimiento de las Sagradas Escrituras y del Cristo de las Sagradas Escrituras ha adquirido en el último siglo un sello determinado.

Ya no enseñamos por más tiempo doctrina de la fe o

dogmática resumida en catecismos y confesiones de fe, sino historia bíblica.

Esto es un cambio de gran significado para el niño. Porque éste está mucho más cerca de la historia bíblica que de la dogmática.

De ahí que en nuestro cuerpo de enseñanza el "conocimiento" se concentre principalmente en torno a la historia.

Y...que nuestros roces también surjan a cada paso en relación con la *historia* bíblica. Los teólogos lucharán con problemas dogmáticos y de crítica del texto bíblico; nosotros tropezamos a cada instante con malentendidos y "escándalos" acerca de personas históricas y hechos.

La mayoría de esos escándalos surgen porque nuestra moderna concepción del mundo no quiere unirse a la marcha del pensamiento de las Sagradas Escrituras, y entonces se producen choques. Por ejemplo: ¿No fue una matanza inhumana que Dios ordenara en Jericó que debían ser muertos todos sus habitantes?, etc.

También nos resulta muy difícil el familiarizarnos con las situaciones y manera de pensar orientales.

Además, siempre tenemos la rémora de la "espiritualización" de la historia.

Todas esas cosas nos proporcionan constantemente muchísimos quebraderos de cabeza cuando nos enfrentamos con esta pregunta: ¿Cómo les contaré esto ahora a los niños?

Y, dado que la mayoría de los predicadores tienen sus propias pegas en un terreno muy diferente, frecuentemente no podemos encontrar la solución al problema e...intentamos darle vueltas al asunto. Lo cual, como es natural, *no* redundará en aumento de nuestro conocimiento.

La mayoría de los escándalos en torno a Jesús se producen por concepciones unilaterales del Cristo de las Sagradas Escrituras. Pero acerca de estos prejuicios hablaremos en otra ocasión.

2. Ceñirse

"En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y fa-

riseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo...

Mt. 23:2

"Vuestro Maestro, ¿no paga las dracmas? Él dijo: Sí".

Mt. 17:24-25

"Jesús le dijo: Luego los hijos están exentos. Sin embargo, para no ofenderles, ve al mar, y echa el anzuelo..."

Mt. 17:26-27

Para nosotros, los nombres "escribas" y "fariseos" tienen un significado muy desfavorable. Decir "¡Fariseo!", es uno de nuestros insultos más cortantes.

En el Nuevo Testamento, sin embargo, es precisamente lo contrario. Pablo, frente a los falsos hermanos que "confiaban en la carne", puede presentar su gloria carnal o de sangre, y, entre las cosas en que se podía gloriarse, también cita que él es un fariseo (Fil. 3:5).

Y delante de Agripa demuestra su inocencia ante la ley de Moisés, con la observación de que él había vivido en Jerusalén como un fariseo.

Jesús, a la edad de doce años, aprendía de los fariseos en Jerusalén; y también estaba acostumbrado a ir a la sinagoga, donde, hasta la edad de treinta años, escuchó la predicación de los rabinos, y siguió los preceptos de los antiguos.

De ahí que como niño y jovencito no sólo creciera en gracia ante Dios, sino también ante los hombres.

Ni una sola señal de inclinación revolucionaria se puede descubrir en las Sagradas Escrituras acerca de Jesús. Y aunque toda la injusticia y mezquindad de los hombres le hayan contrariado, Él —¡el Hijo de Dios!— se humilló a sí mismo y soportó aquel peso y tuvo paciencia con la pequeñez de los hombres, —sí, también con sus grandes pecados.

En ninguna parte de las Sagradas Escrituras leemos que antes de sus treinta años actuara como Rabí, o que reaccionara públicamente contra toda clase de desórdenes. Antes bien, *sufrió* bajo esas situaciones tan desagradables.

Todo un ejemplo vergonzante para nosotros que, antes de los treinta años, reaccionamos contra todas las cargas injustas y contra toda mezquindad –casi siempre sin éxito, porque aún tenemos tan poca experiencia y tacto– y que, después de cumplir los treinta años, terminamos por rendirnos a las circunstancias.

Frecuentemente comenzamos con oposición vehemente, y terminamos con débil desilusión.

Jesús comenzó ciñéndose a la autoridad, siendo sumiso, sufriendo, y entretanto creció Su poder para la oposición. Los golpes que Él, por Su Palabra, proporcionó a los hipócritas y escrupulosos líderes del pueblo, alcanzaron tan directamente a éstos, que ahora nadie quiere llamarse fariseo o escriba.

Jesús también señaló este camino a Sus discípulos. Haced lo que ellos dicen –les aconsejó.

Él mismo hizo lo que se le pedía. Como Hijo de Dios, no estaba obligado a pagar el tributo del templo; pero, para no producir escándalo alguno, lo pagó. Porque para Él el dinero no era lo importante. Eran necesarias cosas mayores para ponerle en aprieto frente a los líderes del pueblo.

“Sométase toda persona a las autoridades superiores” (Ro. 13:1).

Nótese bien que el texto habla de “poderes”, los cuales son las autoridades *reales*, (es decir, que están en el poder. Nota del T.).

Jesús se sometió y resignó a las autoridades espirituales del pueblo aunque Él era la suprema autoridad; Él no volvió Su poder contra estos líderes ciegos, sino que se sometió a ellos. Y exigió de Sus discípulos que también hicieran lo mismo.

Sin embargo, no se sometió a ellos como nosotros nos podemos *cargar* con las faltas de nuestros líderes y autoridades. Él los veía, y sufría bajo ellos.

Y, por así decirlo, a fin de avisar a Sus discípulos de un sometimiento ciego, Jesús, después de Su amonestación en Mt. 23:2, sigue con aquel repetido: “¡Ay de vosotros!”. Con lo cual no les facilita a Sus discípulos el someterse bajo estas “serpientes”, ni el escuchar a esa “raza de víboras” (v. 33).

Este “¡Ay de vosotros!” frente a los escribas y fariseos

tenía doble poder, puesto que Él había reconocido primeramente la posición de ellos en la silla de Moisés.

Por tanto, únicamente tendremos poder frente a toda clase de mezquindad e imposición de cargas pecaminosas, si primeramente y en la práctica hemos reconocido sobre nosotros a esos poderes, y en la medida de lo posible nos hemos sometido bajo los mismos.

¡Cuánto, pues, deberíamos avergonzarnos de nuestras numerosas discordias por pequeñeces entre directores, maestros, padres, etc.! Si aprendiésemos a someternos en estas pequeñas cosas, entonces saldrían a primer plano las *grandes*; y así, en lugar de muchas "tormentitas en un vaso de agua", tendríamos una sola *gran* batalla que animaría a todos, que produjera héroes y que obraría purificadamente en nuestra vida del pueblo.

Que Cristo no esquivó esa *gran* *lucha*, y también incentivó a Sus discípulos a la misma, es algo que veremos en lo sucesivo.

3. Resistir

"Era el día del descanso cuando Jesús hizo lodo con la saliva y le abrió los ojos".

Jn. 9:6

"¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan"... "Dejadlos; son ciegos guías de ciegos".

Mt. 15:2 y 14

Pablo quería ser judío entre los judíos a fin de ganarlos para Cristo. En toda clase de cosas se adaptó a los usos judíos. Pero ese mismo Pablo clama contra los gálatas que querían introducir la circuncisión por consejo de algunos judeocristianos: "¡Oh gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó?" (Gá. 3:1); y maldice a esos judeocristianos que les habían incitado a ello (Gá. 1:8-9), y desea que sean expulsados de la congregación (5:12). ¿Por qué ese enorme celo de Pablo? -Léase Gá. 5:2. Aquí se trata de una antítesis irreconciliable: Cristo, o la circuncisión.

No se trata de la circuncisión en sí misma. Sino que se trata de ese *confiar* en la circuncisión, en la ley, y no en Cristo. Los gálatas, una vez circuncidados, podían contarse tranquilamente como pertenecientes al pueblo del SEÑOR en base a... su circuncisión.

Aquí se trata de Cristo, o de la ley. Queda descartada la reconciliación entre ambos.

Esta lucha comenzó muy pronto: durante la vida pública de Jesús en la tierra. Jesús rondaba la edad de 30 años. Dos discípulos de Juan el Bautista fueron los que por primera vez le llamaron "Rabí" (Jn. 1:39).

Desde entonces comenzó Su fama entre el pueblo, y Su influencia fue en aumento. Con ello entró Jesús en un período en el que *nosotros* nos solemos someter y somos prudentes. Debemos mantener alto nuestro prestigio, y asimismo cuidar de que no caigamos en desgracia cerca de quienes están sobre nosotros... Hemos de conservar nuestra reputación... y nos adaptamos fácilmente *en todas las pequeñeces*, aunque sean restos de un espíritu del abismo. Y corremos gran peligro de que perdamos el fino discernimiento de los espíritus, propio de Pablo, frente a los gálatas, y... que todo nos parezca "una pequeñez" en la cual nos involucramos, y que nuestro sometimiento a los poderes se convierta en servidumbre de esclavos .

¿Cuántos de nosotros, como director de un colegio, se someten a cosas que siendo jóvenes maestros condenaban como injusticia?

¿Cuántos, como examinandos, no se quejaron de las fatalidades de los exámenes tras los cuales puede esconderse el espíritu del abismo, y... como examinadores, se mantuvieron angustiosamente callados? ¿Cuántas veces, en nuestros años jóvenes, condenamos lo que hoy en día ayudamos a mantener, porque debemos afirmarnos en nuestra posición, y... aún debemos ascender lo más posible?

También hay ejemplos de hombres que ciertamente optaron por la lucha, pero, por causa de la indolencia del resto, no tuvieron fuerza suficiente para vencer, y por ello se vieron condenados a... perecer en el campo del honor.

¿No hay un refrán que habla de dejar a otro "sacar las castañas del fuego"?

Jesús se había convertido en un "Rabino": título que los fariseos gustaban de atribuirse. Y Él se puso de moda; incluso de Jerusalén llegaban los escribas y fariseos, pues también allí se había extendido Su fama; y ahora venían a oírle. Quizá llegaba a Jerusalén y tomaba un lugar de honor entre estos líderes del pueblo; y desde allí podía comenzar a reformar y dirigir...

Ellos eran dolosamente estrictos en el cumplimiento del sábado.

Y, sobre todo, respecto a la pureza externa.

Ambas cosas también estaban ordenadas en la ley de Moisés; e indudablemente Jesús mismo había cumplido estos mandamientos desde Su juventud.

Someterse, pues, *ahora* a estos preceptos debía ser muy fácil para Él. Eran pequeñeces con las que se podía conseguir mucho. Y, por el contrario, el desprecio de aquellas cosas pequeñas podía llevarle para siempre a un choque con los fariseos, y a alejarle para siempre de los grandes de Jerusalén.

Y, sin embargo, Jesús "rompió" (quebrantó) el sábado (Jn. 5:18).

Y, contra la costumbre de todos los judíos (Mc. 7:3), ¡dio a Sus discípulos permiso para comer sin previos lavatorios rituales!

¡Incomprensible!

¿Quizá buscó el choque? ¿Quiso dar escándalo? De ninguna manera.

No; el Justo y Manso (Jesús) no podía obrar de otra manera. Pues en el cumplimiento legalista del sábado y en esta pureza ritual de estos hombres se manifestaba el espíritu del abismo que el Salvador resistía en Su *obra*.

Cristo comenzaba ahora Su predicación; y en esos momentos ofrecía Su gracia.

Pero, entonces había muchísimos que, mediante un estilo de vida legalista hasta en los más pequeños detalles y por la pureza ritual, "podían confiar" que eran agradables a Dios y... no necesitaban *gracia* alguna.

Y es este espíritu del judaísmo: la ley de Moisés *frente* al Mesías, lo que Jesús prueba en todas aquellas cosas y... rechaza de plano. Por todo lo cual pierde Él la "gracia ante los hombres", que había adquirido en Sus años juveniles. Pues, en una ocasión, los escribas le habían

considerado como un niño prodigio. Pero, ahora eran ojos furiosos y despreciativos los que le miraban y juzgaban "¡ÉL tiene el demonio!". Entonces parecía encontrar Su futuro, el trono del honor en la ciudad de Dios. ¡Ahora la cruz!

Mas veamos el lado positivo.

Había pobres de espíritu, mansos (que en todas partes eran postergados), pacificadores (que siempre debían someterse), tristes, hambrientos y sedientos de justicia (que no tenían paz con su propia justicia), perseguidos, cansados y cargados bajo el doble lastre de sus pecados y de las "cargas pesadas de llevar" de los fariseos, y esas personas venían a Jesús, al Rabí de Nazaret, cuya palabra les declaraba dichosos, y cuya carga era ligera, y suave Su yugo.

Jesús no buscó el choque, sino que evitó la confrontación el mayor tiempo posible. Sin embargo, cuando comenzó Su obra, inmediatamente hizo distinción muy profundamente, hasta en las cosas más pequeñas de la vida religiosa de los judíos, y trazó con mano fuerte y firme la línea divisoria entre la religión caprichosa y la justicia propia, por una parte, y el corazón quebrantado y converso que busca *gracia*, por otra.

En ambas cosas: en el someterse y en el resistir, Jesús fue divinamente grande.

Y su línea divisoria no discurre entre "adaptarse a cosas pequeñas" y "resistir las grandes" (como frecuentemente debemos hacer nosotros por causa de nuestra falta de poder para concentrar toda la vida en una unidad).

Su línea divisoria tampoco discurre entre: "primero oponerse a todo", y luego "aceptarlo todo".

Sino que Su vida es una unidad grandísima, en la cual las cosas pequeñas y grandes tienen un lugar propio, y ninguna cosa pequeña es despreciada, o las grandes minimizadas, tal y como frecuentemente ocurre con nosotros.

Cuando Jesús "se conforma" para no dar escándalo, lo hace sufriendo. Y en Su dolor, su visión se hace más profunda a todos aquellos malentendidos, y los sondea hasta en sus más profundos fundamentos, y los ve en su relación.

Y cuando luego llega *Su tiempo*, y el poder de la pre-

dicación y *la autoridad* del Rabí le son dadas a Él, entonces nadie le puede resistir, y habla con poder, porque es el Hijo de Dios.

Pero... Su "posición" se ha perdido... La cruz se hace Su porción.

Sin embargo, Su pueblo —que comparte con Él este dolor en el mundo— glorifica eternamente al Pastor que dio Su vida por Sus ovejas.

Y nosotros oramos: —¡Enséñanos a seguirte y a negarnos a nosotros mismos, a resistir a tiempo, como Tú has hecho!

4. No ser juez

"El que pasando se deja llevar de la ira en pleito ajeno, es como el que toma el perro por las orejas".

Pr. 26:17

"Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?"

Lc. 12:13-14

En el mundo hay muchas disputas.

Y un gran porcentaje de las mismas se pueden reducir a cuestiones de dinero.

La violencia de tales disputas nos revela cuán profundamente se halla arraigado en el corazón de todos nosotros el *deseo*, la avaricia.

Por eso Jesús, después de la mencionada conversación, avisa: "Mirad, y guardaos de toda avaricia, porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee".

Para el Salvador, los asuntos de dinero no tenían gran importancia. Judas fue hecho tesorero, aunque era un ladrón.

Así, no nos maravilla que Jesús, como persona particular, no quiera inmiscuirse en una disputa acerca de negocios de dinero. Esa disputa no le inquieta en aquel momento; y por tanto, no se mezcla en ella ni se acalora por la misma.

Sin embargo, Jesús podía interesarse por cuestiones de dinero. Cuando las casas de las viudas eran allanadas. Cuando el hombre rico hacía padecer necesidad al pobre Lázaro.

Cuando un joven rico confiaba en sus riquezas.

Cuando ve a hijos del Reino que no hacen uso de su dinero para el siglo futuro tan inteligentemente como los hijos del mundo, los cuales se preocupan de guardar para el tiempo en que acabe su buena "posición" (Lc. 16:8).

Cuando oye a Sus hijos que, preocupados, se preguntan: ¿Qué comeremos, o qué beberemos?

Y también, cuando ve que la monedita de la viuda cae en la caja del tesoro del templo.

Cuando oye a Zaqueo testificar: "La mitad de mis bienes se la doy a los pobres..."

Cuando ve a María ofrendar, para preparar Su entierramiento, el *quíntuplo* del precio por el que Judas le tradicionalía.

En todas estas cosas, el dinero representa un valor eterno; y, por tanto, para Jesús no hay céntimo alguno sin significado.

Pero al dinero en sí mismo, Jesús lo califica de "el injusto Mammón".

Quien desea el dinero por el dinero, es calificado por Jesús de servidor de Mammón, es decir, del oro, el cual se convierte en un dios.

Por consiguiente, cuando en la común pelea por las riquezas surge una disputa, Jesús rechaza al que se le queja, con la observación de que Él no es juez.

Esto nos suena extraño. ¿Acaso Jesús no era el Juez de toda la tierra? ¡Ni mucho menos!

Pues Él se había despojado de Su gloria, y se había humillado, y se había manifestado en forma de siervo.

Él era "un Rabi", pero sin posición oficial; no era Juez, ni autoridad superior, ni Sumo Sacerdote en la Casa de Dios en Jerusalén.

Y tampoco actuó con pretensión alguna de estas cosas.

Y aunque hubiera prestado atención al ruego que se le hacía y hubiera quitado la razón al hermano que todo lo quería para sí, hubiese sido inútil, pues Su sentencia no era legal. Por tanto, si el perjudicado quería su parte, debía exponer sus diferencias a los ancianos.

Después de la ascensión, le ha sido dado a Jesús todo poder en el cielo y en la tierra; y, como tal, juzgará sobre todas las cosas; también sobre esta disputa. Porque entonces sí que le importará.

¡Cuán grande fue Jesús en ese permanecer en Su lugar en este mundo, en ese lugar pequeño y discreto de un Rabí sin poder terrenal... Él, a quien le correspondía todo poder en el cielo y en la tierra!

Ningún rastro de "conquistar una posición a la que se tiene derecho"; ninguna huella de pretensión social o política, aunque jamás hombre alguno del mundo pudo hacer valer semejantes pretensiones como Jesús, el Hijo de Dios.

5. Celo

"Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos....

El celo de tu casa me consume... ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto?... Destruid este templo y en tres días lo levantaré".

Jn. 2:15-19

Jesús entró con Sus discípulos en la Casa de Su Padre para orar. Y para la oración, buscó siempre el silencio, la tranquilidad.

Mas, aquí en el templo, resuena el griterío de los vendedores y compradores. Sobre todo los judíos tienen fama por su forma ruidosa de vender las mercancías. ¡La casa de oración, pues, se ha convertido en un mercado!

Peor todavía. Los judíos son vendedores *apasionados*. Ponen toda su alma en el negocio; y por eso el deseo o avaricia de dinero pertenece a los pecados específicos judíos, lo cual es severamente reprendido por Santiago en su carta (cf. Stg. cap. 5).

El comercio, practicado con pasión, conduce muy fácilmente a la mentira y al engaño e injusticia. ¡Y todo esto en la Casa de oración! De manera que casi se hace imposible entrar.

Y de tal forma que el pueblo que entra para orar es

distraído, y abandona, desilusionado y avergonzado, el templo.

Y entonces ocurre lo que leemos en Jn. cap. 2: el celo se desata y arrastra consigo al Santo; nadie puede evitarlo. "Aquello debe cesar". Y los traficantes, vendedores y cambistas huyen despavoridos del templo, aunque tenían permiso de los sumos sacerdotes; pero, ante Aquel celoso del templo, deben marcharse.

Sin embargo, las consecuencias no se hicieron esperar.

Los judíos buscan a Jesús y le preguntan por Sus derechos para aquella manera de obrar.

Pues bien, Jesús ya había pronunciado un fundamento: que habían profanado la Casa de Dios, la cual debía ser una casa de oración.

Su acción podía asemejarse a la de Finees (Nm. 25:7-8).

Le piden una señal externa de Su poder sobre este templo.

Y Jesús también se la dará.

Pero en una *adivinanza*.

Sus ojos echan fuego, sus puños se cierran; ¡cuánto les gustaría matar a este Galileo que rechaza su poder sobre el templo!

Y Jesús, entonces, dice: "Destruid este templo".

Destruid mi cuerpo en vuestro odio, -lo harán.

Destruid con ello vuestro templo, -lo harán.

Y yo lo levantaré en tres días.

Su cuerpo, -del sepulcro.

El templo terrenal, -en un templo celestial.

Los judíos no comprendieron, y comenzaron a blasfemar.

Los discípulos sólo lo comprendieron más tarde.

También aquí, una vez más, -después de una demostración de real poder y tras haber sido impulsado por el fuego del celo- esta acción tan carente de pretensión que continuamente nos encontramos en la historia del Salvador.

Él podía haber dicho: ¡Yo soy el Mesías, el Señor del templo! Podía haber destituido a los sumos sacerdotes, y hacerse Él con el poder; entonces habría encontrado miles de seguidores en Jerusalén.

Sin embargo, la única pretensión que tiene en estos momentos es... que ellos le matarán; pero resucitará; que por tal motivo derribarán su templo de ellos; pero lo reconstruirá. También en su permisión de compraventa en el templo ya se hallaban ocupados *en echar abajo* el templo.

El hecho de que no le comprendieran en este momento reduce esta "palabra profética y poderosa" a una adivinanza con la que sus enemigos se burlan de Él y le ridiculizan.

Por todo lo cual, esta batalla —que los sumos sacerdotes sentían como una lucha por el poder— aparentemente concluye en una *derrota* para el celoso Jesús de Nazaret.

Aunque las conciencias de los piadosos orantes de entre los judíos comprendieron Su "celo".

Cuán grande fue también aquí el Salvador en Su celo y en Su retraimiento.

Ya como joven de doce años le había devorado el celo por la ley de Dios, y en el templo, entre los escribas... el tiempo se le había pasado sin sentir; entonces llegó su madre y... Él les estaba sujeto —¡aunque ellos sabían mucho menos de las Escrituras! (cf. Lc. 2:48-51). Y se aparta de la escena también en un momento en que acaba de darles a todos una lección.

Ahora, como hombre, el celo le llevó a la purificación del templo, y... luego se retira con una expresión enigmática, cuyo contenido no llega a explicar.

Cuando volvemos a tener celo... ¿Cómo nos va? Por lo general, no sabemos retraernos a ocupar nuestro lugar.

A veces es preciso actuar como Finees. Pero realmente hacemos más que lo que es nuestra vocación normal, y actuamos en un asunto que propiamente excede nuestra competencia. El celo nos arrastra consigo y nos hace traspasar los límites normales, porque debe ser así. De esta forma se enfrentó Elías a Acab, Lutero al Papa y Guillermo de Oranje a Felipe II de España.

Pero, una vez que hemos mostrado nuestro celo, ¡es tan difícil retraerse! Por ese celo hemos obtenido *poder*. Pues semejante persona celosa hace cosas increíbles. Así que el retraernos a *nuestro lugar* resulta entonces tan difícil. Ya que cuesta negación de sí mismo. Elías huyó de Acab.

Lutero escribió, el 31 de octubre de 1517, una carta sumisa a su arzobispo.

Y Guillermo de Oranje hizo cantar (como aún consta en el Himno de Holanda) a sus soldados que él siempre había honrado al rey de España.

Se dice: —¿Por qué el Salvador no advirtió a aquellos sumos sacerdotes que no debían permitir el comercio? —Pero si les hubiese hablado fríamente al respecto, con razón lo hubiesen considerado algo pretencioso por parte de Jesús. ¿Por qué razón debía ponerse *por encima* de ellos? Esto hubiera sido para el Rabí de Nazaret una arrogancia ilimitada: ¡¿Cómo se atrevía a leer la cartilla a Sus superiores?!

Mas el hecho de que el celo por un asunto bueno empuje a alguien a actuar, nadie lo puede calificar de arrogancia. Los discípulos lo vieron así de profundamente: “El celo de Tu casa me consume” (Jn. 2:17).

Tanto en este celo como en Su retraerse a Su lugar, Jesús fue grande. En ambas cosas llegó a resplandecer Su Majestad Divina. Pero nosotros frecuentemente fallamos *en ambas*.

6. Quebrantar costumbres

“Y (Sus discípulos) se maravillaron de que hablaba con una mujer”.

Jn. 4:27

Especialmente entre artistas y genios, hay muchas personas que en todas partes exhiben su originalidad con una cierta complacencia. Así, el último modelo de sombrero y la elegante cabellera del pintor artístico son un símbolo de que él-ella no pertenece a la gente corriente; y muchas veces se admiran las extravagancias de un genio, porque a un genio le está permitido lo que a una persona normal no le es lícito.

Si una sola persona pudo pretender alguna vez ser original, éste fue ciertamente Jesús; y, sin embargo, no observamos en Él absolutamente nada de rarezas intencionadas.

Él pudo decir en sábado: mi templo de madera sin muecas y cúpula grandiosa —el cosmos: obra de mis manos—, son para Mí un lenguaje del Padre, mejores y más puras que el culto en la sinagoga. Es indudable que muy pronto habrá notado los defectos de la religión de los antepasados y especialmente los errores de la exposición de la ley por parte de los escribas; y habrá tenido conciencia de que Él lo podía hacer mejor; pero... estaba acostumbrado a ir a la sinagoga (Lc. 4:16).

El podía haber dicho: "Yo no estoy obligado a vestirme como los demás"; y podía haber mostrado en Su atuendo exterior Su extraordinaria personalidad. Pero llevó la vestimenta judía acostumbrada. Incluso en esto no siguió a Su precursor Juan, quien también por su forma de vestir como un pobre, y por su comida de asceta, llamó la atención de las gentes. Juan fue profeta del arrepentimiento; y estos profetas, por su extraordinaria aparición, siempre atraen mucho pueblo. Esto es así aun hoy día: un pastor que actúa como predicador de arrepentimiento, con voz poderosa, golpeando el púlpito, fácilmente tiene iglesias abarrotadas de gentes. Lo extraordinario atrae de esta manera a las gentes. Muchísimas personas no se sobreponen a este punto de vista infantil, y muchos predicadores se aprovechan de ello.

Si a los predicadores penitenciales les preocupa su trabajo —y sólo su trabajo— como a Juan el Bautista, entonces está bien; pero siempre y cuando se entienda que su actuación debe ser una excepción y no una regla. El pueblo desea muy frecuentemente en cada predicador semejante apariencia extraordinaria.

Pero Jesús actuó muy normalmente, y no levantó Su voz por las calles. Por eso algunos discípulos de Juan se irritaron.

También los de Nazaret se irritaron a causa del "carpintero". Y muchos otros también se irritaron porque había venido "comiendo y bebiendo".

Asimismo, en las relaciones sociales Jesús se adaptó a las reglas normales. Y una de estas reglas era que ningún hombre hablase en la calle a una mujer extraña.

Jesús vino para predicar; y muchos le dirigieron la palabra cuando se cruzaron con Él; y habló con muchos; e inesperadamente, a uno de la multitud (Zaqueo); pero

Su costumbre *no* fue dirigirse a mujeres; ni mujeres le hablaron.

La paciente que tocó Su vestido no pudo haberle hablado sin quebrantar las reglas del decoro; y cuando su acción es desvelada, ella habla temblorosa.

La mujer en Siro-Fenicia, que grita tras ellos, es muy atrevida y por eso los discípulos quieren castigarla con reprensiones.

Jesús se atuvo a las costumbres de la sociedad de Sus días, si bien nadie como Él debe haber comprendido los defectos de ella.

Sin embargo, se atrevió a romper las costumbres *cuando se trataba de consumir Su obra*.

Entonces pidió Él, un judío, un sorbo de agua a una mujer samaritana: y mantuvo una conversación "con una mujer", y de manera tan animada que ya no sentía ni sed ni hambre; pues entonces está ocupado en hacer la voluntad de Su Padre y en completar Su obra (Jn. 4:34). Así que la costumbre no se le vuelve una cadena o escape para no hacer las obras difíciles.

Algo de esto debieron suponer ciertamente los discípulos, puesto que no hicieron observación alguna.

A este respecto, ¡cuánto fallamos constantemente! Por una parte, ¡cuánto censuramos las costumbres y nos hacemos extraordinariamente presuntuosos por pequeñeces, a fin de llamar la atención sobre nuestra persona!

Por otro lado, si nuestra vocación y trabajo nos pide romper con las costumbres, las costumbres nos parecen como cadenas pesadas, y decimos: -Debería ser así, pero... no está bien.

Así, por ejemplo, no es buena costumbre que nos inmiscuyamos en los asuntos de nuestros compañeros de viaje en el tren. Mas..., si allí alguien abusa constantemente del Nombre de Dios, debemos, como cristianos, dar testimonio en contra, aunque con ello nos demos cuenta de que vamos en contra de la regla de que no nos debemos entrometer en lo que otros hacen.

En el colegio cultivamos determinadas costumbres. Pero para la educación es de la mayor importancia que enseñemos a los niños a saltarse las costumbres del colegio en determinados casos por causa del trabajo.

No excluyendo el cumplimiento estricto de las costumbres, sino poniendo en el punto central el trabajo, y la vocación, y el deber.

7. Sin pretensiones

"¿No es éste el carpintero?...".

Mc. 6:3

"Predicamos a Cristo crucificado... para los judíos ciertamente tropezadero...".

I Co. 1:23

Si Jesús hubiese llegado a ser la máxima autoridad de los judíos en Jerusalén, ¡con cuánto orgullo no le hubieran mirado sus paisanos de Nazaret! ¡Cómo le hubieran aclamado!

Pero su actuación carente de pretensión —como corresponde a la profética figura del Siervo sufriente— y sin embargo aquel hablar con poder por su parte, eso fue lo que les molestó: —“¿No es éste el carpintero?”, se preguntaron atónitos.

También aquí actuó Jesús no para ensalzar Su persona. Quien no quiere al Mesías *sufriente*, Él lo rechaza. No hace milagro alguno en Nazaret. En todo caso, muy contados; y les recuerda la viuda de Sarepta y Naamán como ejemplo de cómo un profeta fue enviado a extraños dejando a un lado a los del propio país.

Si no quieren reconocer a este “Carpintero” como su Mesías, se aparta de ellos (Nota del autor: De ahí también *el mandato* a Sus discípulos de que no digan a otros que Él era el Mesías, cf. Mt. 16:20). No quiere sacar pecho entre ellos, sino que *permanece* “el carpintero”.

Lo que ellos dicen como injuria, es Su grandeza; Su cruz es Su tarea de vida.

Por eso, cuando le agarran y le echan de la sinagoga, no les derriba con una palabra poderosa, sino que permanece “el carpintero”. Y cuando le llevan hasta el precipicio, se deja *conducir* por ellos (cf. Lc. 4:29) como un simple carpintero que solo no puede oponerse con-

tra la masa del pueblo. ¡Así fue desechado y conducido fuera!

¿Le arrojarán desde el precipicio?

Pero Él era Dios; tenía poder sobre Su propia vida; nadie podría arrebatarle Su vida, sino que Él la entregaría a Su tiempo. Y por esta razón... ¿les derribó ahora a Sus enemigos en aquel lugar mediante una palabra de Su poder absoluto?

No,... Él pasó por en medio de ellos, y se marchó.

El carpintero...

... ¡que era el Dios Todopoderoso!

Aquella humillación de sí mismo fue para los judíos un escándalo. Pero para Su pueblo se convirtió en el "poder de Dios para salvación". Pues "lo débil de Dios es más fuerte que los hombres" (I Co. 1:25b).

Quienes siguen a Jesús, muy frecuentemente deben actuar sin pretensiones, donde las gentes del mundo presentan como exigencia mantener el "prestigio", imponerse y hacer propaganda. Cuando los seguidores de Jesús son verdaderos y se entregan tal cual son y no se hacen pasar por más de lo que son, entonces llega en seguida la irritación y el enojo; sobre todo cuando Su palabra es poderosa, cuando influye para bien,... entonces la multitud lanza este ultraje: -¿No es éste el carpintero?

Y, esto no obstante, ¡de esos "carpinteros" fluye un poder tan grande! Y, justo por eso mismo, esa enemistad o aversión.

El diablo sabe muy bien lo que hace cuando a cristianos talentosos les da un lugar de honor en el mundo y les enseña a serpentear toda clase de curvas con el fin de conservar prestigio, situación social, presencia, "dignidad" e "influencia". Porque entonces se impiden a sí mismos hacer el bien, y se hacen impotentes, pues reciben demasiado honor.

Pero ¡esos "carpinteros"! Ellos son piedras de escándalo. Véase cómo Pablo fue considerado poca cosa en Corinto, porque *-por amor de su obra-* no les había exigido dinero, sino que con sus manos, como un sencillo hacedor de tiendas, había trabajado por su pan (cf. II Co. 11:7).

De lo que acabo de escribir nadie sacará la conclu-

sión de que nunca sea bueno mantener el prestigio. Véase cómo Pablo defiende su cargo de apóstol, y cómo también el Salvador, cuando llega el momento oportuno, se mantiene en Su puesto si se trata de Su obra de Mediador. Por ejemplo, frente a los fariseos, frente a Herodes (... "decid a aquella zorra..." Lc. 13:32).

Mas *no* nuestro prestigio, *no* nuestra persona, *sino* *nuestra vocación* debe determinar nuestro comportamiento en estos casos.

También en la escuela se necesita mucha sabiduría para conservar nuestro prestigio frente a niños desobedientes; y, sin embargo, también debemos entregarnos sin pretensiones a nuestro trabajo entre los niños.

Y si esto último en el mundo –también entre los niños– da ocasión de escándalo, no por ello debemos buscar en nosotros mismos nuestra salvación y felicidad, sino que también en la escuela hemos de aprender a cargar con esa cruz de "carpintero".

Pues *el mantener los derechos propios sin querer negarse a sí mismo es pagano*, –no cristiano.

8. El amigo solícito

"Entonces Pedro, tomándole aparte, comenzó a reconvenirle (a Jesús)..."

Mt. 16:22

Pedro, ¡el discípulo que *reprende* al Señor!

Y esto a pesar de su declaración de fe no mucho antes de este momento: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (v. 16).

¿Cómo se atreve Pedro?

Cuando ha contemplado al Señor en Su magnificencia y en Su poder sobre los peces del mar, Pedro cae de rodillas ante Él, y exclama: "Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador" (Lc. 5:8).

Pero, por lo general, –cuando Jesús no se comporta de otra manera que como el Hombre de Nazaret–, entonces Pedro siempre toma, más o menos, una actitud paternal.

Jesús está con él en Capernaum en su casa; él es el padre en ese hogar y Jesús es invitado (Mc. 1:29; cf. Mt. 17:24-27). Pedro pagó el impuesto del templo por ambos.

Más tarde, también Pedro *cuidará* del Maestro; *él* tiene una espada; *él* no abandonará al Maestro, aunque todos se escandalicen de Él.

Y cuando ahora Jesús anuncia Su pasión y muerte, llega Pedro preocupándose por Él, y dice: "Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca", o sea, "¡Que Dios lo impida, Señor; eso no os acontecerá!" Como un padre quiere proteger a su hijo del dolor; o como un *hombre fuerte* toma bajo su protección a un amigo "débil".

Es Pedro quien no puede soportar que el Señor le lave los pies a *él*. Él es el Cristo, -pero en Su figura de siervo necesita los cuidados del amigo fuerte.

Pero, por el oscuro camino del ser zarandeado como trigo, deberá aprender que *no él*, sino el Amigo débil, es *el fuerte*.

Es indudable que Pedro en muchos casos de la vida diaria, ha *servido* al Maestro con sus fuerzas y cuidados.

Pero esta vez se inmiscuye en la obra, en la pasión de Cristo, -y esto va demasiado lejos. De ahí la profunda reconvención: "¡Quítate de delante de Mí, Satanás!; Me eres tropiezo..." Ciertamente desilusionador para el bienintencionado Pedro.

¿No había merecido más bien gratitud? La reprensión le habrá afectado profundamente.

Aquí recordamos el cuidado de María para con Él; pero también la reprensión que María encontró cuando se entrometió en Su obra en la boda de Caná: "¿Qué tienes conmigo, mujer?" (Jn. 2:4).

Portentoso: por un lado, Jesús es el débil, el pequeño que necesita el cuidado maternal y la ayuda de amigos, -y esto no obstante, Él, por otra parte, ¡está tan por encima de madre y amigos! En Su obra de Mediador está Él solo. Madre y amigos estorban más que ayudan. Pero en Su vida diaria se sienta en la casa de Sus amigos, usa su barca para navegar de un lugar a otro, recibe de amigos Su vestimenta sin costura; amigos reman mien-

tras Él duerme; amigos se cuidan de los asuntos de dinero y Judas lleva la contabilidad.

¡Cómo se humilló Él, el Dios Fuerte, el Rey de Reyes, y vino en figura de siervo!

Sin embargo, cuando llega la hora de las tinieblas y Satán da vueltas como león rugiente; cuando el pastor es herido y son dispersadas las ovejas en el recinto de Getsemaní, entonces *Él* es el fuerte que vence al diablo, y el discípulo fuerte yace por tierra vencido.

Entonces el discípulo es débil, llora como un niño, quizá con su espada colgada aún de la cintura; y entonces ya no es más el padre y Jesús el hijo; en esos momentos los papeles se cambian, y Pedro ha visto en aquellos ojos de Jesús misericordia infinita y compasión paternal; en aquella hora, el hombre fuerte se ha quebrado y roto en su propio poder, y *sólo Jesús es grande* —y fuerte.

9. Simón, ¿me amas?

"(Jesús) le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?".

Jn. 21:17

Tan profundamente se humilló nuestro Salvador ante nosotros los hombres, que, incluso como hombre, gustó del amor de los hombres. No sólo el amor profundamente *espiritual* de los discípulos que cayeron de rodillas ante Él y le adoraron con la exclamación: —"¡Señor mío y Dios mío!", sino que también aceptó el *sencillo amor natural* de las gentes.

Experimentó el amor maternal de María, que veló por Él, que cuidó de Él y le llamo "Hijo" hasta Sus doce años. También gustó el amor de los amigos. Y en Getsemaní fue como si desease que el corazón de los amigos quisiera compartir su dolor. También experimentó el amor de mujeres: de María y Marta, hermanas de Lázaro, de María Magdalena.

Pero fue, sobre todo, Pedro quien presumió de su amor especial a Jesús. Muy probablemente abrió de par en par

su casa a Jesús en Capernaum cuando fue expulsado de Nazaret; y con ocasión de la última Pascua, dice: —Aunque todos te abandonen, yo no te abandonaré. Jesús no despreció ese sencillo amor natural.

Sin embargo, es evidente que ese amor solo no es suficiente en la lucha de la fe. La triste caída de Pedro demuestra cuán fácilmente esas expresiones de amor pueden tornarse en negación.

El Nuevo Testamento usa dos palabras para significar: amar. Para el amor, como cumplimiento de la Ley, usa *agapé*, y para amar normal y naturalmente, usa *philein*. Sólo al primero quiero llamarlo: *amor*; y al segundo lo designaremos con la palabra: *querer*.

Así pues, “amar” a mis padres es más que “querer” a mis padres. En la vida cristiana, el primero es el fundamento y la santificación del segundo. Donde se echa de menos el amor, el “querer” frecuentemente parece humo de paja. Así un niño, en un momento dado, puede decir: —“Oh, mamá, te quiero tanto”; y un instante después entristecer a su madre a ciencia y conciencia. Pero el amor que es cumplimiento de la Ley profundiza mucho más; es más serio, constante, menos exagerado sensiblemente, pero muy fuerte en principio.

Así ocurre también con respecto a Jesús. Hay gentes que se apasionan sentimentalmente con el “Jesús amoroso” que ellas se imaginan. En la mayoría de los casos se dejan llevar de alguna representación, tomada de la imaginación, de cuál sería el aspecto del Señor.

También llega a suceder que cuando el que está sentado a la diestra de Su Padre les arrebatara algo muy querido para ellos, su corazón se subleva para siempre. Y es que aquel amor suyo no fue un amor según la Ley de Dios.

También Judas puede haber amado a Jesús de esta manera al comienzo de su discipulado.

Sin embargo, debemos ser prudentes en juzgar a las personas que dan rienda suelta a ese “querer” a Jesús.

También entre nuestros hijos podemos tener algunos que, ¡oh!, quieren tanto al Jesús que les es mostrado en los evangelios.

Veamos cómo Jesús, a este respecto, juzga en el caso de Pedro.

Pedro quería a Jesús. Pero el fundamento de ese "querer" era el amor auténtico hacia Él.

Sin embargo, su desmedida confianza en ese "querer" le condujo a negación. Y ahora, algunas semanas más tarde, se halla sentado desayunando junto al mar con Jesús. Entonces le pregunta el Salvador: -Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más (con amor más auténtico, profundo y espiritual) que los demás?

Y Pedro, entonces, sólo se atreve a decir: -Señor, Tú sabes que yo te quiero.

Por segunda vez pregunta Jesús: -¿Me amas? (Nuevamente ese amor como cumplimiento de la Ley).

Y Pedro dice nuevamente: -Tú sabes que yo te quiero.

Es como si Pedro no se atreviera a apropiarse ese amor profundo y espiritual.

Entonces Jesús parece conformarse con aquello, y vuelve a preguntarle: -Simón, hijo de Jonás, ¿me quieres? Es como si Jesús quisiera decirle: -¿Es eso realmente verdad? Entonces Pedro se entristeció. Por tres veces había dicho: -Yo no conozco al hombre. Y ahora por dos veces ha dicho: -Te quiero. Y Jesús le pregunta: -¿Es eso verdad? ¿Me quieres? Y Pedro no puede hacer otra cosa que, por tercera vez, confesar: -Señor, Tú sabes todas las cosas, Tú sabes que yo te quiero.

Un niño quiere a Jesús.

Llega la prueba; y el amor superficial se enfría. Pero, si allí en lo profundo del corazón ha sido derramado el amor de Dios, a pesar de todo volverá a emerger también el "querer".

Si de tal manera contamos del Salvador que nuestros niños lleguen a quererle, les habremos dado algo maravilloso que el Señor no descuidará.

Pero tengamos en cuenta que no podemos faltar a la verdad con el fin de quedarnos únicamente con ese "querer". Pues esto solo no es *el amor en el fundamento más profundo*. Así, por ejemplo, cuando no nos atrevemos a hablar de los castigos de Jesús porque nuestros hijos ya no le verían como el "Jesús amoroso", hacemos un mal trabajo. Y cuando no les transmitimos las *reprensiones* según la palabra de Jesús, como cuando conminó a Pedro: -"¡Quítate de delante de Mí, Satanás!", ciertamente cul-

tivamos el “querer”, pero no damos oportunidad alguna para que crezca el amor. “Querer” a Jesús, es bueno. Mas sólo si es alimentado por *el amor*, podrá este “querer” resistir la tentación o prueba. Todo lo demás no carece de valor; pero, esto no obstante, se secará como la semilla que cayó en terreno pedregoso, cuando “carne y sangre” son puestas a prueba.

10. El discípulo a quien amaba Jesús

“El discípulo a quien amaba Jesús”.

Jn. 21:20

Jesús amaba a todos Sus discípulos.

Y, sin embargo, había diferencia en ese amar.

Pedro, Santiago y Juan estuvieron con Él en el monte de la transfiguración; le siguieron a lo más interior del huerto de Getsemaní.

Y de esos tres, Juan ocupa el primer lugar.

Esto vuelve a chocar con nuestros conceptos que el espíritu revolucionario de “igualdad” nos ha inculcado desde nuestra juventud. “No hacer diferencias” es, pues, el punto cumbre de la justicia. Pero esto, en esencia, es la mayor injusticia. Pues eleva a los más pequeños a un lugar donde no les corresponde y donde frecuentemente sucumben, y de la misma manera frena a los más dotados a desarrollar sus mayores dones.

Este mismo error se manifiesta progresivamente en nuestro sistema de clases en el colegio. Los atrasados no pueden seguir el ritmo –pues no están en su lugar–, y los dotados deben ser frenados. La verdadera libertad es que cada cual se halle en su elemento –el pez en el agua, el pájaro en el aire–. La verdadera igualdad es que cada categoría, con respecto a la verdad, el derecho y la razón, esté al mismo nivel; no que se elimine toda diferencia.

También en el terreno espiritual ha sido alentada esa igualdad, por la revolución.

Todos los hombres son pecadores; por lo tanto, iguales. Todos los piadosos son, en Dios, queridos; todos por igual.

De esta manera, todo se hizo una misma cosa. También en este aspecto, todos se hicieron iguales.

Pero esto *no es verdad*. Dios ama a todos Sus hijos. Pero no a todos en la misma medida. Daniel fue "un varón muy amado" (Dn. 9:23; 10:11 y 19).

Jesús amaba a María, y a Marta, y a Lázaro; y amó con ternura a Juan por encima de los demás apóstoles.

El hecho de que recibieran ese amor por parte de Dios en una medida tan amplia, fue por gracia, inmerecidamente.

También existía relación con sus vidas; y esta vida era *consecuencia* de ese amor de Dios. No al revés.

Tales personas *buscan* el amor de Dios más que tesoros escondidos.

Si reflexionamos sobre esto, ¡qué gran perspectiva se abre en la vida de los cristianos! Entonces, la pregunta no es solamente: ¿soy cristiano? ¿Me ama Dios?, sino que también preguntamos: ¿Me tiene mucho amor? Y así nos disponemos a buscar ese amor.

Daniel oró y confesó: -Yo confieso *mi* pecado y el pecado de mi pueblo Israel (cf. Dn. 9:20).

Marta le sirvió de sus bienes. María se sentó a Sus pies. Lázaro hizo otro tanto; Juan fue el apóstol del amor. ¿Acaso el amor no es lo más excelso y grande?

¿Buscamos recibir de Dios amor *creciente*? ¿O todo nuestro deseo se dirige al amor creciente de los hijos, de los padres, de los "patronos", de la dirección, etc., sobre nosotros?

Esto tampoco es desechable. Pero,... Jesús crecía en gracia *delante de Dios y de los hombres*. Primero, delante de Dios.

¿Es Dios el primero también en nuestra búsqueda de amor? ¿O acaso porque olvidamos esto con demasiada frecuencia, es nuestra vida cristiana tan monótona y formal? También aquí el espíritu de la revolución ha arruinado una vida rica como una niebla fría chamusca un paisaje de verano.

Este mismo amor queremos mostrarles a todos nuestros alumnos. Lo cual viene a resultar que el amor no puede *florecer*; como una planta muy cuidada, que, ciertamente, vive pero no puede llegar a florecer.

Cuando comenzamos a atraernos la atención de un

par de chavales de una manera especial –entiéndase bien que sería con *amor* verdadero (no apreciando a unos y menospreciando a los demás), entonces habría perspectivas en la clase, y en torno a esos privilegiados se formaría un círculo de muchos más alumnos que llegarían a tomar parte en nuestro interés especial.

Y cuando realmente nuestro especial amor por uno es justo, entonces los otros niños –en tanto no hayan sido infectados de la revolucionaria idea de la igualdad– lo verán no como “privilegio”, sino que se gozarán y se alegrarán del florecimiento del amor en el colegio.

Sin embargo, a esto va ligado un peligro, y es precisamente para los privilegiados.

La madre de Juan y Santiago pidió los primeros lugares para sus hijos. Uno a la derecha, y otro a la izquierda; y aquellos hermanos estuvieron de acuerdo con aquella súplica.

Pero el resto de los apóstoles lo tomaron (¿con razón?) muy a mal.

No obstante, Jesús no les reprendió. Es curioso y digno de mención. En otras circunstancias, reprendió por egoísmo. ¿Pero no lo hizo en este momento porque de este ruego se desprendía más el deseo de amor que el egoísmo?

Jesús conocía el corazón; y Él era la *sabiduría*. También supo tener trato con las gentes como nadie antes lo había hecho. Y a aquellos hermanos les enseñó que nobleza obliga: “¿Podéis... ser bautizados con el bautismo con que Yo soy bautizado?” (Mc. 10:38). Ser fieles hasta la muerte si es preciso. Esto es lo primero que han de hacer y esperar los que buscan el amor especial de Jesús. Éste es el camino al lugar de honor.

Si nuestros niños o hijos privilegiados son puestos en ese lugar de honor, indiquémosles también aquel camino. Algún día nos lo agradecerán, tanto por el amor como por el camino. Que nuestras “distinciones” conduzcan a la negación propia y a la fidelidad; en una palabra: al auténtico amor recíproco que se olvida de sí mismo.

CAPÍTULO X

LA CABEZA DE LOS JUSTOS EN EL CIELO

ACTUALMENTE EL JEFE y Líder de la fe ya no está en la carrera terrena, sino sentado a la diestra del Padre.

Y también aquellos que han muerto en Cristo están "con el Señor".

Por esto anhelan, asimismo, los corazones de todos los que le aman. No porque alimenten la pretensión de que por naturaleza sean "moradores del cielo", como Platón y otros muchos después de él lo han pensado. No porque la tierra sea demasiado pequeña para sus elevados espíritus, sino porque el Espíritu Santo mora en ellos y ellos son hombres espirituales que por el Espíritu Santo están unidos con su Cabeza, Cristo, como *Iglesia* con su Cabeza, como Esposa con Esposo.

La *griega* añoranza del cielo procede del espíritu soberbio del hombre que se siente elevado muy por encima de la tierra donde Dios le creó.

La *cristiana* añoranza del cielo procede del Espíritu Santo que de tal manera puede estrechar los lazos de la *Iglesia* con su *Cabeza*, que el simple creyente cuando el Señor le llama, frecuentemente puede desprenderse con gozo de todo aquello que ama y le es muy querido en la tierra, y todo lo que aprecia como don de Dios, y puede

decir con el apóstol Pablo que estar con el Señor es *mucho mejor* (cf. Fil. 1:23)

Ese Cristo en el cielo está, no obstante, por medio del Espíritu Santo, *morando* en Su iglesia, y asimismo en el creyente particular.

Cristo en nuestros corazones –mediante Su Espíritu.

Pero Cristo como hombre –como “nuestra carne” en el cielo. (cf. Cat. de Hidelberg, Dom. 18, 49).

Hasta que Él retorne.

Todo ojo lo verá entonces.

Como el Hijo del Hombre (Dn. 7:13–14).

Esto será gozo para los justos.

Entonces se les hará *justicia*.

También respecto a la injusticia social (Stg. 5:1–9).

Quien piensa que la Cabeza de la Iglesia sólo se ocupa de “lo piadoso”, está muy equivocado. Él también nos toma cuenta de lo que hacemos con nuestro dinero.

1. Ver a Jesús

“El rey que se sienta en el trono de juicio, con su mirar disipa todo mal. ¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón, limpio estoy de mi pecado?”.

Pr. 20:8–9

Ya tienen que ser refinados malhechores los que con rostro de acero mienten o niegan sus fechorías ante el tribunal. La gran mayoría de los humanos se aturde, se pone nerviosa y se siente vencida ante el tribunal. Y los esfuerzos por mantenerse en su declaración pueden venir a pique por una sola mirada del juez. Cuán frecuentemente, entonces, un acusado rompe en sollozos. Su mala acción no puede ser ocultada ni negada. Y aunque aún tuviera el propósito de decir: –Estoy limpio de pecado...– no le sirve de nada; es como si el juez le atravesara con su mirada.

Pero, si en nuestros tiempos democráticos ocurre esto con nuestros jueces, ¿qué majestad tan grande no se habría manifestado en el Oriente de los grandes reyes, como

Salomón, por ejemplo, cuando se sentaban en su trono para impartir justicia?

He ahí Salomón en su trono de oro y marfil, en plena majestad. A sus pies, seis peldaños en los que *leones como centinelas* son los símbolos de su grande, irresistible poder real. Salomón, a quien los países vecinos pagaban tributo. Salomón, quien tenía un gran ejército en pie de guerra para sofocar cualquier tentativa de rebelión. Salomón, quien como joven príncipe solucionó el asunto judicial que para los ancianos fue demasiado duro (el caso de las dos madres); quien con sólo su mirada disipaba el mal y hacía temblar al culpable.

El Señor Jesús dijo: "He aquí más que Salomón en este lugar" (cf. Mt. 12:42). Esto ciertamente parecía otra cosa *entonces*. Jesús no era rey en Israel, ni sacerdote, y muchos ni lo reconocían como profeta. Autoridad no tenía; ni incluso para decidir en la cuestión de una herencia.

Y Sus discípulos (hombres muy sencillos y trabajadores manuales) iban con Él como amigos y le saludaban con un beso. Juan estuvo con Él a la mesa, y más tarde pudo escribir que le había oído, y visto, y tocado *con las manos* (cf. I Jn. 1:1).

En Patmos lo volvió a ver. Ahora en el trono a la diestra de Su Padre; ¡en el trono de David! Y entonces Juan cayó como muerto (sin sentido) de admiración ante esta majestad (cf. Ap. 1:17).

El trono de Salomón no era más que sombra; aquí estaba el cumplimiento.

Nosotros no hemos visto jamás a Jesús, ni le hemos oído, y menos tocado. Y la mayoría de las estampas que se han hecho de Él nos dan una impresión errónea, y por lo general indoeuropea. Sundar Singh lo ha idealizado según su propia tipología, pero Jesús era semita, israelita, y, en consecuencia, todas las representaciones indoeuropeas son inexactas. Pero algún día le veremos a Él, el Hijo mayor de David. Y entonces, con Su mirada, desvanecerá todo mal; y nadie tendrá el coraje de decir: -Yo estoy limpio de pecado. Pues Sus ojos traspasarán los corazones pecadores, de tal manera que no se pueda hacer uso de excusa alguna.

Ése será el momento en que se clamará a los montes y a las rocas: —Caed sobre nosotros y escondednos de la presencia de Aquel que está sentado en el trono (cf. Ap. 6:15-16).

Contemos estas cosas a nuestros hijos, *para que lo puedan saber por anticipado*, y para que ya ahora caigan a los pies de ese Rey, y tomen *en serio* el temor de Dios en el que son educados, y no menosprecien las exigencias del pacto (cf. Formulario del Bautismo en las iglesias reformadas: “Decentemente y con orden”, ed. FELiRe. Apartado 1053, 2280 CB Rijswijk, Países Bajos).

2. Anhelo del cielo

“Pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor. Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables”.

II Co. 5:8-9

Pablo ha hablado acerca de sus opresiones y persecuciones (4:8-9), del constante peligro de muerte por causa de Cristo (4:10-11) y de su cada vez más decaído “hombre exterior”. El tabernáculo terreno será destruido; pero no hay cuidado; existe una morada gloriosa en los cielos.

Y allí, con Jesús, se está bien; Él conoce a Su pueblo y no le ignora como hizo el mundo. Él prueba su corazón y lo escudriña; conoce la opinión del Espíritu en ellos, y no es tan injusto que olvidaría Su obra, aunque en alguna ocasión necesitasen una profunda corrección (cf. He. 6:10, en relación con los vs. 9, 11-12).

Sobre todo cuando los hijos de Dios aquí en el mundo padecen opresión, son ignorados y perseguidos por causa de Cristo, entonces pueden desear ardientemente que se les haga justicia, que puedan ir a morar con el Señor, aunque ello suponga vivir fuera del cuerpo. Esto no es el anhelo sin rumbo de los griegos, quienes consideraron al “alma” como originaria ciudadana del cielo, sino el anhelo de originales moradores de la tierra que, si fuera necesario, dejan la morada de este lugar y

cuerpo dados por Dios, para estar con el Señor Jesús, con el Hijo mayor de David.

Pues Éste se compadecerá de los pequeños y pobres, y liberará sus almas de la tiranía y la astucia; porque su sangre es preciosa a Sus ojos (cf. Sal. 72).

Allí son disipadas las lágrimas, y los miserables son consolados (cf. Lc. 16:25).

Ante el trono de justicia de Cristo llevarán lo que han realizado estando en el cuerpo (II Co. 5:10). Entonces los justos serán revestidos con los vestidos celestiales, y el caminar por fe será cambiado por la contemplación.

Contemplar a Jesús como nuestro Rey y Salvador, y alabarle, y recibir de Él demostraciones de amor cuidadoso, y además notar que Él se preocupa de nuestra suerte y de nuestras dificultades, y que nos ama, —¿cómo será todo eso?

Éste es el anhelo del cielo de aquellos que ya aquí desean ardientemente agradarle, y quienes por eso mismo sufren.

Pues *todos* los que quieren vivir virtuosamente en Cristo Jesús, serán perseguidos (II Ti. 3:12).

Marca una gran diferencia si nosotros enseñamos a nuestros hijos en el anhelo del cielo según la concepción griega, o en la que es conforme a las Sagradas Escrituras.

La primera mentalidad “cuadra” ciertamente a todos los hombres.

La segunda sólo es posible en aquellos que quieren agradar al Señor en su vida.

3. Morar lejos del Señor

“Sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor; (porque por fe andamos, no por vista)”.

II Co. 5:6-7.

Hubo un tiempo que hombres de carne y sangre, morando en el cuerpo, *estaban en el Señor*.

Los doce apóstoles se sentaron con Él a la mesa, y

Juan yacía a Su lado. Al saludarle le besaron, y este saludo le dio Judas, incluso, como "señal" a los soldados para prender a Jesús.

Diariamente tuvieron comunión con Él, y oyeron de Su boca el Evangelio, y también el juicio.

También hubo un tiempo que se podía encontrar a gentes que pudieron hablar de Jesús como testigos oculares.

Así escribía Juan (I Jn. 1:1-4): "Lo que hemos oído, lo que *hemos visto con nuestros ojos*, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de la vida (Jesús)... eso os anunciamos..."

Y en I Co. 15:6, Pablo dice que la mayoría de los testigos oculares que vieron a Jesús en el monte aún vivían.

Pero también aquellos testigos oculares murieron, y desde entonces toda la iglesia cristiana ha hablado de su Señor, sin que un solo cristiano lo haya visto nunca.

Jesús, de quien los cristianos *cantaron*, a quien ellos glorificaron, por cuya realeza lucharon cuando los enemigos preguntaron: "¿Dónde está?", entonces sólo pudieron señalar hacia arriba, y reconocer: -"Nunca le hemos visto". Con todas las demás personalidades históricas como César Augusto, Platón, Homero, Salomón, Abraham, Noé, Adán, también el Señor fue tomado de este círculo de la vida terrena.

Estar con el Señor, morar con Él, sentarse con Él a la mesa, hablar con Él de boca a boca, verle cara a cara, -eso ya no es posible ahora.

Porque el Señor está ahora en el cielo.

Esteban lo vio allí a la diestra de Dios.

Y Juan lo vio allí en gran gloria: un *hombre*. Pero ¡vestido con grandiosa Majestad Divina! Juan cayó "como muerto" a Sus pies (cf. Ap. 1:17).

El Señor Jesús subió a los cielos desde el círculo de nuestra vida terrena. Por eso ya no podemos vivir más por contemplación.

La tentación de que en la escuela nuestros hijos sean orientados a hacer que Jesús vuelva a *morar con nosotros*, es muy grande.

Esperamos Su nacimiento en los días de Adviento; le *vemos* en el pesebre en Navidad y vamos a adorar al *niñito*;

decimos que Él nace en nuestro corazón, y le sentimos muy, muy cerca. Si tenemos en cuenta la figura que *está cerca de nosotros, que va con nosotros*, que nos deja apoyarnos en ella, entonces vemos... la figura de Jesús que el arte nos pintó: ese rostro indoeuropeo, que tanto se parece al conocido Sadhu Sundar Singh. Se dice que una niña americana, al encontrarse con Sadhu, corrió a casa exclamando: —“Mamá, ¡ahí está el Señor Jesús!”.

Ahora bien, si reflexionamos que el Señor fue del linaje de Israel, y de Sem, entonces tendremos una muy falsa representación del auténtico Jesús histórico.

Lo que menos importa es esa representación, pues si dispusiéramos de un verdadero retrato de Jesús, (lo que podría haber ocurrido, pues disponemos de la imagen de Augusto e incluso de Homero, y de otros muchos grandes de los siglos anteriores a Cristo) entonces el peligro se haría mayor. Pues, *naturalmente*, habríamos conservado ese retrato como algo valioso, y... con ese retrato, vivir, como sin darnos cuenta, con ese Jesús del retrato; y así le volveríamos a tener viviendo con nosotros; también en la escuela; y en la iglesia. Claro, ¡como la iglesia católica romana!

Y señalaríamos, y diríamos: ¡Mira, ahí está nuestro Señor!

Y esa vida con ese Jesús de nuestra representación del verdadero retrato sería propiamente tan rica en gozo íntimo, pero también igualmente pobre en realidad y verdadero calor, como la vida con seres queridos muertos con un expresivo retrato suyo. No podemos revivir lo histórico; allí hay algo irreal. Nos hacemos una imagen, una idea, y vivimos *junto a ella*; pero no es lo verdadero. Vivimos con... nuestra representación.

Cuando en la fiesta de Navidad se dice: —“Venid y arrodillémonos junto al pesebre y ante ese Niñito”, esto es caminar por contemplación, mas lo que contemplamos es puramente *nuestra* representación. La literatura navideña abunda en tales ídolos. ¡De año a año se hace más grave la situación de ese acontecimiento!

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que *estamos ausentes del Señor*, mientras vivimos en nuestro cuerpo.

Al hablar acerca del Señor, deberíamos indicar con un lenguaje claro y sencillo, consecuentemente, que nos

referimos a la persona histórica de Jesús que también vio el apóstol Juan, pero que subió a los cielos y ahora está en los cielos a la diestra de Dios.

Entonces, llega inmediatamente en la iglesia el anhelo de verle, y ya no decimos más: –“Deseo volver a ir junto al Niñito del pesebre”, sino: –“Quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor” (II Co. 5:8).

Entonces, ya no decimos más: –“Jesús conmigo en mi corazón”; sino que vivimos en “el temor del Señor”, porque aún debemos comparecer ante Su tribunal (v. 10). Y ese Jesús (el verdadero), sentado en el tribunal de justicia, tiene otro aspecto muy diferente que nuestra representación indoeuropea del mismo.

Entonces, tampoco hablamos más de ESE “dulce Jesús, amigo de los niños” de nuestras representaciones, sino que, por medio de la fe a las Sagradas Escrituras, vemos *cuán* temido debe ser el Señor (v. 11), y procuramos traer a los mayores (y a los pequeños) a la fe en aquel verdadero Cristo del cielo, al cual ningún cristiano ha visto jamás en la tierra.

Entonces, tampoco oramos con nuestros ojos hacia adentro, sino con los ojos hacia lo alto, y extendemos nuestras manos suplicantes hacia el cielo. Porque allí está Él, y de allí viene Él, y hacia allí toma nuestro espíritu, cuando morimos.

La fe se eleva y ve por encima de todos esos “ídolos” del mundo piadoso, y se fija en Aquél de quien estamos “ausentes”.

4. “Cristo vive en mí”

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó por mí”.

Gá. 2:20

Ya hemos indicado, en palabras del apóstol Pablo, que estamos “ausentes del Señor” y advertimos contra el peligro, no imaginario, que hagamos al Señor Jesús como *mo-*

rando en nosotros (en representación e imagen), y no prestaremos atención a Él mismo en los cielos.

En el texto arriba citado, Pablo habla de cómo llega a verificarse esa comunión *mediante la fe* con el Cristo que nunca vimos.

No, no precisamos retroceder directamente al tiempo de Augusto y Tiberio, e intentar acercarnos a la "persona puramente histórica" por un camino-histórico-científico. Esto se ha intentado frecuentemente; pero no dio comunión viva alguna.

Es mucho más real y sobrio pensar acerca de aquel hombre de Nazaret, de aproximadamente el año 33, que fanatizarse con un crucifijo, o una estampa de Jesús, o una idea de Jesús-en-nuestro-corazón como un fantaseado "amigo". Después de un exagerado culto a Jesús, espíritus fríos vuelven a emprender una investigación histórica para encontrar a Jesús en la historia. Pero ninguna de ambas corrientes es aquello a lo que Pablo se refiere en este pasaje. La fe no sólo ve hacia atrás en la historia, sino que también eleva su mirada al cielo, y asimismo ve la obra de Dios muy cerca, en la propia vida.

La fe también ve hacia atrás *en la historia*.

Cristo ha sido crucificado, sacrificado como un Cordero por los pecados del mundo. Éste es *hecho de salvación* en la historia. Hacia allí miraban todos los sacrificios en Israel; y a esto mira cada administración de bautismo entre nosotros.

Cuando Pablo fue bautizado en Cristo Jesús (en Damasco, Hch. 9:18), fue *puesto* simbólica y realmente *en comunión con ese hecho de salvación* y, en la muerte de Cristo, murió al pecado y al viejo hombre (Ro. 6:4-7).

Cortado del viejo tronco e injertado en Cristo, así fue hecho *una sola planta con Cristo*. Con Cristo, el viejo hombre, Pablo, el perseguidor de la iglesia por celo hacia Yavé, ha muerto ahora en la cruz. Eso no sucede progresivamente. Eso ha ocurrido, *realmente*, en la cruz de Cristo, más o menos en el año 33, y sacramentalmente en el bautismo. Por eso Pablo puede hablar tan decididamente como de un hecho consumado: *-Yo estoy crucificado con Cristo*.

Mas, como Cristo resucitó después, así Pablo ha subido del agua del bautismo, y ahora dice: *-Yo vivo*.

Pero ese *nuevo hombre*, Pablo, es ahora como el sarmiento a la vid. Ése ha sido hecho una parte de la Iglesia de Cristo, de Su Cuerpo.

No es el sarmiento mismo, sino la vid, la que da frutos al sarmiento. En el sarmiento vive la vid, *en la Iglesia vive Cristo*, en Pablo vive Cristo. Y lo que Pablo produce en frutos como nuevo hombre, esto es... de Cristo; lo que Pablo vive, lo vive por Cristo.

Y el lazo que le une con Cristo es la fe.

No, Pablo no vive con un Cristo pensando en su razón ni en una representación de Jesús, la cual enfervoriza tanto durante la meditación y contemplación; Pablo no vive en un Cristo que mora en él o en quien él mora. En II Co. cap. 5:8, habló de "estar ausente" de Cristo, y del caminar por la fe.

El Cristo con el que Pablo tiene que ver o del cual trata, mora y vive en el cielo como Cabeza de Su iglesia, es ese mismo Cristo que murió en la cruz, y que después resucitó, y que tras cuarenta días subió a los cielos.

Ese Cristo vive en él como Cabeza de la iglesia, como vid en sarmiento.

Ese Cristo le amaba a él, Pablo.

Y *ese* Cristo se entregó a sí mismo por Pablo.

Ese Cristo se le apareció en el camino hacia Damasco.

Y en *Su* muerte, fue Pablo entonces bautizado.

Y desde aquel día, el hombre de la ley, que era intachable en la ley de Moisés, no sabía gloriarse en otra cosa que en Cristo, y éste crucificado.

La ley se le había vuelto *muerte*.

Cristo se le había vuelto *vida*.

La comunión de amor con ese verdadero Cristo—*entonces—en—la—cruz—y—ahora—en—el—cielo* es en Pablo tan auténtico, tan profundo: ¡ÉL me ha amado, entonces en la cruz, hasta la muerte!

Y yo estoy crucificado con Él —muerto y crucificado— como viejo hombre de pecado; y he resucitado con Él —en el bautismo. (cf. Ro. 6). Ya ahora vivo, por la fe, en Él.

Propiamente no soy más que un sarmiento arraigado en la vid —como una pequeña parte del Cuerpo que es regida por la Cabeza.

¿No es esto algo totalmente distinto que el moderno “amoroso-Jesús”—de-la-representación que vive en nuestro corazón, que “ha nacido allí en un momento de emoción religiosa”, y que ahora vive allí como un “Amigo”, cercado por una aureola de todo lo que es bueno y amado y bonito? Semejante Jesús puede “vivir” en nosotros (pero como un ídolo), sin que hayamos sido crucificados con Cristo en el año 33, sin que hayamos muerto al viejo hombre, y sin que hayamos resucitado a una nueva vida. También el amor es otra cosa muy diferente.

Cuando tenemos poco tiempo para meditar y nuestros pensamientos no se concentran, parece como si Él se apartara de nosotros. Entonces debemos acariciarle con el pensamiento e intentar, una y otra vez, esclarecer su imagen y probar de alimentar la piedad en nuestro espíritu, pues de lo contrario es como si se nos fuera; debemos tenerle mucho amor y ocuparnos mucho de él, pues, si no, llega el “enfriamiento” o tibieza para con el “Amigo” en nuestro corazón.

Pero véase, por el contrario, el lenguaje glorioso del apóstol Pablo: “Con Cristo estoy..., *el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*”, entonces, en la cruz, donde yo estoy muerto con Él.

¡También nosotros nos debemos atener en nuestra enseñanza bíblica al hablar acerca del Señor Jesús, especialmente a las palabras de las Sagradas Escrituras; pues el peligro de hablar a los niños acerca de ese otro “Jesús” del reino de las ideas no es ficticio o imaginario!

Y ojalá que en nuestra vida cotidiana en la escuela se ponga de manifiesto que nosotros estamos crucificados con Cristo sobre el Gólgota y en nuestro bautismo; y ahora, como miembros del Cuerpo de Cristo (la iglesia), *vivir por la fe*, y de esta forma viva *Él en nosotros*.

Quiera el Señor que cuando hablemos de Él a nuestros hijos, haya algo de *gloria y alabanza* en nuestra boca, porque cierta y *verdaderamente* nos refiramos a Él cuando hablamos de Jesús.

5. "Tener" al Hijo

"El que cree en el Hijo tiene vida eterna", Jn. 3:36.

"Y esta vida está en su Hijo", I Jn. 5:11.

"El que tiene al Hijo, tiene la vida", I Jn. 5:12.

"El que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo", II Jn. 9.

"Cristo vive en mí", fue el lenguaje glorioso de Pablo a los gálatas. Y es evidente que no se refería a su sentimiento piadoso y su representación de Jesús en su corazón, sino a su estar-crucificado-con-Cristo (en el Gólgota y en el bautismo) y al vivir *de* (desde, en) *Él* como miembro de la iglesia bajo su Cabeza, como sarmiento que vive de la vid.

También el apóstol Juan sabe gloriarse de: *tener*.

Nosotros, en cambio, casi siempre hablamos con prudencia y discreción cuando decimos: quien cree en el Hijo, *ése recibe* la vida eterna. Asimismo hablamos de *tener al Hijo*, o de: *tener al Padre y al Hijo*; y todo esto refiriéndonos al permanecer en *la doctrina*.

Pero, no; eso es muy difícil de comprender para nosotros; y por eso tampoco decimos cosas semejantes en nuestras conversaciones.

¿Y por qué es así? ¿Por qué nos ocurre esto?

Porque nosotros, al hablar de que "tenemos", siempre pensamos en algo que, por así decirlo, *está escondido* en nuestra *mano*, en nuestro *poder*, en nuestro interior, como nuestra *propiedad particular*.

Cuando decimos: "yo *tengo* la verdad", nos suena a presuntuosidad; y decir: "yo tengo al Hijo, yo tengo la vida eterna, yo tengo tanto al Padre como al Hijo", suena, en ese sentido, casi blasfemo. Nosotros, ¿nosotros "tenemos" al Padre?

El apóstol Juan tampoco lo entiende así. No es un tener "en la mano" y mucho menos "en el corazón"; pues, ¿no estamos ausentes del Señor Jesús? ¿cómo, pues, podemos tenerle de esa manera? ¡Lo que opinamos tener de esa forma podría ser una dulce representación, un ídolo, un dios falso!

Pero es un lenguaje o manera de expresarse como la del marino que dice: -"Teníamos el viento en la vela"; y

del caminante que dice: –“Teníamos el sol en el rostro”, y del pueblo que “tiene” un Rey.

Quien *cree* en el Hijo, *ése tiene* la vida eterna y ve los poderes del siglo venidero en *toda* su vida, y *también* en su corazón, en su pensar y en su sentir y en su querer; pero también en sus hechos y palabras, en sus negocios y en su trabajo. Así “tiene” la vida eterna y produce frutos de la misma. Y ¿de dónde le proviene esa vida? Esa vida está en el Hijo de Dios (I Jn. 5:11).

Y por eso, *sólo aquel* que cree en el Hijo y por la fe vive de El, (como Pablo) puede *tener* esa vida.

Y aquel que, por la fe, con Cristo ha sido crucificado, muerto y sepultado, y con Él ha resucitado (*en el bautismo ha sido esto sellado y por la fe esto también es real*) –ése tiene al Hijo, como el sarmiento “tiene” a la vid, como el cuerpo “tiene” a la cabeza, como la iglesia “tiene” a su Salvador y Rey.

Como creyentes, como congregación de Cristo, *tenémosle* a El.

Ahora bien, en la congregación siempre hubo personas que afirmaron que estaban “en Cristo”, que le tenían como su Cabeza, y esas mismas personas no guardaban Su Palabra. Éstos eran mentirosos, decía el apóstol Juan. “El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo” (I Jn. 2:4 y 6). En su tiempo ya se habían introducido doctrinas erróneas (¡y la doctrina pertenece también a la forma de “andar”!), v. g., de personas que decían que Cristo no había venido en carne. Y Juan juzgaba que ese espíritu era o procedía del mundo (I Jn. 4:3).

Pero quien guarda Sus mandamientos (y con ello también Sus palabras, Su “doctrina”, Su enseñanza), –ése es de Dios (I Jn. 4:4 y 6), y ése mismo permanece en Él (I Jn. 3:24).

Y así Juan, en este mismo espíritu, también puede escribir: “El que permanece en la doctrina de Cristo, –ése *tiene* al Padre y al Hijo”.

Quiera Dios concedernos la gracia de que también en la escuela podamos permanecer en *Su doctrina*, y, por lo general, podamos caminar en Sus mandamientos y guardarlos, de tal manera que podamos mostrar que somos de Dios y no “del mundo”; de tal manera que pueda evi-

denciarse en toda nuestra *vida* (y no sólo al hablar de nuestras experiencias íntimas), que *tenemos al Hijo y al Padre*, y que *del Hijo* recibimos la vida eterna, y que “tenemos” esa vida eterna como la poderosa “vida-de-resurrección” de Cristo, la cual, mediante la operación regeneradora del Espíritu Santo, también llega a Su Iglesia.

6. Cristo en medio de nosotros

“... dilo a la iglesia...”.

Mt. 18:17

“... todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo...”.

Mt. 18:18

“Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra...”.

Mt. 18:19

“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”.

Mt. 18: 20

“Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Mt. 28:20

Aunque “ausentes” del Señor (II Co. 5:6-7), no hemos sido *abandonados* de Él. Y si bien Él se ha alejado de nosotros, no por eso se nos ha ocultado Su *ayuda, consuelo y asistencia*. El cuerpo (la iglesia) “tiene” su Cabeza en el cielo, y los pámpanos están *en* la vid, y la vid vive en los pámpanos.

Ahora bien, es preciso tener en cuenta que Pablo, al escribir acerca de esa vida de Cristo en él, recuerda su propio bautismo, el cual señalaba hacia la cruz; y que está haciendo referencia a la resurrección (de Cristo) ocurrida en el año 33 (Gá. 2:20), y no habla acerca de sus vivencias personales, las cuales indudablemente le han emocionado con ocasión de cosas tan gloriosas. Tampoco el apóstol Juan habla en ese sentido moderno de una “soledad con Dios compartida”, sino de *perma-*

necer en la doctrina de Cristo con aquellos que tienen al Padre y al Hijo (II Jn. 9).

Y si nosotros, al leer lo que el Señor dijo ("Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"), no lo sacamos de su contexto, veremos que está hablando de Su *iglesia*, de las reuniones de los creyentes, tal como aquéllas que se celebraban en aquel tiempo en la sinagoga como "iglesia", y tal como ellos después se reunían como "iglesia" novotestamentaria.

Tampoco allí se habla en modo alguno acerca de contemplación solitaria ni de concentración de toda atención en los sentimientos personales. Pues, también durante tales reuniones, Jesús está en el cielo y no "en el corazón"; y como Cabeza está cerca de Su *Cuerpo*.

Precisamente en este mismo contexto nos hallamos al considerar el texto de Mt. 28:20: "Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". También allí hablaba Cristo a Su *iglesia*.

Por consiguiente, es bíblico decir: -Estamos "ausentes del Señor", pero Su *iglesia* no es un *Cuerpo* sin Cabeza. Pues Él está con ella y en medio de ella por Su *Espíritu*.

Según este Espíritu y por medio de la fe, conoce la *iglesia* a su Cabeza. Pues nosotros no le podemos conocer ahora, según la carne, como los apóstoles (II Co. 5:16).

En estos tiempos de radio, televisión y viajes espaciales, van desapareciendo cada vez más las distancias entre hombres y pueblos que se hallan separados en la tierra. Por estos medios, cualquier Jefe de Estado puede ponerse en contacto con sus súbditos y acudir en su *ayuda*.

Por consiguiente, ¿acaso la distancia entre la *Iglesia* de Cristo (aunque sólo sean dos personas) y su Cabeza, Cristo, en los cielos, sería tan grande que Él no podría contactar con *nosotros* mediante Su Palabra y Su *Espíritu*? ¿No podríamos contar con Su ayuda y con Su mano todopoderosa?

Y, si bien es verdad que a los hombres y pueblos a veces les falta poder para ayudar, Cristo dispone de todo poder en el cielo y *en la tierra*; y Su orden de ayuda y el mismo socorro van más rápidos que las noticias radiofónicas.

Se da, pues, un "estar ausentes del Señor", según las Escrituras. Pero también se da o existe una forma de estar cerca de nosotros, de estar-en-medio-de-nosotros (en la iglesia cuando la congregación se reúne), lo cual nos puede alentar e incitar a la *oración* (Mt. 18:19), y al temor a la disciplina eclesial (Mt. 18:18), y a hacer la paz recíproca (vs. 15-16), especialmente cuando tiene lugar en el consejo de la iglesia (v. 17, pues... v. 18).

De esta manera, la asistencia de Cristo con Su divinidad, gracia y *majestad* y Espíritu en la iglesia es mucho más peligrosa, y al propio tiempo para los creyentes mucho más real que el inofensivo y dulce "Jesús mío" para algo que sentimos en nuestro corazón.

Bien es verdad que el colegio no es la iglesia; y, por consiguiente, tampoco es la congregación de la iglesia donde el Señor prometió estar en medio de nosotros.

Sin embargo, en nuestros colegios (evangélicos, N. del T.) hay mucha juventud de la iglesia, y si en un círculo mayor que la iglesia se puede hablar de "Cristo-en-medio-de-nosotros", entonces el colegio, como congregación de niños y niñas de la iglesia para la enseñanza de la Palabra de Dios, ciertamente no será el lugar menos indicado en que Cristo esté en medio de nosotros.

Por lo demás, también los hogares donde en momentos determinados, normalmente en las comidas, cultos familiares, etc, se tiene por costumbre reunirse en nombre de Jesús; pero igualmente en las reuniones de la juventud cristiana donde se "interroga" a la Palabra de Dios acerca de cosas de la vida temporal y eterna; y asimismo el cuarto interior, que generalmente es el lugar donde uno se puede reunir en nombre de Jesús, pueden brindar la ocasión de hablar con el corazón, y así poder encontrar la luz de la Palabra.

Desde luego que debe existir tranquilidad y paz para poder analizar y profundizar en el propio corazón; pues la introspección psicológica difícilmente puede tener lugar en una vida llena de quehaceres.

Pero Jesús dice: -Yo estoy en medio de la congregación mientras ora, o mientras pone a un hermano bajo disciplina.

"La presencia de Cristo" se experimenta, según las Sagradas Escrituras, cuando, reunidas en oración las con-

gregaciones, se desea algo de forma unánime en el ejercicio de la disciplina sobre la conducta y la doctrina, sobre la predicación del Evangelio y el ministerio de los sacramentos, lo cual nada tiene que ver con la mal llamada "presencia de Cristo" en torno al fuego de campamento en una noche de verano en el campo, o en la celda monacal, o en las apariciones o visiones que tuvo "santa" Teresa de Jesús.

Por eso, el colegio o la escuela no debe aspirar a esta clase de momentos en las lecciones bíblicas; sino sencillamente a exponer la *Palabra de Dios* y a *orientar hacia la iglesia* y a adherirse a ella. Lo primordial no es lo "íntimo" o estancia interior, sino el camino de "la iglesia", ordenado por Dios, y la "predicación" y los sacramentos; y no de un modo religioso, sino eclesialmente en el sentido bíblico.

Y puesto que se dan representantes de ambas corrientes en diversas "iglesias" de nuestro tiempo, la colaboración de personas que pertenecen a diferentes iglesias es muy factible en la enseñanza. La línea divisoria: modernismo religioso o vida conforme a las Escrituras, penetra a través de los muros de la iglesia. Dentro del círculo de la enseñanza cristiana, el fenómeno de colegios "eclesiales" es más o menos casual, según los países. El posterior desarrollo de la enseñanza cristiana será dominado por la ya mencionada antítesis, y no por "los muros de la iglesia".

CAPÍTULO XI

EL TRABAJO DE LOS JUSTOS

NO, las Sagradas Escrituras no quieren saber nada de esa especie de optimismo cultural cristiano que conquistará al mundo para Jesús *por medio de la cultura*, tal como lo intentaron los renacentistas mediante su espada y su iglesia.

Quienes opinan que a través de la acción cristiana y el idealismo se logrará una forma de evolución cada vez más excelsa en la tierra, terminarán completamente engañados.

El Reino de Cristo no *es* de este mundo; pues, de lo contrario, Sus siervos o ministros también hubieran empuñado la espada.

Los optimistas de la cultura entre nosotros no conceden, por lo general, mucha fe a las sabias palabras del Predicador acerca de la "vanidad" de nuestro trabajo. Sin embargo, los hechos dan la razón al predicador (Predicador o Eclesiastés es uno de los libros de la Biblia. N. del T.).

Sin semejante optimismo cultural, pero también por la gracia de Dios, los justos pueden ser *fieles* en su trabajo en todos los terrenos de la vida donde Él les llame; pues también en su trabajo están firmes *en la fe* y obran como siervos *obedientes* del SEÑOR si llega el caso; y de esta manera su trabajo no es vano; incluso aunque

deban perder su vida a los 31 años de edad, como fue el caso de Juan Bautista.

1. Nuestro trabajo: vanidad

“Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol? Generación va, y generación viene... No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después”.

Ec. 1:2, 3 y 11

¿Es cierto que aquí habla un joven melancólico de aquéllos del peligroso período de “Weltschmerz”? En tal caso, esta tormenta de cansancio pasará de largo, y él mismo se reirá de estas palabras pronunciadas en sus “días negros”.

¿O quizá es un enjuto monje, que ha huído de todas las vanidades del mundo y se ha apartado del “laberinto del mundo” hasta el “paraíso de los corazones”? Pero entonces, él mismo no ha conocido el poder de sus palabras, pues también su vida monacal está bajo la ley de la vanidad; y su “paraíso” le parecerá una fuente de todo mal; porque del corazón del hombre proceden cosas malas.

¿O acaso la cita bíblica que encabeza este artículo encaja en la forma de expresarse de cristianos serios, que, en la línea del anabaptismo, han colgado a todas las cosas naturales la etiqueta de “vanidad”, es decir, “pecaminoso”, según su punto de vista? Frente a las cosas “mundanas” que usan e inmediatamente desdeñan, se halla ante ellos un *ideal* de “espiritualidad” que no pueden vivir; pero, no obstante, ensalzan y alaban. Aquí podemos notar cómo en la práctica se da la inconsecuencia cotidiana.

Por tanto, ni este joven, ni el monje, ni el estricto cristiano mencionado han comprendido en su profundidad las palabras de Salomón.

Este joven, en el difícil período que le ha tocado vivir, aún no conoce la vida.

Su conocimiento de la vida comenzó inmediatamente después. La realidad no complació a su idealismo, y el tener que romper con sus propias ideas le cansó y agotó. Y entonces nota y siente su propio idealismo cansado y destrozado, como si *el mundo* estuviera tan cansado y maltrecho. Algo parecido me ocurrió a mí mismo, cuando, en mi servicio militar y en una de mis guardias en un puesto de guardia, me pareció ver que alrededor de las cuatro de la madrugada la lámpara tenía sueño. Eso me parecía; pero no era verdad, lo que pasaba es que yo estaba cansado.

El joven, experimentando su propia vivencia, se pone en lugar del mundo; y la vanidad de su idealismo se la traspassa a la realidad. Mas, *entonces y de esta forma, se le escapa la visión auténtica y real de la vanidad de las cosas.*

De ahí que la "vanidad" de las cosas pueda desaparecer en él, incluso totalmente en algunos días o circunstancias, como, por ejemplo, en el día de su boda.

Pero también el monje no comprende las palabras de Salomón. Pues, cuando se toman en serio las palabras: "TODO es vanidad", cuando se ha comprendido ese "todo", entonces no se irá a buscar monasterio alguno en el mundo para escapar de esta vanidad que todo lo cubre. Salomón se reiría del monje, pues también el trabajo del hombre-monje es vanidad, y también la muerte encontrará al eremita en su claustro; y su recuerdo desaparecerá a pesar de la veneración que le presten los supersticiosos. ¡De qué le servirán entonces las reflexiones de su corazón! ¿Qué ventajas le proporcionarán?

Tampoco el cristiano protestante que se halla en la línea anabaptista ha comprendido a Salomón, cuando lo interpreta afirmando que todo (todo lo mundano, todo lo natural), en contraposición con lo espiritual, ha de considerarse como pecado, o al menos como "algo mundano", como algo que lo mejor sería abandonar lo antes posible a fin de conseguir lo espiritual contrapuesto. Quienes piensan así, deben ser consecuentes como los Rebautizantes en tiempos de Carlos V, los cuales quemaban sus ropas, y desnudos entraban en las ciudades para provocar la maldición sobre ellas.

Estos mismos llegan a decir: —Las bodas no son más que algo “mundano”, pero... ¿qué podemos hacer para evitarlo? Reír es pecado, pero..., ¿¡si no puedes evitarlo!?— Así se aprende a hacer el “mal”, puesto que por el momento no puede ser de otra forma; es decir, uno violenta su conciencia obrando “naturalmente” lo que se considera prohibido.

Pero Salomón no se refiere al pecado, ni a nuestro cansancio, ni a la vanidad humana. Él dice que las cosas cansan, que el trabajo es vano, y que las generaciones pasan.

No habla acerca de una tormenta o período lánguido de la vida, o acerca de una época de crisis muy espiritual en la vida del hombre. Salomón dice algo acerca de la realidad fuera y alrededor nuestro, o sea, acerca de la realidad que a nosotros mismos también nos lleva consigo, querámoslo o no. Por lo tanto, el joven recién prometido en matrimonio que ahora vuelve a aceptar la vida con entusiasmo, y el monje predicador, y el rebautizante que, a pesar de odiar lo mundano, celebra su boda, están ahora tan cerca de estas palabras del Sabio como en su período de enfado, huida y protesta respectivos. O, dicho con otras palabras: como quiera que vivamos o nos sintamos; ya trabajemos duro, o tengamos vacaciones; ya estemos cansados o fuertes, todo da lo mismo: las palabras de Salomón son y permanecen igualmente verdad respecto a nosotros: *vanidad, todo pasa, y la memoria de ello también pasa*. Quien ha entendido esto, no necesita suponer que Salomón habría pronunciado estas palabras en una tormenta o crisis de cansancio y hastío al final de su vida. Un anciano así se habría pronunciado de esta forma. ¡Algo muy comprensible psicológicamente! Pero los jóvenes pletóricos de vida y los hombres en la madurez de sus fuerzas, sería mejor que no leyeran estas palabras.

Pero en este texto tenemos en el uso de la palabra a la más elevada sabiduría de la vida. Pues los santos hombres de Dios han hablado por el Espíritu Santo (cf. II P. 1:21). Y también aquí nos habla este rey de Israel para nuestra enseñanza.

Cuando disfrutamos de unos días de vacaciones, fre-

cuentemente acertamos a ver el valor relativo de nuestro trabajo. Y es curioso que fuera del colegio veamos a nuestros alumnos de otra forma que en días lectivos. Nuestra disponibilidad y celo para trabajar, nuestro idealismo para superarnos continuamente, nuestro anhelo por servir al SEÑOR con todas nuestras fuerzas en nuestro trabajo, pueden hacernos dilatar mucho las dimensiones de nuestro trabajo y sobrevalorar los resultados del mismo.

Entonces llega el Predicador, y sonriente nos amonesta: —No sobrevalores tu trabajo; qué ventajas proporciona; dentro de poco tendrás que dejarlo; y luego llega una nueva generación que te olvida. Tus fallos y equivocaciones... ¡No les des tanta importancia! Y tus resultados y prestaciones... ¿quién sabrá de ellos dentro de cincuenta años? No, no; no te canses de la vida como el joven mencionado. No hay nada mejor que gozarse y hacer el bien en tu vida (Ec. 3:13); y no hay nada mejor que el hombre se goce en sus obras, pues ésa es su porción (3:22).

Y es de la mano de Dios, que el hombre coma y beba, y que él se lo pase bien en su bregar, ¡oh monje! ¡Yo, Salomón, no fui ciertamente un ermitaño! (2:24-25).

Y tampoco fue *pecado* por mi parte, cuando puse todo mi corazón en escudriñar con sabiduría y averiguar todo lo que sucede bajo el cielo. Pues esta difícil ocupación les ha sido dada por Dios a los hijos de los hombres, para que con ella se atormenten (1:13).

Pero, *mientras trabaja, y se alegra en su trabajo, y se goza de lo bueno*, y busca sabiduría, para con ello atormentarse, el hombre debe tener presente que su trabajo es una porción pequeñísima de la vida impulsora que después se hace pasto de la caducidad.

Lo cual, naturalmente, no excluye que cada momento tenga significado eterno. A nosotros nos es permitido trabajar como siervos inútiles de nuestro SEÑOR, con Sus "talentos" (dones, N. del T.); pero, sin embargo, eso jamás lo hacemos como si tuviésemos significado mundial y realizásemos una obra para la posteridad.

No, no quiero decir que alguno de nosotros *pensase* eso; sino que entiendo que, frecuentemente, en nuestra laboriosidad *obramos como si* fuese así.

De esa desequilibrada manera de trabajar no nos puede curar eficazmente ni la desilusión, ni el recogimiento,

ni el desprecio anabaptista; sino únicamente la sabiduría conforme a la Palabra de Dios, la cual nos dice que también todo nuestro trabajo... pasa, y luego es olvidado.

Personas entre nosotros que como Salomón han *asumido* plenamente la vida, y que como él han *trabajado* y buscado sabiduría, son los que mejor han comprendido estas palabras.

Y como para el cristiano ha sido quitado el aguijón de la muerte, así también para él ha sido mitigada la tragedia de estas palabras; pues él tampoco *fundamenta* sus esperanzas en lo mudable. Él sólo puede aceptar plenamente estas palabras, y, ello no obstante, volver a reemprender su trabajo con un corazón alegre... después de las vacaciones.

2. El "hombre interior"

"Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas".

II Co. 4:16-18

"Y yo les doy vida eterna".

Jn. 10:28

"Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente".

Jn. 11:26

Los cristianos están tan "sujetos a vanidad" (Ro. 8:20) como las demás personas. Los cristianos mueren así como las demás gentes. Y también los apóstoles de Jesús se encontraron bajo la misma regla común de que por los constantes cansancios, y preocupaciones, y malos tratos, disminuyeron sus fuerzas, se agotaron y se sintieron hundidos. Especialmente el apóstol Pablo sufrió bajo tales

circunstancias. Cuando un judío, en el período de unos dieciséis años, recibe por cinco veces 40 azotes menos uno por orden de la sinagoga —¡oh, qué escándalo!—, y por tres veces es azotado con varas por los romanos; cuando además este hombre fue apedreado en una ocasión y naufragó por tres veces, y viajó constantemente en su vida, y estuvo en peligro de ladrones; cuando además de todo esto fue acusado por su propio pueblo, y entre extraños pudo sortear el peligro de los que se amotinaron contra él; cuando incluso en el círculo de los amigos le traicionaron algunos hermanos; cuando además del trabajo de la predicación debía trabajar para su propio sustento hasta bien entrada la noche; cuando no pudo conciliar el sueño por las preocupaciones y cuidados que le daban las iglesias..., entonces llegas a comprender cuán débil fue este hombre, Pablo, según el hombre exterior, y al final “vino a menos”. Todo lo dicho no le resbaló por él abajo; sino que después se hizo más crucial.

Años más tarde, se halla preso en Roma, próximo a una muerte violenta. Y este hombre cansado y deprimido contempla el fin de sus días: su ejecución está próxima; y entonces todo habrá acabado para Pablo. Vanidad de vanidades, todos van a un mismo lugar (cf. Ec. 3:20); estas palabras también sirven para él; ¿y para quién no?

Y, esto no obstante, ¿no promete el Señor vida eterna a Sus ovejas? (Jn. 10:28). Pablo tampoco ha dudado de esto. Es más, incluso se ha gloriado de sus debilidades y flaquezas.

Pues él lo sabía bien: aparentemente podía ir desgastándose; pero el hombre interior, esa vida que había en él, era indestructible. Ciertamente su aliento desaparecería; pero su espíritu iba hacia Aquel que ha dado el espíritu al hombre.

No, el Señor no dice que perderemos nuestra vida, y que entonces recibiremos de Él *otra* vida. Pablo no dice: “—Yo sucumbo, pero entonces recibo algo distinto”—. No; sino que dice: “—Por fuera soy quebrantado y roto; pero la vida que esta en mí, permanece, y siempre se renueva de día en día”.

Quien acierta a verlo así, tiene asidero en la palabra de Jesús: “Yo les doy vida eterna”. Esto no es simple-

mente un concepto filosófico de "vida", es decir, otra vida que la que aquí recibimos de Dios.

No; nosotros recibimos *la vida* de Dios; Él nos dio el aliento; y esa *vida* que Dios concedió, y que Él renovó en el nuevo nacimiento y purificó en la santificación; esa vida que está en el cristiano, es ahora indestructible, y vuelve a Dios y es renovada. Imagínate que la vida que tienes también pudieras conservarla en tu muerte, cuando tu "hombre exterior" se corrompe; y entonces pudieras conservar eternamente esa vida; y ya fueras libre de lo que aquí ensombrece y se opone a esa vida; libre del "cuerpo del pecado", es decir, libre de la conexión orgánica del pecado (cf. Ro. 6:6 y 12).

"Yo les doy vida eterna".

Quien esto cree, quien tiene esto en cuenta, también tiene el poder de ver cómo su "hombre exterior" envejece y se desmorona.

Así también Pablo no reparó en las cosas que podía contemplar: sus miembros agotados, su cansancio de espalda, su rostro demacrado, sus manos temblorosas, sus torpes pies, su calabozo, sus cadenas, su inminente condena..., sino que, por la fe, reparó en las cosas que *no se podían ver*, pero que conocía por las promesas de Dios; la renovación del "hombre interior" de día en día, la promesa de la vida eterna, de la corona de la victoria que le estaba prometida (cf. II Ti. 4:8).

Y viendo esto, hizo mención de su vida de miseria que pasaba como vanidad, como una "leve tribulación"; y se esfuerza en ensalzar y valorar lo que está ante él: "un cada vez más excelente y eterno peso de gloria".

No; en estas palabras no se dice que detrás de las cosas visibles se esconda otra cosa invisible; ni se ha de entender que detrás del árbol visible se oculte la "esencia" árbol.

Eso es filosofía vana.

Quien cita este texto como prueba para la filosofía platónica, acaba de introducir en él algo extraño. Pues todos los buenos exégetas dan una clara y sobria explicación del mismo.

No; aquí se dice, concretamente, que Pablo no ha reparado en lo que a pesar de todo era vanidad de vanidades, pues entonces se hubiera acobardado; sino que

más bien ha puesto atención en las promesas del Señor para todo Su pueblo, las cuales aún no se podían ver, como es: que Él les concede la vida eterna.

Los que entre nosotros somos mendigos, trabajadores, sufrientes, acusados, maldecidos, etc., como Pablo –aunque en mucho menor grado–, hagamos como él: no poner atención en lo que pasa, sino mirar a lo que podemos conservar por Cristo, el cual ha dicho: “Quien cree en mí, *tiene* vida eterna”. Pues bien, eso puedes retenerlo, esa vida, ese “hombre interior”, que tiende hacia el Señor, y por amor a Él se afana, y brega, y padece, y aguanta, y se deja acusar, y se preocupa.... –ese “hombre interior” es renovado de día en día, y *no* morirá. Esto es “un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” obrado por el ministerio que consume las fuerzas del hombre exterior (que, no obstante, está sometido a la vanidad) en el servicio de nuestro Señor.

¿Hay ciertamente un ministerio o servicio más hermoso que éste: poder ser esclavos de Jesús? Simón Lagree, el de “La cabaña del Tío Tom”, rechazaba a sus agotados esclavos; pero el Señor Jesús, *ya ahora*, prepara interiormente a Sus siervos cansados para una gloria eterna. Pues Él ha prometido: “Quien cree en Mí, *tiene* vida eterna” (Jn. 6:47).

3. Nuestro trabajo no es vano

“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”.

I Co. 15:58

Así como las Sagradas Escrituras, por una parte, describen sin rodeos a la muerte como un volver al polvo, como un descender al sepulcro “donde los muertos nada saben” (Ec. 9:5), donde también el amor y el odio sucumbieron, donde están los gusanos,... y, no obstante, los creyentes pueden gloriarse diciendo: “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”, así también, las Sagradas Escrituras hacen ver

nuestro trabajo como "vanidad de vanidades", como perecedero y luego olvidado, ... y sin embargo, Pablo vuelve a esperar que los corintios *sepan* que su trabajo no es superfluo, no es en vano en el Señor.

Estando ocupados en nuestra vida como siervos inútiles de Cristo, podemos *saber* que nuestro trabajo no es perecedero, y que nuestra labor *no* será olvidada.

¿No es esto hermoso?

En medio de la destrucción que produce la muerte, muchos pasan a través del pórtico del sepulcro a la gloria celestial. Esperando la gloriosa resurrección, incluso no dan por perdido para siempre su cuerpo quebradizo, aunque descendan al sepulcro. Y en medio de esta vida perecedera, donde una posterior generación ya les haya olvidado, encontramos a gentes cuyo trabajo es imperecedero y que saben que no serán olvidadas eternamente, aunque después también su trabajo sea olvidado en una próxima generación.

Cuantísimos parten como ovejas al sepulcro (Sal. 49:15) y estarán eternamente sometidos a la muerte.

Cuantísimos trabajan en medio de dificultades y dolor, ... ¡todo es vanidad!..., y luego son olvidados.

En virtud de la maldición del SEÑOR sobre el pecado, según Sus leyes de muerte, sepulcro e infierno, de condenación y caducidad.

¡Cuán glorioso, pues, les resultará a los esclavos de Jesús! El sepulcro no les puede retener, aunque mueran aquí.

Y la caducidad, la vanidad de su trabajo, no podrá retener eternamente sus obras. El SEÑOR las tendrá en cuenta e incluso las premiará. Sus obras les siguen en el día de la eternidad.

Nadie es tan insensato que niegue a los cristianos el hecho de morir. Es más que evidente que tanto muere el sabio como el necio (Ec. 2:16).

Siendo esto así, tampoco habrá quien respecto a los cristianos quite fuerza y valor a las palabras del Eclesiastés cuando afirma que nuestro trabajo es vanidad, o sea, perecedero y olvidado después. Pues es evidente cuán rápidamente somos olvidados en nuestra enseñanza cristiana.

¡Cuán poco sabemos nosotros -una o dos generacio-

nes después de la lucha escolar— acerca de aquel interminable bregar de los antiguos pioneros; y cuántas cosas hay de su trabajo que no encajan ya en nuestra forma de hacer; qué poco uso podemos hacer de sus métodos en nuestros colegios! ¿Progreso? ¡Oh, cuán relativo! Vanidad de vanidades, diría Salomón. También con nosotros sucederá otro tanto.

Contra esto podemos murmurar y refunfuñar —los mayores, una vez más pueden desconfiar de los jóvenes por tanta novedad, y los jóvenes de ahora pueden mirar de reojo después a sus sucesores; todo sirve de poco—, así ha ocurrido a lo largo y ancho del mundo; es la ley de la caducidad; es: vanidad de vanidades.

Pero también ahora hay personas que saben esto, y lo aceptan —es disposición de Dios por causa del pecado—, y que, no obstante, se disponen a trabajar con gozo, sabiendo que su trabajo no es en vano en el SEÑOR.

Son esclavos de Cristo —ocupados en la obra del SEÑOR entre la juventud para educarles en Él, en cuyo Nombre fueron bautizados y saben de todas Sus grandes obras que aprenden a hacer, y también aprenden a gozarse en su trabajo, y ellos mismos también se glorían de sí mismos—. Pues saben que todo su trabajo está sometido a la ley de la caducidad que es: vanidad de vanidades; y al propio tiempo *saben* también que, como esclavos de Cristo, no permanecerán bajo la ley de la muerte y la ley de la vanidad, sino que serán hechos libres y entonces también verán los frutos de su trabajo para glorificación de su Señor, y... que incluso aún recibirán premio por lo que pudieron hacer, en fidelidad y con gozo, en los días de su vida vana. Ser maestro o maestra es un trabajo hermoso. Pero,... la caducidad de ese quehacer nos avieja por todos lados; mucho más de lo que, por ejemplo, le ocurre a un carpintero.

¡Qué gran privilegio, pues, trabajar en la escuela como esclavos de Cristo!

Pero no por eso es menor la caducidad al respecto. Esto es verdad. Pues incluso ha ocurrido que el maestro cristiano haya sido el más vapuleado en su trabajo por la fugacidad del tiempo... No obstante, ¡SU trabajo *no* fue en vano en el Señor! Todo su trabajo, realizado

como siervo del SEÑOR; tanto las matemáticas como la oración. Pues no debemos hacer distinción alguna. Cuando aprendemos matemáticas y escribimos, también lo hacemos como hombres que han sido comprados por el Señor Jesús, y también para Su servicio.

Mas también hay distinción; pero eso cae *dentro* de la esfera de nuestro servicio de esclavos.

Contar al servicio de Mammon, e ir a la iglesia al servicio de Jesús, eso es servir a dos señores. Las asignaturas del calendario escolar al servicio del espíritu del siglo, y narrar la historia bíblica al servicio de Jesús, también es servir a dos señores.

Por consiguiente, mantengámonos firmes e inquebrantables contra el espíritu del siglo, y abundemos siempre en todas las áreas en la obra del SEÑOR, *sabiendo* que nuestro trabajo no es en vano en el SEÑOR, aunque *ahora* estemos sometidos a la vanidad (caducidad, perentoriedad. N. del T.) en todo nuestro quehacer.

4. Autoridad-respeto

"...el que sujeta a mi pueblo debajo de mí".

Sal. 144:2

En el lenguaje moderno, David es llamado príncipe poderoso que llevó a su pueblo a gran prosperidad e hizo tributarios a los pueblos circundantes. Un hombre que sabía gobernar y dominó con mano firme.

Siempre es hermoso cuando un hombre de *autoridad*, al propio tiempo, tiene *poder* para hacer valer esa autoridad. Empero también hay *autoridades* que no saben ejercer poder alguno; y esto siempre es un fenómeno lamentable. El no *saber* (poder) ejercer la autoridad que nos ha sido dada por Dios, y al propio tiempo tener conciencia de que debe ser ejercida, no debe hacer caer a nadie en la desesperación.

Por desgracia —y especialmente en nuestros días— hay mucha *autoridad* sin poder.

Hay muchos padres sin poder, los cuales, no obstante, han recibido autoridad sobre sus hijos, pero no sa-

ben mantenerla ni saben inspirar *respeto* a su *autoridad*, porque no pueden o no se atreven a ejercer *poder* alguno. Esto también repercute en nuestra vida escolar. No es extraño, pues, que también algún maestro tenga problemas con el mantenimiento de la autoridad. El número de los dichosos que nunca tuvieron problemas con el "mandamiento del orden" en su trabajo escolar no será probablemente demasiado grande. La mayoría de nosotros conoce bien que en alguna ocasión estuvieron encargados de una clase que se escapó de las riendas; y a más de uno le costó muchísimo lograr que nuevamente la autoridad fuese obedecida, y que la clase volviera a someterse al orden.

El rey David también conoció tiempos en que le cayó pesado el *ejercicio de la autoridad* y su *poder* estuvo por los suelos.

Sin embargo, cuando escribe este salmo ha superado nuevamente todos esos problemas. Su pueblo volvió a someterse voluntariamente a su autoridad.

¿Y qué dice ahora este rey? ¿Me los he logrado someter? —No. Antes bien, confiesa y declara: el SEÑOR sometió a mi pueblo debajo de mí.

Hay algo prodigioso en que todo un pueblo, que se cuenta por millones, se deje gobernar y conducir por un solo hombre.

Esto lo saben muy bien los incitadores revolucionarios: —"Si nosotros, como un solo hombre, decimos que no lo hacemos, tampoco ocurrirá".

Podemos felicitarnos de que esto casi siempre es un razonamiento falso que está en contra de la realidad. Que todo un pueblo se insubordine como un solo hombre, es una excepción. Siempre hay un núcleo de gentes que quiere obedecer.

Lo cual proviene de Dios; pues él, por una parte, mantiene el poder de la consciencia de las gentes; y por otra, aparece con poder a los gobernantes.

David no fue reconocido de plano. Esto costó mucha lucha contra elementos rebeldes y muchos cuidados y política. Y por estos medios Dios puso a su pueblo bajo su estrella.

¿También vemos la mano de Dios en el sometimiento de nuestra "clase"?

¿Vemos Su obra en las conciencias de los niños y en nuestro tacto y nuestro poder?

¿O nos gloriamos porque dominamos tan bien la situación en la clase?

¿O carecemos del poder necesario, porque no recibimos las conciencias de los niños por culpa de los padres o por culpa propia? ¿O hicimos cosas necias que no se ajustan a una autoridad; o perdimos por culpa propia nuestro prestigio; o no ponemos atención en las ordenanzas de Dios para el ejercicio de la autoridad sobre los hombres?

Dios aún sigue sometiendo grandes masas de niños a la autoridad de maestros. Pero Él lo hace a través de los medios ordinarios.

Cuando no podemos mantener el orden, podemos rogar al SEÑOR el sometimiento de nuestra clase; con tal de que quien ora por la cosecha, antes debe haber sembrado y escardado a tiempo, y de forma conveniente. Quien ora por la cosecha, también debe pedir el poder usar los medios; quien suplica orden en la clase, también ha de desear y añorar las *ordenanzas de Dios* para saber gobernar a los hombres y a los niños; y para todo esto aún no se ha pronunciado la última palabra en pedagogía.

Frente a los movimientos revolucionarios que, por ejemplo, también levantan cabeza en los colegios según el sistema de células de los comunistas, no podemos hacer otra cosa mejor que estudiar las ordenanzas de Dios para tratar con los niños, y aplicarlas, y... rogar al SEÑOR que Él someta a nuestros niños a nuestra autoridad.

5. "Perder su vida" por el Evangelio

"El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará".

Mt. 10:39

Estas palabras las dirigió el Señor Jesús a sus doce apóstoles cuando les envió a predicar. No les mandó a los gentiles e incluso les prohibió dirigirse a los sama-

ritanos. Debían predicar entre el pueblo de Israel, el “pueblo del SEÑOR”, que había recibido las señales del Pacto. Esto no obstante, el Señor Jesús les veía ir como ovejas en medio de lobos, y no les predijo que recibirían honor y aceptación de sus “hermanos”, sino más bien la humillación de ser azotados en las sinagogas (Mt. 10:16–17), que serían odiados por todos (es decir, por sus hermanos israelitas) por causa de Su Nombre; que tendrían que huir de ciudad en ciudad (vs. 22–23); que les llamarían “Beelzebú” (v. 25), y que les matarían (v. 28); que incluso los de su misma familia serían sus enemigos (v. 36) y unos a otros se entregarían a la muerte (v. 21).

Éste es –según la predicción de Jesús– el recibimiento que les espera en las sinagogas, en el templo y en los concilios del “pueblo de Abraham”.

Ahora bien, los discípulos no eran de esa clase de gentes que se burlan de la iglesia oficial o incluso sólo esperan males de esa iglesia, como si esto fuera la cosa más natural. Antes al contrario, tenían mucho respeto a los ancianos en las sinagogas, a los sacerdotes en el templo y a los “santos varones” entre el pueblo, los cuales guardaban la ley escrupulosamente. Pues, a este respecto, el Señor Jesús había sido ejemplo para ellos cuando había ido *normalmente* a la sinagoga en día de sábado (Lc. 4:16), y honró a escribas y fariseos en su cargo, los cuales “se sientan en la cátedra de Moisés”, y ordenó a Sus discípulos que hicieran todo lo que les mandaran (cf. Mt. 23:2–3). ¡Qué tremenda experiencia para los discípulos de Jesús!

“Como de costumbre” irían a la sinagoga, y allí se atreverían a predicar de Jesús. Y entonces serían llevados ante los “ancianos” como blasfemos y falsos profetas. Además, se les prohibiría predicar por orden de aquellas personas que se sentaban en la cátedra de Moisés. Y, esto no obstante, si persisten en su actitud, serán dolorosamente echados de la iglesia y recibirán cuarenta azotes menos uno, como pecadores contra la religión de la sinagoga. Por lo cual, muchas almas sencillas pensarán que son gente impía que, con razón, eran depuestos por los ancianos. Además, ¡fueron convocados a comparecer ante el consejo judío, que es lo mismo que decir ante el más alto tribunal eclesiástico! ¡Qué habrá pasado en

el corazón de aquellos sencillos pescadores, y qué habrán decidido que debían responder! Pero el Señor les despreocupa de este problema: "...en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar" (Mt. 10:19).

¡Será una situación tensa! Se trata de un proceso donde se exige la *pena de muerte*. ¡Algo sensacional! Los jueces mirarán muy solemnemente, y los testigos, cual fieras sanguinarias, testificarán en su presencia contra estas ovejas. Los comparecientes palidecerán y su corazón latirá aceleradamente ante la presencia de este alto tribunal de su pueblo. El presentimiento de que se acerca la hora de morir temblará por sus miembros —se trata de su sangre; y "la sangre es el alma" —es la condición al aliento de vida.

Luego, el presidente del consejo les amonestará que deben escuchar a sus ancianos, a estos escribas que saben lo que hacen cuando rechazan a Jesús; y les manifestará que esta secta es contradicha y refutada en todas partes; y les ordenará que dejen de predicar. ¿No vacilarán entonces? Se trata de su sangre, de su vida, de su alma. ¡Los enemigos buscan su alma, su aliento de vida! Siempre hubo algunos para los que semejante tensión fue demasiado. Se asustaron, confesaron su "culpa" y ya no hablaron más en el nombre de Jesús; y entonces salvaron su vida.

Encontraron su vida. ¡Cuán puramente humano fue su comportamiento! ¿Pero acaso no nos dio Dios mismo el instinto de conservación de la vida? Pero, esto no obstante, el Señor Jesús ha prevenido a Sus discípulos: *quien halla su vida, la perderá*. Pues, quien me haya negado ante los hombres, ése también será negado ante mi Padre, y perderá la vida eterna, y perderá su vida para siempre.

Mediante esta constante *amenaza*, el Señor ha dado un revulsivo a Sus discípulos, para que también le confiesen en presencia de la muerte.

Mas también les dio este consuelo: "No temáis a los que matan el cuerpo", a los que derraman vuestra sangre y cortan vuestro aliento de vida; pues, *si de este modo perdéis vuestra vida por causa de mí, entonces la recibiréis para siempre*, y no seréis arrebatados por la muerte eterna en cuerpo y alma en el infierno (Mt. 10:28), sino

que recibiréis la vida eterna; esto es: cuerpo y alma, sangre de vida y aliento de vida, vida consciente y poder de espíritu juntamente; pues entonces tendréis —el Espíritu Santo en un espíritu puro y... como “alma viviente”, tal y como Dios os ha creado. Esa es la vida que los enemigos no pueden arrebatarse; y eso es lo que está en juego, cuando querréis salvar vuestra vida ante el juez.

“El que ama su vida por encima de mí, no es digno de mí”. “Pues todo el que ha perdido su vida por causa de mí y por el evangelio, la salvará” (cf. Lc. 9:22–26). Lo que acabamos de leer, nada tiene que ver con modernas ideas de sacrificio de abnegación del “YO”. Estas ovejas eran fieles esclavos (“siervos”) de Jesucristo, comprados por *Su* sacrificio expiatorio, los cuales, llegando a estar en peligro de muerte *por causa de la obra de Cristo*, no apreciaron su vida, como Epafrodito (cf. Fil. 2:30).

Siervos de Cristo que son fieles en su vocación en el trabajar, luchar, y en misiones difíciles —como Epafrodito, Fil. 2:25—, frecuentemente encuentran enemistad de los “cristianos”, y también viven momentos tensos, como el Señor Jesús predijo a Sus discípulos en Mateo 10. Al final de este camino estrecho se da el caso de que ello amenaza costarnos *sangre*.

Si Jesús ahora negara a aquellos que en ese difícil y terrible momento se tambalean, ¿qué hará, pues, con el discípulo que abandonó el *trabajo*, y la *lucha*, y ese *difícil trabajo*, para verse libre de los disgustos de los cristianos?

Y si Jesús negara a los *obreros* y *luchadores* que no perseveraron, ¿qué hará, pues, con los cristianos que gustosamente hablan de “ofrenda” (!) de nosotros “mismos” y del “entregar” la personalidad, y *que no saben de trabajo, y lucha, y momentos tensos, por motivo de confesar el Nombre de Jesús entre los “cristianos”?*

CAPÍTULO XII

LA RESURRECCIÓN DE LOS JUSTOS

¡QUÉ SERÁ cuando el Señor aparezca sobre las nubes, y llame de los sepulcros a los muertos, y se disponga a juzgar! ¡Qué gran proceso se celebrará entonces!

Quienes opinan que la resurrección ya tuvo lugar, o que está sucediendo, no tienen realmente mucha noción de toda la sangre inocente que ha sido derramada y que aun diariamente es derramada; pues basta leer la prensa diaria para comprobarlo; así como tampoco tienen mucha compasión de todos los que son perseguidos en la tierra; ¡pues probablemente se han olvidado de la sangre inocente de los justos que clama venganza a Dios!

También ahora, en la persecución, los justos son llevados como ovejas al matadero; pero Dios viene a vengarles, en una causa que *será tan concreta como la injusticia que se cometió*.

Para ello es necesaria la resurrección de los muertos del sepulcro, a fin de que sean juzgados. Y también para eso es necesaria la resurrección de los justos, a fin de que como personas concretas se les haga justicia.

1. Vanas palabrerías

“Mas evita profanas y vanas palabrerías... Y su pa-

labra carcomerá como gangrena; de los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos”.

II Ti. 2:16-18

Timoteo es amonestado a que se oponga a los falsos maestros que tergiversan la verdad de Dios, e intentan distraer a las gentes con “profanas y vanas palabrerías”.

Entre estos maestros, Pablo cita un par de ellos llamándoles por su nombre: *Himeneo y Fileto*. Y asimismo resume su vana palabrería: Dicen que la resurrección ya tuvo lugar; que cómo esperamos una resurrección de la carne, pues, esto es imposible y también innecesario; que la resurrección, esto es, la “conversión”, esa ocurre en el hombre, en su ánimo o alma, pues ésta es la sede de la religión; pero, por lo que respecta a nuestro cuerpo, éste no es más que polvo, y que de una vez para siempre ha sucumbido.

La primera iglesia cristiana esperaba confiada el retorno del Señor, y los verdaderos creyentes se consolaban unos a otros con la perspectiva de ese día, en el cual los hermanos y hermanas que habían dormido (: muerto) en Cristo resucitarían del sepulcro, y volverían a servir juntos al Señor (I Ts. 4:13-18).

Esta fe de la resurrección chocaba con el espíritu griego —la *psique* o *psiquis* era inmortal, enseñaban los griegos, y la esperanza de los píos, consecuentemente, concernía a esa “psique inmortal”, pero nada más.

De ahí que a Pablo se le despachase del Aerópago, cuando habló de la resurrección de los muertos; pues ello provocó el escándalo de los doctos.

Pues bien, ahora estaban allí maestros que habiendo sido llamados al ministerio mediante la imposición de manos, exponían y explicaban la Palabra de Dios *según la opinión de la ciencia griega*.

Así fue como llegaron a explicar “espiritualmente” el término o frase “resurrección de los muertos”, afirmando que la resurrección significaba: conversión; es decir, algo que se desarrollaba en el hombre.

Así, el Evangelio estaba salvado; o, por mejor decir: *profundizado* y *espiritualizado*, hecho “íntimo”, libre de

esperanzas "terrenas", liberado de perspectivas históricas y resumido de forma puramente espiritual. Lo cual ciertamente debía provocar la apariencia de una piedad seria y profunda.

Resucitar de la muerte de los pecados; resucitar a una nueva vida espiritual... que espera ese día como punto final del desarrollo o proceso humano... ¿qué más se podría esperar?

¿No era una mundanalidad hablar de una resurrección desde la sepultura?

¿No era un aferrarse al polvo, si la iglesia deseaba y esperaba la resurrección del mismo?

¿No era un volver hacia los pobres primeros principios del mundo? ¿hacia el Adán de la tierra? ¿No se tenía ahora el segundo Adán del cielo? Éste era *espiritual y del cielo*. ¿Y qué otra cosa, pues, era tener parte en Él, sino... despreciar al primer Adán: hacer morir la carne y desligarse de ella?

Aquí se había encontrado una síntesis hermosa entre el Evangelio y el espíritu-del-siglo griego.

Este mismo espíritu también ha seguido operando en siglos posteriores.

Quizás, no tan consecuentemente.

Sin embargo, en todas partes se nota su influencia.

¡Hasta hoy en día!

Hasta en los más modernos productos teológicos.

Y también en la práctica de la vida de los cristianos.

Asimismo en esa canción infantil:

"Al cielo, al cielo quiero ir..."

Sin embargo, las Sagradas Escrituras no usan *ese* lenguaje de "ir o llegar al cielo". Pero sí hablan muchas veces del *juicio* del último día, y también de la resurrección; también en el Antiguo Testamento, por ejemplo, Is. 26:19. Y esto consuela al pueblo de Dios.

Efectivamente, las Escrituras también enseñan un "estado intermedio"; pero jamás lo acentúan de tal manera que, en uno y otro aspecto, sería el punto o momento final de la salvación definitiva.

Bajo la influencia de las ideas griegas, frecuentemente no se ha visto "la resurrección de los muertos" en el significado que tiene en las Sagradas Escrituras. Pues es un asunto importante en ellas.

A quienes la negaban mediante vanas palabrerías, Pablo los entregó a Satanás (cf. I Ti. 1:20); y calificó sus palabras de palabrería hueca y vanamente piadosa; aunque parezca muy pía y científica (cf. I Ti. 6:20).

Si estamos en guardia contra este enemigo de la verdad, preferimos enseñar a orar a nuestros hijos así: — “Señor, cuéntame entre Tu pueblo, el cual saldrá absuelto en el día de Tu juicio, y le será permitido *resucitar* a una vida eterna”. Y les enseñamos a esperar a Cristo en las nubes, contándoles que Él retornará.

Pues, ¿acaso no le verán todos?

¡Ya se lo habíamos adelantado con tiempo!

Esto no es una piedad vaga, sino cosas reales, hechos reales en el futuro; no es palabrería piadosa, sino la verdad que un día “acontecerá”. En la enseñanza bíblica seamos *objetivos* y *sobrios*. Pues, así como en los negocios las elucubraciones son peligrosas, en la religión lo son aun más.

2. El Señor conoce a los suyos

“Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo”.

II Ti. 2:19

Pablo, prisionero en Roma, escribe a Timoteo. Éste se halla acosado especialmente por la actuación de dos herejes, Himeneo y Fileto, los cuales enseñan que la resurrección ya ha sucedido (II Ti. 2:17-18).

Pablo le amonesta y encarga que ponga buena atención en la elección de ancianos (2:2), y que tendrá que oponerse a la vana palabrería de aquéllos (v. 16).

Sin embargo, aunque pueden moverse cuanto quieran, el fundamento de Dios está inalterable. La obra de Cristo *ha* acontecido. Su iglesia está firme e incommovible. Nadie podrá perturbar a la iglesia de Dios; nadie podrá remover el fundamento puesto, y poner otro (I Co. 3:11). Además, Pablo describe el sello de la verdadera iglesia.

Un sello es una marca. Quien una vez conoce el *sello* de una organización, ése tal puede reconocer en el sello todas las partes que se vierten como verdaderas.

Himeneo y Fileto vierten sus conceptos como las partes verdaderas; pero quienes se aferran a la "verdadera doctrina" (I Ti. 1:10; II Ti. 4:3), esto es, a la Palabra de Dios, tal y como está escrita, no deben dejarse desalentar, pues en su sello está escrito: "El Señor conoce a los Suyos".

Si Himeneo y Fileto no quieren conocerles, Dios sí les conoce. Por eso el consejo de Pablo: Timoteo, "usa bien la palabra de verdad" (II Ti. 2:15), y rechaza sus vanas preguntas, y sufre sencillamente sus acometidas. Pues Dios conoce tu *lucha*. Y enseguida se manifestará que Dios te conoce a ti y a todos aquellos que claman a Él desde un corazón puro.

Pues no es que Dios conozca a Su pueblo allá arriba en el cielo, ¡pero que *aquí en la tierra* no se acuerde de él! ¡No! Si Dios *conoce* a Su iglesia, eso se *evidenciará* constantemente aquí en la tierra; y los enemigos, con sus falsos sellos, asombrados tendrán que darse cuenta una y otra vez de ese sello *auténtico*, quieranlo o no: ¡El Señor conoce a los Suyos! En efecto; incluso existe la posibilidad de que por ello lleguen a conversión y despierten de su borrachera (II Ti. 2:26).

Hubo un tiempo en que se levantaba este lema: La religión es asunto privado; o ese otro: La religión es para la intimidad. Pero quienes se aferraron a la Palabra de Dios tal como está escrita, se opusieron a ello, y fundaron colegios por cuenta propia. Y fueron *calificados* de buscadores de pelea, de moscas que corrompieron el bálsamo de la tolerancia, de obscurantistas, etc., etc...

Mas velaron por el honor de Dios, por la pureza de la Confesión de Fe, por fieles maestros y maestras, y por ello sufrieron extorsiones y persecución.

Esto no obstante, en el sello de la verdadera iglesia de Cristo, está escrito: "El Señor conoce a los Suyos". Y esto se puso de manifiesto.

Los deshonrados enemigos lo vieron: —"Con vosotros está el Señor; —con nosotros estaban los becerros de oro" (cf. II Cr. 13:8–10).

El Señor *conoció* esa obra en los colegios; *conoció* su

persecución; y las consecuencias de ese conocer se hicieron públicas. ¡Cómo puede ser de otra manera! Si el Todopoderoso conoce, ¿no lo notaríamos aquí? ¿Acaso el mundo se halla fuera de Su influencia?

El pueblo de Dios ha sido *ahora* restablecido en su honor, y los enemigos han sido confundidos y avergonzados, y ya no les parece *ahora* que una escuela *especial* sea una cosa tan descabellada.

Pues, si se muestra el *verdadero* sello, entonces los falsos sellos se hacen manifiestos.

Pero aún hay otra cara en el sello de la Iglesia.

Todo aquel que invoca el nombre de Cristo, rompa con la injusticia.

Éste es un rótulo que habla por sí mismo, y que es de gran poder convincente, también para el mundo.

Por eso no es de extrañar que las personas citadas en II Timoteo 3:1-19, serán desenmascaradas tan rápidamente. No tendrán mucho éxito, pues su insensatez será evidente a todos (v. 19).

Imagínate, *cristianos*, y además orgullosos, avaros, fanfarrones, temerarios, mal hablados, desobedientes a sus padres, desagradecidos, impíos... sí, incluso *cristianos*, y eso sin amor *natural* —lo que supone ser peores que las bestias—, implacables, blasfemos, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios... Y todo esto de ancianos que aleccionan a mujercillas, pero que nada enseñan (3:6-7).

El sello de la iglesia de Dios les pondrá al descubierto para vergüenza suya; y el hecho de que pronuncien con sus labios el nombre de Cristo, se convertirá en juicio y condena para ellos.

En las fachadas de nuestros colegios debiera resaltar con grandes letras grabadas en piedra, este rótulo: "*Colegio Cristiano*". Ese nombre es nuestro honor. Nuestro colegio lleva (*literalmente*) el nombre de Cristo.

Cuánta lucha lleva emprendida el enemigo a través de los siglos, para arrancar del mundo ese nombre; pero ese nombre está ahí, libre y abierto, grabado en nuestras fachadas.

Con ello confesamos que el Señor nos conoce a nosotros y a nuestros niños —y también a nuestros edifi-

cios escolares. Lo cual asimismo se ha evidenciado en la historia.

Pero, ¿qué ocurrirá si ese nombre no fuera más que aparente, y si el *poder* de la virtud desapareciera de nosotros?

En efecto; nosotros tropezamos diariamente en muchos aspectos; y al contemplar entonces ese Nombre escrito en las fachadas, nos entristece el contraste. En ese momento, es preciso orar para obtener perdón, fuerza, sabiduría, prosperidad y bendición.

Dios conoce nuestra lucha, y con ella nos consuela. Que Dios nos conoce, es algo que nos lo hace notar constantemente.

Pero, si ocurriera que viviésemos ofuscados, sin tener en cuenta el juicio final; si alguna vez *viviéramos* en nuestros colegios en los pecados citados en II Ti. 3:1-9, y de forma tan tranquila, impenitente y ofuscada, entonces nuestros niños volverían después su mirada hacia nuestra obra, y suspirarían: - ¡Su sello era *falso!*, como el de Himeneo y Fileto.

3. El mundo no es justo

(Zofar): *Quien gusta el mal, come veneno, lo cual le traicionará enseguida.*

Job 20:12-14

(Job): *Los impíos frecuentemente se hacen viejos y enormemente poderosos en riquezas.*

Job 21:7-15

A los impíos no siempre les va bien, afirma Zofar a Job, a fin de demostrar su tesis de que la virtud es premiada y el vicio es castigado aquí en la tierra. Y para ello hace uso de una bonita imagen.

Un impío toma del mal en su boca y lo encuentra agradable, y lo oculta debajo de su lengua como alguien que toma un terrón de azúcar en la boca (v. 12). Lo guarda, para que le dure más tiempo; no lo arroja, sino que lo aprisiona contra el paladar (v. 13). Pero, ¡es veneno!, e

impíamente comienzan a revolverse las entrañas; el dolor le hace revolcarse, y luego escupe lo que le había parecido tan dulce: "Dios las sacará de su vientre" (v. 15).

Ahora, es verdad que Dios muchas veces castiga de esa manera la impiedad, y que también purifica así a Sus hijos. Pero eso no llega a ser prueba para la *regla* que los amigos de Job establecen: que aquí se premia la virtud, y que el vicio es castigado.

Job, desde su experiencia, contestó: "¿Por qué viven los impíos, y se envejecen y aún crecen en riquezas?" Y con ello, el gran sufriente (sincero que inocentemente padecía los desastres más duros) rechazó el razonamiento superficial de sus amigos.

En nuestra literatura infantil (y también en las novelas para mayores) rige casi sin excepción aquella regla de Zofar. Para ello se tiene diversas razones:

1. El sentimiento de la justicia sería insatisfecho si el mal no fuera castigado.
2. El relato dejaría un sentimiento insatisfecho y, por tanto, perdería su "belleza".
3. El mal debe asustar por las consecuencias, y la virtud debe atraer por los frutos.

Estas razones ciertamente pueden permanecer válidas con toda su gravedad. No obstante, podría no ser un mal, si de vez en cuando ocurriera un caso en el que no es así. Yo tengo en el colegio una lámina de un asalto ocurrido muy temprano, entre dos luces, por un bandido alemán contra el carruaje de un mercader. Los pacíficos mercaderes son vencidos y derrotados por los bandidos acorazados, y arrojados a un abismo. Al contemplar ese bárbaro comportamiento, nuestro sentimiento de justicia clama venganza. Y, sin embargo,... como ha ocurrido cientos de veces,... el bandido huye a caballo hacia su escondite con las propiedades del mercader, y el mercader yace con sus criados, totalmente molido, en la quebrada.

En alguna ocasión dejo contemplar esta lámina, y entonces relato lo que va a ocurrir, y enseguida añado que en muchas ocasiones les va bien a los malhechores, hasta el punto que se hacen más fuertes (Job 12:6).

¿No ocurre así frecuentemente en el mundo? Pero, en-

tonces, también se despierta la esperanza en el juicio final; en el día que Dios hará *justicia* a los desvalidos, y *vendrá* la sangre inocente en los "destructores".

Muchos cantantes "protesta" pueden clamar de forma enternecedora por la venganza sobre la injusticia en sus canciones. Pero, pienso, que allí discurren muchos sentimientos revolucionarios. Sin embargo, al leer las letras de sus canciones en las que muchas veces el corazón humano grita tan puramente por la injusticia en el mundo, y luego oigo también en los Salmos el lamento pidiendo derecho, y leo en las cartas de los apóstoles (Stg. 5:1-9) acerca de la perspectiva en el día del juicio, y oigo a los cristianos de nuestros tiempos hablar tan llenos de amor y evangélicamente acerca de los impíos, como si ellos *no fueran otra cosa* que huelguistas dignos de compasión, entonces recibo la impresión de que nuestro Cristianismo muestra un fuerte trama humanístico, y que se busca "la salvación" del hombre a costa del derecho de Dios.

Nuestros antepasados también encontraron hermoso cuando un criminal se arrepentía ante el suplicio, y con ruegos emocionantes pedía perdón. Mas eso no era razón para detener la ejecución. La justicia debía seguir su curso.

¡Nosotros hemos superado ese punto de vista! Cerramos los ojos ante la terrible desdicha de la pobre mujer que fue asesinada en su casa y... lamentamos al hombre que llegó a hacer aquello; pues probó el veneno y ahora encuentra su castigo en la cárcel, y somos ciegos para ver que al impío le va demasiado bien, y que aquella pobre mujer tuvo un final terriblemente malo. Lo cual clama venganza. Como también el sufrimiento de Job clamó venganza al Juez de cielo y tierra.

Los benignos amigos de Job no lo entendieron. Sólo tenían un pequeñísimo conocimiento de las miserias que hay en el mundo. Por eso también su esperanza en el juicio final y el deseo de la resurrección de la carne no eran algo vivo.

Job, en su descontento con el gobierno de Dios, tal como él lo vio, pudo prever, desde esta vida tan limitada, la nueva tierra. Los amigos, en cambio, razonaban acerca de este mundo de forma que *aquí* ciertamente se

hace justicia; es decir, que la virtud es premiada, y el vicio castigado.

Felizmente, nosotros tenemos algo mejor que relatos cristianos; pues disponemos de la Palabra de Dios, la cual en múltiples ocasiones nos indica el *sufrimiento inocente de los justos y la dicha de los impíos*; y ambas cosas nos deben hacer mirar hacia el Día del SEÑOR.

CAPÍTULO XIII

LA SABIDURÍA DE LOS JUSTOS

CRISTO NOS ha sido hecho sabiduría de Dios, dice Pablo, cuando al escribir su carta a los Corintios (I Co. 2) pone el acento en que no ha venido a ellos con sabiduría "científica" griega ("sabiduría de este mundo"), sino con la sencilla predicación de Cristo y Su muerte de cruz por Su pueblo.

Toda la Escritura es inspirada de Dios, y útil para enseñar, para redarguir, para corregir, para instruir al que está en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y enteramente preparado para toda buena obra, dice él mismo en otro lugar (cf. II Ti. 3:16).

No es mediante cursos cuasi científicos en el desarrollo del yo por lo que el hombre de Dios se hace perfecto. Sin razón apelan a este texto los propagandistas del "desarrollo de la propia vida del alma", de la propia "personalidad". (Véase el contexto).

Tampoco mediante una especie de desarrollo "científico" general se hacen *sabios* los hombres de Dios.

El "desarrollo científico", pero realmente auténtico, es bueno para los hombres que tienen vocación para trabajar en la ciencia.

Pero la mayoría de los hombres nunca llegan a alcanzar la *ciencia*, y por eso tampoco deben hacer como si real-

mente fueran científicos; por ejemplo, en la enseñanza primaria.

Aún hoy día es comprensible, aunque sea una necesidad, que el mundo con su veneración del ingenio humano presuma de una pseudociencia que "dominaría" toda la vida.

Pero los cristianos deberían estar sobre aviso, y poder distinguir la ciencia como don y vocación de Dios en su terreno propio, de la *perfección y la preparación para toda obra buena* que el Señor espera de Sus hijos, de cada uno en su propio terreno, también en el de la ciencia.

Esa "perfección" se ha de lograr por *la enseñanza que da la Palabra de Dios* acerca de las cosas más importantes de la vida humana. La sabiduría de los justos, proveniente de la Palabra, es una sabiduría que "vendría bien" a *todos los hombres*. Esto tampoco se puede decir de la verdadera ciencia. Pues, por ejemplo, no todos tenemos necesidad del conocimiento de las fórmulas químicas. Mas sí es preciso saber que los elementos se incendiarán y perecerán (cf. II P. 3:10).

Por eso, es lamentable que algunos cristianos quieran hacer de la sabiduría de la Palabra algo cuasi científico, e intenten introducir su "científica" imagen del mundo en el lenguaje, enteramente *práctico y concreto*, de las Sagradas Escrituras.

Entonces, invalidarían la sabiduría de Dios con la sabiduría del mundo. Pero esto es una necesidad.

La llamada "necedad" de la Palabra de Dios es más sabia que los hombres.

Dichosos son, pues, los justos también en el terreno de la ciencia..., porque saben mucho acerca de lo que la ciencia incrédula anda a tientas en la oscuridad.

1. El colegio con la Biblia

Este es el nombre que, en la práctica de la lucha de los colegios, se ha encontrado para tipificar al colegio fundado con medios propios, y por eso particular, y distinguirlo del colegio estatal ya existente. Como ocurre

muchas veces con nombres que en la práctica parecen necesarios, también éste de "El colegio con la Biblia" ha sido muy justamente escogido.

Pues,... precisamente se trataba de esto: Todos los puntos de fricción entre enseñanza pública y cristiana (neutralidad, virtudes cristianas y sociales, cerrar los ojos a la enseñanza cristiana en la escuela pública, tolerancia (religiosa), escuela estatal, etc.) se reducen a esta única gran diferencia: En la enseñanza escolar ¿tendrá primacía la *verdad de Dios*, la cual nos ha sido dada para conocerla y contarla a nuestros hijos (Sal. 78:4-8) y "cantar" de ella (Sal. 89:1), o no llevará la voz cantante en el colegio *aquella verdad* que nosotros los hombres hemos *pensado, vivido, encontrado y resumido* como "verdadera"?

O dicho con otras palabras: ¿En nuestros colegios se hablará a las futuras generaciones acerca del pensar verdadero, del vivir verdadero, del verdadero experimentar, del verdadero mundo del pensamiento, o se contará desde "la Verdad", es decir, desde la Biblia?

¿Buscas la verdad *en el hombre*, o en la *Palabra de Dios*?

La escuela pública, como escuela según el "espíritu del siglo", la buscó *en el hombre*.

Por eso apeló e invocó la educación neutral en la lectura, escritura y matemáticas. En este terreno, el hombre aún se atreve a decir: -Pienso que la verdad es exacta. Pues es cierto y seguro que $4 + 5$ son 9. En consecuencia, tengo el *conocimiento exacto y verdadero* (aunque también aquí la verdad no fue hecha, sino *encontrada*).

Pero, acerca de los misterios de la religión, se prefirió no hablar positivamente. ¿Quién se atreve a decir al respecto: -He considerado la verdad y mi pensar se ha remontado sobre toda duda, y todos "los que piensan de otra forma" son mentirosos? Sin embargo, de este punto de vista era más puro y humilde decir: Cada uno forma algo de la verdad en este terreno, pues también los que piensan distinto recogen una parte de la verdad.

Lo que los partidarios de la escuela cristiana hicieron al decir: -"Nosotros sabemos *la verdad*, y los que piensan de otra forma, yerran", era pura soberbia; o mejor: oscurantismo medieval. En efecto, ¡eran personas retrógradas!

Me es fácil imaginar que más de un sincero y correcto

partidario de la escuela pública nunca haya podido comprender cómo alguien en este terreno pudo atreverse a decir: —“Yo tengo la verdad y quiero enseñársela a los niños”. Esto tampoco podía decirse de su punto de vista.

Pero cada fachada escolar en la que se hubiera puesto el cartel de: “*Colegio con la Biblia*”, podría haber ayudado a estos soñadores; pues ese nombre daba testimonio de que allí los niños son educados no “en lo que otros piensan”, sino en *la Biblia*; que allí no *se inventa* la verdad ni *se la forma*, sino que allí *se aprende y enseña la verdad*.

Y esa verdad ha sido dada, y es la Biblia.

La cuestión era muy sencilla: “Colegio de heterodoxos”, o Colegio con la Biblia.

2. La Sabiduría Suprema

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Gn. 1:1

“Lo que... palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida”.

1 Jn. 1:1

La sabiduría Suprema, el eterno Hijo de Dios, es introducido hablando de esta forma: “Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras. Eternamente tuve el principado, desde el principio, *antes de la tierra*. Antes de los *abismos* fui engendrada; antes que fuesen las *fuentes* de las muchas aguas. Antes que los *montes* fuesen formados, antes de los *collados*, ya había sido yo engendrada; no había aún hecho la *tierra*, ni los *campos*, ni el principio del *polvo del mundo*. Cuando formaba los *cielos*, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando afirmaba los *cielos* arriba, cuando afirmaba las *fuentes* del abismo; cuando ponía al *mar* su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento; cuando establecía los *fundamentos de la tierra...*” (Pr. 8:22–29).

Aquí se habla detalladamente acerca de las primerísimas

obras de Dios en la creación. En nuestros pensamientos somos transportados hasta la eternidad previa al tiempo; y entonces habla el Hijo de Dios —Aquel que ahora podemos conocer como nuestro Señor Jesucristo—, que Él *entonces* estaba con Dios como un niño mimado, como un niño que día a día estaba ante la presencia de Su Padre, y todo era dicha y se gozaba ante Él en todo tiempo (cf. Pr. 8:30-31).

También el apóstol Juan escribió: “En el principio era el Verbo” (Jn. 1:1) (es decir, en el principio, del que habla Génesis 1:1, era el Señor Jesús). Este texto no tiene que ver con una especulación del logos griego. Juan escribía, pero escribía el Evangelio de Jesucristo; y que con la palabra “logos” no se refería a algo intelectual (: “Weltvernunft”, tal como la palabra griega “logos” significa en Filo), sino muy concretamente la persona de Jesús se hecha de ver en I Juan 1:1, donde recalca que él ha *visto con sus propios ojos* al Logos, y lo ha *palpado con sus manos*. A ningún filósofo se le hubiera ocurrido decir que había *visto y tocado con las manos* la “Weltvernunft” la sabiduría, el pensar, etc. Para la conciencia griega esto hubiera sido rebajar al logos al mundo ínfimo.

Pero las Sagradas Escrituras no conocen esta distinción griega de realidad más baja y mundo del *pensamiento* “superior”. Las Escrituras nos enseñan que Juan y los otros apóstoles *vieron* con sus ojos al Logos, la Palabra, la Sabiduría Suprema, cuando contemplaron a Jesús; y cuando le abrazaron en el saludo de cada día palparon con sus manos al Verbo Eterno, la Palabra, que se hizo carne: se encarnó. Así pues, tocaron a *Aquel* que en la eternidad-antes-del-principio, como un niño mimado jugaba ante la presencia de Su Padre.

Entonces, —antes que la tierra (de cuya existencia los geólogos dan cifras increíbles) existiese; sí, cuando los océanos aún no *estaban* ahí, ni las fuentes, ni los montes, ni las colinas,..., —entonces era Él, antes que la materia.

Antes que la geometría pudiera ser aplicada al globo terráqueo.

¡Los colegios evangélicos reciben de Él su nombre! Y en ellos se habla de Él más hermosamente que de la naturaleza, las matemáticas y la historia.

Allí la Historia Bíblica es más considerada que la historia de nuestro país, la historia general y la geografía. Su Palabra es más respetada que la ciencia; pues Él era antes que todo eso, y todas las cosas fueron hechas por Él.

La ciencia moderna glorifica todo el cúmulo de cosas que Él vio surgir en el principio. Pero a Él le silencian los doctos incrédulos. ¿Es eso justo?

Y cuando Él por medio de Sus profetas nos comunica los orígenes del cielo y de la tierra que El ha vivido, entonces muchos hombres encuentran Sus palabras ciertamente "religiosas", pero no *objetivas* ni *exactas*.

Entonces la Sabiduría Suprema es postergada al pensamiento humano conforme éste realiza su obra en la ciencia.

¡Ojalá que nuestros colegios evangélicos continúen protegidos de participar en esta *injusticia* del mundo moderno contra Cristo; y que permanezcan apreciando mucho más la Palabra de Cristo que toda la ciencia, por más que ellos también aprecien la ciencia misma.

3. En el tiempo

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra".

Gn. 1:1

El tiempo es un gran milagro.

Mientras escribo esta línea, cada letra ha surgido sobre el papel un momento después que la precedente; y cada palabra siguió un poco más tarde en mis pensamientos.

Sin embargo, también había unidad de palabras escritas, y unidad y compendio acerca de las ideas. En un momento reflexioné lo que seguiría escribiendo; y entre tanto el tiempo seguía su curso. Nadie puede dar un golpecito sobre la mesa y repetirlo en aquel mismo instante. Nadie puede pronunciar una palabra sin que ella ya sea, al instante, cosa del pasado.

Pero, por suerte, también podemos tener amplios resúmenes o perspectivas sobre mayores unidades de tiempo que "momentos". Porque, de lo contrario, tendríamos la impresión de sobrevivir en una celeridad rabiosa en el

tiempo. Ahora podemos dejar correr de forma desapercibida la sucesión de los pequeños momentos y concentrar nuestra atención en lo que ocurre en mayores unidades de tiempo (por ejemplo, un día). En esa sucesión siempre existente de momentos se desarrolla la *historia*.

Recordando ahora nuestras más grandes o pequeñas unidades de tiempo en orden inverso, llegamos al comienzo de nuestra vida. El momento anterior a esto, nosotros no estábamos allí; pero nuestros padres sí; y retrocediendo de esta manera podemos abarcar el tiempo hasta nuestros antepasados, Adán y Eva.

Sin embargo, tampoco ése es el comienzo de la historia. Las Sagradas Escrituras también nos describen el acontecer en una serie de momentos previos a la creación de Adán. Por esta revelación, mediante el ministerio de Moisés, podemos saber lo que aconteció "en el principio".

Esto no obstante, hemos de guardarnos del peligro de "incrustar" nuestras modernas definiciones y terminologías científicas en el relato de Génesis 1.

Cuando Moisés relata lo que *ocurrió* en el principio de nuestro tiempo de las criaturas —tiempo que aún ahora sigue en marcha—, entonces no hace absolutamente lo mismo que los escritores de historia de nuestro tiempo al escribir "historia". Y Moisés tampoco hace lo mismo que hacen los cosmógrafos y geólogos; pues el propósito, el método y la intencionalidad son muy diferentes.

Esa diferencia ya es muy grande en los historiadores de los siglos XIV y XIX. Los primeros escribieron en forma de crónicas: la sucesión del tiempo proporcionaba el método. Se describía sencillamente lo que sucesivamente ocurría digno de mención; y eran principalmente las cosas raras que con frecuencia llamaban mayor atención.

El método moderno, que ve operar en la historia de los pueblos determinados principios y que especialmente pone la atención en acontecimientos que tenían consecuencias trascendentales, ciertamente es mucho mejor.

Pero, una vez más, la descripción histórica de Moisés es muy diferente. Describe el acontecer en la sucesión más primitiva de momentos del tiempo, —visto desde

el punto de partida que *Dios* lo hizo ocurrir; pues detrás de ese acontecer ve la mano poderosa de Dios.

Ésta no es una descripción de la historia menor que la moderna, sino mayor. Es una clase de cosmografía y geología mayor que la moderna ciencia pueda dar jamás.

Por eso, no precisamos desechar el método y terminología modernas. Pero debemos comprender que son otra cosa distinta, y también inferiores. Quien no crea Génesis 1, no busque *religión* alguna en la ciencia. También es verdad, que quien cree Génesis 1, no busque allí la geología o descripción moderna de la historia. Las diversas maneras de describir, tienen cada una su derecho.

Cuando el profeta —en Is. 28:24–29— nos señala, como de pasada, que el SEÑOR dio inteligencia al labrador oriental respecto a labrar y trillar, al eneldo y al comino, entonces aprendemos que el *entender su profesión* también es un don de Dios, y no un don de la ciencia, como el racionalismo lo ha propuesto alguna vez como ideal para el colegio.

¿Qué sabe la mujer en la cocina de la necesaria relación de hidratos de carbono, proteínas, grasas y sal en nuestra comida? Pero si los hombres de ciencia se disponen a calcularlo, encuentran en substancia lo que las mujeres durante siglos han hecho intuitivamente, puesto que Dios les informó y enseñó, es decir, porque Él les dio inteligencia para preparar los alimentos.

Con esto no rechazamos la ciencia. En manera alguna.

Sin embargo, no comemos el alimento que por gracia de la ciencia es creado, sino lo que Dios nos da como pan cotidiano, y preparado según la inteligencia que Dios da a las amas de casa, mientras que la ciencia también participaba en esto. Pues el alimento preparado científicamente era, hasta hace algunos años, ciertamente peligroso, porque en aquellos tiempos los investigadores aún no habían descubierto las vitaminas necesarias; de ahí que el alimento preparado exclusivamente de modo científico nos podría haber originado la muerte.

Y, esto no obstante, ¡la ciencia es tan maravillosa! ¡Saber penetrar en los misterios de esas cosas y relaciones sencillas! Constantemente y en todas partes hay un gran campo

de portentosa hermosura, ya se estudie matemáticas o física, historia o cosmografía, o geología.

Pero Moisés no nos da una ciencia moderna, sino que nos señala el origen de todo lo creado, y el acontecer en la sucesión primerísima de momentos de tiempo, y describe ese acontecer como un *hecho de Dios*.

Un segundo peligro lo tenemos en la terminología. Frecuentemente usamos términos de la ciencia que se han convertido en bien común por medio del colegio, y entonces opinamos fácilmente que otros términos no tienen derecho a existir. Así, por ejemplo, llamamos "aves" únicamente a aquellos animales que tienen plumas y ponen huevos.

Pero el hombre semita veía en "ave" el aletear, el revolotear, el volar, el tener alas como característica principal, y por eso a todo lo que podía volar lo llamó: "aves". Y tenía derecho para hacerlo así. En cambio, la descripción moderna es ciertamente mucho más exacta biológicamente, y por tanto es preferible escogerla para la *ciencia*. Mas, de la misma forma que el arte culinario práctico goza de derechos junto a la teoría de los medios alimenticios, así también el lenguaje práctico tiene su derecho junto al léxico científico moderno.

Pues bien, entonces no es una *tontería*, estupidez y retraso que en Levítico 11:19 y 20, entre las aves aladas también se nombren los murciélagos y "todo insecto que anduviese sobre cuatro patas", entre otros, la langosta, el saltamontes, etc.

Como es natural, una vez más nuestra conciencia científica choca con esas *cuatro patas* del saltamontes o langosta, etc., mientras que sabemos con certeza matemática que esa bestia o bicho tiene seis patas. Pero entonces olvidamos que el hombre semita en el caminar hacia adelante *como un cuatro patas*, en este caso el saltamontes, encontró motivo suficiente como para catalogarle en esa clase de animales. Lo que menos le interesaba al hombre semita era saber con *exactitud cuántas* patas tenía aquel animal. Algo parecido nos ocurre hoy a nosotros: nuestro "ciempiés" o "miriápodo" tampoco tiene exactamente ese número de patas.

Así también se suele decir: "Llego el lunes en ocho días", y lo que se da a entender es el lunes siguiente; por tanto, el día *séptimo*. El "en ocho días" es una fra-

se hecha que no nos interesa tanto si se trata *precisamente* de 8, 7 ó 6 días después.

Otro ejemplo: Para el cálculo de la renta se toma un año de 360 días; pero los astrónomos si tomaran esta medida de cálculo cometerían grandes errores. Lo que quiero decir con esto es que la exactitud *matemática* y la definición precisa y *científica* tiene validez para la ciencia, aunque también aquí se dan frecuentes diferencias, por ejemplo, el “año del calendario” no es igual al año “astronómico”, y ninguna ciencia puede imponer sus deficiones en otro terreno, por ejemplo, a la descripción histórica de las Sagradas Escrituras.

“En el principio...” Moisés describe el acontecer en el período primerísimo del curso del tiempo en que vivimos. Pero lo describe de forma diferente a como lo haría nuestra ciencia moderna. Sin embargo, no describe un tiempo imaginario, como, por ejemplo, lo es para nosotros “el tiempo de Caperucita roja”.

El hecho que Moisés nos dé su descripción histórica desde otro punto de partida y nos la describa desde otro principio y según otro método, no tendría de suyo que crearnos mayor dificultad.

Lo que a nuestra conciencia moderna frecuentemente pone en dificultades con esta descripción es que, con frecuencia imponemos a las Sagradas Escrituras el punto de partida, el método, las definiciones y la terminología de la moderna ciencia de la naturaleza.

Así pues, la salida que muchos buscan relacionando las Sagradas Escrituras con una historia “supratemporal” y un “ser” metafísico desvirtúa el significado real de la Palabra de Dios y pone a las Sagradas Escrituras fuera de nuestra vida concreta. Y así se sitúa a Génesis 1:1 fuera de la sucesión real de momentos del curso del tiempo en que ahora vivimos.

4. No imaginar lo pre- y postemporal, sino pensar según las Escrituras

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Gn. 1:1

Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios".

Salmo 90:2

"Mas, oh amados, no ignoréis esto: que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día... pero el día del Señor vendrá..."

II P. 3:8-10

Cuando la expresión "en el principio" significa: en el principio del curso del tiempo en que vivimos ahora – véase el artículo anterior acerca de este texto– ¿qué hubo, pues, antes de ese tiempo? ¿Cómo debemos imaginármolo?, se preguntará alguno.

La respuesta deberá ser: –Nuestra *capacidad de imaginación* es totalmente inadecuada para tener una representación de lo *pretemporal* y también de lo *pos-temporal*. En las Sagradas Escrituras ambas cosas se llaman: la eternidad.

Que no nos podamos imaginar esta eternidad, no es tan extraño y sorprendente si reflexionamos cuán limitada es nuestra capacidad de imaginación.

Alguien que nunca estuvo en los montes, difícilmente puede imaginarse un desfiladero. Así también, mal me puedo imaginar la vida de un minero.

Nuestra esfera de imaginación también depende estrechamente de nuestra propia organización psicofísica. No me puedo imaginar, por ejemplo, cómo ve mi habitación una mosca. Los ojos de este insecto están orientados en todas direcciones. Así que, muy posiblemente, verá mi habitación de esta manera: ¡todo al mismo tiempo: suelo, techo y cuatro paredes! ¡Intenta imaginártelo visualmente!

Si en lo que es finito nos quedamos cortos en nuestra imaginación, cuán grande no será el problema de lo infinito para nuestra imaginación.

Aún recuerdo que, siendo un chaval, mi padre me llevó al mar y estuve paseando de su mano por la playa.

Aquel mar me emocionó; en principio, confieso que tuve un poco de miedo. Pero luego pregunté: –Padre, ¿qué hay allá lejos? – me refería al horizonte; y mi padre me dijo: – ¡Agua, todo agua! –Sí, pero, ¿y detrás del agua?,

inquirí. –Aún más agua, me respondió. –Y ¿detrás del agua?, insistí. –Allí no hay nada más, concluyó mi padre. Eso era la infinitud. Pero, aquel “*nada*”..., aquello no me entró en la cabeza; y me hice el propósito de que cuando fuera grande me compraría un barco para... ir a contemplar y ver aquel “*nada*” .

Mi pensamiento corría cada vez más lejos sobre la llanura *alisada* de mi representación del mar, y en aquella lejanía infinita donde el mar concluía, allí estaba lo... inimaginable.

Más tarde, aprendí que mi *plano de representación* estaba bien –era una llanura horizontal para mis ojos–, pero demasiado limitada para seguir operando con ella y poder asimilar la infinitud. En efecto, incluso desfiguraba el globo terráqueo –pero tan pronto como lo estudié, desapareció aquella representación *plana* del mar, y me *imaginé* una tierra “*redonda*”... y en ésta, “de suyo”, no hay fin alguno. Y lo que entonces, de forma infantil, me martirizaba como problema... aquel mar plano sin fin..., esto no fue posteriormente problema alguno, pues la representación *imaginativa* (globo terráqueo) me ayudó en cuanto a la limitación de mi representación *visual*: superficie del mar adelante.

El problema dejó de serlo, cuando llegó un mayor conocimiento. Este ejemplo me hizo posteriormente prudente, cuando surgió otro problema. Mirando el cielo estrellado pude ver, siendo ya jovencito, aquella maravillosa obra de la creación de los “cielos”, y respetuosamente pensé en Aquel que mora en el cielo de los cielos como nos enseñan las Santas Escrituras. Y entonces se impuso aquel pensamiento: –¿Qué es lo que hay allá arriba? No; no era una pregunta irrespetuosa; tampoco para indagar curiosamente; pero, como la cosa más natural, aquel pensamiento se impuso a mi reflexión. Entonces recordé aquella pregunta por los confines “infinitos” de la tierra. Y *ahora* no pude menos de sonreírme de aquel imaginar que caminaba sobre un plano representativo del mar horizontal sin fin. Y así ocurrirá también más tarde; que el problema de lo que allá arriba es el cielo, no es problema alguno.

Del mismo modo, ante el interrogante acerca de la eternidad–antes–de–la–creación, podemos confesar que nuestra

capacidad de representación no es apropiada al respecto, ligados como estamos a *nuestra representación del tiempo*; la cual es ciertamente *exacta para* nosotros, de la misma forma que era justa mi representación del mar horizontal como *representación de punto de vista*.

Los ejemplos que di, indican que *nuestra representación* es muy limitada, y en ningún momento puede abarcar lo temporal y terreno en todas sus formas y magnitud. Sin embargo, nuestro *pensar* va muy lejos.

Como lo más fácil del mundo podemos pensar en la cifra: un millón. Pero imaginarnos un millón de huevos, por ejemplo, ¿no es tan fácil!

Pensar "el infinito", también es posible; y precisamente porque pensamos el infinito, llegamos a chocar con la representación que aquí no puede seguir.

Un bonito ejemplo de cómo el *pensar* puede remontarse muy por encima de nuestro *mundo de la representación* lo encontramos, por ejemplo, en las llamadas geometrías no-euclideanas. Nuestro mundo de la representación es descrito especialmente en la geometría corriente, tal y como ésta ya fue establecida con sus postulados y axiomas por Euclides. Nuestro mundo de la representación está totalmente ligado a la geometría euclideana.

De ahí que nunca podamos *imaginarlo* de otra manera, cuando Euclides nos dice que "dada una recta cualquiera y un punto exterior a la misma, existe una y sólo una *recta paralela a la primera* que pase por dicho punto".

Ahora bien, sabios matemáticos han pensado: Si admitiéramos que es posible (trazar) *más de una* línea paralela por ese punto, y seguimos construyendo sobre ella, ¿también obtendríamos entonces un todo exacto de postulados? Esto no podemos *imaginárnoslo*, pero sí *pensarlo*. Y el resultado era brillante; se obtenía una geometría totalmente nueva que, exactamente como la de Euclides, era puramente lógica; y finalmente se llegaba a la visión que la geometría euclideana de nuestro *mundo de representación* únicamente es un caso de un número infinito de geometrías *pensables, lógicas y exactas* o cerradas, a las cuales cada vez *podría* responder un mundo de representación que yace fuera de nuestro plano de representación. Ahora bien, si la *matemática* hiciese pensar

lógicamente acerca de datos geométricos que no podemos *imaginar*nos en nuestra organización actual..., entonces no silenciaríamos nuestro reparo de que no podemos *imaginar* lo que había antes de la creación.

Si, pues, esa representación es entregada en obediencia a Aquel que más tarde, en la eternidad posterior a lo temporal, nos hará "ver" lo que jamás ha visto ojo alguno, entonces podemos y nos es permitido pensar acerca de ella.

Dios nos ha revelado que Él es desde la *eternidad*, y que para Él la marcha de *nuestro* curso del tiempo es distinta que para nosotros, y que también seremos cuando nuestro tiempo ya no sea. Pero nos lo ha revelado no para que nos immortalizásemos imaginándonoslo; sino que nos lo ha revelado para que *pensáramos* en ello con santo respeto.

Y también, para que lo temiéramos cuando nos amenaza con muerte postemporal o *eterna*.

Y para que deseáramos de Él esa vida-con-Cristo *eterna* o postemporal que quiere regalar *gratuitamente* a todo aquel que se convierte y llega a Él; y para que le glorifiquemos y agradezcamos por esa gracia durante todo el tiempo de nuestra vida.

5. El cielo

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra".

Gn. 1:1

"Y llama Dios a la expansión Cielos".

Gn. 1:8a

Cuando en los libros piadosos encontramos la palabra *cielo*, nuestra consciencia moderna nos sugiere de forma viva el pensamiento de algo pío, hermoso, un lugar o estado deseable. Pero este cielo piadoso es, para nuestro mundo del pensamiento, algo *muy distinto* de la expansión que está sobre nuestra cabeza y lo que allá arriba hay. En nuestro moderno sentido o "imagen del mundo" no hay lugar alguno para el cielo. Por eso muchos

se inclinan a pensar un estado bienaventurado, y sólo unos pocos se atreven a levantar sus manos al cielo, donde brillan el sol, la luna y las estrellas, hasta Aquel que tiene Su trono en los cielos. Pero fácilmente nos imaginamos que en la *otra mitad* de la tierra también otros levantan sus manos a lo alto, aunque naturalmente en distinta dirección que nosotros.

Por tanto, parece que lo mejor será dejar las cosas como están, y no buscar el cielo *por encima de nuestra cabeza*, sino... en alguna otra parte.

Nuestra capacidad de representación no puede armonizar el levantar nuestras manos hacia *lo alto*, hacia el cielo, con la forma redondeada de la tierra que en todas partes tiene el cielo en lo alto.

Asimismo, cuando dejamos que decida nuestra capacidad de representación en éste o en otro asunto parecido, entramos en grandes dificultades con las Sagradas Escrituras.

Si el cielo no está en lo alto o por encima de nosotros, ¿cómo, pues, subió Elías al cielo? Así fue como también los discípulos vieron ascender *a lo alto* al Salvador; y recibieron la promesa que Él *regresará de la misma* forma sobre las nubes. Por consiguiente,..., desde *arriba*.

Y Juan vio el cielo abierto. No un cielo en su corazón o en otro lugar, sino *arriba*. Pues vio *descender* un ángel y también la nueva Jerusalén (cf. Ap. 19:11; 20:1 y 21:2). Y en I Ts. 4:16, Pablo escribe, que el mismo Señor Jesús "con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, *descenderá* del cielo". También de los ángeles siempre se dice, que *descienden del cielo*.

Por consiguiente, a nosotros, que queremos inclinarnos ante la Palabra de Dios, se nos aconseja que no sobrevaloremos las objeciones de nuestra capacidad de representación e imagen o idea del mundo. Nos podría suceder como a los hombres que quieren indagar los "confines de la tierra". Cuando la Palabra de Dios nos señala el cielo *por encima* de nosotros, en ésa o en la otra mitad de la tierra, en ambos casos, el cielo está encima de la cabeza de las personas que allí viven en la tierra.

Ahora bien, quien dice que no se puede *imaginar* el cielo como un *salón* o *lugar limitado* al presentar su imagen del mundo, esa persona propiamente no dice otra cosa

que nuestra capacidad de representación no puede abarcar el cielo. Y esto, ciertamente, es según las Santas Escrituras, las cuales nos enseñan constantemente que las obras de Dios son tan grandes que superan sobremanera nuestro entendimiento.

Pero hay una gran diferencia si decimos: la Biblia es un libro con una imaginación anticuada del mundo; en ella, pues, sólo se trata de la "fe" y de un cielo piadoso, y éste nada tiene que ver con el cielo que cubre nuestras cabezas; o si testificamos lo que creemos: la Biblia es el Libro en que la Sabiduría Suprema nos revela y anuncia la verdad, también acerca del cielo.

En el primer caso, se busca un cielo en algún lugar distinto que sobre nuestra cabeza. En el segundo caso, se busca al cielo no *en otro lugar* que sobre nuestra cabeza allí donde también nos encontramos en la tierra.

Las Sagradas Escrituras no hablan jamás de un cielo piadoso en algún lugar de nuestro corazón; sino siempre de forma muy concreta, de una expansión como cielo. Dios mismo *llamó* "a la expansión Cielos"; y en la expansión de los cielos creó el sol, la luna y las estrellas. Las nubes, en las Escrituras, se llaman "nubes de los cielos"; y a los pájaros se les llama "áves de los cielos". Tales significados para cielo, resultará vano buscarlos en todos los libros *piadosos* "modernos". La lluvia cae del cielo; y Salomón, en su oración, viene a decir: -Señor, óyeme en el excelso lugar de tu morada, en el cielo; y si el cielo fuere cerrado, no hay lluvia. En ambos casos, se trata del cielo hacia el que Salomón mantenía elevadas sus manos (cf. I R. 8:22, 27 y 35).

De ese cielo dice Dios: el cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies (cf. Is. 66:1). Si "cielo" aquí debía significar algo distinto a cielo por encima nuestro, y la *tierra* se llama escabel de Dios, ¿qué es, pues, aquello que por encima de nuestra tierra se arquea en su majestad?

Que el cielo de los cielos, donde está el trono de Dios, no le pueda *abarcar* (cf. I R. 8:27), no es algo contradictorio. El Señor también moraba en el tabernáculo y en el templo, aunque éstos no pudieran contenerle o abarcarlo.

En el Nuevo Testamento, cielo no es algo distinto que

en el Antiguo. Jesús, elevando sus ojos al cielo, bendijo el pan (Mt. 14:9). En Su bautismo, el cielo se abrió, y *descendió* sobre Él el Espíritu Santo (Mt. 3:17). Nuestro Salvador *subió* o se elevó ante los ojos de Sus discípulos en el Monte de los Olivos, y subió *por encima de todos los cielos* (Ef. 4:10). Él traspasó los cielos (He. 4:14). Esteban elevó los ojos al cielo, y allí vio la gloria de Dios, y dijo: veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre sentado a la diestra de Dios (Hch. 7:55-56 cf. "Biblia de Jerusalén").

Nuestro Señor está en los cielos (Ef. 6:9); y por eso también nuestra ciudadanía está en el cielo, si bien Dios nos ha creado *en la tierra*.

Platón pudo opinar que el hombre, según su alma, era de origen celestial —y algunos padres de la iglesia le siguieron en esto—, pero las Sagradas Escrituras nos enseñan que el cielo es del Señor, y que Él ha dado la tierra a los hombres (Salmo 115:16).

Sin embargo, que ahora el corazón de los hijos de Dios anhele la patria mejor, el cielo, el reino *de los cielos*, es porque allí está el Jefe, Jesús, sentado a la diestra de Dios (He. 11:16 y 12:2 y 28).

Cristo mismo ha dicho: "Y si me fuere y os prepararé lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis..." "En la casa de mi Padre muchas moradas hay..." (Jn. 14:2-3).

Y para los hijos del SEÑOR lo mejor que hay es estar con Cristo; sí, estar *siempre* con Él; y aunque por descender de Adán eran terrenales, fueron hechos celestiales por Cristo (cf. I Co. 15:48).

Por tanto, su corazón tira hacia el cielo. Lo cual es algo muy distinto que el deseo de los paganos por un lugar donde se está mejor que en la tierra. Los esquimales añoraban un cielo lleno de lobos de mar y focas; los árabes veían un palacio, y joyas, y caballos, y mujeres; nosotros corremos el peligro, como personas modernas, que nos imaginemos el cielo como un estado de pía complacencia, no diferente al estado de ánimo de alguien que medita y goza en la lectura de "La imitación de Cristo" de Tomás de Kempis. Este cielo "piadoso" es desconocido por las Sagradas Escrituras, e indican muy concretamente el cielo que está sobre nosotros y hablan de Aquel

que mora *allá arriba*, y del Señor Jesús que hacia allí ha ascendido ante los ojos de Sus discípulos, mientras ellos lo contemplaban (cf. Hch. 1:9).

Y una nube se lo arrebató de sus ojos. No una nube "piadosa", sino una nube normal como las que vemos a diario.

6. El cielo pasará

"En el principio creó Dios los cielos y la tierra".

Gn. 1:1

"Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas".

II P. 3:10

"Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron,...".

Ap. 21:1

El "cielo" que los paganos se imaginan, y el cielo piadoso que como un lugar hermoso o como un estado es imaginado, del cual se dice que nada tiene que ver con el cielo que está encima de nuestras cabezas,... esos "cielos" no tienen que ser hechos nuevos. ¿Qué habría que renovar aún en el Valhalla pagano o en el religioso "Arriba" de nuestros "reformados" de los siglos XVIII y XIX y en el "estado de plena felicidad"? ¡En qué pensamiento religioso podría surgir semejante audaz suposición! Que la tierra deba ser renovada,... ¡sí, por esto suspiran todas las cosas! El cielo que los hombres se imaginaron en piadosa meditación,..., eso es la eternidad, la salvación..., ¿qué hay que renovar allí? ¿No es eso "la eternidad"?

Pero las Sagradas Escrituras hablan –como ya vimos en el artículo anterior– del cielo temporal sobre nuestras cabezas; y repiten constantemente, y con rotundidad, que los cielos pasarán (Mt. 24:35), que son reservados

para el fuego (II P. 3:7 y 12). Y Juan vio, que el cielo se desvaneció (Ap. 6:14), que el primer cielo y la *primera tierra* habían pasado (Ap. 21:1).

Y cuando Pablo, en Ro. 8:22, dice que la *creación entera* suspira en todas sus partes, y espera el retorno de Cristo sobre las nubes (v. 19) y la salvación de nuestro cuerpo, esto es, la resurrección de los muertos y la transformación de los que aún vivan, entonces también el cielo pertenece a esa gran y total creación.

En las Sagradas Escrituras, cuando se habla acerca de la creación entera, siempre se nombra al mismo tiempo el cielo y la tierra.

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Los animales de la tierra y las aves de los cielos son Sus criaturas (Gn. 1:30). El cielo es Su trono y la tierra el estrado de Sus pies (Is. 66:1). Jehová el Señor llena los cielos y la tierra (Jer. 23:24). Si Él se aíra, tiemblan cielo y tierra (Jl. 3:16). El es el Dios de los cielos y la tierra (Gn. 24:3). Dios ha dado a Jesús todo poder en el cielo y en la tierra, para que ante Él se doble toda rodilla de aquellos que moran en el cielo, y de los que están en la tierra y debajo de la tierra (Fil. 2:10). Reino de los cielos, reino de la tierra y reino de los muertos están en las Santas Escrituras en relación directa hacia Dios el Creador y hacia Jesucristo, que está a la diestra del Padre, y asimismo esos reinos nombrados tienen que ver con el Espíritu Santo.

Nuestras modernas suposiciones del reino del cielo como “lugar *piadoso*”; del reino de la tierra como imagen del mundo de la ciencia moderna, como cosmos, que no ofrece lugar a un cielo; y del reino de los muertos como representación viejo-testamentaria que hemos superado, – todas estas representaciones están en contra de las Sagradas Escrituras. El origen de estos errores yace en que nuestra “imagen del mundo” se toma prestada de las ciencias naturales modernas. Pues, en lugar de interrogar o examinar la Palabra de Dios acerca de toda la creación, y en lugar de escuchar lo que de ella nos revela a grandes líneas la Sabiduría Suprema, nos contentamos con lo que encontró la ciencia.

Ahora bien, la ciencia *en su terreno* y según su *vocación* o misión ha sacado a relucir ante nuestros ojos muchas

cosas de la creación. Y por ello sabemos muchísimo del cosmos. Pero nuestra imagen del mundo, nuestra representación del cosmos, de su origen y existencia y fin, no puede existir por gracia de la ciencia.

Nuestro pan cotidiano lo recibimos, en concreto, de Dios y no de la economía. La historia es conducida por Dios, y no por la ciencia histórica. Un profesor en química ve el *agua* en su ciencia siempre como H_2O , pero para arreglarse cada mañana nunca pide H_2O sino siempre *agua*. Y el profesor en astronomía, que determina el curso de los cuerpos celestes y la eclíptica en cálculos y dibujos, jamás dice por la mañana: -La tierra ha llegado a este punto de su marcha y en esa postura, de forma que los rayos solares han surgido por encima de mi horizonte; sino que dirá: - ¡El sol sale!

En la práctica de la vida no tratamos con "objetos" científicos, sino con la realidad, a la que las ciencias toman prestado el que les corresponda. Así el agua es para el químico otro "objeto" científico (H_2O) que para el físico (vapor) y también distinta que para el médico.

Pero el agua en la cual se lavan cada mañana es para todos igual: agua.

Así pues, ni los astrónomos, ni los químicos, ni los geólogos, ni los hombres de la física tienen derecho a imponernos una *imagen del mundo práctica*, prestada de su ciencia.

Mediante esa imagen del mundo podemos aferrarnos a la realidad, tal y como ella es: la misma para todos los hombres; y entonces podemos leer lo que la Suprema Sabiduría nos revela de esa maravillosa obra de la creación.

Por eso, si la cosmografía presenta en número y figura el curso de los cuerpos celestes, diremos que ése es su trabajo maravilloso; pero deberá quedarse en eso.

Pues, a Aquel que llena los cielos y la tierra, jamás lo descubrirán los cosmógrafos con sus instrumentos; lo mismo que los químicos nunca le descubrirán en sus fórmulas químicas. *Sin embargo, Él también está en la tierra, según las Sagradas Escrituras.* Él "llena" la tierra.

Tampoco la ciencia revelará el reino de los muertos. El espiritismo no es ciencia como vocación divina, sino *pecado* contra Dios. Su paga o recompensa es el enga-

ño provocado por el mundo de los espíritus y por engañadores. Así también la astronomía no observará el reino de los cielos donde está el Señor Jesús y Su pueblo que llevó consigo (cf. Jn. 14:3 y 17:24); y tampoco el mundo de los ángeles del reino de los cielos. No porque no esté allá arriba, sino porque sus *instrumentos* y su *misión* en él no están establecidos y tampoco pueden ser establecidos.

Como creyentes bíblicos podemos apreciar en mucho los resultados y misión de las ciencias, pero siempre contempladas *en su lugar propio*, allí donde está su vocación divina. Así pues, cuando la astronomía nos cuente los misterios del cielo, y nos haga sospechar algo de lo portentoso y majestuoso del cielo que nos cubre, entonces pensamos respetuosamente en Aquel que como hombre, de nuestra propia *carne*, se encuentra allá arriba, y que está allí como Cabeza de Su Iglesia, que *en Él* (esto es, por Su presencia allí) ha sido puesta en los lugares celestiales, aunque ese pueblo aún tropiece en la tierra (cf. Ef. 1:20).

Moradores o ciudadanos del cielo, dice la Sagrada Escritura de los creyentes en Cristo (Fil. 3:20), y eso no porque sean gentes honorables ni porque la tierra les sea demasiado *despreciable*, sino porque están *en Cristo*, y como Su cuerpo pertenecen a Su Cabeza.

Por eso, en el día del juicio, son arrebatados sobre las nubes, saliendo al encuentro del Señor; y así estarán siempre con el Señor Jesús. Éste es el consuelo para aquellos que ahora lloran por quienes han muerto (I Ts. 4:17-18 y 13).

Epílogo

QUIENES VUELVEN EN SÍ

"Y (el hijo pródigo) volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre..."

Lc. 15:17-18

"Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba".

Hch. 12:11

EN ALGUNOS lugares o pueblos, de alguien que pierde el conocimiento se dice: "se ha caído de sí mismo". Y cuando luego se recupera, se dice: "ha vuelto en sí". La persona que hace un momento no sabía de su estado, que quizá estaba en una situación de sueño o en una embriaguez, puede ahora volver a contemplar su estado en que se encuentra. La "mona" ha desaparecido; y vuelve a ver lo que ha ocurrido.

Así también el hombre borracho que ha dormido su cogorza, vuelve en sí a la mañana siguiente y se avergüenza de lo ocurrido, y está arrepentido. Asimismo, momentos de tensión nos pueden encolerizar de tal manera

que después, cuando volvemos en sí, nos ponemos a repasar lo que ha ocurrido. Así aconteció también con el apóstol Pedro quien, primero, no supo si soñaba o estaba despierto.

Por eso, cuando en la práctica vemos a gentes "volver en sí", nadie es tan necio como para afirmar que estas personas practican autoanálisis y autointrospección psicológica. Quien vuelve en sí, en primer lugar, se da cuenta de las circunstancias en que se encuentra, de lo que ha ocurrido o va a ocurrir con él; y precisamente en ese momento de volver en sí, dista muchísimo de poder contemplar, entre otras cosas, lo que ha ocurrido en su interior.

La autointrospección y autoanálisis del monje, la autoreflexión del psicólogo, exigen una atención mínima al contorno y un máximo al propio interior. Pero el hombre asustado que "vuelve en sí", y cuya primera pregunta es: "¿Dónde estoy?, ¿qué me ha ocurrido?", esa persona tiene una atención mínima a lo que en ese momento *acontece en él*. Ésta es una ley psicológica que cualquiera puede comprobar en la vida.

"Haber vuelto en sí" no es: haber rebuscado y examinado críticamente su propia e íntima vida del alma; sino que "volver en sí" es esto: *repasar o calcular la situación*, observar las circunstancias en que uno se encontraba sin uno mismo saberlo a causa de desvanecimiento, somnolencia, excitación, borrachera. Así que observa admirado: "Eh, ¿soy yo así? ¿cómo ha ocurrido esto? ¡oh, ahora lo sé exactamente! ¡Así y así comenzó! Pero, ¿que haré ahora?", -esa es la nota característica del auténtico y verdadero "volver en sí".

Ahora bien, aplica esto también en la parábola del hijo pródigo. Había vivido en la vorágine del pecado; perdió dinero y bienes; lo menospreció. Siguió viviendo en desenfreno, dilapidó su herencia paterna; deseó trabajar entre los ciudadanos; deseó comer las mondas que eran para los cerdos y nadie se las dio. Y entonces, en aquella grande necesidad y aprieto, se rompió el desenfreno de su locura. ¡Entonces volvió en sí mismo! Entonces *contempló* con sus propios ojos su situación. Ahora veía por primera vez y bien la situación en que se encontraba. Y también por primera vez le atormentó el recuerdo de otros

tiempos. Los criados del padre tienen abundancia de pan, y él, pobre guardián de cerdos, perecía de hambre.

Esta contemplación de la situación, en su conjunto, le hace saltar con estas palabras: –“Volveré a mi padre”.

¡Cuán auténticamente –exactamente igual que ocurre en la práctica!– nos pinta aquí el Salvador al hombre que, después de una embriaguez de vida en pecado, “vuelve en sí”.

–“¿Dónde estoy? ¿Qué me ha ocurrido? ¿Qué haré?”

¿No ocurre así siempre que vivimos en uno u otro pecado, o en muchos a la vez, como en una borrachera? ¿No sigue ocurriendo así siempre que explota el aturdimiento de una mala vida? Cuando, obligado a despertar, abres las manos y los ojos te estallan, y preguntas: ¿dónde estoy? ¡oh!, ¿ha ocurrido eso? ¿qué haré? Y la decisión final: –Volveré a mi Padre...

Así le pasó a Pedro, después de la vorágine de la noche del dolor, cuando el gallo había cantado tres veces.

Así le ocurrió a David, cuando por la palabra de Natán contempló toda la situación de su pecado con Betsabé y la muerte sobre Urías.

Así sucedió con las prostitutas y publicanos, en tiempos de Jesús.

Así sucedió a los judíos, en la predicación de Pedro en Pentecostés. Así sigue ocurriendo aun con muchos *hijos pródigos*.

En ese contemplar la situación y en ese levantarse, puedes conocerles; éstos son los *verdaderos* “hijos pródigos”.

Pero, así como nuestro siglo conoce a publicanos falsos y no–arrepentidos que por muchos años claman: “¡Sé propicio a mí, pecador!”, pero jamás volvieron justificados a su casa, –así también nuestro siglo conoce a hijos pródigos (: perdidos) que *disimulan* (: toman la apariencia de) que han vuelto en sí.

A éstos se les puede reconocer en que no contemplan el peligro y miserable *estado* en que se encuentran, y que tampoco examinan y deliberan lo que *harán*. No; ellos han leído que el hijo pródigo volvió en sí, y ahora se disponen a... hacer o practicar autointrospección, autoanálisis, reflexión sobre su vida íntima. Se disponen a examinar lo que realmente ocurre en su interior, –lo que debió ocurrir

en el hijo pródigo-, y lo *permanecen* haciendo durante su vida, si el Señor no les despierta de esta borrachera, ¿esperando que de esta forma efectivamente se parecerán al hijo pródigo, el cual también “volvió en sí”? ¡Oh, si ellos pudieran contemplar su *situación*! Algunos de ellos no son distintos al borracho en su melopea, el cual tarramudea: -“¡Qué raro estoy! ¡qué angustia tengo!” Y tras un traguito, dice: -“¡Oh, qué fresco me encuentro; ahora me hallo mejor que nunca!” Pero no ve la peligrosa situación en que se encuentra. Lo que este hombre siente *en sí mismo* es de menos peso. Cuando vuelve en sí, contempla que estaba borracho, lo cual es de mayor importancia.

Lo que el pecador siente en sí mismo es de menos peso; pero es de la mayor importancia que se le abran los ojos a la situación de que él es un *pecador*, y que comparecerá ante Dios en el juicio.

No el sentir de uno mismo y el considerar de sí mismo, sino el volver en sí mismo, *el contemplar la situación*, eso es lo importante. Eso hace el pecador: “Me levantaré e iré a mi Padre” .

Y entonces el Padre viste al desnudo pecador con el manto de la salvación, y le inscribe con los “justos” en el libro de la vida.

REGISTRO DE TEXTOS BÍBLICOS

Génesis		22:22-24	282
1	377	22:28	272
1:1	374	23:21	168, 172, 177
1:8a	384	27:21	25
1:30	389	33:19	221
6	246	34:6	216
9:9	243	34:28	292
14:19	274		
15:6	61	Levítico	
15:12	283	4, 5 y 6	27
17:7	243, 245, 253	4:20, 26, 31, 35	27
17:11	292	4:26	172
17:14	242	4:31	172
22:1	179	4:34	172
24:3	389	5:2	27
37:34	56	5:10, 13, 16, 18	27
42:11	15	6:2-7	168
48:15-16	275	6:7	27, 172
		6:21	60
Éxodo		11:19-20	379
2:23-25	281	11:43, 44	27
3:14	280	19:9-10	259
4:16	272	19:12	107
7:1	272	19:17	19, 294
12:24	241	19:17-18	124
16:4	179	20:26	25
18:11	273	22:8-9	27
20:1-17	33	26:14	290
20:5	177	26:18	290
21:6	272	26:21	290
21:21	119	26:23	290
21:24	107	26:25	290, 294
22:8-9	272	26:44	295

Números		I Samuel	
6:9-11	27	2:26	169, 172, 281
6:26	289	3:18	174
12:3	224	15:35	56
14:13-18	184		
14:39	56	II Samuel	
15:22-25	290	12:22-23	190
20:12	177	13	203
23:21a, 23a	17	16:5	92
23:23	18	22:22	293
24:16	274		
25:7-8	310	I Reyes	
		8:22	386
Deuteronomio		8:27	386
1:12	293	8:35	386
1:37	176	11:9	176
3:26	168	20:23	273
4:7	273	20:31	217
4:23-24	292		
6:4	275	II Reyes	
6:6-7	293	21:11	170
7:9-13	293	24:4	170
8:6	293		
9:20	168, 176	I Crónicas	
10:17	272	29:9-11	182, 184
10:17-19	258		
11:22	140	II Crónicas	
13:17	295	2:5	273, 275
18:15	248	13:8-10	365
20	37	19:11	96
23:12-14	26	30:21	208
24:1	106	32:31	179
26	139	33:13	170
26:5-15	138		
26:13-18	138	Esdras	
28	78	10:6	56
28:63	295		
29:20	36	Nehemías	
32:10-11	282	1:4	56
		4:2-3	195
Josué		13:8	72
22:5	293	13:25	72
22:22	273		
24:19	25, 168, 177, 267, 278, 295	Job	
		1	86
		1:8	86
Jueces		2	86
2:21-3:4	179	2:3	86, 87 90
2:22	293	4:17	86
6:31	273	5:8	86
		5:19-26	86

6:2	176	51	23, 29, 35, 90,
6:4	86		230, 290
6:7	84	51:10	69
6:27	88	51:11	71
12:6	368	51:13	23
13:4-5	88	55:22	128
13:7-8	86	63:3	217
15:2	86	72	50, 329
15:10	84	72:13	50
16:12	86	73	59
16:21	91	76:9	38
17:3	91	78:4-8	373
19:25	91	79:5	170
20:12-14	367	82:6	275
21:7-15	367	85:8	289
22:4-21	86	85:8-9	170
22:23	82	86:10	275
23:10-11	82	86:15	216
27:5b-6	90	89:1	373
31:33	94	89:34	217
42:7	84, 88	90:2	381
Salmos		90:7	170, 176
15	65	90:13	170
15:1-2	65	102	281
18:20, 24	61	103	36, 175
18:21	293	103:17	217
24	65	103:19-22	183
24:3-4	64	105:8	252
26	31, 94	107:30-31	217
26:1-3	94	115:13-14	289
26:2	179	115:16	387
29:11	289	117:2	217
32	31	119	139
32:1	45	119:1	9
32:4b	229	120	73
33:12	45	120:7	72
33:18	45	126:1-2	56
35	61	130:3	38
35:21-28	61	135:5	273
37:4	128	136	216
37:6	61	137:6	208
44	139, 195	138	273
44:13	193	139	94
44:17	193	139:23, 24	93, 288
44:17-18	139	144:2	354
44:18	194	145:18-20	85
44:22	193	145:19	146
44:23	193	Proverbios	
49:15	352	8:22-29	374
50:1	273	8:30-31	374

13:24	264	63:15-19	278
16:3	128	63:17	277
16:19	58	64:6	116
20:8-9	326	65:1	279
23:13-14	264	65:2	246
26:17	307	65:17	279
		65:19	173, 279
Eclesiastés		66:1	389
1:2-3	344	66:2	95
1:11	344	66:10	279
1:13	347		
2:16	352	Jeremías	
2:26	114	4:28	56
3:13	347	6:29	291
3:20	349	6:30	154
3:22	347	12:4	56
3:24-25	347	14:11	170
9:5	351	15:1	170, 278, 295
10:1	73	15:3	295
		15:4	170
Isaías		16:20	273
1:17-24	154	17:9	65
1:18	35	23:24	389
3:24	56	39:17	291
12:1	176	45:5	291
14:14	274	51	72
19:8	54		
24:7	56	Lamentaciones	
26:19	363	5:20-22	279
28:24-29	378	5:21	155
29:19	209		
33:14-15	292	Ezequiel	
33:15	294	13:8-10	289
35:10	208	3:19	289
44:10-20	273	13:22	12, 289
54:12	289	14:14	295
55:1-2	63, 130	16	37, 40
58:2-3	100	16:14	44
58:5	99	16:20-21	244
58:9	99, 100	18	36
58:13	100	18:24	36
60:17	72	20:26	77
61:1-4	56	21:3	291
61:3	55	22:29	261
61:4	279	33	36
62:1-2	61	36	155
62:4	279	36:23-28	154
62:5	173, 278		
63:9	276, 279	Daniel	
63:10	277	2:44	157
63:11	278	3:26	274

4	274	8	172
5:18	274	8:2-3	173
5:21	274	8:16-17	173
7:13-14	326	8:19	172
9	194, 279	9:9	50
9:20	323	13:7	180
9:23	323		
10:2	56	Malaquías	
10:11	323	1:6	254
10:19	323	3:1-2	267
		3:5-6	267
Oseas			
2:7	16	Mateo	
14:9	293	3:11-12	284
		3:12	268
Joel		3:17	387
1:9	56	5-7	137
3:16	389	5:1-11	285
		5:3	49, 51
Amós		5:4	54
8:8	56	5:5	58
		5:6	61
Jonás		5:8	65
1:9	274	5:9	72
4:2	216	5:10-12	74
		5:13-14	49
Miqueas		5:14-15	101
6:3	80	5:16	109
6:6-8	79	5:17-18	105
		5:20	101, 131, 132, 140
Nahum		5:20-7:20	135
1	284	5:22	123, 131
2	284	5:25	116, 131
2:13	283	5:26	123
		5:28	131, 141
Sofonías		5:28-29	123
1:5-6	66	5:29	116, 131
2:1	66, 294	5:29-30	111
2:3	294	5:32	116
3:1-2	294	5:34	48, 131
3:1-5	295	5:36	123
3:8	295	5:37	116, 131
3:12	50	5:38	131
3:12-13	294	5:39	116
3:18	296	5:40	131
3:18-19	296	5:44	116
		5:46	115
Zacarías		5:47	131
2:8	282	5:48	116, 131
3:2	17, 25	6	132
5:6-11	268, 293	6:1	110, 115

6:1-19	240	16:22	317
6:2	14, 53	17:24-25	301
6:3	116	17:24-27	318
6:4	115	17:26-27	301
6:5	53, 110, 115	18:3	132
6:6	115, 116	18:15-16	340
6:7-9	147	18:17	338
6:9	151, 154, 250	18:17-18	340
6:10	157, 160	18:18	338
6:11	164	18:19	338
6:12	23, 167, 172, 290	18:20	338
6:13	178, 182	21	248
6:16	53, 110, 115	21:29	162
6:18	115, 116	22:3	244
6:19-20	114	22:10	130
6:20	110, 113	23	246
6:22-23	94	23:2	301
6:24	122	23:2-3	357
6:26	128	23:13-39	285
6:30	128	23:16	104
6:31-33	121	23:16-22	107
7:1-2	22	23:33	302
7:1	124	24:25	388
7:2	127	26:31	180
7:5	124	26:41	181
7:7-9	127	28:8	208
7:11	127	28:20	338
7:12-13	132		
7:13-14	130	Marcos	
7:15	135	1:29	318
7:19	135	6:3	315
7:21	109, 162	7:3	305
7:21-23	127, 136	10:13-16	261
7:25	79	10:38	324
7:26	134	14:35	181
8:12	159, 244		
10:16-17	357	Lucas	
10:19	358	1:6	139, 293
10:21	357	2:48	254
10:22-23	357	2:48-51	311
10:25	357	2:49	257
10:28	357	2:52	281
10:36	357	3:14	82
10:39	356	4:16	313, 357
11:29	226	4:29	315
12:42	327	5:8	317
13:21	133	6:20	48
14:9	387	6:21b	54, 60
15:2	303	6:25-27	285
15:14	303	6:38	116
16:20	315	9:22-26	359

9:24	296	21:20	322
10:5-6	289		
11:1-2	186	Hechos	
11:13	128, 230	1:9	388
12:13-14	307	2:37	82
12:47	162	2:39	245, 251
13:24-28	132	2:41	131
13:32	317	3:12-26	247
15:17-18	393	3:22	248
16:8	308	3:25-26	247
16:25	329	7:37	248
17:9-10	117	7:55-56	387
17:10	138	9:6	82
18:7b	193	9:18	333
18:7-8	92, 195	9:32	238
18:8	195	10:14	239
22:40	178	12:11	393
22:46	178	14:22	131, 133
23:30	38	16:17	274
23:50	139	16:30	82
		16:31	130
		17:24	274
Juan			
1:39	304		
2	310	Romanos	
2:4	318	1:28	41
2:15-19	309	2:28	239
2:17	312	3:3	254
3:36	336	3:28	61
4:27	312	5	210
4:34	314	5:1	289
5:18	305	6	334
6:37	128	6:2	70
6:47	351	6:3-4	32
8:39	244	6:4-7	333
9:6	303	6:6	350
10	36	6:12	350
10:28	348	7:4	232
10:27-38	133	7:7-25	68
11:26	348	7:9-11	208
13:10	69	7:15	161
13:34	205	7:17	201
14:2-3	387	7:24	30, 33
14:3	114, 391	8:4	43
14:26	32	8:19	389
15:1	119	8:20	348
15:2-6	109	8:22	389
16:13	32	8:27	134
16:32	180	8:35-37	238
17:24	114, 391	9:4	244
18:8	180	9:11	247
21:17	319	9:20	237

9:22	237	3:1	303
10:21	247	3:24	32
11:5	45	3:27	133
12:10b	60	5:2	303
12:19	213, 225	5:6	70
13:1	302	5:12	303
13:1-4	15	5:16	197
13:14	133	5:17	198
15:25-26	238	5:19	31
		5:19-22	198
I Corintios		5:22	197, 202 a la 227
1:2-5	298	5:23	232
1:23	315	6:1	197
1:25b	316		
2	371	Efesios	
3:11	364	1:20	391
4:9	133	2:19	118
6:15-16	43	4:10	387
7:14	238, 245	4:22 y ss.	227
8:4-6	273	4:24	133
10:1-6	78	4:26	213
10:13	180	6:9	387
13	19, 205, 233, 262	6:5-6	162
13:1-3	232		
13:5	260	Filipenses	
15:6	330	1:23	326
15:24	160	2:3-10	60
15:48	387	2:10	389
15:50	33, 34	3:5	301
15:54	33	3:10	91
15:58	351	3:20	391
		4:7	290
II Corintios			
3:14-15	290	Colosenses	
4:8-9	328	3:12	133
4:10-11	328		
4:16-18	348	I Tesalonicenses	
5:6-7	329, 338	4:3 y ss.	162
5:8-9	328, 332, 334	4:12	391
5:10	329, 332	4:13-18	362
5:11	332	4:16	385
5:16	339	4:17-18	391
7:4	339		
11:7	316	I Timoteo	
13:5	66	1:10	365
		1:20	364
Gálatas		2:1-2	15
1:8-9	303	2:9-10	85
2:12	22	5:10	238
2:16	232	6:9	178
2:20	332, 338	6:20	41, 364

II Timoteo		1:13	178
2:2	364	2:26	135
2:15	365	3:1-2	19
2:16-18	362	3:3	22
2:17	13	5	309
2:17-18	364	5:1-9	326, 369
2:19	364		
2:26	365	I Pedro	
3:1-9	367	2:12	110
3:1-19	366	5:8	180
3:5	136		
3:6-7	366	II Pedro	
3:9	366	1:2	73
3:12	329	1:3-11	79
3:16	371	1:5	298
4:3	365	1:5-11	132
4:8	350	1:8	298
		1:21	346
Tito		2:9	178
1:16	136	2:20	255
		2:22	135, 241
Filemón		3:7	389
4:24	245	3:8-10	381
		3:10	372, 388
Hebreos		3:12	389
4:14	387		
4:15	255	I Juan	
5:12-13	286	1:1	327, 374
6:4-8	286	1:1-4	330
6:9	224, 328	2:4	337
6:9-10	286	2:6	337
6:10	328	2:18-19	24
6:11-12	328	2:22	73
8:10	292	3:3	69, 71
10:24	294	3:9	69
10:26	163	3:10	24, 73
10:29	292	3:15	165
10:33	133	3:24	337
10:34	208	4:3	337
11	297	4:4	337
11:16	387	4:6	337
11:26	118	5:11	336
12	297	5:12	336
12:2	387	5:14	152
12:11	393	5:21	70
12:28	387		
12:28-29	292	II Juan	
		v. 9	336
Santiago			
1:2	179	III Juan	
1:5	128	v. 10	73

v. 15	73	6:14	389
		6:15-16	328
Apocalipsis		12:10	17
1:17	327, 330	12:12	181
2:10	296	18:11	56
2:20	181	18:24	73
3:8	182	19:2	73
3:8-10	178	19:11	385
3:10	181, 182	20:1	385
3:16	171	21:1	388
3:17	51	21:2	385
3:19	171	21:4	55, 280
5:13	183	21:8	133
6:10	193	22:11	159
		22:12	119